

retrato de una bruja
luis de castresana



Lectulandia

Ana, hija de don Santiago que es el señor de la torre, se enamora de Martín, el hijo del dueño de la herrería. Pero Martín se va a la Corte, porque su madre quiere que se refine y olvide los modales de un ferrón. Ana languidece. Ceferina, su criada, sufre con el dolor de su ama. ¿Será la solución recurrir a Hilaria, la bruja, para conseguir que Martín regrese? Poco tiempo después de las primeras visitas a Hilaria, Ana se transforma y su quebrantado corazón se vuelca en un extraño universo: pocimas, ungüentos, bebedizos y como aturdidos colofón, los aquelarres.

Sin salirse del ambiente vasco que informa toda su obra y ahondando en él a través de un tema que ha sido actualidad en Vasconia hasta casi ahora mismo, Castresana nos ha dejado un magistral estudio antropológico de un personaje tan característico de esas tierras. La bruja ha sido siempre poco menos que un ser maligno pero atractivo para el pueblo llano. Por otra parte, la bruja ha servido en muchas ocasiones de chivo emisario de intenciones políticas más o menos ocultas aquí y fuera de aquí. El tipo, por tanto, no podía ser más atractivo para un escritor sensible, y así tenemos una primera aproximación psicológica en Michelet, aunque bastante excesivamente cargada de historicismo e intenciones políticorreligiosas.

Luis de Castresana, apoyado en los modernos estudios sobre la brujería medieval (en los cuales destacan precisamente no pocos estudiosos vascos) ha renunciado a cualquier interés sensacionalista para ahondar en el alma desnuda de una mujer del pueblo y, desde niña, seguirla en su evolución hacia el abismo del mundo mágico y hasta la tragedia. Es evidente que solo un novelista, un artista puede meterse dentro de la piel de un tipo de personaje tan complejo y controvertido como el de la bruja, como el de quien cree ser bruja, a quien se atribuyen poderes hechiceriles. Así este libro vale por todo un estudio antropológico.

Retrato de una bruja resultó finalista en el Premio Planeta de 1970.

Lectulandia

Luis de Castresana

Retrato de una bruja

ePub r1.1

Titivillus 05.01.15

Luis de Castresana, 1970
Diseño de cubierta: Yzquierdo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Todos los datos «brujeriles» que se presentan en esta novela, y que alcanzan su mayor concentración y desarrollo argumental del capítulo VII en adelante, son rigurosamente históricos. Estos sortilegios, vuelos a la reunión sabática, invocaciones diabólicas, conjuros, supersticiones médicas y botánicas, pactos infernales, fórmulas esotéricas, descripción del aquelarre, etc., son creencias que se extendieron durante varios siglos por toda Europa con caracteres de epidemia, que en España hallamos en boca de reos y testigos interrogados por los inquisidores, y que constan en múltiples crónicas, documentos e informes de procesos y autos de fe. Es también absolutamente histórica la versión que a través de un personaje secundario se ofrece en el capítulo III sobre los sucesos de las brujas de Zugarramurdi.

He espigado aquí y allá en lecturas numerosas y en viejas leyendas y tradiciones de las Encartaciones vizcaínas. Debidamente manipulados y «literaturizados» (pero cuidando de que conservaran siempre su sustancialidad y su más auténtica historicidad) he puesto estos datos, estas creencias, estas supersticiones, al servicio del hilo narrativo.

Un riguroso investigador, Julio Caro Baraja, afirma que «la frontera de lo real y de lo irreal... es uno de los grandes temas de la Historia mental de los hombres» y que «la bruja existe en tanto y en cuanto hay una persona que cree firmemente en los efectos de su poder».

He procurado crear un argumento y unos personajes que tuvieran dentro de lo posible dimensiones arquetípicas. Diversos rasgos de estas criaturas de ficción, de su comportamiento novelesco y de la atmósfera «diabólica» que poco a poco las va aprisionando insensiblemente, envolviéndolas como en una oscura red psicológica, pueden encontrarse en algunos de los casos más característicos de hechicería.

En esta novela trato de ofrecer una vivificación directa y veraz del mundo brujeril. He querido, sobre todo, desarrollar un análisis del proceso mediante el cual una criatura humana se convierte en bruja.

Luis de Castresana.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Primera Palabra de Nuestro
Señor Jesucristo en la Cruz.
(San Lucas, XXIII, 34).

PRIMERA PARTE

EL AMOR

Creer que un cielo en un infierno cabe.
Lope de Vega.

I

Las llamas temblorosas de las velas agigantaban la silueta del Padre Melchor, empujando la mancha de su sombra y poblando de extrañas formas movedizas el claroscuro de la nave. Envuelto en aquella sotana que le venía muy ancha, y que parecía a ratos hinchada por el viento, sus movimientos lentos y metódicos crecían distorsionados al proyectarse en el altar y en los muros, en los reclinatorios y en los primeros bancos. La negrura de su sombra se derramaba, desproporcionada y gesticulante, hasta alcanzar el pequeño altar lateral de San Juan Bautista, junto al lampadario de hierro en el que ardían seis grandes cirios y el confesionario vacío. Olía a cera quemada y a frío y a madera vieja.

—Cuarto misterio: el Señor con la cruz a cuestas camino del Calvario.

El Padre Melchor tenía una voz suave y grata, pero aquel atardecer de otoño el eco se la agrandaba también extrañamente, haciéndola ronca y poderosa. «¿O será — pensó Ana— que hoy todo me parece distinto, extrañamente nuevo?».

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

El coro rezoso de los fieles, monótono y adormecedor, llegaba casi a tapar el tenue ruido de la lluvia que caía mansamente sobre el tejado y se hacía música líquida al chocar y deshacerse en las vidrieras policromadas.

—Dios te salve, María...

Los dedos de Ana, apretujando el rosario, iban contando, nerviosos, las cuentas que le quedaban. Todavía nueve avemarías y un gloria Patri para acabar el cuarto misterio. Luego el último misterio doloroso: otra vez el paternóster, las diez avemarías y el gloria Patri. Más tarde —Ana lo pensó con una infinita sensación de alivio— la letanía a Nuestra Señora, el agnus déi y la oración última.

Y en cuanto acabara todo, en cuanto don Melchor abandonara el altar y fuera a la sacristía, en cuanto los fieles se levantasen de sus bancos o de sus reclinatorios, encaminándose hacia la salida e inaugurando en voz baja los corrillos y comentarios de cada noche, ella saldría de prisa, cruzaría la plaza, se encaminaría a la vieja casona derruida...

La poseyó de nuevo una oleada de impaciencia.

Le parecía que faltaba una eternidad hasta el momento en que, por fin, vería de nuevo a Martín. Entornó un segundo los párpados y suspiró. Sintió el peso de los ojos de Ceferina en su nuca, adivinó su mirada, triste y preocupada, y siguió rezando.

—... y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Pero le era imposible concentrarse.

Toda ella estaba hoy empapada de la presencia de Martín. Tuviese los ojos abiertos o cerrados, orase o escuchase el rezo de los demás, mirase hacia el altar o hacia la bóveda, ella tenía a Martín ante sí. Y aunque oía el calmoso murmullo de la lluvia, y aunque la voz del Padre Melchor le sonaba más recia y más bronca, tampoco

estaba oyendo realmente el caer del agua ni las oraciones del sacerdote ni las de los fieles, sino escuchando una vez más, muy próxima y muy real, la voz de Martín.

No era la primera vez que eso le sucedía; pero hoy estaba más consciente de ello que nunca.

«Porque esta será la última vez que le veré en mucho tiempo», se dijo a sí misma con desesperanza.

Y quedó un instante en silencio, con la boca ligeramente entreabierta, repitiéndose este pensamiento.

Acababa de descubrir que lo que verdaderamente le preocupaba, lo que le alarmaba y entristecía de manera absoluta, hasta obsesionarla —hacía dos noches que apenas dormía pensando en eso—, no era el hecho de que Martín marchase, sino la posibilidad de que no regresase jamás. Tal vez muriera estando lejos; o tal vez... tal vez encontrara algo, alguien, una mujer, que le retuviese lejos de allí, lejos de ella...

—No, Dios mío —murmuró—. No podría soportarlo.

Su corazón le falló un latido y por un momento se supo vacía por dentro, totalmente vacía. Trató de dominarse. Sin el menor esfuerzo logró sintonizar con el rezo y continuó desgranando el rosario y llevando la cuenta de manera automática.

—Haz que vuelva pronto, Señor, haz que vuelva pronto...

La mirada de Ceferina seguía fija en su nuca. Ana lo supo con total certidumbre, sin necesidad de mirar a la anciana con el rabillo del ojo.

—Quinto misterio doloroso: la crucifixión y muerte del Señor.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Ya no oía el caer de la lluvia. Imaginó la vieja ferrería desierta, el camino encharcado, el viento soplando por entre los árboles mojados, el pueblo casi a oscuras, con la luz de algún velón o algún candil brillando aquí y allá tras las ventanas. Y Martín y ella juntos, mirándose, despidiéndose.

—Se va, se va mañana.

Y de nuevo entornó, durante una fracción de segundo, los párpados. Ceferina tosió. Desde su reclinatorio, Ana giró levemente la cabeza para mirarla. Las manos de Ceferina, pequeñas, fuertes y gruesas, parecían desmenuzarse con implacable monotonía cada cuenta del rosario y adquirían a intervalos, a la luz de los hachones, el aspecto de manos largas y nobles, vagamente irreales.

—... llena eres de gracia, el Señor es contigo...

«¿Es que hoy el rosario no va a acabar nunca?», se preguntó Ana. Se sentía incapaz de dominar su impaciencia.

Tuvo deseos de levantarse del reclinatorio, salir corriendo de la iglesia e ir al lugar del encuentro. Podría hacerlo inmediatamente. Pensó en hacerlo. Adoptaría una actitud un poco triste y enfermiza, como si de repente le inundase un malestar físico, y le diría a Ceferina que no se encontraba bien, que tenía que irse, salir.

—Sí, puedo hacerlo —se dijo—. ¿Por qué no?

Pero permaneció inmóvil. No, era inútil y lo sabía. No engañaría a Ceferina con

aquellas excusas. Ni a Ceferina ni a nadie. Todos sabían que Martín y ella se amaban, que se amaban y que al día siguiente, a hora temprana, él abandonaría el pueblo. Era un secreto a voces. Si ella se levantaba ahora, si salía de la iglesia antes de terminados los rezos, todos la mirarían comprendiendo su pena. Y su comportamiento sería el eje de todos los comentarios, el centro de todos los chismorreos y habladurías de la localidad.

—Me compadecerían —musitó.

Y la idea de que alguien pudiera compadecerla le produjo una sorda irritación.

«Si al menos —pensó—, si al menos Ceferina no me acompañara hoy; si pudiera despedirme de Martín a solas». Pero sabía que Ceferina, que le era tan fiel y tanto la quería, que la había cuidado siempre como a una hija, no se lo permitiría. Permanecería discretamente a un lado, en las sombras, procurando no molestar, pero imponiendo como una callada coacción con su mera presencia.

«Debo quedarme hasta que termine el rosario. No puedo, no debo llamar la atención». Además, habían quedado en verse después del rosario, y tal vez Martín no estuviera todavía esperándola junto a la casona abandonada. Y aquel paraje, de noche, sin él... «Debo esperar».

Suspiró una vez más, silenciosamente. Ocultó la cara entre las manos para poder cerrar los ojos sin que nadie la viera, tratando de aislarse. Le pareció que así tenía a Martín más cerca, que de algún modo con aquel aislamiento, con aquel simple gesto de cubrirse la cara con las manos, anticipaba mentalmente el encuentro.

—Hoy será todo diferente —meditó—. Esta vez es para despedirnos. Mañana se va, mañana...

El pensamiento de su futura soledad le hizo daño. Se encontró de súbito desarbolada, despojada de cuanto le era necesario en la vida. Cuando él se fuese, cuando él marchase del pueblo, dentro de unas horas, ¿qué iba a ser de ella? ¿Acaso conseguiría soportar su ausencia? Porque podía estar ausente durante un año, o durante varios, o acaso... acaso no volviera a verle jamás.

«Y sin embargo —se dijo— hubo un tiempo en que, durante muchos años, él no significó nada para mí». La idea la asombró y tuvo las dimensiones de un descubrimiento que la dejó perpleja. ¿Era realmente posible que durante años, desde que eran niños, se hubiesen visto numerosas veces sin que ella adivinase lo que un día Martín había de representar en su vida?

La mirada de Ceferina seguía pesándole en la nuca.

—*Kyrie eleison.*

—*Christe audi nos.*

—*Christe exaudí nos.*

—*Páter de coelis Deus.*

—*Miserere nobis.*

Ana recordaba muy bien el momento de la revelación, el instante exacto en que la vida había adquirido para ella otro valor, otra significación, otro sentido.

—*Máter Creatoris.*

—*Ora pro nobis.*

—*Máter Salvatoris.*

—*Ora pro nobis.*

Las palabras salían de sus labios con el mismo automatismo con que sus dedos desgranaban las cuentas del rosario, sin poner trabas a su evocación.

Porque ya no se encontraba en la iglesia, sino junto a la ermita, entre la frondosidad de los castaños y robles y nogales. Volvía a aspirar el olor de aquella tarde primaveral; volvía a ver el agua del riachuelo, fresca y cantarina, y las piedras musgosas y resbaladizas por las que era tradición cruzar, con breves saltos, camino de la ermita de San Roque.

Todo desfilaba nítidamente delante de Ana: Ceferina blandiendo alegremente las rosquillas en una varilla de mimbre; el jubiloso y estimulante acento del chistu, sentimental y ligeramente agrio; el Padre Melchor bebiendo chacolí y coreando, con su voz suave y bien timbrada, una popular canción de la tierra; la breve ceremonia religiosa en la pequeña nave de la ermita rústica y luego la alegría de la pradera, estallante de músicas y risas y danzas y canciones.

Ana había saboreado aquella experiencia, aquel espectáculo, como una aventura. Se sentía excitada, feliz de hallarse inmersa en aquella actividad, feliz de participar en aquella algarabía, tan distinta en todo a la rígida frialdad de la torre y a la vacía monotonía de su vida cotidiana.

Y de pronto doña Engracia, la madre de Martín, se había acercado a ella para saludarla con una expresión que era a un tiempo familiar y aduladora.

Nunca había experimentado Ana simpatía alguna por aquella mujer obesa, de nariz pequeña y labios gruesos, cuya apariencia bondadosa desmentían sus ojos glaucos, fríos y penetrantes, muy hundidos en las cuencas. La opulencia presuntuosa de su atuendo y de sus modales contrastaba con la atmósfera de espontánea alegría popular que les rodeaba.

Y durante largo rato, durante todo el resto de la tarde, Ana tuvo que soportar su compañía, su verborrea, sus inacabables comentarios. ¡Qué sorpresa encontrarla a ella, una dama, allí! Aunque tampoco a ella le gustaban aquellos jolgorios populares. Demasiado vulgares, ¿verdad? ¿Y el señor don Santiago? ¿Se encontraba mejor? No, respondió Ana; su padre seguía igual, sin poder moverse de la torre, anclado en su sillón, junto al fuego, sometido a las interminables sangrías del licenciado Egaña y tomando pócimas que no aliviaban su salud ni ponían actividad en su cuerpo casi paralizado. Y doña Engracia: «¡Cuánto debe de sufrir! ¡Le gustaba tanto recorrer estos parajes e ir de cacería!». Ya no quedaban señores como él, no. Se estaba perdiendo el sentido del señorío y la hidalguía, iban desapareciendo los viejos y nobles modales, el respeto y el saber estar en su sitio. Claro: ¿qué podía esperarse de la vida en un pueblo de aldeanos y mineros? ¡Qué diferencia con la actividad social que poco a poco se iba creando en Bilbao, y no digamos de las fiestas, la fastuosidad

y la cortesía de Madrid! ¡Allí sí que era posible vivir, allí sí que sabían apreciar la educación y los modales de la cortesía más exquisita!... Su primo Antonio, que era clérigo y residía en la Corte y tenía la Cruz de Calatrava y entrada en palacio, le había dicho que...

—*Salus infirmorum.*

—*Ora pro nobis.*

Una mujer tosió, en los bancos del fondo, y su tos se extendió como un contagio entre varios fieles esparcidos por toda la nave. Otra vez sonaba el caer de la lluvia sobre el tejado y los cristales aplomados de la iglesia.

Y doña Engracia continuó hablando, hablando. ¡Su esposo tenía tanto que hacer cuidando de su herrería! Y tenía, además, participación en una mina. Por eso no asentaban residencia en Madrid. Porque «el ojo del amo engorda al caballo», ¿verdad? No, no podían ir a morar en la Corte. Tal vez más adelante... Ahora debían conformarse con ir de tarde en tarde a pasar unas pocas semanas. Claro que el viaje a la Villa y Corte resultaba realmente tan fatigoso, con tantas jornadas de trayecto y con aquellos pesados y molestos carruajes y aquellas insoportables ventas del camino... Pero su hijo, Martín, viviría otra vida; ya había hablado su primo el clérigo con influyentes personajes de la Corte para que el muchacho, que había perfeccionado sus latines en Salamanca...

Y Ana había depositado entonces su mirada en Martín, que permanecía al lado de su madre, un tanto taciturno y ensimismado, y se había acordado de cuando, niños ambos, le había recibido alguna vez en la torre cuando sus padres habían rendido visita de cortesía, y habían jugado juntos en el jardín.

Se saludaron sonriéndose en silencio, mientras los envolvía la palabrería de doña Engracia.

Ana sonrió también ahora, mientras rezaba, al evocar la escena.

—*Refúgium peccatorum.*

—*Ora pro nobis.*

—*Consolátrix afflictorum.*

—*Ora pro nobis.*

Habían vuelto los cuatro al pueblo en cuanto surgieron las primeras sombras, antes de que se iniciase la tradicional algarabía del regreso general. Ceferina caminaba ligeramente detrás, sin salirse nunca, ante extraños, de la compostura y el lugar que correspondían a una sirvienta; Martín, callado, con la mirada alargada hacia delante, fija en un punto inexistente del horizonte; doña Engracia, en medio, llevando a Ana a su derecha y hablando de las atenciones y gentilezas que su esposo y ella habían recibido de los más ilustres vecinos de Bilbao en una reciente visita que habían hecho a la capital del Señorío. El señor síndico había celebrado una cena en su honor y...

—*Regina sanctorum omnium.*

—*Ora pro nobis.*

—*Regina sine labe originali concepta.*

—*Ora pro nobis.*

Y de pronto había sucedido.

Ana resbaló junto al riachuelo, en la verde orilla poblada de altos chopos, tuvo un amago de caída y Martín, solícito y con movimiento rápido y natural, adelantándose a Ceferina, tendió a la muchacha el apoyo de su mano derecha mientras con el brazo izquierdo le rodeaba la cintura en ademán protector.

Fue como un calambrazo súbito. Ana sintió cómo su rostro quedaba sin sangre y cómo un segundo más tarde la sangre le subía a borbotones, a chorros, como en una herida interior, y las mejillas comenzaron a arderle con una intensidad inusitada.

Durante un segundo miró a Martín a los ojos y él sostuvo la mirada.

Luego ella tragó saliva, bajó la mirada, turbada, y dijo:

—Gracias.

Él no despegó los labios, limitándose de nuevo a inclinar levemente la cabeza. Habían seguido caminando en silencio, sin oír las palabras de doña Engracia, como ensimismados y ausentes. De vez en cuando se miraban a hurtadillas, temiendo y anhelando a un tiempo que sus miradas se encontrasen.

Y todo fue ya, para Ana, diferente: ella y Martín, el inacabable parloteo presuntuoso de doña Engracia y la sólida presencia callada de Ceferina, la chopera y el río, la ermita y el atardecer. Hasta el aire olía de distinta manera. Y la luz era más bella, y el paisaje se había transfigurado en algo mágico, y todo tenía un aspecto fresco y virginal, como respunteado de invisible rocío...

La habían dejado a la puerta de la torre, que se alzaba airosa y alta y maciza dominando el pueblo como una proclamación de tradición y señorío. Doña Engracia le había dicho algo referente a solicitar de don Santiago la venia para ir un día a visitarle y Ana había asentido sin saber que asentía, sin saber de qué hablaba la mujer parlanchina, atenta solo a no mirar a Martín y a no dejar traslucir su turbación.

—Adiós, Ana —dijo Martín, al marcharse con su madre.

—Adiós, Martín —musitó ella, como un eco.

Y a pesar suyo Ana había levantado la mirada y la había posado en los ojos de él y él la había contemplado gravemente, en silencio. Y de pronto se sonrieron suavemente.

Cuando entró en la torre, Ana permaneció un rato inmóvil, consciente de que había algo nuevo en ella, algo poderoso e inefable. Supo que su vida y sus emociones, en un breve instante, habían comenzado a girar sobre otros goznes, alrededor de otro eje. Tenía la impresión de que... no sabía cómo explicárselo a sí misma... de que, de algún modo, una semilla estaba germinando en su interior.

—¿Qué te pasa, criatura? —indagó, solícita, Ceferina.

—Nada —respondió Ana.

Trató de darle a su voz un acento natural, convincente. Pero tuvo conciencia de su fracaso.

Ceferina la contempló con redoblada atención y rio entre dientes.

—¿Por qué me miras así? ¿Por qué te ríes?

Ceferina continuó mirándola sin decir nada.

—Tienes dieciocho años, Ana. Ya eres una mujer —pronunció luego, con expresión entre risueña y maliciosa—. ¡Vaya con el señor bachiller! Pero algún día tenía que ocurrirte.

—¿Ocurrirme? ¿Qué quieres decir?

Corrió a encerrarse en su alcoba, sin esperar la contestación, y nada más cerrar la puerta rompió a llorar sin saber por qué, sintiendo una felicidad, una vergüenza y una turbación que la ahogaban.

Al día siguiente fue a misa esperando verle. Martín no estaba en el lugar reservado a su familia, junto a la cuarta estación del Vía Crucis; pero comenzada ya la misa notó el peso de una mirada en su espalda. Y no era, lo supo, la de Ceferina. Esta poseía un peso insoportable y gozoso, un peso casi físico que la envolvía como una red. Pensó: «Es él». Pasó toda la misa esforzándose en no volverse, en no mirar alrededor. Fue a comulgar y, al regresar a su reclinatorio, alzó la cabeza en un gesto solapado y se encontró con la sonrisa tenue de él, que le buscaba los ojos.

A la salida, Martín la saludó con aquel ademán suyo tan característico de inclinar ligeramente la cabeza. Apenas cruzaron unas palabras y, de la manera más natural, la acompañó hasta la torre mientras Ceferina caminaba detrás.

Así había comenzado todo, hacía dos años. Ahora...

—*Regina pacis.*

—*Ora pro nobis,*

—*Agnus Déi, qui tollis peccata mundi...*

—Se va —murmuró—, se va mañana, dentro de unas horas.

«Le pediré que me lleve consigo», decidió. «No importa lo que ocurra ni lo que digan. Pero con él, siempre a su lado». Sin embargo, sabía perfectamente que eso no podía ser, que eso no sería. Sabía también que Martín se asustaría si le proponía tal cosa.

—¡Dios mío! —musitó ahogadamente—. No podré soportar su ausencia.

Porque sin Martín ¿qué iba a ser de ella? Ya no le bastaban ni la presencia ni los cuidados de Ceferina, que había sido su consuelo y su compañía desde la muerte de su madre. Pero ahora, tras haber conocido a Martín... «No, ya no puedo vivir sin él». Sabiendo que iba a ver a Martín, pensando en su amor, en su presencia, o sabiendo simplemente que él estaba cerca de ella, en el mismo lugar, en el mismo pueblo, Ana se había sentido durante aquellos dos años con fuerzas suficientes para soportar el mal humor cada vez más intenso de su padre, sus quejas y su desamor.

Pero ahora que él se iba, ahora que ya no tendría la esperanza de verle casi cada día, de oírle decir que la quería, que deseaba hacerla su esposa, ahora, sin Martín, ¿qué iba a ser de ella?, ¿cómo iba a soportar aquella vida, aquel vacío?

—... *a prasenti liberan, tristitia et aeterna pérfrui laetitia. Per Chrístum*

Dóminum nóstrum. Amén.

El sacristán empezó a apagar lentamente cirios y hachones mientras el Padre Melchor se encaminaba a la sacristía. Por la puerta ahora abierta penetró en el templo un soplo de aire frío y mojado, un gran trozo de noche y de intemperie.

Ana se levantó del reclinatorio, cruzó la nave, se arrodilló al pasar ante el altar y salió presurosa, seguida de Ceferina.

II

Martín la esperaba junto a la vieja casona derruida, en un recodo del camino, recorriendo impaciente el breve trayecto que iba del destartado edificio de paredes musgosas hasta el grueso roble de ramas secas y agónicas que todavía permanecía milagrosamente en pie con el tronco calcinado. Varios inviernos hacía que permanecía así, hendido por el hacha violenta del rayo, con sus raíces que eran como grandes cordones umbilicales, como enormes tendones convulsos sumergiéndose y agarrándose muy hondo en la tierra.

—Temí que... temí que tal vez te hubiera sucedido algo, que tal vez no pudieras venir —dijo, al ver a Ana—. La espera se me ha hecho insoportable.

—¡Martín! —musitó ella.

Se fundieron en una sola sombra.

—Nadie es capaz de detenerme si tú me esperas. Iré donde tú quieras que vaya, haré lo que tú quieras. Y siempre será así, Martín. Recuérdalo.

Se escrutaron en la oscuridad y se enredaron sus dedos y sus miradas.

—¿Sabes, Ana? Aún no me he ido y ya estoy echándote de menos.

—Yo también.

Había escampado. El olor a tierra mojada se mezclaba al del moho y el hollín que impregnaban los muros de la casona abandonada. Unos pájaros batieron alas junto a la chimenea apagada.

Ana tiritó.

—Tiemblas —dijo él.

Y la estrechó con más fuerza.

—No es el frío —murmuró ella con un hilillo de voz.

Apoyó su cabeza en el hombro de Martín y de súbito rompió a sollozar con un llanto suave y entrecortado, apenas audible. Martín le cogió la cara entre sus manos y fue secándole las lágrimas con besos lentos.

—No me gusta verte llorar.

Ella se desasíó y retrocedió unos pasos para contemplarle mejor, para mirarle a los ojos.

—¡No te vayas! —imploró—. Martín, quédate.

Él tragó un suspiro.

—Me estás pidiendo algo que no puedo hacer, Ana. Y tú lo sabes.

«Tiene razón», pensó ella. Pero añadió vehemente:

—Aquí está tu familia, y yo, y todo cuanto es tuyo, cuanto es nuestro. ¿Qué necesidad tienes de ir a la Corte? ¿Para qué este viaje? No tiene sentido. No lo comprendo. Eso es lo que me exaspera, Martín.

Habían hablado muchas veces sobre la partida de él, sobre este momento, y ella siempre le había dicho lo mismo. Y Martín le había hablado de su madre, hija de escribano, que tuvo siempre ambiciones de señorío y nobleza, que odiaba las herrerías

y tenía un primo que residía en la Corte y tenía entrada en palacio. En vano había pretendido doña Engracia inculcar a su marido su obsesión social, su afán de grandezas.

—Mi padre tiene el mineral en la masa de la sangre —dijo Martín— y se siente orgulloso de su trabajo y de sus ferrerías. Ha echado raíces en las Encartaciones. Mi abuelo arrancó mineral de la montaña y lo moldeó con sus manos en la ferrería del Poval. Hoy mi padre se ha independizado, es un hombre rico. Ha creado por sí mismo una fortuna y una ferrería cuyas lanzas y espadas tienen fama en todo el país y en Inglaterra y Flandes. Pero sigue al pie del yunque con el entusiasmo de siempre.

Sí, Ana lo comprendía. Comprendía el orgullo y el enraizamiento del ferrón. Había visitado de niña la ferrería del Poval, con su presa remansando las aguas del río y su enorme mazo de doscientos cincuenta kilos de peso, con su enorme cabeza de hierro forjado y su mango de madera dura y nudosa que medía cinco metros de longitud.

Le había entusiasmado ver cómo un hombre corpulento, con un delantal de lona, ponía en movimiento el ruidoso mecanismo y hacía caer el inmenso mazo, con un golpe titánico y exacto, sobre el hierro al rojo vivo.

—Mi padre es un ferrón —dijo Martín—. Quiere ser enterrado aquí, bajo esta tierra, en estos montes de hierro. Mi madre, en cambio...

Ana imaginó sin esfuerzo a la mujer obesa y presuntuosa soñando durante años en que su hijo adquiriese la desenvoltura y los modales de los caballeros de la Corte, tratando de convencer a su marido de que Martín debía estudiar y adquirir la instrucción y las maneras elegantes que a él le faltaban, escribiendo y visitando a su primo el clérigo e insistiendo una y mil veces hasta que al fin Martín había recibido una invitación para que permaneciese algún tiempo a su lado en la Corte...

—Conoces a mi madre, Ana. Es la ambición de toda su vida. Y yo no puedo defraudarla.

Ana le buscó la mirada.

—Tú me quieres, ¿verdad, Martín?

Había una repentina duda en su voz.

Él la besó suavemente, palpándole luego la cara con sus manos frías.

—¡Ana! —murmuró con expresión de jovial reproche—. Estaré ausente un año. Acaso menos.

—¡Un año! —suspiró ella.

—A mi regreso compartiré con mi padre los asuntos de la mina y la ferrería. Nos casaremos en seguida. Aquí crecerán nuestros hijos, aquí, donde hemos crecido nosotros y nuestros padres y nuestros abuelos. Aquí plantaremos nuestra sangre.

Y extendió las manos en el aire, abarcándolo todo.

—Sí —musitó ella, y se encerró en el refugio de sus brazos.

Detrás de la negrura, al otro lado del camino, junto a una higuera, se hallaba Ceferina. Le preocupaba la proximidad del árbol y le irritaba su olor denso y

pegajoso. Porque la higuera es árbol de mal agüero. Ella lo sabía muy bien. Nuestro Señor Jesucristo maldijo a la higuera seca, y en una higuera se ahorcó Judas. Su sombra es peligrosa, su olor produce a veces calenturas y algunas enfermedades espantosas y cualquier persona que cae desde una higuera muere irremisiblemente. Se movía inquieta, nerviosa, mientras el alma se le llenaba de negros presentimientos. «No le diré nada a Ana», pensó. «No debo entristecerla, no debo angustiarse». Quedó escuchando. Las voces de ellos le llegaban muy diluidas y borrosas, rotas por el viento.

Ana miró hacia el otro lado del camino, horadando la oscuridad, tratando en vano de distinguir la silueta de la anciana. Crecían desapacibles el frío y la noche.

—Mi tío el clérigo —dijo Martín— es individuo de influencia y goza de la amistad y confianza del conde de Vélez. Me presentará a gentes influyentes, presenciaré comedias en los corrales, iré alguna vez con él a palacio.

Con voz que de pronto se hizo muy leve, como un susurro, musitó Ana:

—Tal vez conozcas alguna... alguna mujer más inteligente y hermosa que yo. Te cautivaré con su elegancia y sus afeites y atuendos y tú... tú...

Calló turbada, avergonzada de poner sus pensamientos en palabras. La risa de Martín se mezcló a la voz del viento que murmuraba por entre los árboles. Una rana croó en alguna parte.

—Me parece estar oyendo al Padre Melchor... —dijo.

Y añadió, tras una breve pausa:

—Mañana parto con el alba.

—Tengo miedo de perderte, Martín. Y no quiero, no quiero. No podría soportarlo.

—No me perderás, mi vida —prometió él—. Nunca. Te diré un secreto. Mi madre sabe lo nuestro. Creo que lo sabe desde aquella tarde de la romería en la ermita. En cierto modo creo que lo supo... antes que nosotros. Ella es nuestra mejor valedora, nuestra cómplice. Le emociona y enorgullece que yo, su hijo, pueda casarme con la hija de don Santiago. El señor de la torre, le llama...

Ana volvió a revivir el encuentro de la ermita, el incesante y afectado parloteo de doña Engracia, su acento adulator al preguntarle por su padre, su mirada de intenso brillo, su barbilla enérgica. Siempre que la encontraba en la iglesia le saludaba con el inevitable «¿Cómo está mi señor don Santiago?».

Ana movió la cabeza y se ovilló en el hombro de Martín.

—Me voy mañana. Al alba —repitió él.

La atrajo hacia sí y saboreó la humedad de su boca y fueron de nuevo una mancha borrosa bajo el cielo oscuro.

La voz de Martín adquirió de súbito un leve y soterrado acento de orgullo y desafío.

—Soy hijo y nieto de ferrón. ¿Crees que don Santiago me aceptará por yerno?

—Yo te aceptaré por esposo —dijo ella, con voz firme—. ¿Por qué no había de aceptarte mi padre por yerno?

Él movió la cabeza y se frotó las manos.

—Siendo muchacho, recuerdo haberle visto de caza, con sus perros y sus invitados y sus criados rastreadores. Cabalgaba como si toda la comarca le perteneciera, traspasando propiedades ajenas, destrozando sembrados y creando un temeroso respeto a su paso. Y nadie se atrevía a quejarse. A veces miro la torre y me parece vivir en otros tiempos más oscuros. Incluso ahora don Santiago se me aparece como un viejo señor de horca y cuchillo.

Quedó un instante en silencio.

—Más de una vez, a pesar mío, he temblado al pensar cuál sería su reacción si se enterara de nuestro amor, de nuestros proyectos... Creo que todo el pueblo lo sabe o lo sospecha... todos, menos él. ¿Le has dicho tú algo alguna vez?

—No —dijo Ana.

—¿Ves? Te ocurre lo que a mí. Le tienes miedo. ¿No es verdad?

Ana permaneció largo rato en silencio.

—Sí. Creo que... sí... le tengo miedo.

Cogió las manos de Martín entre las suyas y pronunció en voz alta y grave:

—En mi corazón yo te he aceptado ya por esposo. ¡Dios es testigo!...

—Ana, amor mío.

Sonó en la oscuridad la tos de Ceferina. Y no era una tos natural como la que hacía un rato había tenido en la iglesia, sino artificial y ruidosa, como un aviso, como un recordatorio.

—Debo irme —dijo Ana.

Y él musitó:

—Sí.

Se abrazaron furiosamente.

Ella se desasíó con suavidad y de nuevo le buscó la mirada.

—Te esperaré, Martín. Te esperaré siempre.

—Adiós, amor mío, esposa mía.

—Recuerda, Martín. Te esperaré.

—Sí —dijo él—. Volveré pronto. Te lo juro.

Se fue de prisa, perdiéndose en la noche, y de repente Ana sintió un vacío total dentro de sí.

—¡Vuelve pronto, Martín, vuelve pronto! —gritó con grandes voces.

Y rompió a llorar con un llanto ruidoso e incontenible.

Permaneció inmóvil, mirando delante de sí sin ver nada, hasta que notó el brazo de Ceferina apoyado mansamente en su cuello.

—Es ya tarde, Ana. Vamonos.

Caminaron lentamente, sin hablarse. No había luz alguna en aquel cielo cargado de negros nubarrones que parecía confundirse con la tierra. Unos hachones brillaban, con parpadeante luz de estrella, en la casa-torre, cuya arquitectura se incrustaba y diluía, confusa, en el tablero borroso del horizonte.

Junto a la verja de entrada hallaron al cirujano Egaña. Salía con pasos presurosos acompañado de un muchacho que portaba un pequeño bolso negro y una tea encendida.

—¡Dios mío! —exclamó Ceferina, alarmada. Y preguntó—: ¿Ocurre algo, señor licenciado?

Don Santiago se había sentido indispuerto, hacía cosa de media hora, y le habían mandado aviso con un criado.

—Ahora se encuentra mejor. Le he indicado la conveniencia de que se acostase inmediatamente, pero no me ha hecho caso. Está empeorando. Es necesario que se cuide...

Miró a Ana, observándola tras los gruesos cristales de sus antiparras, y la encontró ensimismada, ausente. Elevó luego la mirada al cielo y se arremolinó en su capa. El viento se iba haciendo por momentos más frío y ululante, más destemplado.

—Los años... y este tiempo tan irascible y húmedo... —explicó vagamente—. Sí, tiene que cuidarse...

«Martín se va, se va», pensaba Ana, hundida en sí misma. «Se va. Mañana, cuando vaya a misa, él no estará ya en el pueblo». No había dentro de ella espacio para otras emociones.

El señor licenciado seguía hablando de la salud de don Santiago. Había extraído al enfermo quinientos gramos de sangre del brazo derecho y doscientos cincuenta del hombro izquierdo y le había preparado una enema que contenía antimonio, sal de piedra, hojas de malvavisco, violetas, raíces de remolacha, cochinilla, flores de camomila, semillas de hinojo, linaza, semillas de cardamomo, canela, azafrán y aloes.

Lo explicó con su voz lenta y grave, de acentos parsimoniosos un poco petulantes. Tenía fe en los efectos curativos de las plantas. Conocía cuanto al respecto habían escrito Agripa, Alberto el Grande y Dioscórides. Creía a pies juntillas en las enseñanzas del herbolario y médico de Mitrídates VI, rey del Ponto, que vivió por los años setenta de la era cristiana y había compuesto un libro con dibujos y descripciones de todas las plantas conocidas y sus poderes médicos.

—Lo que no curen las sangrías —le dijo a Ceferina— lo curan las plantas.

Él lo sabía por experiencia propia. Recomendaba vahos de laurel para quitar el sarampión; fresnillo, en infusión, para regular el flujo menstrual; manzanilla, también en infusión, para las molestias estomacales y en polvo contra la tos y el hipo; narciso, en loción, para endurecer los senos; hojas y corteza de pino para curar la impotencia; zaragatona para poder estar mucho tiempo cabeza abajo y asegurar el riego sanguíneo del cerebro; flores de verbena mezcladas con semillas de peonía para la debilidad senil; árnica para provocar el estornudo y desatranca, como él decía, las vías respiratorias; nabo para el dolor de muelas; anís verde para mejorar la vista; verbena para vencer la senilidad. Contra la tisis y el asma él mismo llevaba, en un saquito, bajo las axilas, hojas y cortezas de encina pulverizadas. Sabía que la brionia desviaba a los rayos y que para hacer crecer el pelo no había remedio mejor que frotarse la

cabeza con acónito o con perejil machacado.

Ana le escuchaba sin oír, le miraba sin ver.

—Mañana volveré a visitar a don Santiago —musitó el licenciado—. Tal vez sea necesaria otra sangría.

Contempló un instante a Ana.

—Doña Ana...

Inició una reverencia y echó a andar detrás del muchacho, que a un gesto suyo se había adelantado unos pasos e iba rompiendo sombras e iluminándole el camino.

—¡Jesús bendito! —exclamó Ceferina, santiguándose—. Tal vez don Santiago haya preguntado por nosotras. Vamos, criatura, apresúrate.

Don Santiago estaba en el salón, sentado en el sillón frailuno ante la chimenea encendida. El perro lobo, de inmensos ojos relucientes, estaba echado a sus pies. Como siempre, Ana se supo inconscientemente llena de miedo y odio hacia el animal.

Ahogó un suspiro esforzándose en desasirse de su dolor y en no pensar en Martín.

—¿Cómo te encuentras, padre?

Era su pregunta constante, la única que fluía de sus labios con naturalidad al hallarse ante él. Era, como el rezo del rosario de aquella tarde, algo que brotaba de ella sin ocupar su mente.

Don Santiago no la miró. Apretujó la manta que le cubría las piernas y ordenó:

—Aviva el fuego.

—¿No estarías mejor en tu alcoba, acostado? La noche es desapacible. Estos muros rezuman humedad.

—Aviva el fuego —repitió él.

Que la chimenea estuviese constantemente encendida; eso era lo único que parecía preocuparle, lo único que para él parecía tener importancia. Hacía más de seis años que no abandonaba la torre. Pasaba los días ensimismado en el salón, siempre sentado en el mismo sillón y en idéntica posición, siempre con las mantas cubriéndole las piernas, el perro echado a sus pies y la chimenea encendida. Un olor a castaño y a roble llenaba la estancia.

Ana se inclinó para arrojar unos leños y avivar las llamas.

—Te he llamado varias veces. ¿Puedo saber dónde te hallabas?

En la voz de don Santiago, fría y contenida, latía un sople de irritada hostilidad.

—En la iglesia —contestó Ana.

Estuvo a punto de añadir, con acento desafiador: «Luego he ido a despedirme del hombre al que amo, del hombre al que quiero y acato como esposo». Pero se serenó y contuvo las palabras en la punta de la lengua.

Miró a su padre y tuvo, de pronto, pena de él: pena de su tristura y de su soledad, de su carácter malhumorado, de su vejez y enfermedad, del rictus amargo que desde hacía años endurecía su boca, de sus miembros entumecidos, de su desvalimiento y misantropía.

La madera ardía con sabroso chisporroteo, caldeando con su brillo rojizo a don

Santiago y al perro. Sin embargo, al otro lado de la estancia, inmensa, de anchos muros de piedra, hacía frío húmedo.

—¿Necesitas algo? —preguntó Ana—. ¿Le digo a Asun que te caliente la cama?

Todo el día, hiciese frío o calor, debía estar la chimenea encendida. Y cada noche, a lo largo del año, poco antes de que don Santiago se acostara, una sirvienta debía calentarle un rato el lecho yaciendo en él.

Don Santiago movió la cabeza.

—¿Tan pronto te cansas de mi presencia? —preguntó.

Pero no había tristeza en su voz; tan solo, acaso, una sombra de reproche y sarcasmo.

Ana no dijo nada.

—Te he hecho una pregunta, Ana. ¿No vas a responderla?

—Estás indispuesto, padre. Debes cuidarte.

—Me odias, ¿verdad? —preguntó él—. ¿O es que mi propia hija me tiene miedo?

—No, padre. Por Dios...

Pero él tenía razón. A Ana le atemorizaba y coaccionaba la presencia de su padre. Siempre tenía la impresión de hallarse ante un enemigo. De algún modo, al encontrarse ante él, un muro de antagonismo se levantaba entre ambos. Don Santiago parecía reprocharle constantemente algo, culparla de algo.

—Estoy cansada. Yo tampoco me siento bien. ¿Puedo retirarme?

En la chimenea crepitó un leño, derramando una lluvia de chispas. El perro enderezó las orejas e inició un bostezo. El pabito calcinado de un cirio moribundo arrojaba una tenue espiral de humo.

Durante varios minutos los rodeó un silencio denso y agobiador, solo roto por el sonido de las llamas, que al arder producían un sonido extraño, como chasquidos de dedos, y por el golpear de la lluvia en las dos pequeñas ventanas. Llovía con intensidad, ruidosamente. El viento había amainado.

—¿Deseas algo? ¿Puedo retirarme? —repitió Ana.

Y trató de recordar cómo había sido él antes de la muerte de su madre, antes de la muerte de Javier. ¿Había sido más comunicativo, más... más humano? ¿Era la muerte de la esposa y del hijo lo que le había convertido en aquel ser frío y reconcentrado y huraño? ¿O había sido siempre así? No supo contestar con precisión a sus preguntas. Pensó: «¡Ha pasado tanto tiempo!»; y suspiró calladamente.

—Vete —dijo don Santiago.

Lo dijo sin brusquedad, sin ira, sin tristeza.

Ana corrió a encerrarse en su alcoba. Pretextó una excusa para no bajar a cenar, sintiéndose sin fuerzas para enfrentarse nuevamente con su padre en la gran mesa. Se sentía, también, oscuramente temerosa de la presencia muda y movediza del perro. Todos los días vencía su deseo de encerrarse a solas en su alcoba y no bajar al salón a cenar. Pero hoy no, hoy no podría resistirlo. «Martín se va, se va».

Pasó gran parte de la noche en vela. Pensó en Martín y recordó aquel día en que

Javier salió de la torre, orgulloso de acompañar a don Santiago en la cacería, y volvió horas más tarde en brazos de dos criados que le traían muerto a consecuencia de una caída del caballo. Ana recordaba de manera vivida y obsesiva la mirada de su padre al posarse de súbito en ella: una mirada que ella había vuelto a ver en sus ojos en otras ocasiones desde entonces, una mirada en la que Ana había leído el pensamiento que llenaba la mente del señor de la torre: «Él era varón y hubiera transmitido mi apellido. Él era como yo: amaba la caza y las armas». Y luego el interrogante terrible, el reproche acusador: «¿Por qué no has muerto tú en su lugar?».

Ya muy entrada la madrugada, con la lluvia que de nuevo caía espaciada, con ritmo suave y acompasado, mecedor, Ana se sumergió en un sopor poblado de recuerdos: la triste sonrisa de su madre muerta hacía ya doce años; la música y la algarabía de la romería en la ermita; el gesto alegre de su hermano Javier, a caballo, partiendo de cacería; la inacabable parlotería y la barbilla enérgica de doña Engracia; la mirada de su padre acusándola en silencio. Y las manos, la sonrisa de Martín, el sabor de su boca, su voz diciéndola «esposa mía», la vieja casona derruida, la oscuridad de la noche, la lluvia, el roble hendido por el rayo y Ceferina tosiendo en señal de recordatorio al otro lado del camino...

Despertó sobresaltada y sudorosa, con la cara sucia de lágrimas. Pensó: «Se ha ido, se ha ido». Y durante un rato permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, respirando agitada.

Se levantó, fue a la ventana y quedó mirando la mole de las montañas recortándose a lo lejos, las aguas del río que brillaban espejeantes como si fuesen de metal derretido, el convento franciscano junto al pequeño bosque de castaños y nogales, las casas, que aparecían como recién lavadas, diseminadas en el paisaje verde y húmedo, la herrería con su alta chimenea de rojo ladrillo ennegrecido y las campanas de la iglesia, que volteaban extendiendo en el aire frío de la mañana su voz grave y monótona y pausada. Desde aquella parte de la torre no se veía la casa de Martín.

—¿Y para qué quiero verla? —se preguntó melancólicamente—. Él no está. Se ha ido, se ha ido.

Y la anegó una desesperanza infinita, un dolor y una sensación de soledad y desamparo como nunca pensó que pudiera haber dentro de un ser humano.

—No voy a poder resistirlo —murmuró—. ¡Virgen María Santísima, ayúdame, ayúdame!

Contuvo un sollozo y abarcó con la mirada un gran trozo de paisaje.

Fue entonces cuando vio por primera vez, a lo lejos, bajando la ladera del monte, al hombre del cayado y al niño que tocaba el tamboril.

III

Los volvió a ver unas horas después, en la plaza, en medio del bullicio del mercado semanal. Hubiera querido permanecer todo el día encerrada en su habitación, sin hablar con nadie, sin ver a nadie, nutriéndose de su dolor y desesperanza.

Pero Ceferina no se lo permitió.

—Hoy es día de mercado, Ana. Y necesitas distraerte un poco, tomar el aire. Además, ¿quieres que tu padre sospeche lo que te sucede?

Y habían ido a la plaza.

El niño tocó el tamboril, reclamando atención, y acto seguido el hombre, con meditada lentitud, con voz un poco ronca y carraspeante, se dirigió a la multitud.

—Soy saludador, curador de las picaduras de la tarántula y mordeduras de alimañas. Por la gracia de Dios... bendito sea el nombre de María, su Santísima Madre... he recorrido Castilla y León, Navarra y Aragón, y el Señorío de Vizcaya, llevando bienestar a los cuerpos enfermos. Pero para vuestra instrucción y esparcimiento y para la salvación de vuestras almas os traigo también relatos que no son patrañas ni invenciones, sino verdaderos e importantes sucesos acaecidos más allá de estas nobles tierras encartadas.

Hizo una pausa para aclarar la voz.

—Oíd, oíd primero la pavorosa historia de la bruja María de Zozaya y de los aquelarres de Zugarramurdi y del auto de fe celebrado en Logroño en el año de gracia de 1610. Y que, oyendo esta terrible y verídica historia, todos demos gracias a Dios Nuestro Señor por su misericordia y a nuestra Santa Madre Iglesia por su sabiduría. Amén.

El público se congregó en torno al hombre y cesaron los pregones de los vendedores y los comentarios de los corrillos.

El niño tocó nuevamente el tamboril —el redoble de los palillos sobre la piel tensa más sonaba a pandero que a tambor o a tamboril— y proclamó luego, con voz alta y ligeramente chillona:

*Esto no es juglaría,
que es verdad verdadera.
Escuche el pueblo fiel
la relación primera.*

No parecía contar más de siete años. Era delgado, casi escuchimizado, de pequeña estatura y ojos grises de expresión huidiza que parecían no mirar a ninguna parte.

Aunque estaba allí, recitando con voz temblorosa, rodeado de gente, Ana tuvo la impresión de que ignoraba la presencia del gentío que corría a agolparse a su alrededor. Emanaba de él una sensación de soledad, de desamparo. «¡Pobre niño! —pensó Ana—. ¡Cuánto ha debido de sufrir!». La anegó una gran lástima hacia él. De

algún modo, se supo inconscientemente liberada de su propio dolor al dejar de compadecerse a sí misma para habitarse de compasión hacia aquel niño tímido y huraño, serio y ensimismado, en cuya mirada creyó descubrir un latido a un tiempo hostil y doloroso.

Le vio clavar en tierra un palo del que colgaba un cartelón con varios dibujos trazados con rasgos torpes. Luego, de nuevo, el niño batió el tamboril.

—Atención, buena gente —gritó el hombre.

Subió a un pequeño banco a manera de estrado y, con gestos levemente gesticulantes, abrazando con la mirada a cuantos le rodeaban, comenzó su relato:

*Tamaña noticia nadie la creyera
si no hubiera pruebas de que ella existiera.
Oíd, pues, noble pueblo, con gran atención,
de aquestos sucesos triste relación.*

La delgada vara que el hombre tenía en la mano derecha señaló el primer dibujo del cartelón: una mujer vieja, fea de toda fealdad, desnuda, de carnes flácidas, de cabellera desgredada, arrodillada a los pies del demonio, representado en figura híbrida con cabeza de macho cabrío, con grandes cuernos cuyas puntas arrojaban llamas, dos pezuñas, rabo y manos de hombre.

*María de Zozaya llámose esta mujer
cuyos terribles hechos vais ahora a conocer.*

El recitador estaba consciente de la expectación despertada. De todas sus relaciones de sucesos verídicos aquel era el que más interesaba en todos los pueblos por los que pasaba. Al tornar a algunos de ellos, al cabo del tiempo, los propios lugareños que ya le habían escuchado hacía meses, o años, le pedían que volviera a recitárselo. Él mismo había compuesto los versos, procurando darles un tono arcaico y popular, y estaba muy orgulloso de ellos.

Su vara señaló el segundo dibujo, que representaba a un niño destripado por tres brujas en el aquelarre:

*En Zugarramurdi, con gran perversión,
del culto al demonio hizo profesión.
A niños mataba, almas pervertía.
María Zozaya no se arrepentía.*

El niño tocaba el tamboril en determinados pasajes del relato, tratando de crear un mayor clima de tensión.

Ana le miraba tristemente. Aquel niño, no sabía por qué, le intrigaba. Sentía de manera casi física, casi tangible, la intensa sensación de soledad y desvalimiento que emanaba de él. Al mismo tiempo, sin embargo, Ana creyó percibir en él algo semejante a una inexpugnable fortaleza interior, algo que, a manera de escudo, le hacía inmune al dolor, invulnerable a las emociones humanas. «Tal vez haya sufrido tanto que ya no puede sufrir más», se dijo. Y pensó en sí misma y en Martín y ahogó

un suspiro, tratando de fijar su atención en las palabras del recitador.

Durante media hora, con su voz ronca y su ademán histriónico, el hombre fue desarrollando la historia punto por punto, sin omitir los nombres de sus más célebres protagonistas y subrayando algunos pormenores macabros y espeluznantes, pero sin desvirtuar la fidelidad de los sucesos.

Un escalofrío cercaba la plaza.

*En Logroño, la Santa Inquisición
a Zugarramurdi mandó una comisión.*

Siguiendo el hilo del recitado, blandía con movimientos farandulescos la vara para señalar los diversos dibujos.

*Era el año mil y seiscientos diez entrado.
Era inquisidor don Juan Valle Alvarado.*

Ana escuchaba atentamente. Ceferina, toda ojos y oídos, temblaba levemente con gozosa agitación.

El señor inquisidor realizó numerosos interrogatorios y recopiló centenares de denuncias en los meses que pasó en Zugarramurdi. Fueron considerados posibles servidores del demonio algunos niños, a quienes se perdonó por su corta edad como víctimas inocentes, y más de trescientos adultos, hombres y mujeres de Zugarramurdi y de varias leguas a la redonda.

*La noche era su reino, que la mañana no.
El demonio es la sombra y la Iglesia es el sol.*

En el silencio que apretaba de pronto a la plaza cuando callaba, en el hueco de sus palabras, se oía, excitada, la respiración de algunas mujeres.

Pesaron sobre los sospechosos las más diversas y terribles acusaciones: sobre los brujos más antiguos, los «maestros», la de haber ganado con malas artes, para la devoción del demonio (llamado también Macho Cabrío, Gran Cabrón o Diablo Cojuelo) a muchos de sus parientes y vecinos que hasta aquel momento se habían comportado como fieles y sumisos hijos de la Iglesia; sobre los demás, hombres y mujeres, recayó la acusación de haber ingresado en la orden del diablo, de haberle adorado prometiéndole obediencia, de haber permitido que les sacara sangre del cuerpo y les imprimiera con su uña, en la niña del ojo, la forma de un sapo, señal y símbolo de su potestad; de haber convencido con engaños a niños menores de cinco años a que los acompañasen al aquelarre y jurasen dedicación y acatamiento al príncipe de las tinieblas; de haber renegado de Dios, del Bautismo, de la Confirmación y de todos los cultos y dogmas y personas y jerarquías y enseñanzas de la Santa Madre Iglesia; de haber renegado asimismo de sus propios padres y parientes, consagrándose enteramente a la obediencia del demonio; de haber provocado la muerte de personas y animales domésticos con sus ponzoñas y maleficios; de haber levantado con sus conjuros y artes infernales tempestades que

devastaron las cosechas; de haber adoptado la apariencia de gatos, perros, cabras, ovejas, lobos y otros animales y haber causado daño a sus convecinos...

*Hombres mataron, campos asolaron.
Al pueblo fiel católico amedrentaron.*

El niño del tamboril permanecía silencioso, inmóvil, ausente. «Martín se ha ido, se ha ido», pensaba Ana. Ceferina se santiguaba con frecuencia.

Todo desfilaba en las palabras del recitador: las manadas de sapos cuya grasa era necesaria para la elaboración de untos y que el diablo daba a guardar a los niños brujos para que los trataran con suma devoción (algunos de los sapos iban vestidos y de sus cuellos pendían cascabeles); los padres que, aterrados, durante la noche preservaban a sus hijos de la influencia o del rapto de las brujas con reliquias y agua bendita o sujetándolos con cuerdas a la cama; el sapo que a manera de guardián y compañero recibía cada neófito en la ceremonia de admisión; la promesa de cuantos participaban en el aquelarre de no persignarse ni santiguarse ni pronunciar jamás el nombre de Jesús ni el de su Santa Madre; el ritual de adoración al macho cabrío, al que todos debían besar en sus partes traseras; la bendición del demonio a los neófitos; el asesinato de niños para cocerlos en las calderas del aquelarre o, si no estaban bautizados, para servirse de su sangre y de su grasa y de diversas partes de sus cuerpos para la confección de ungüentos y pócimas; la alegría de los brujos en proclamar sus atrocidades para ser aplaudidos por los demás asistentes y recibir los parabienes del Señor de la Noche; la orgía desenfrenada en la que todos participaban en horrenda mezcolanza...

Todo estaba en el relato y todo lo escuchaban entre embelesados y estremecidos cuantos habían acudido al mercado. La plaza era un temblor multitudinario, una concentración de pavor. El miedo y la excitación eran algo tangible, concreto. Ana estaba horrorizada. La náusea y el susto se le subían a la garganta. Pero permanecía allí, inmóvil al lado de Ceferina, escuchando aterrorizada y fascinada al recitador.

*La satánica asamblea se deshacía
cuando cantaba el gallo al llegar el día*

Todo estaba en la relación versificada por el hombre de los ojos hundidos y el ademán histriónico y la vara en la mano.

No omitió tampoco los nombres de algunos de los brujos más destacados de las reuniones de Zugarramurdi: la «reina del aquelarre», Graciana de Barrenechea; el «alcalde de los niños», Martín Vizcar; las «maestras». María de Zozaya —la contumaz, la horrenda María de Zozaya— y María Chipia; el «verdugo». Joanes de Echaler, encargado de ejecutar los castigos que imponía el diablo; el chistulari que alegraba el aquelarre, Joanes de Goyburn, y el tamborilero Juan de Sansín...

*En ellos no habitaba ni fe ni luz.
A los hombres odiaban, maldecían la cruz.*

El inquisidor don Juan Valle Alvarado escuchó, miró, interrogó, careó, consultó, sopesó y trató durante varias semanas de delimitar odios y sospechas, rumores y certidumbres, venganzas y falsedades, realidades e hysterismos. Estableció culpas y responsabilidades, y...

*Presos fueron los brujos, más de cuarenta,
y a Logroño llevados a rendir cuenta.*

Dieciocho de entre los convictos y confesos fueron sentenciados a diversas penas y reconciliados con la Iglesia por haber hecho general confesión de sus pecados con grandes muestras de arrepentimiento. María de Zozaya confesó sus culpas sin manifestar contrición alguna. Fue quemada en la hoguera con otros seis compañeros de aquelarre. También fueron sentenciados a muerte y quemados en la pira de la Inquisición, en efígie, cinco acusados que habían fallecido durante los meses en que se realizaron las indagaciones.

El relato había concluido.

Redoblaron los palillos del niño sobre la piel del tamboril. El hombre enrolló parsimoniosamente el cartelón y, persignándose, recitó las palabras finales:

*De las brujas de Zugarramurdi
esta es la horrenda historia.
Seamos hijos fieles de la Iglesia
para entrar en la Gloria.*

Reinó un momento de desconcertado silencio entre la muchedumbre. Luego todos se pusieron a hablar nerviosamente, en corros. Una mujer se arrodilló y rezó un padrenuestro.

Cayó alrededor del hombre el aplauso agradecido en forma de monedas de cobre y frutas y hortalizas. Se le hizo la oferta de un pajar en el que descansar mientras permaneciesen en el pueblo y la petición de que les contara otro suceso. Dos mujeres y un anciano se acercaron a él, expectantes, para suplicarle que con su música los curara de la picadura de la tarántula y de la mordedura de unas alimañas. Volvieron a sonar pregones y las mujeres curiosearon por entre los puestos de la plaza.

Ana dijo a Ceferina:

—Mira ese niño. ¿No te da lástima? Anda, démosle algún dinero.

Fueron juntas en busca del niño, que se agachaba en aquel momento para recoger las monedas diseminadas por el suelo.

Ceferina le tocó suavemente en la espalda y él volvió la cabeza, la miró, miró a Ana, se incorporó, extendió una mano pequeña y sucia en la que Ceferina depositó una moneda de plata, y quedó un rato ante ellas, silencioso e inmóvil. Luego volvió a agacharse sin decir nada.

Ana y Ceferina echaron a andar lentamente por entre el gentío que llenaba bulliciosamente el mercado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Ceferina.

Ana asintió.

—¿Cuántas veces vas a hacerme la misma pregunta?

—Las que hagan falta —respondió Ceferina con voz firme—. ¿Crees que me engañas con tu compostura y el sosiego de tu rostro? No me he separado de ti desde que naciste, Ana. Quiero que seas feliz.

—Lo sé.

Ana le miró con cariño a los ojos.

—Durante todos estos años —musitó— te he tenido siempre a mi lado, siempre al alcance de mi voz cada vez que te he necesitado, siempre cuidándome y protegiéndome y tratando de hacerme dichosa. No sé qué hubiera sido de mí sin tu compañía.

Ceferina sonrió, dichosa.

—Ahora te necesito más que nunca —dijo de súbito Ana—. Ahora que él no está me siento... no sé...

Y se mordió levemente el labio inferior.

—Volverá pronto, criatura. Todo se arreglará, ya verás. Tú ten fe, ten fe, Ana.

Ana movió angustiadamente la cabeza. El agua de unos charcos del camino brillaba al sol.

—Tengo fe. ¿Crees que podría resistirlo si pensase que no ha de regresar?

Fue entonces cuando vio a doña Engracia. Dijo:

—Vamonos ya, Ceferina.

—Pero...

—Vamonos. No quiero hablar con doña Engracia.

Se había llenado de confusión al verla, ruborizada por el pensamiento de que aquella mujer conocía su amor por Martín.

Quiso echar a andar, darle la espalda, esquivar su mirada. Pero ya era tarde. Doña Engracia se dirigía hacia ella.

—Buenos días, Ana —saludó.

Lo hizo en voz muy alta. Se la notaba deseosa de que todos fuesen testigos de la familiaridad con que trataba a la hija del señor de la torre. Prescindió ostensiblemente del tratamiento como concediéndose a sí misma un privilegio.

—Buenos días —musitó Ana.

Iniciando un cortés ademán de saludo, Ceferina retrocedió unos pasos para situarse detrás de las dos mujeres.

—Quería hablarte, Ana —dijo doña Engracia.

La cogió familiarmente del brazo y caminaron despaciosamente por la plaza. La muchedumbre se separaba abriéndoles paso.

—Hace unas horas, al partir, Martín me pidió que te saludara. Me rogó que te dijera...

Sonrió ampliamente. Respondió con ademán condescendiente al saludo de algunas vecinas y sus ojos, brillantes, se posaron en la muchacha con un destello

malicioso.

—Ya sabes... Me di cuenta en seguida de... de lo vuestro. Cuando aquella noche volvimos a casa y vi a Martín caviloso... y cuando los días siguientes salía nervioso y volvía feliz, hablándome de ti...

Ana quedó en silencio. Se esforzó en no mirarla, sintiéndose azorada y confusa.

—Ahora que ya lo sé todo, y que él se ha ido, tienes que venir con frecuencia por casa, Ana. Hablaremos de él, le recordaremos juntas.

Miraba a derecha y a izquierda, esponjándose como un pavo real. El orgullo emanaba de ella como una aura.

—Lo haré, doña Engracia.

—Me ha dicho que cuando escriba mandará alguna misiva para ti. Yo te la entregaré directamente tan pronto como la reciba. Y si deseas hacerle llegar alguna noticia tuya, algunas letras...

—Muchas gracias.

El niño del tamboril comía unas nueces sentado en el suelo. Las nubes grises se deshacían como humo en el cielo, cada vez más blanco y azul.

—Ya somos dos a rezar por él —suspiró doña Engracia ruidosamente—, a pedir a Dios que nos lo conserve y devuelva sano y salvo.

—Sí —dijo Ana.

Se ahogaba por momentos.

La cara se le había enrojecido con un intenso rubor de horno que le ponía fiebre en las mejillas. Balbució desesperadamente unas palabras de pretexto y se despidió prometiéndole una próxima visita a su casa.

Doña Engracia le golpeó cariñosamente una mejilla con sus manos de dedos gruesos y cortos, muy enjorjados.

—¡Ay, estos enamorados! —exclamó con voz que tenía un acento de jovialidad y nostalgia.

—Hasta pronto, doña Engracia.

—Sí, hasta pronto, hija.

Ana se alejó caminando muy erguida. Procuró atemperar su jadeo y su nerviosismo. Estaba como mareada.

—Me ha pedido que vaya a visitarla —explicó a Ceferina— para que hablemos de él. Dice que ella también rezará por su regreso.

—Es su madre... —observó vagamente Ceferina.

Ana no despegó los labios.

En aquel momento doña Engracia despertaba en ella, al mismo tiempo que la oscura antipatía que siempre le había inspirado, una confortable sensación de apoyo, casi de complicidad. Nunca le había agradado aquella mujer. Le había violentado extraordinariamente oír sus palabras, su afán de establecer un lazo de familiaridad, aquel gesto suyo de golpearle levemente en una mejilla en señal de cariñosa despedida... Pero ahora las dos tenían una misma cosa en común: su preocupación

por Martín.

Preguntó Ceferina:

—¿Irás a verla?

Ana miraba fijamente delante de sí.

—Sí. Pero... no hoy, ni mañana. —Se la veía vacilosa—. No sé. Otro día...

Le violentaba la perspectiva de hallarse nuevamente frente a ella. En cierto modo, hablarle a doña Engracia de Martín era para Ana como... no sabía cómo expresarlo. Movi6 la cabeza, dudosa. Sí, como confesarse fuera del confesionario, decidió. O como desnudarse delante de alguien. Se imaginó a sí misma diciéndole a doña Engracia lo mucho que amaba y necesitaba a Martín, lo mucho que pensaba en él, lo mucho que le necesitaba, y el mero pensamiento la avergonzaba hasta la raíz más honda de su ser.

—No, no iré hoy a ver a doña Engracia —repitió.

Pero algún día, cuando la ausencia de él se le hiciese insoportable, cuando necesitara imprescindiblemente hablar de Martín con alguien... entonces sí, entonces rendiría a doña Engracia la visita prometida.

Recordó el orgullo y la obsesión social de la mujer, su acento adulador al referirse a don Santiago, la mirada fría y calculadora de sus ojos, su barbilla enérgica, la paciente tenacidad con que a lo largo de años había mantenido y realizado su designio de enviar a Martín una temporada a la Corte, y se supo habitada por el alivio al pensar que tenía en ella una aliada y no una enemiga.

«No ve en mí a la mujer que soy, sino a la hija del señor de la torre», se dijo. Pero esto no le importaba a Ana. Lo importante, pensó, era que doña Engracia veía con ilusión sus relaciones con Martín y su proyecto de matrimonio. Hacía un rato, al saludarla en el mercado, doña Engracia se había comportado vulgarmente. Ana se irritó de súbito al evocar sus palabras, la familiaridad con que la cogió por el brazo, su aire de complicidad y sus dedos pequeños y cortos, presuntuosamente enojados, tocándole la cara.

—¿Te es simpática doña Engracia, Ceferina? —preguntó de pronto.

La anciana la miró de reojo.

—¿Va a ayudarte en lo de Martín? ¿Te mandará él sus noticias a través de ella? La enorgullece mucho pensar en ti como en su futura nuera, ¿verdad?

—Sí.

—Yo querré siempre a todos los que te quieran, Ana —dijo Ceferina—, a todos los que sean buenos contigo.

Añadió:

—Doña Engracia domina a su marido y a su hijo. Si ella desea que Martín vuelva pronto, para casarse contigo... él volverá pronto.

«Sí, volverá pronto», decidió Ana, feliz. «Volverá por mí, porque me lo ha prometido, porque me ama, y porque así lo ha dispuesto doña Engracia».

Aquella noche Ceferina no pudo dormir. No conseguía olvidar los negros

presentimientos que le habían habitado la tarde de la despedida al pie de la higuera. Estaba nerviosa, desasosegada. ¿Regresaría realmente Martín? La pregunta, la duda, le hizo daño, un daño casi físico. Se sintió indignada y dolorida al pensar que Martín podía no volver nunca más. En vano trató de calmarse pensando en doña Engracia y en su orgullo al conocer las relaciones entre su hijo y la hija del señor de la torre. Aspiraba de nuevo el olor de la higuera, recordaba el augurio funesto de los pájaros aleteando sobre el tejado de la casona abandonada, y una oleada de inquietud se le subía a la cabeza y al corazón.

—Tengo que hacer algo por ella —murmuró—. Tengo que ayudarla. Es joven y está enamorada. No conoce la malicia y sinsabores del mundo.

Se enfadó consigo misma por no haber dado a Martín alguno de los remedios que ella conocía para asegurar su amor y fidelidad. La Damiana, por ejemplo, causaba pasiones amorosas. Y el lirio aseguraba la castidad y fidelidad de los ausentes. Pensó: «Debí haber dado a Martín, para que la llevara al cuello, una pequeña bolsa con flor de lirio. Así su amor y su regreso estarían asegurados». Otro remedio infalible era coger en la noche de San Juan, justo al dar las doce, hierba énula campana. Secándola, machacándola hasta convertirla en polvo y metiéndola luego en una bolsa de seda de color verde —que Ana hubiera tenido que llevar sobre el corazón durante nueve días— la énula campana adquiría virtudes mágicas. Le hubiera bastado a la muchacha tocar al décimo día la piel de Martín con estos polvos para quedar tranquila sobre su fidelidad.

Pero ya era tarde para pensar en eso. Martín se había ido sin Damiana y sin lirio. Y allá, en la Corte, lejos de ella, ¿seguiría amándola?, ¿regresaría al cabo de un año, como había prometido, para casarse con ella? Ceferina imaginó un mundo de tentaciones acechando al muchacho en la Corte: mujeres hermosas y desvergonzadas, una vida social de mayor libertad, con amoríos y duelos y Dios sabía qué. Ceferina suspiró y balbució oración tras oración hasta que se durmió.

A la mañana siguiente la anciana decidió que había llegado el momento de salir de dudas. Preguntó a Ana:

—¿Quieres ver el rostro de tu futuro marido?

Ana sonrió suavemente.

—Ya conozco su rostro. Pero ¿qué te ocurre, Ceferina? ¿Qué piensas? Pareces temer algo... Dime lo que sea, Ceferina.

La anciana le explicó un modo infalible para que las doncellas pudieran ver el retrato de su futuro novio o marido. Bastaba con poner al sereno, a las doce de la noche, en la víspera de San Juan, una vasija llena de agua. La vasija tenía que ser más ancha por el borde que por el fondo. Y a la mañana siguiente, mirando fijamente en el interior del agua, aparecería, con rasgos muy claros, el rostro del hombre.

Ana se impacientó:

—No necesito esperar a la noche de San Juan para ver la cara de Martín, Ceferina —dijo, nerviosa—. La veo aquí dentro, muy clara; sus ojos, su pelo, su frente sus

labios, la barbilla... todo él. Y su voz también. Y el tacto de sus manos. Esas son supersticiones, Ceferina: chocheces de vieja.

Pero Ceferina sabía que no lo eran. Muchos se reían también de quienes creían que, al casarse, las velas que portaban los novios señalaban —al torcerse o apagarse— quién de los dos había de ser el primero en morir. Algunos pagaban al sacristán encomendándole que recogiera las dos velas a la vez y las apagara de un soplo. Otros no hacían nada, asegurando que eran supersticiones inventadas por los sacristanes para conseguir más propinas. Ella, Ceferina, había sido testigo, en tres ocasiones, de que quien portaba la vela que primero se había torcido o apagado había sido también el primero en fallecer.

—No debes esperar a la víspera de la noche de San Juan para ver el retrato o el rostro de Martín, Ana —musitó Ceferina—. Yo puedo hacer que le veas esta misma noche... que sueñes con él. ¿No quieres?

Ana accedió.

Siguiendo las instrucciones de la anciana, cortó una rama de haya, la ató con hilo blanco a su pañuelo de seda y lo colocó todo bajo la almohada. Cuando se iba a acostar, Ceferina le tendió una vasija que contenía un líquido rojo y viscoso.

—Es sangre de gorrión. Úntate las sienes con ella.

Ana tuvo un ademán de impaciencia y de furia.

—Por favor, Ana, haz lo que te digo —insistió Ceferina.

La muchacha obedeció.

—Ahora repite conmigo esta oración: *Kirios clementissime, qui Abraham servo tuo dedisti uxorem; Sáram et filio ejus obedientissimo, per admirabilem signum, indicasti Rebécam uxorem; indica mihi ancillae tuae, quem sim nuptura virum, per ministerium tuorum spírituum Balídet, Abumálit. Amén.*

Fue espaciando las palabras, pronunciándolas lentamente, creando islas de silencio entre ellas, y Ana las repitió.

—Ahora duerme —dijo Ceferina—. Es muy posible que sueñes con él y veas su rostro con gran claridad, como si lo tuvieras delante de ti.

A la mañana siguiente Ana le dijo que no había visto en sueños el rostro de Martín. No se acordaba ni siquiera de lo que había soñado.

—Tal vez esta noche —musitó Ceferina.

Pero tampoco aquella noche se le apareció Martín en sus sueños, y tampoco a la otra. Y Ceferina se turbó y sus presentimientos crecieron, porque estaba escrito que la doncella que coloca haya y pañuelo de seda bajo la almohada, se unta las sienes con sangre de gorrión y recita las palabras que ella le había dicho... por fuerza había de ver, mientras dormía, el rostro de su futuro marido. Las que no le veían, Ceferina estaba segura de ello, no se casarían nunca.

Pero no se lo dijo a Ana. Se prometió que la ayudaría a conseguir el amor de Martín y a romper el vaticinio. Si era preciso, ya sabía a quién acudir...

Aquella misma mañana, ya próximo el mediodía, el licenciado Egaña volvió a la

torre para sangrar de nuevo a don Santiago. Era un decidido partidario del método y sostenía que una sangría, tanto sirviéndose del estilete como de la sanguijuela, era el mejor remedio que Dios había dado al hombre para combatir las enfermedades del cuerpo. Proclamaba, orgulloso, que en una ocasión se había sangrado a sí mismo siete veces a causa de un resfriado de cabeza que sufría.

—En estos últimos días, para curar a mi hijo —le explicó a Ceferina, que siempre le escuchaba con mucha atención y una gran complacencia—, le he sangrado veinte veces.

Ceferina asintió, aunque en cosas de médicos, barberos y cirujanos confiaba más en su propia experiencia que en lo que decían aquellos libros que había estudiado el señor licenciado y cuyas letras y signos ella no entendía. Sabía en cambio, con certeza absoluta, que no había mejor remedio contra la rabia que las oraciones a San Bartolomé y a San Roque; que el pulgar de una virgen curaba la alferecía y cortaba en seco y para siempre sus ataques; que el enfermo de erisipela sanaba inmediatamente en cuanto se untaba con sangre de una oreja recién cortada a un gato negro; que el desangre nasal se detenía poniendo una llave en la espalda y que la mirada del chorlito curaba la ictericia. Conocía también métodos infalibles contra el mal de ojo: o bien cerrando la mano y sacando el dedo pulgar entre el índice y el corazón y diciendo *Taf tafio anaquendavit*, o bien dando a beber al aojado agua rosada en una escudilla de madera en cuyo fondo se ha escrito la palabra *Abaya* con azafrán y lágrimas del propio enfermo.

Tras atender a don Santiago, el licenciado Egaña se despidió de Ana y Ceferina con su fórmula habitual:

—Don Santiago se encuentra alicaído, extraño... Si por azar sufriera una recaída...

Ana prometió mandarle aviso inmediato si tal cosa ocurría.

Por la tarde, al salir del rosario, Ceferina preguntó:

—¿Iremos mañana a la plaza? Me han dicho que el recitador va a contar otros sucesos.

Ana pensó en el niño del tamboril y dijo:

—Sí, iremos a oírle.

Pero no volvieron a oír nunca más al recitador.

Aquella misma noche, cuando se hallaba con el niño en el caserío de unos aldeanos, tratando de curar con su música una mordedura de perro sufrida por la mujer, el relator de sucesos tuvo una crispación súbita, se llevó las manos al pecho, se le desfiguró el rostro con un rictus de intenso dolor y perplejidad, y cayó muerto al suelo, al parecer víctima de un ataque al corazón.

El niño del tamboril lo presencié todo con los ojos muy fijos, muy abiertos, pero inexpresivos y mudos. Cuando el licenciado Egaña dijo: «Solo podemos rezar por él; está muerto», el niño no lloró, no dijo nada. Salió del caserío y anduvo vagando como sonámbulo, sin miedo a la oscuridad, sin sentir el frío húmedo, sin sentir nada.

De madrugada volvió al pajar, deshecho de sueño, cansado y hambriento, y al día siguiente merodeó por los alrededores del pueblo, sin ir al mercado. Parecía huir de la gente.

—¡Pobre criatura! —se apiadó Ana cuando se enteró de lo ocurrido—. Quiero que vayas en su busca y le traigas aquí, Ceferina. Necesitará comer, y hallar acomodo y un poco de atención. ¿No te das cuenta? Está solo, desamparado, dolorido. ¿Crees que el recitador... el muerto... era pariente suyo? ¿Su padre tal vez?

—No lo sé —dijo Ceferina.

—Aún no ha atardecido. Andará por ahí. Mira por el pueblo, habla con la gente en cuyo caserío murió el recitador, indaga dónde se albergaron estos días. Me preocupa ese niño, Ceferina. Me preocupó nada más verle. Hay en él algo... no sé... distinto, extraño. Ve en su busca. Anda, date prisa, Ceferina. Ve antes de que se haga de noche.

Pero Ceferina no se movió. Permanecía silenciosa, mirando a Ana con expresión cavilosa.

Dijo al fin:

—Es posible que se haya ido, que haya vuelto a su casa, o a donde sea, al lugar del que vino...

—Es posible —convino Ana—. Pero tal vez todavía se encuentre aquí, sin saber qué hacer, sin protección.

Ceferina asintió y fue hasta la puerta.

—Y si le encuentro...

—Tráelo a la torre. Quiero hablar con él. Puede quedarse aquí... en alguna cosa podrá ocupársele. O acaso tenga alguien que le espera en algún sitio y podremos ayudarle dándole algún dinero. Tú búscale. Tiemblo al pensar lo que el pobre puede estar sufriendo.

Ceferina se fue y estuvo ausente más de dos horas. Cuando regresó, nada más verla, Ana supo que no le había encontrado.

—He mirado por todo el pueblo, en la plaza, en el pajar donde durmió alguna noche, en el caserío en que murió el recitador... Nadie le ha visto desde ayer al atardecer. Al parecer ha abandonado el pueblo.

Ana tuvo un ademán de contrariedad y preocupación.

—¡Pobre niño! —dijo luego—. ¿Dónde se hallará ahora? ¿Qué hará el cuitado?

Exhausto y hambriento, vencido por el frío y el sueño, el niño se hallaba en aquel momento sentado al pie de un árbol, en las afueras del pueblo, arrebujado en la capa vieja y descolorida y adelgazada que había sido del difunto. Tenía hambre. Se quedó mirando, indeciso, la casucha de aspecto miserable y destartado que había a unos pocos metros de distancia. Se filtraba luz por el pequeño ventano. Por la chimenea salía a borbotones un humo denso y muy negro.

Pensó por un momento en echar a andar camino adelante, abandonando el pueblo. Luego se le ocurrió llamar a la puerta y pedir algo de comer, o licencia para sentarse

junto a la chimenea o al calor de una fogata. Pensó también en regresar al refugio caliente del pajar en que había dormido la última noche.

Pero se quedó inmóvil, ovillado en sí mismo y repitiendo aquella canción melancólica cuyos versos alguien había escrito hacía muchos, muchos años, y que él había oído cantar alguna vez, no se acordaba dónde.

*Cuando yo nací
la hora menguaba
Ni perro se oía
ni gallo cantaba.
Ni gallo cantaba
ni perro se oía,
sino mi ventura
que me maldecía.*

La puerta de la casa se abrió y en el umbral se recortó confusa, entre la oscuridad de la noche y la luz amarillenta del candil, la silueta de una mujer.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

El niño continuó inmóvil, cantando, con los ojos muy abiertos. La mujer caminó hacia él con pasos lentos.

—¿Quién está ahí? —repitió—. ¿Qué sucede?

Se detuvo al ver al niño apoyado en el árbol.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿No tienes dónde ir? ¿Tienes hambre?

Era una mujer talluda, harapienta, de rostro surcado de arrugas y ojillos que chispeaban con viveza. El niño dejó de cantar y la miró sin decir nada, sin moverse.

—¿No eres de aquí? ¿Nadie te espera? —indagó la anciana.

El niño dijo que no con la cabeza.

—Ven. No puedes pasar ahí la noche. Si quieres, vivirás conmigo. Yo también estoy sola. Tendrás fuego y comida y dormirás bajo techo.

Su voz era vieja y cansada.

—¿Tienes miedo de mí?

El niño movió de nuevo la cabeza diciendo que no.

—Ven, pues. Hace frío.

Echó a andar despaciosamente y el niño se levantó y fue tras ella. Arrastraba por el suelo la capa que le venía muy grande, dándole un aspecto grotesco, y llevaba con gesto desmayado el tamboril.

Entró en la casa detrás de la anciana y cerró la puerta a su paso.

IV

Habían transcurrido dos semanas desde la muerte del recitador cuando la esposa del sacristán, que había pasado dos días en Bilbao para asistir al entierro de su madre, contó a su regreso que en diversos lugares del Señorío habían sido descubiertas y aprehendidas varias brujas. *Señaladores de brujas* estaban en aquellos momentos, dijo, investigando los rumores y sospechas que corrían sobre presuntas artes diabólicas de algunos vecinos de Lequeitio, Baracaldo, Guernica, San Julián de Musques y San Salvador del Valle. Las sospechas y el pánico se extendían también por los pueblos de los alrededores. En la misma Villa de Bilbao, según la sacristana, acababan de ser detenidas dos damas de alcurnia acusadas de haber pactado con el demonio.

La gente del pueblo se estremeció con la noticia, recordando los sucesos de Zugarramurdi oídos hacía unos días en la plaza del mercado. El Padre Melchor dedicó al tema el sermón de la misa mayor del domingo. Aseguró que las adoradoras de Lucifer serían condenadas al fuego eterno si no confesaban y hacían acto de contrición, y pidió a los fieles que denunciasen a cualquier persona sospechosa de ir al aquelarre o de realizar ritos diabólicos. Añadió, mientras sus manos se extendían con gesto amenazador abarcando a cuantos le escuchaban:

—*Nolite locum dare diabolo*. «No deis lugar al diablo». —Y completó, con voz súbitamente apresurada y monótona—: Epístola de San Pablo a los efesios, capítulo cuarto, versículo veintisiete.

La mañana del miércoles la gente se echó a la plaza a comentar lo ocurrido durante la noche: un incendio había destruido el almacén de Tomás el talabartero, mientras su hija había despertado con una extraña dolencia que la hacía tiritar, que le obligaba a permanecer en el lecho, desvariando, y que el licenciado Egaña no acertaba a curar a pesar de haberla sangrado copiosamente y de haberla obligado a beber una pócima que él mismo había preparado con el jugo de ciertas plantas.

—Es obra de brujería —aseguró Serapia la sacristana.

Los comentarios fueron agigantándose de boca en boca, extendiéndose desde los corrillos que se formaban en la plaza y en la fuente y a la salida de la iglesia hasta los dispersos caseríos y los pueblos cercanos. Las mujeres que lavaban la ropa en el arroyo corrieron a sus casas antes del atardecer. Apenas se ocultó el sol atrancaron puertas y ventanas y en todas las habitaciones, sobre todo en las de los niños, colocaron cruces, imágenes de Jesús y de María y escapularios.

Ceferina le dijo a Ana:

—No tires nada que te pertenezca: ni un trozo de tela ni un cabello suelto. Alguien podría servirse de ello para hacerte víctima de su maleficio.

Y cuando en el peine de Ana hallaba algún cabello, o cuando la muchacha se cortaba las uñas, Ceferina recogía cuidadosamente estos residuos y los enterraba de noche en el huerto de la torre, asegurándose de que nadie la veía.

—No camines pisando las pisadas de otra persona —le recomendó— ni digas tampoco tu nombre a ningún desconocido.

En todas las mentes se vivificó el recuerdo de lo ocurrido en Zugarramurdi, tal y como lo había relatado el recitador, y el pavor echó raíces. Cada cual miraba a los demás con desconfiado temor, observándoles el ojo izquierdo por si hallaba en él la marca de sapo del Macho Cabrío. Varios vecinos llamaron al Padre Melchor pidiéndole que bendijese sus casas y sus establos para ahuyentar la presencia del demonio. Ceferina le entregó a Ana una hoja sucia en la que alguien había escrito los días peligrosos, los días en que más había de guardarse contra cualquier tentación o maleficio.

—Esos días —le dijo la anciana— lo mejor es que no salgas de casa ni hables con nadie. No comas carne ni bebas agua después de medianoche. El demonio anda suelto en esas fechas, y sus legiones de servidores se enteran de todo y atraen a las almas débiles. Recuérdalo Ana: son días nefastos.

Ana miró la sucia hoja manuscrita en la que se había señalado el 1, 2, 3, 6, 7, 11 y 15 de enero; el 1, 8 y 20 de febrero; el 4, 9, 15 y 17 de marzo; el 15 y 20 de abril; el 16, 17, 18 y 20 de mayo; el 6 de junio; el 12, 22 y 25 de julio; el 16 y 17 de agosto; el 2, 13 y 20 de septiembre; el 6 de octubre; el 15 y 20 de noviembre y el 7, 11 y 20 de diciembre.

—Yo sé que estos días son peligrosos, Ana —aseguró la anciana—. No te rías. Y recuerda también que no debes cortarte las uñas los días con erre: ni los martes ni los miércoles ni los viernes.

Públicamente, al salir de misa, ante el alcalde Perea y el Padre Melchor, Juana, la mujer del talabartero acusó a su vecina Visitación de ser la causante del incendio del almacén y de la enfermedad de su hija.

El alcalde Perea invitó a su casa al Padre Melchor y discutieron el caso. Se hizo comparecer a Visitación (una mujer rolliza, cuarentona, viuda, coja y con fama de loca) y se convocaron testigos.

Juana afirmó que su hija había llorado y se había agitado extraordinariamente cuando Visitación había ido a verla.

—No hizo Visitación más que entrar —explicó— cuando mi hija, que se hallaba en el lecho inmóvil y sosegada, empezó a temblar y a llorar. La dije: «¿Por qué te pones así? Es nuestra vecina Visitación, que viene a saludarte». Y mi hija gritó: «¡Que se vaya! Me hace daño, madre. Visitación me está golpeando y arañando». «Pero si no te está tocando, hija», dije yo. Y ella insistió: «Me hace daño. Visitación me está haciendo sufrir. ¡Dile que se marche!». Cuando por fin Visitación se fue, la niña volvió a sosegarse y se durmió al poco rato.

A continuación declaró su marido. Tomás el talabartero era hombre de pocas palabras y gozaba de buena reputación personal y profesional. Eran muchos los caballeros y hombres de armas vizcaínos, santanderinos y burgaleses que tanto le encargaban talabartes para sus espadas como arreos y guarniciones para sus caballos.

El fuego que había destruido su almacén se había llevado entre el estrépito de sus llamas, en unas pocas horas, el esfuerzo de toda una vida.

Con voz lenta y trabajosa, como si cada palabra le produjese un tremendo dolor, dijo que él se hallaba presente cuando ocurrió el episodio relatado por su mujer, cuya declaración ratificó en todos sus pormenores.

Añadió que una noche, hacía de esto varios meses, había oído a Visitación, que vivía en la casa de al lado, recitar conjuros y palabras misteriosas.

*Sin Dios y sin Santa María
¡por la chimenea arriba!*

¿Que si sabía él que era esa la frase ritual que al parecer pronunciaban las brujas cuando salían para ir al aquelarre? Sí, lo sabía; alguien se lo había dicho alguna vez. ¿Que si había mirado por la ventana o había salido a la calle para ver si en efecto Visitación salía por la chimenea y cruzaba los aires volando? No, no lo había hecho. Había tenido... bien, sí, confesó, había tenido miedo.

Otro vecino aseguró que hacía ya dos años, una noche, hallándose en vela con dolor de muelas, había oído un ruido sospechoso en el gallinero, había ido a ver qué sucedía y había visto una zorra que merodeaba por allí.

—Me asombró que una zorra hubiese llegado hasta tan dentro del pueblo —dijo—. Pero era una zorra, sí; la vi perfectamente. Era una noche con una gran luna. Me acerqué a la alimaña, la golpeé fuertemente con un palo en una pata y se fue cojeando. Al día siguiente vi a Visitación, que cojeaba... y que continúa con la pierna lisiada desde entonces.

Fabiana la panadera prestó también testimonio. Hacía tiempo que había sospechado, comenzó diciendo, que Visitación poseía poderes ocultos.

—Vino una mañana temprano por el pan y me pagó con una moneda de plata. Me asombró que ella tuviera una pieza de tanto valor. Desde que quedó viuda vive en gran estrechez. Luego... luego esa moneda que me había dado... desapareció.

—¿Desapareció?

—Ni más ni menos que si no hubiera existido. La guardé con cuidado, pero a mediodía, cuando conté el dinero, la moneda no estaba. Se lo dije a mi marido y él me contó que un escribano muy entendido en estas cosas le había dicho que, en los aquelarres, el diablo suele dar treinta monedas de plata a cada brujo o a cada bruja que le lleva un nuevo adorador. Le había dicho también el escribano que esas monedas no eran como las demás, sino que duraban solo un día, al cabo del cual desaparecían...

¿Que por qué no había comunicado el caso al señor alcalde o al señor cura? Porque pensó que acaso la moneda se le hubiera extraviado... o se la hubieran robado. Además, Visitación le había parecido siempre una buena mujer. Un poco loca, sí, desde que perdió a la criatura en un mal parto, y poco después al pobre Bernabé, su marido... pero siempre le había parecido mujer honesta y fiel católica.

¿Cómo iba ella a sospechar que...?

Visitación escuchaba las declaraciones sonriendo y cantando de vez en cuando en voz baja, moviendo los brazos suavemente, como si acunara a un niño. Dijo alegremente que sí a cuantas acusaciones se le hicieron. Confesó que era bruja, que había adorado al Macho Cabrío, que había tenido comercio carnal con él, que se había convertido en zorra y en otras ocasiones en buitre y en murciélago y en lobo y que, en efecto, ella había provocado el incendio del almacén del talabartero y la enfermedad de su hija. ¿Que por qué había provocado tanto daño al talabartero y a su familia? Visitación rio y siguió acunando al vacío en sus brazos.

La sacristana dijo en su declaración que Visitación iba a misa, sí, pero solo para no despertar sospechas ni dar que hablar a la vecindad. Pero no confesaba ni comulgaba ni se santiguaba ni se persignaba.

—Entraba a oír misa siempre con retraso —afirmó— y no tocaba nunca el agua bendita.

Aseguró también que un día vio en casa de Visitación, en su alacena, trozos de sogas, muelas, pelos de ahorcados y un pedazo de uña de una pezuña de macho cabrío.

—En el caldero, sobre el fuego, tenía algo de comida. Le pregunté que si aún no había cenado, siendo ya tan tarde, y me dijo que era para su *amo*. Entré en sospechas y la miré fijamente y me pareció ver la forma de un sapo en su ojo izquierdo. Al día siguiente, cuando la encontré en la iglesia y la miré de nuevo, la marca del diablo había desaparecido.

¿Que si había observado en Visitación algún otro síntoma de brujería? Sí; una mañana, al toparse con ella en la calle, junto a la fuente, el gallo había cantado a deshora.

El último testigo fue el licenciado Egaña, que en vano había tratado de curar su cojera. Dijo que había notado claramente en Visitación alguna de las características médicas en que se basaban los jueces de la Santa Inquisición para establecer el delito de brujería. Visitación le había llamado varias veces quejándose de dolores extraños y sin poder decirle en qué parte del cuerpo sentía tales dolores.

—Con frecuencia he visto cómo sus arterias latían y temblaban inexplicablemente alrededor del cuello y cómo sus miembros se ponían rígidos.

Añadió que la mujer tenía a menudo sudores ligeros durante la noche, incluso en invierno, que se le extraviaban los ojos, decía simplezas y se quejaba constantemente ante él de sentir la cabeza muy pesada. Un día la había visto saltar hacia atrás. Esto sucedía, dijo, cuando alguien ingería nabo mezclado con polvo de hormigas y arañas machacadas. En su opinión, es lo que el demonio daba a quienes acudían al aquelarre para hacerlos saltar y bailar enloquecidamente.

¿Que si conocía algún remedio eficaz contra el «salto hacia atrás»? No; pero tenía entendido, aunque él nunca había hecho la prueba, que lo mejor era que el enfermo llevase en una bolsita los *Evangelios de Nuestro Señor* o la *Regla de San Benito*.

Acabados los testimonios, el alcalde Ernesto Perea y el Padre Melchor estuvieron deliberando durante varias horas. Era la primera vez que intervenían en un caso de brujería y no deseaban extralimitarse en sus jurisdicciones.

El alcalde Perea miró el pergamino que pendía de la pared, delante de su escribanía:

*En el nombre de Dios, amén.
Porque los hombres buenos de las Encartaciones
en justicia quieren vivir...*

El texto databa de 1394, de cuando los encartados elevaron a escritura las costumbres por las que se habían regido durante siglos.

—¿Qué debemos hacer, Padre Melchor? —preguntó.

El cura se encogió de hombros y los dejó caer con desaliento, exhalando un suspiro.

—El caso corresponde a la Santa Inquisición —dijo, despacio—... pero tal vez eso deban decidirlo en Avellaneda.

El alcalde Perea movió pensativamente la cabeza.

—Sí, que nuestro señor teniente corregidor de Avellaneda decida lo que estime conveniente. ¡Esa pobre mujer!...

Tenía dos años más que Visitación, la conocía desde niña, y siempre le había inspirado lástima y simpatía.

—Está loca —comentó—. Aquel mal parto con el hijo muerto... y luego la muerte de su marido... No es una mujer cuerda. Todos lo sabemos.

—El demonio la posee —rectificó el Padre Melchor—. La desdichada así lo ha confesado.

Hubo un rato de silencio.

—*Fídem qui pérdit, perderé ultra nihil potest* —pronunció de pronto el sacerdote con acento sermonario.

Y, según tenía por costumbre cuando hablaba desde el púlpito, tradujo:

—«Quien pierde la fe no puede perder más».

—Sí, sí, cierto —musitó el alcalde.

Le resultaba extraño y odioso el mundo de la brujería y la magia negra. Tenía sólida fe religiosa y vivía una existencia pacífica y tranquila, cumpliendo su deber de alcalde con justicia y probidad y dedicando el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones a la lectura y a su familia. Miró el armario acristalado en el que guardaba los libros, extendió la mano derecha, acariciando el ejemplar de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que estaba acabando de leer, y ahogó un suspiro.

—Y bien, Padre Melchor —preguntó—, ¿qué hacemos?

—No sé, no sé —murmuró el sacerdote—. Es un asunto en verdad delicado y...

Permanecieron en silencio, mirándose. El alcalde Perea recordó cuanto se había dicho sobre las *lamias* de sierra de Amboto, en Vizcaya, evocó el relato de los

sucesos de Zugarramurdi, que había oído al recitador en la plaza, y sintió que un escalofrío le corría por la espina dorsal. Le aterraba el pensamiento de que Visitación acabase en la hoguera como María de Zozaya.

Se humedeció los labios con la lengua antes de hablar.

—Creo que... que lo mejor sería que nuestro señor teniente corregidor de Avellaneda decida lo que estime conveniente.

Se excusó ante sí mismo. «¿Qué otra cosa puedo hacer?», se preguntó, confuso. Más de una vez, al igual que los alcaldes de otros valles y concejos de las Encartaciones, había solicitado autorización para edificar una cárcel dentro de su propia jurisdicción local; pero las Juntas Generales de Avellaneda se habían negado. En todo el territorio encartado solo existía una cárcel: la del torreón anexo a la Casa de Juntas.

—Yo mismo llevaré a Visitación —decidió.

De algún modo, no podía imaginársela haciendo aquello que ella misma había confesado voluntariamente. Pediría al teniente corregidor compasión para la pobre mujer. Y si era preciso, apelaría al corregidor de Vizcaya o al juez mayor del Señorío en la Chancillería de Valladolid. Volvió a imaginar a Visitación consumida por las llamas de la pira inquisitorial y murmuró:

—Iré a ver al rey si es necesario.

El Padre Melchor le miraba calladamente, con una expresión cavilosa en el fondo de los ojos. Su cuerpo era una mancha en la penumbra creciente de la pequeña estancia. Como pastor, le preocupaba aquel brote brujeil en su rebaño parroquial. Había leído atentamente cuantos libros y documentos habían caído en sus manos sobre el tema: el *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones y hechicerías y varios conjuros y abusiones y otras cosas al caso tocantes y de la posibilidad y remedio de ellos*, de fray Martín de Castañega; las *Disquisitionum magicarum libri sex, quibus continetur accurata curiosarum artium et vanarum superstitionum confutatio*, de Martín del Río; los informes de Fierre de Lancre; los *Discursos acerca de los brujos y sus maleficios*, de Pedro de Valencia; el *Enchiridion Leonis Papae*, que contenía conjuros y oraciones contra la posesión diabólica y que se afirmaba había enviado el Papa León III al emperador Carlomagno.

—El maligno es escurridizo como la serpiente —dijo.

Él lo sabía muy bien. Resultaba a veces difícil darse cuenta de su presencia porque constantemente se manifestaba de manera distinta. Era dragón en el *Apocalipsis*, demonio con figura humana, con tres caras de color negro, rojo y amarillo, y con seis alas de murciélago llenas de ojos, en el *Infierno* de la *Divina Comedia* de un italiano llamado Dante; era macho cabrío en los aquelarres; se encarnaba también en el león, en el jabalí, en el cerdo, en el mono, en el cuervo y en el basilisco. Y de una forma u otra, desde que tentó a Eva en el paraíso, solo le guiaba una cosa: llevar al averno las almas de los mortales.

—Hace ya muchos años, en 1260 —dijo—, Su Santidad Alejandro IV dictó una

bula en la que se condena a la brujería. La situación no ha variado desde entonces, y el demonio sigue tentando a los mortales de manera solapada, ganando a muchos para sí y obligándolos a cometer actos terribles y nauseabundos. Por esa bula pontificia sabemos que brujos y brujas reniegan de Dios, blasfeman, adoran al diablo, le consagran sus hijos y a menudo hasta se los sacrifican, juran en el nombre del demonio, desobedecen las leyes y cometen incestos y mil crímenes espantosos, matan a personas, las cuecen en grandes calderos en sus reuniones sabáticas y las comen... He leído en libros de autoridad que a los niños que son presentados al diablo, si no se les admite como catecúmenos, los hacen picadillo y los cuecen para sus festines en el aquelarre. Sabido es, alcalde Perea, que los diablos pueden unirse carnalmente con hombres y mujeres. Son íncubos los demonios que tienen comercio carnal con mujeres y súcubos aquellos que, en forma femenina, tienen comercio carnal con hombres. Y de este comercio entre íncubo y mujer nacerá el Anticristo.

Perea escuchaba en silencio. Se levantó, sintiéndose aturdido, ahogado, y dio unos pasos por la breve estancia.

—En cuanto a Visitación —siguió diciendo el Padre Melchor—, ella misma ha confesado ser bruja. Pero aunque no lo hubiese confesado, su propia actitud hubiera bastado para condenarla. En su declaración no ha derramado lágrimas, ha murmurado palabras ininteligibles... y ha mirado al suelo.

—La pobre está loca —dijo Perea.

El Padre Melchor volvió la cabeza para mirarle con fijeza a los ojos.

—En cualquier caso —pronunció, con voz solemne— es nuestro deber hacer un escarmiento.

Perea volvió a tomar asiento.

—¿Un escarmiento? —preguntó.

El Padre Melchor asintió.

—Es preciso que el pueblo sea testigo de que los terribles e impíos actos de brujería...

Y dejó la frase colgando.

El alcalde Perea suspiró.

—Sí, comprendo —dijo—. Sin embargo... no sé...

Estaba intranquilo, angustiado. No acababa de aceptar lo ocurrido; no acababa de aceptar el hecho de que Visitación fuese bruja y hubiese cometido aquellos horribles actos. Pero eso era, se dijo, algo que él no podía, que él no estaba en condiciones de juzgar. En cuanto a su deber de alcalde...

Durante toda la noche se mantuvo a Visitación bajo vigilancia. La esposa del alcalde, Rosa, y sus dos hijos, Ramón y Amaya, trataron de consolar a aquella mujer rea de actos brujeriles que seguía canturreando y moviendo constantemente los brazos como si acunara al hijo que había nacido muerto.

A la mañana siguiente el pregonero convocó a la plaza a todos los vecinos. Se le puso a Visitación coraza (el espectáculo de aquel capirote de papel de figura cónica

sobre la cabeza de Visitación recordó a todos el dibujo del cartelón del recitador representando a las brujas condenadas en el auto de fe de Logroño) y, en un asno, con soga al cuello y con la escolta del alcalde Perea, dos alguaciles y el sacristán, fue conducida a Avellaneda.

Ana y Ceferina los vieron pasar desde la torre, por el camino de Zalla, y se miraron con expresión asustada.

—Tal vez... tal vez la quemem —musitó Ceferina.

Y se persignó y pronunció una oración.

Pero no la quemaron. Las viejas leyes encartadas eran rígidas e implacables, propias de un territorio en el que por su hospitalidad, riqueza e independencia hallaban refugio algunos malhechores, banderizos y homicidas encartados y procedentes también de otros territorios. Para los perseguidos de la justicia que deseaban vivir inadvertidos o inalcanzados, las montañas y los valles de las Encartaciones, con fronteras al Señorío de Vizcaya, a Álava, a Santander y a Burgos, constituían un paraje ideal. Era un paisaje abrupto, montañoso, de grandes bosques frondosos que apenas dejaban pasar la luz del sol. Ocultarse en cualquiera de sus diez pequeñas repúblicas —en las dos de Somorrostro, o en las de Carranza, Sopena, Arcentales, Galdames, Gordejuela, Trucíos, Güeñes o Zalla— era, en cierto modo, garantía de inmunidad.

El alcalde Perea cabalgaba al lado de Visitación, preguntándole si deseaba algo, si prefería caminar o reposar un rato, y recordaba un fragmento del exordio a las leyes encartadas recopiladas hacía más de dos siglos:

... porque los malos con su malicia son multiplicados, y los buenos que en paz quieren vivir son abajados...

¡Cuánto banderizo, cuánto malhechor, cuánto huido —pensó Perea— habían hallado ocultamiento en aquel territorio, entre las gentes honradas que trabajaban sus tierras, talaban sus bosques y domesticaban sus montes de hierro, extrayendo de sus entrañas el mineral que luego alimentaría el fragor martilleante de sus herrerías! ¡Cuántas veces, también, se habían teñido de sangre las aguas de aquellos ríos encartados, unos transparentes y bucólicos, escoltados por largas hileras de chopos y robles y castaños; otros recios y vitales, orgullosos, con sus aguas amarilleadas por el lavado del mineral...!

Y para frenar matanzas y ocultamientos y crímenes, para conservar su independencia y su paz, los hombres buenos de las Encartaciones se habían regido por unas leyes rigurosas, terribles: cruces que se grababan con un hierro candente en la frente y en cada una de las mejillas a quienes pedían limosna en casas, herrerías y caminos, para retirarse luego a su escondite en los bosques; amputación de la mano derecha a quien sin causar herida empuñaba una arma mientras se celebraba Junta en Avellaneda, y pena de muerte si, al empuñar el arma, se derramaba sangre; se arrancaban los dientes, uno de cada cinco, al testigo falso; varios delitos se castigaban

con un corte de orejas a raíz del casco... Ahora convivían el Fuero de las Encartaciones y el Fuero de Vizcaya, y aunque las antiguas leyes subsistían, se habían ido atenuando, con el tiempo y las circunstancias, muchos de sus rigores y peculiaridades.

Habitualmente se encerraba en un torreón a todos los malhechores y homicidas, sin distinción de sexo ni de alcurnia, solo diferenciados por el peso de las cadenas y grillos con que se les cargaba y por el hecho de que, según sus culpas, se les metiese o no en el cepo.

Pero a Visitación no se la encerró en la pequeña torre siniestra junto a los otros presos que allí se hacinaban, sino en un calabozo situado en el sótano. Pasó la noche tendida sobre unas brazadas de paja que el propio alcalde Perea colocó sobre el piso pétreo para atemperar su dureza y humedad. No se la cargó de cadenas ni de grillos ni la pusieron en el cepo.

A la mañana siguiente el teniente corregidor interrogó ampliamente a Visitación.

La declaró culpable, sopesó su desvarío, tuvo en cuenta su confesión voluntaria y la sentenció a ser azotada y a cinco años de destierro. Ella rompió a reír al oír la sentencia, canturreó y chilló alternativamente mientras la azotaban, y abandonó territorio encartado aquella misma tarde, todavía con la coraza en la cabeza y montada en el asno que uno de los alguaciles llevaba del roncal. El alcalde Perea, el otro alguacil y el sacristán regresaron al pueblo al anochecer.

Y llegaron noviembre y diciembre y vino y se fue la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y en el lugar se dejó de hablar de los sucesos de Zugarramurdi, de la muerte del recitador y de la condena de Visitación.

Ana se mustiaba y desesperaba.

Ochenta y cuatro días hacía que Martín se había ido —los había contado uno a uno, hora a hora— y en todo ese tiempo solo una misiva suya había llegado a manos de doña Engracia.

Casi cada día, al encontrarla cuando entraba en la iglesia o salía, la madre de Martín dirigía a Ana las mismas preguntas:

—¿Cuándo vas a visitarme para que hablemos de él? ¿No quieres escribirle tú algo y dármelo para que yo se lo haga llegar?

Ana deseaba escribirle y desahogar en su carta toda su tristeza y todo su amor. Pero se le hacía insoportable la idea de que doña Engracia leyese sus palabras. Y de algún modo, aunque sellase y lacrase su misiva, estaba segura de que aquella mujer obesa y afectada la leería.

Se estremecía al pensar que los ojos de doña Engracia se posarían sobre sus palabras de amor, sobre su sufrimiento de mujer enamorada suplicando a Martín que apresurase su regreso, diciéndole que le necesitaba, que él era su aire y su agua y su pan y su sueño y no podía vivir sin él. Escribió la carta una y muchas veces, con la ilusión de que él la leería, y luego la rompió.

Rezaba mucho e hizo novenas a Santa Elena y a San Antonio. Se dormía con

dificultad y despertaba cansada y pensando en Martín. Pero no fue a visitar a doña Engracia. Se sentía encadenada por su rubor y timidez («¿o es por mi orgullo?», se preguntó) y por la conciencia que tenía de su propio desvalimiento ante la ausencia de él.

Adelgazó y se tornó taciturna e irascible. La vencían el tedio, el vacío y la desesperanza. Su mirada adquirió una vacilante luz trémula.

Ceferina la miraba preocupada y muchas noches se exasperaba y lloraba de rabia tratando de poner remedio a su dolor. Le compró a Joaquín el alimañero una lengua de zorro y un diente de lobo y los puso en una pequeña bolsa de cuero que colocó todas las noches bajo la almohada del lecho de Ana. Pero esto no mejoró la salud ni aportó la paz y dicha al alma de la muchacha.

La noche víspera de Reyes la pasó Ana tiritando. A la mañana siguiente el licenciado Egaña la encontró pálida, con la frente bañada en sudor, respirando agitadamente. Tenía los ojos fijos en la pared y los dientes le castañeteaban. Le hizo una copiosa sangría y Ana pareció calmarse un poco.

Ceferina no se separó durante varios días de su lado, permaneciendo constantemente junto al lecho de la enferma.

—¿Qué te pasa, Ana? —le preguntaba—. ¿Dónde te duele?

Pero Ana suspiraba con desgana y no lograba localizar su dolor. Desfallecía de mal de amor, se mustiaba de melancolía. «La ausencia de Martín: esa es su enfermedad», diagnosticó Ceferina. Y le tocaba la cabeza, la frente, los ojos, la nariz, la boca, y recitaba una oración:

—De la cabeza te lo quite Santa Teresa; de la frente te lo quite San Vicente; de los ojos te lo quite Santa Lucía; de la nariz te lo quite Santa Beatriz; de la boca te lo quite Santa Polonia; de la barbilla te lo quite Santa Bárbara; y de la garganta te lo quite San Blas; y de los oídos te lo quite San Isidro; y de los pechos te lo quite Santa Águeda; y del corazón te lo quite La Encarnación; y de la barriga te lo quite Santa María; y de los pies y de las manos te lo quite el glorioso San Amaro; y de todo tu cuerpo te lo quite Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Y rezaba a continuación un Credo.

Al fin Ana se levantó. Pero seguía con su expresión taciturna e irascible, seguía con aquella vacilante luz trémula en el fondo de los ojos.

Y pasó enero y pasó febrero y pasó marzo y llegó el mes de abril.

V

Abril llegó a las Encartaciones como una bendición, como la sonrisa de Dios desparramándose por todo el paisaje, latiendo con los gorjeos pajariles en los árboles frondosos, haciéndose música y seda en las aguas frescas de los arroyuelos que bajaban del monte con sinfonía de torrentera, esmaltando campos y praderas con todos los colores del arco iris, en un repertorio inefable de rojos y azules y violetas y verdes y amarillos. Palpitaba la tierra fructífera y corría a raudales la sangre por las venas vegetales de higueras y castaños, de manzanos y cerezos, de chopos y robles y nogales y eucaliptos. A los pies de los caminos se abrían humildes los abanicos verdosos de los helechos y estallaban, por entre las jaras, los botones perfumados de las moreras. Todo olía a amor de Dios, a paz y a floración de primavera.

Pero en el salón de la torre todo seguía igual: la chimenea encendida, don Santiago en el sillón frailuno, con la manta abrigándole las rodillas, y el perro grande de ojos fosforescentes tendido a sus pies.

—Tengo que hablar contigo, Ana —había dicho don Santiago.

Y Ana esperaba, inmóvil, con los hombros erguidos y la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó don Santiago.

—Dieciocho, padre.

—¿Y cuándo cumples los diecinueve? ¿No es en verano... en agosto, creo...?

Ana le miró con expresión perpleja y dijo:

—Sí, en agosto.

—Diecinueve años tenía tu madre cuando me dio mi primer hijo.

Pareció hundirse en una evocación y murmuró:

—Mi heredero... tu hermano Javier.

Giró despaciosamente la cabeza para mirar a Ana. Y, una vez más, ella leyó en la mirada del anciano la muda acusación: «Tú debiste morir en su lugar».

Luego don Santiago suspiró, enarcó las cejas, como si con aquel gesto tratase de alejar el recuerdo doloroso que inevitablemente traía consigo el nombre de Javier, y tornó a su postura habitual.

—Sí, diecinueve años tenía entonces tu madre.

Ana le contemplaba con angustiada expectación, preguntándose qué vendría tras aquel inesperado prolegómeno. ¿Acaso... acaso iba a hablarle de su boda, de la conveniencia de que contrajese matrimonio? ¿Tal vez doña Engracia y su marido habían ido a visitarle y...? El pensamiento casi la hizo tambalear.

Contuvo la respiración, procurando no agitarse.

—Llevo ya varios días pensando en todo esto —prosiguió don Santiago—. Supongo que a ninguna mujer le gusta quedarse para vestir santos. Sé que no eres feliz conmigo. No, no me interrumpas. Al fin y al cabo, a tu edad, es lógico que esta vida de soledad te resulte monótona. En cuanto a mí, soy viejo y mi salud empeora.

Nada consigue aliviar el frío que se me mete muy adentro en los huesos.

Calló un instante y añadió:

—Sé que me queda poco tiempo de vida.

Ana hubiera querido tener valor para consolarle, para ponerle cariñosamente una mano en el hombro y decirle que no pensase en la muerte, que cumpliendo las indicaciones del licenciado Egaña y procurando no irritarse constantemente, tal vez pudiera recobrar poco a poco su salud. Y ahora, con la venida del buen tiempo, con el sol radiante que todo lo iluminaba y calentaba...

Pero no hizo ni dijo nada.

Continuó inmóvil y ruborizada, notando cómo el corazón le saltaba en el pecho. «Doña Engracia y su marido le han hablado. Le han convencido. Sabe lo de Martín. No se opone», pensó confusamente. Y suspiró en silencio: «¡Dios mío, Dios mío!».

Don Santiago se inclinó levemente para acariciar la cabeza del perro.

—Supongo que ya has comprendido lo que quiero decirte. Vas a casarte, Ana.

—Sí, padre.

Tuvo deseos de ir hacia él, de sentarse a sus pies, junto al perro (ya no tenía miedo del animal, ya no tenía miedo de nada ni de nadie) y coger las manos de don Santiago y acariciárselas y calentárselas entre las suyas jóvenes y cálidas.

—Quiero que la torre siga unida a mi apellido —continuó diciendo don Santiago—. Quiero que siempre more entre estos muros un varón de mi sangre. Mi hermano vendrá mañana por la tarde y entonces decidiremos y concretaremos los detalles. Creo que su hijo Eloy estará de acuerdo. En ti y en él se unirán nuestras fortunas y nuestra sangre; el señor de la torre será un miembro de la familia. Al parecer, en estos casos es necesaria una dispensa a causa del parentesco, pero no creo que el asunto ofrezca mayor dificultad.

Don Santiago continuó hablando, pero Ana ya no le oía.

Estaba de nuevo hueca, vacía por dentro, como inmersa y despersonalizada en una suspensión de todas sus emociones. Un violento choque interior parecía haberla paralizado e insensibilizado por completo.

—¿No dices nada? —preguntó don Santiago.

Repitió la pregunta una vez más y, airado al no obtener tampoco respuesta, volvió la cabeza para mirar a Ana. Vio que la muchacha permanecía extrañamente inmóvil, como si todo en ella se hubiera congelado de repente, y llamó a los criados.

Ceferina fue la primera en acudir presurosa al salón. Agitó una mano ante los ojos abiertos de Ana.

—No está en sí. No ha pestañado —dijo—. Tiene el cuerpo agarrotado, como de piedra.

—Mandad aviso a Egaña —ordenó don Santiago a los criados.

Pero Ceferina le convenció de que la presencia del señor licenciado no era necesaria.

—Suele ocurrir a veces cuando uno se lleva un susto o tiene una emoción muy

grande —explicó—. Pronto se repondrá. Yo la cuidaré.

Cogió una mano a Ana y, ciñéndole con el otro brazo la cintura, la hizo caminar hasta su alcoba. La acomodó sobre el lecho, frotándole las manos y murmurando «Santa Madre de Dios, ayúdala» y «¿Qué te ha pasado, Ana, qué ha sucedido, criatura?».

Al cabo de un rato largo, interminable, Ana se movió con desasosiego y sus ojos miraron con una expresión nueva, con vida propia. Rompió a llorar. Se incorporó con un movimiento violento, anudó los brazos al cuello de Ceferina y con grandes voces incoherentes le contó lo ocurrido.

—¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer?

Y mientras sentía el peso consolador de las manos de Ceferina palmeteándole la espalda y acariciándole la cabeza, mientras todavía murmuraba «¿Qué voy a hacer?», Ana descubrió que desde el momento mismo en que su padre había comenzado a hablarle de boda, de algún modo, allá en lo hondo de su ser, ella había tenido como una oscura y total certidumbre de que no se estaba refiriendo para nada a Martín.

—Traté de engañarme —se lamentó en voz alta—. Quise hacerme la ilusión de que...

Y siguió sollozando y pronunciando frases incoherentes, sintiendo el peso de las manos de Ceferina y su voz que le decía: «Cálmate, cálmate. Verás cómo todo se arregla».

—¿Qué voy a hacer, Ceferina? —preguntó una vez más, apiadándose de sí misma—. ¿Qué va a ser de mí?

Y por un instante pensó marchar a la Corte en busca de Martín y contraer allí matrimonio y no regresar nunca más a la torre; y pensó también ir inmediatamente a Bilbao y hablar con su tío Ortuño y con su primo Eloy y decirles que aquella boda no era posible. Sí, se arrodillaría ante ellos, les confesaría que amaba a Martín, les pediría que por lo que más quisieran, por lo más sagrado...

O, todavía mejor, decidió, bajaría al salón seguidamente y se encararía con su padre diciéndole que en su corazón no era a él a quien debía obediencia, sino a Martín, al ausente a quien amaba y acataba como a esposo.

El deseo de realizar este propósito, la necesidad de moverse, de huir de su dolor haciendo algo, poniéndose en acción inmediatamente, la anegaron por entero. Sí, iría a ver a su padre ahora mismo, ahora mismo bajaría al salón y...

Pero Ceferina la sosegó.

—No debes precipitarte en hacer tal cosa, criatura. ¿No va a venir mañana tu tío don Ortuño? Puedes hablar a solas con él y explicarle tu situación, decirle que amas a Martín, que te has prometido a él en matrimonio; que, aunque doncella, le consideras ante Dios como a tu esposo... Don Ortuño es bueno y quiere tu bien, estoy segura. Díselo todo. Si ahora hablas con tu padre y te niegas a obedecer su voluntad, no te lo perdonará jamás. Tú lo sabes. Podría encerrarte en un convento, o apresurar tu boda con tu primo... o...

Y quedó dudando.

—¿O qué? —preguntó Ana, con voz retadora—. Dilo.

—O desheredarte —dijo Ceferina lentamente—. Podría renegar de ti. Sabes muy bien que no te lo perdonaría, Ana, no lo olvidaría nunca.

Ana se acercó, nerviosa, a la ventana.

—¡No quiero esta maldita torre! —chilló—. Ni sus tierras, ni su dinero...

Pero se interrumpió, aterrada, recordando a doña Engracia. ¿Permitiría doña Engracia que Martín y ella se casaran si don Santiago renegaba de ella y la desheredaba?

Y el interrogante la humilló tanto, le pareció tan feo y ofensivo, tan terrible, que rompió en un gemido sollozante y, arrojándose de bruces sobre el lecho, escondiendo la cara entre las manos, gritó:

—Quisiera morirme, quisiera morirme.

Ceferina trató de consolarla.

—No digas eso, criatura. En este mundo todo tiene un arreglo, menos la muerte. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez tu primo Eloy haya entregado ya su corazón a otra dama? Tu boda con él es solo un proyecto de don Santiago; se siente acabado y desea asegurarse de que un varón de su apellido sigue siendo morador y señor de la torre. Pero tal vez tu tío don Ortuño tenga otros proyectos para Eloy; y tal vez Eloy tenga otro amor. ¿No es posible que tu primo se rebele, como tú quieres rebelarte?

Ana movió la cabeza pensativamente, incorporándose. Una luz nueva puso esperanza en sus ojos. Pero la luz se apagó en seguida.

—Eloy es el primogénito —dijo—. Pero queda su hermano Manuel, tres años menor que él. Unos pocos meses mayor que yo, me parece...

—De una cosa estoy segura —dijo Ceferina con voz grave—. Tu tío es bueno y no decidirá nada que pueda hacerte desdichada. No aprobará tu boda con su hijo si es contra tu voluntad.

—Sí, tengo que decírselo todo, confesarle que amo a Martín...

Quedaron en que al día siguiente por la tarde, cuando don Ortuño llegara al pueblo, Ana le esperaría en el camino y le hablaría privadamente antes de que celebrara su entrevista con don Santiago.

—Creo que es lo mejor —concluyó Ceferina.

Al anochecer, para pedir por el pronto regreso de Martín, Ana se retiró muy pronto a su alcoba, acompañada de Ceferina, y estuvieron ambas oteando el cielo, esperando la aparición de la primera estrella. Y cuando Ceferina dijo, señalando una lucecita: «Ahora», Ana comenzó a recitar esta oración:

*Estrella doncella,
lleva mi amor a Martín,
que en la Corte está,
y no le dejes comer, ni dormir,
ni reposar,
ni con otra mujer holgar,
sino que me venga pronto a buscar.
Isaac me lo ate,
Abraham me lo revoque
y Jacob me lo traiga.*

Cuando terminó, dijo Ceferina:

—Para que surta efecto, habrás de decir esta plegaria nueve noches seguidas, mirando siempre fijamente a la primera estrella que aparezca en el cielo. Recuerda que luego, por la mañana, tendrás que entornar la contraventana de madera y dejar que entre en tu alcoba tan solo un rayo de sol. Tú cogerás ese rayo con la mano, lo encerrarás en tu puño y manteniendo la mano cerrada dirás esto:

*Rayo de sol, que del cielo saliste,
a mi amado, ¿dónde le viste?*

Luego habrás de abrir la mano y decir:

*Ve, rayo de sol,
y dale a Martín,
en medio del corazón,
de mi amor la embajaduría.
Dile que vuelva a mí pronto,
que peno y muero sin él.
Te lo pido por la Virgen María
y por el ángel Gabriel.*

Recitando durante nueve noches la oración mirando a la primera estrella, y durante nueve mañanas a un rayo de sol, verás como todo se arregla.

Poco antes de que Ana se acostara, ella y Ceferina se arrodillaron a los pies del lecho y rezaron juntas, en voz alta, al unísono, para que no se cumpliera la boda que tenía proyectada don Santiago:

—Señor San Juan Evangelista, primo de Nuestro Señor, sobrino de la Virgen María. Amargo y triste os visteis al pie de la cruz y alegre os visteis al tercer día. Dios os dio un tal don cual nunca dio a varón, porque os dejó por madre a la Virgen María. En vuestra caridad confío, con el coro de los ángeles y de los arcángeles, para que vos me queráis otorgar esto que os vengo a demandar.

Calló Ceferina, musitó Ana el propósito de la oración, y concluyeron otra vez al unísono:

*Dios es y Dios será
Con el Espíritu Santo lo hará
y la Madre de Dios se lo rogará.
Súplica que con tales mensajeros va
buenas noticias traerá.*

Cuando Ceferina se despedía dándole las buenas noches, dijo Ana:

—Mañana temprano iremos al convento a ver a fray Miguel. Él me aconsejará y dará fuerzas.

—Sí —dijo Ceferina—. Es un santo varón.

Añadió, a punto de salir:

—Ahora duerme tranquila. En el cielo ya han oído tu petición. Todo irá bien.

Ceferina fue a su habitación, se encaminó luego con pasos sigilosos al salón, ya desierto, y arrojó al fuego de la chimenea una hoja de laurel. Quedó mirando, expectante, cómo poco a poco las llamas prendían en ella. Pero el laurel no crepitó al arder, sino que se fue consumiendo suave, lánguida y silenciosamente, en funesto augurio. Ceferina rememoró los tristes pensamientos que la habían asaltado al pie de la higuera la noche de la despedida de Martín, miró con expresión lúgubre y angustiada la hoja de laurel, ya convertida en ceniza, y de nuevo el alma se le llenó de premoniciones sombrías.

A la mañana siguiente fueron al convento de los reverendos padres franciscanos a ver a fray Miguel.

Era un hombre sexagenario, pequeño y delgado, de manos largas y casi transparentes. Tenía los ojos grises muy hundidos en el fondo de las cuencas, la nariz ligeramente aguileña y una voz lenta, clara y sonora como un pausado gotear de agua. La barba canosa se le desparramaba como una breve cascada de nieve sobre el hábito. Era el guía espiritual de don Santiago y de Ana, y los domingos y fiestas de guardar celebraba misa en la capilla de la torre.

Saludó a Ana y a Ceferina con un gesto en el que había jovialidad y sorpresa y retiró su mano, en un ademán tímido y violento, cuando Ana hizo mención de besársela. Siempre sucedía lo mismo, y siempre Ana acababa, como ahora, tocando con sus labios el crucifijo que pendía del cordón atado a su cintura.

Fray Miguel sonrió y, con su sonrisa, el rostro pareció hacerse más grueso y redondo, más rubicundo, con cierta aura infantil.

—¿A qué debo el placer de vuestra visita? —preguntó—. Pasado mañana es domingo y me veréis en la torre. Supongo, pues, que se trata de algo urgente... o muy personal.

—Sí, fray Miguel —asintió Ana. Y explicó la presencia de Ceferina, que continuaba a su lado, diciendo—: Ella lo sabe todo.

—Bien; vamos a ver qué te sucede —invitó fray Miguel.

Se sentaron en el banco, bajo el soportal, frente al gran eucalipto.

En pocas palabras, con una concisión y serenidad que asombraron a Ceferina, Ana relató al fraile los datos esenciales de lo ocurrido. Cuando acabó, se le quedó mirando a los ojos y preguntó:

—¿Qué debo hacer, Padre?

—Nuestro Señor manda que los hijos obedezcan a sus padres —dijo el fraile dulcemente, en un tono conversacional—. A veces, sin embargo, surgen ocasiones en

que se abren otros caminos. ¿Recordáis las palabras del Dulce Jesús, según el Evangelio de San Mateo?: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: He aquí a mi madre y a mis hermanos. Porque quienquiera que hiciera la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi padre». Y nuestro Padre San Francisco, ya lo sabéis, rompió todo parentesco para dedicarse a Nuestra Señora la Pobreza. Claro que esas son excepciones, llamadas de Dios a las que hay que obedecer por encima de todo.

Quedó un rato meditativo.

—Me pregunto, hija, si el amor entre criaturas no puede ser también, a veces, como una vocación o un designio de Dios. Porque no todo ha de ser renunciación; a Dios se llega también por el amor a sus criaturas.

Ana escuchaba en silencio, mirándole.

—Yo no sé —prosiguió fray Miguel—, pero creo que es importante que cada ser humano viva su propia vida y recorra su propio camino. Porque para eso estamos en el mundo: para ser nosotros mismos. Porque si yo no soy yo, ¿qué puedo dar realmente a Dios? Claro que tú, Ana, no eres solamente tú, no eres solamente Ana. Eres también la hija de tu padre. Y tu padre tiene derecho a tu obediencia. Eso es lo difícil del mundo: que cada cual no es solamente una unidad, sino también, al mismo tiempo, muchos «él» diferentes; es él y es también el hijo de sus padres y el marido de su mujer y el padre de sus hijos. Pero todos deberemos responder individualmente ante Dios del uso que durante nuestro tránsito por la tierra hemos hecho de este maravilloso don que es la vida.

Hizo una pausa y acarició las cuentas del rosario mientras contemplaba el eucalipto.

—Dime, Ana: ¿crees que sin vergüenza podrás presentarte ante Nuestro Señor si te rebelas contra la voluntad de tu padre para casarte con el hombre al que amas?

Ana pronunció en voz baja:

—Creo que nuestro amor es bueno y agradable a Dios.

—¿Y estás segura de que ese hombre es el eje de tu vida, que solo con él podrás ser dichosa y recorrer con plenitud tu sendero de criatura, de mujer y de cristiana?

—Sí, Padre.

Fray Miguel la miró con ojos cavilosos.

—Por lo que me has contado, es posible que hoy mismo soluciones este asunto según tus deseos cuando hables con tu tío. Y si no fuere así, dímelo el domingo en la torre, después de misa, y hablaremos. Tendré que meditar sobre cuanto me has relatado... pero tal vez, si fuera preciso... Sí, creo que yo podría tratar el caso con tu padre.

Preguntó, de súbito:

—Y ese hombre... ¿puedo saber quién es, cómo se llama?

—Es Martín, el hijo de don Damián el ferrón —explicó Ceferina.

El fraile juntó lentamente las yemas de sus dedos.

—Ayer precisamente tuve ocasión de hablar con don Damián —dijo—. Le acababan de regalar en Bilbao una comedia impresa de un fraile mercedario que se firmaba Tirso de Molina y murió hace cosa de diez años... una comedia en la que se habla de Vizcaya y se dice... Lo tengo en la punta de la lengua.

Calló, oprimiendo sus recuerdos.

—Algo así como... —y recitó:

*Vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.*

Una brisa suave y soleada les traía el perfume del eucalipto.

—Don Damián no es hombre de letras —prosiguió fray Miguel—, pero es cristiano viejo y agradecido... y buen ferrón. Está entusiasmado con esos versos. Se despidió de mí con premura porque iba a mandar que inmediatamente se forjasen en hierro esas palabras para ponerlas como el más preciado escudo de nobleza, dijo, a la entrada de su herrería.

Sonrió al mirar a Ana.

—Realmente, hija, no sería mala cosa unir la sangre de nuestros nobles con la sangre de nuestros ferrones.

Sonaron unas campanadas breves, leves, melódicas, y fray Miguel se levantó.

Dijo a Ana:

—Habla con tu tío y el domingo, en la torre, me das cuenta de lo que haya. Y no pierdas la esperanza. Suceda lo que suceda... ¿me oyes?... no pierdas nunca la esperanza.

A punto de irse, añadió:

—La desesperanza es uno de los nombres del demonio.

Ana y Ceferina se arrodillaron y fray Miguel, moviendo con suavidad la mano derecha, les dio su bendición y se fue, con pasos lentos y menudos, camino de la capilla.

A primera hora de la tarde llegó don Ortuño al pueblo.

Ana le esperaba en la encrucijada. Él se apeó del carruaje al verla y la saludó con afecto, besándole en las mejillas y cogiéndole las manos.

—Cada vez me recuerdas más a tu madre —dijo—. Eres igual que ella... Sin embargo, te encuentro un poco extraña, pálida, más delgada. Tienes el mismo rostro que ella, sí, y también idéntica sonrisa. Pero esa angustia de tus ojos, sobrina... ¿Qué te sucede?

Ana se lo dijo mientras caminaban lentamente hacia la torre. No omitió nada en su relato: ni lo que le había dicho don Santiago el día anterior respecto a su boda con Eloy, ni su entrevista de aquella misma mañana con fray Miguel, ni la identidad del amado ausente.

Don Ortuño la escuchó pacientemente sin interrumpirla. Contaba doce años

menos que don Santiago y tenía la expresión grave y reposada.

Estuvo largo rato pensativo antes de hablar.

—A decir verdad, a mí también me ilusionaba la idea de que mi hijo Eloy y tú contrajerais matrimonio —pronunció, al fin, con voz suave—. Desde que erais niños, cuando os veía jugar y reír juntos, pensé que algún día tal vez seríais marido y mujer.

Ana perdió súbitamente la compostura y estalló en un largo sollozo.

Dijo, con la voz ahogada por las lágrimas:

—Si me obligarais a contraer ese matrimonio... si me quitarais para siempre a Martín... ¡me mataría, tío! Lo digo en serio: ¡me mataría! Yo quiero a Eloy... le quiero casi como quería a Javier. Pero mis sentimientos hacia Martín...

Calló y permaneció con los ojos bajos, asustada y ruborizada de sus propias palabras.

—El matrimonio engendra a veces el amor —musitó don Ortuño.

—¡Tío! —exclamó ella.

Y no dijo más. Él se mordió ligeramente los labios y durante un momento pareció no saber qué hacer ni qué decir.

—¿Estás segura de tus sentimientos, segura de cuanto me has dicho?

—Sí.

—A veces, Ana, cuando se es joven, nos parece que el mundo se acaba. Confundimos a menudo el alcance de nuestras emociones. ¿Estás segura de que ese muchacho, Martín...?

—Sí, tío.

Don Ortuño le puso una mano sobre los hombros.

—No se lo has dicho a tu padre, ¿verdad? No te has atrevido.

Era más una afirmación que una pregunta.

—No te has atrevido —repitió.

Don Ortuño movió la cabeza. No era fácil contrariar la voluntad de su hermano Santiago, no era fácil enfrentarse con él. Lo sabía por propia experiencia. Imaginó lo que debía de ser la vida de Ana en aquella torre, junto a don Santiago, y sintió una vez más que le anegaba una gran compasión hacia su sobrina.

—Nadie violentará tu voluntad, Ana. Te lo prometo.

—Pero él está tan decidido... —musitó la muchacha—, tan convencido de que nadie ha de oponerse a sus designios... La idea ni siquiera parece habersele ocurrido. Y tengo miedo, miedo de que sepa que no quiero, que no puedo acatar su voluntad.

—Sí, comprendo. Tu padre no sabrá nada de esta conversación nuestra, Ana. Te lo prometo. Pero debo decirte que me entristecen mucho las noticias que acabas de darme. Imaginaba que Eloy y tú... En fin...

Levantó la mirada hacia el cielo y luego la posó en el rostro de Ana.

—Estás realmente enamorada de ese muchacho, ¿verdad?

—Sí, tío. Él es toda mi vida.

Y nuevamente se ruborizó al oírse pronunciar tales palabras, nuevamente bajó los

ojos.

—Ahora debo hablar con tu padre —dijo don Ortuño—. Tengo que regresar a Bilbao antes de que anochezca y se va haciendo tarde.

Entraban ya en la torre, ante cuya puerta se hallaba detenido el carruaje.

Don Ortuño recordó a doña Elvira y su boda con don Santiago, los largos silencios de la desposada, su obediencia y su fidelidad —más que su amor— al hombre al que sus padres la habían dado como esposa, al hombre que solo veía en ella la mujer que le daría un heredero. Siempre había tenido don Ortuño la impresión de que Elvira no estaba enamorada de Santiago, que no era, que no podía ser feliz con él. Cada vez que la veía la imaginaba como un pajarillo indefenso y desvalido mustiándose silenciosamente en una gran cárcel de piedra. Y luego había nacido Javier y más tarde Ana, y Elvira había hallado en su amor de madre la dicha y la plenitud que no había encontrado como esposa.

«¡Pobre Elvira!», había pensado muchas veces don Ortuño. Y ahora, mirando a Ana, pensó: «¡Pobre Ana!».

Imaginó a la muchacha casada con Eloy, al que no amaba, y se dijo que aquello sería como repetir en la hija la vida de la madre, aquella vida de Elvira que él había compadecido tantas veces. Pensó también en la torre y en su hijo Eloy morando como señor de ella. Aquello sería, había pensado más de una vez, como una compensación a su condición de segundón. La torre familiar sería de él a través de su hijo, de su propia herencia carnal... En cierto modo eso sería como si milagrosamente su hijo le convirtiese a él, Ortuño, en el primogénito de la familia...

Pero no, no podía ser. No sería. Era mejor no pensar más en ello. No caería la desdicha de su sobrina sobre su conciencia.

Miró de nuevo a Ana y de nuevo vio en ella la silueta, el rostro, la melancolía y la tristura y la callada angustia de los ojos de Elvira.

—Ve tranquila —dijo—. Nadie ha de imponerte un esposo al que no ames.

Se dirigió al salón y, durante largo tiempo, Ana y Ceferina trataron de adivinar lo que sucedía tras la puerta.

Se oyeron murmullos, luego silencio, la voz airada de don Santiago, murmullos otra vez y, por fin, don Ortuño salió.

Le vieron montar en su carruaje y alejarse por el camino de Bilbao.

Por la noche, cuando Ana fue a desearle a su padre las buenas noches, don Santiago musitó de repente, sin mirarla:

—Moriré y no habrá un varón de mi sangre y mi apellido en la torre de mis antepasados.

Y, al oírle, Ana pronunció mentalmente: «¡Gracias, Dios mío!».

Subió a su alcoba exultante, feliz, llorando y riendo y abrazando a la anciana y pronunciando el nombre de Martín. Por un instante pensó en su padre, que quedaba en el salón, ensimismado y solitario, evocando al hijo muerto. Le llegó una oleada de calor y gratitud al recordar a don Ortuño, que deseaba esa boda, que veía en aquel

matrimonio la culminación de sus esperanzas de segundón y que, sin embargo, no lo había aceptado por no hacerla a ella desgraciada. «Dios te bendiga, tío», murmuró.

Luego preguntó en voz alta:

—Ceferina, ¿recuerdas lo que ha dicho fray Miguel respecto a que no sería mala cosa unir la sangre de nuestros nobles con la sangre de nuestros ferrones?

Ceferina esbozó una sonrisa ancha, grande, y asintió.

—Tenía razón fray Miguel —dijo Ana—: nunca hay que perder la esperanza.

Ceferina sonreía y asentía. Pero seguían aleteando lúgubrementes detrás de su frente las premoniciones que le habían asaltado al pie de la higuera y seguía viendo aquella hoja de laurel que ardía lánguida y silenciosamente, sin producir ninguna sonoridad, sin exhalar la menor crepitación, en la chimenea del salón.

—Buenas noches, Ana. Duerme bien —deseó.

—Buenas noches —dijo Ana.

Sentía una enorme, una infinita felicidad. Se notaba también cansada, tremendamente, dichosamente cansada. Se durmió pensando en Martín y tratando de recordar cómo decían aquellos versos del fraile mercedario que don Damián había mandado poner en hierro forjado a la entrada de su herrería.

Al día siguiente llegó al pueblo, procedente de la Corte, un clérigo que traía noticias de Martín.

VI

Ana lo supo a mediodía por Ceferina, quien a su vez lo había sabido por Serapia la sacristana, a la que también llamaban la campanera por su condición de mujer chismosa y rumoreadora.

Un clérigo había llegado a hora temprana al pueblo y había preguntado en la plaza por la casa de don Damián el ferrón.

—Dijo que había salido de la corte hace unos días —explicó Ceferina— y que traía misiva de don Martín para sus padres.

Ana exhaló un largo suspiro de expectación y se anudó nerviosamente los dedos. Pensó: «Tal vez sea el primo de doña Engracia».

—Si pudiera verle, Ceferina, hablar con él... Ese hombre ha visto a Martín hace unos días, ha hablado con él. ¿Comprendes? Tal vez Martín le haya dado algún recado confidencial para mí. Tengo que ver al mensajero, Ceferina.

Pero la anciana movió la cabeza.

—Ya no está. Permaneció en casa de don Damián cosa de una hora y se fue.

—Entonces ¿no era el primo de doña Engracia... el clérigo que invitó a Martín a la Corte?

—No. Es de Bilbao y fue a Madrid para no sé qué asuntos.

—Doña Engracia me llamará —balbució Ana—. Querrá leerme la carta. Sin duda Martín ha enviado unas letras para mí. Pero tarda en mandarme aviso. ¿Cuándo dices que vino el clérigo?

—Esta mañana temprano, poco después de la primera misa. Marchó a Bilbao hace unas... unas tres horas.

—Doña Engracia ha tenido tiempo más que suficiente para avisarme —se dolió la muchacha—. Sabe que hace meses no sé nada de Martín, meses que espero...

Ceferina le dirigió una sonrisa de aliento.

—Ten paciencia, mujer. Te avisará en cualquier momento.

—Sí, en cualquier momento.

Se riñó a sí misma por su impaciencia.

Había que dar tiempo a doña Engracia, decidió, tiempo para que hallara el modo de mandarle recado discretamente, sin llamar la atención. Si don Santiago se enterara, después de deshecha su boda con Eloy, podría sospechar...

«Tengo que aprender a esperar», se ordenó.

Pero el nerviosismo la vencía.

—Tal vez haya mandado una de sus criadas a la plaza con el encargo de que hable contigo o te diga lo ocurrido para que yo vaya a verla —dijo meditativamente—. Ve a la plaza, ¿quieres, Ceferina? Acaso allí te estén buscando. O junto a la iglesia, o en la fuente, tal vez. Si no ves a nadie... pasa por delante de su casa. Es posible que te topes con doña Engracia. Y avísame en seguida. Anda, ve.

Ceferina meneó varias veces la cabeza.

—Sí, Ana. Ahora mismo voy.

La muchacha se sonreía, ensimismada.

—Parece que todo se arregla, ¿verdad? —preguntó—. Ayer, lo de mi boda con Eloy; hoy, noticias de Martín. Acaso regresará pronto. Sí, estoy segura de que comunica a su madre que vuelve en seguida, que se dispone a emprender viaje. ¡Hace ya tanto tiempo que está ausente! Dijo que estaría un año, o acaso menos. ¿Qué haces parada? Por Dios, Ceferina, apresúrate.

Pero nadie buscaba a Ceferina en la plaza, ni en la fuente, ni a la puerta de la iglesia. En vano pasó una y muchas veces ante la casa de doña Engracia.

—Tal vez esta tarde, en el rosario... —se esperanzó Ana.

Doña Engracia no fue al rosario. Tampoco la vieron cuando, al salir de la iglesia, dieron un largo paseo ante la casa del ferrón y por la plaza, con la esperanza de encontrar a doña Engracia o a alguna de sus criadas.

—Se va haciendo tarde, Ana —recordó Ceferina.

Y la muchacha insistió:

—Pasemos de nuevo ante su casa y luego nos llegamos hasta la plaza. Solo una vez más.

Todos sus paseos y sus idas y venidas resultaron inútiles. Cuando se dirigían a la torre, Ana se detuvo de súbito.

—Voy a su casa —dijo—. No puedo soportar esta espera.

Ceferina trató de domar su impaciencia.

—No es hora más indicada para realizar visitas, criatura. ¿Por qué no esperas hasta mañana?

Ana inclinó la cabeza, abatida.

—Tienes razón. Mañana me avisará doña Engracia, ¿verdad? Sí, mañana me avisará. Estoy segura.

Le pareció que aún faltaba una eternidad hasta entonces. Se acostó convencida de que la impaciencia y el nerviosismo la mantendrían varias horas en vela. Pronunció en voz baja: «Dios mío, haz que en su carta Martín anuncie su pronto regreso». Hubiera querido seguir pensando en Martín, pensando en lo que diría en su carta, pensando en su vuelta y en el momento en que de nuevo estarían juntos. Pero sintió que el sueño la vencía poco a poco, posesionándose de ella suavemente, hundiéndola en una oscura y silenciosa y grata quietud.

Y de pronto era ya el amanecer y el sol entraba a raudales por la alta ventana entreabierta. Se levantó y vistió de prisa, cantando, notándose repentinamente empapada de felicidad.

Fue a la iglesia y, durante toda la misa, estuvo pendiente de la puerta, esperando que en cualquier momento apareciese doña Engracia. Pero doña Engracia no apareció.

Ana comenzó a preocuparse.

—No lo comprendo —le dijo a Ceferina—. Hace ya un día entero que vino el

mensajero. ¿Por qué no me avisa doña Engracia?

Tenía el rostro ligeramente convulso y la mirada perpleja.

—¿Crees que... crees que algo le ha sucedido a Martín?

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Por qué le iba a pasar algo a Martín?

—No sé, no sé. Pero... ¡todo un día... y ella sin avisarme! Esperaremos hasta mediodía, Ceferina. Si para entonces no he tenido ninguna noticia de doña Engracia, iré a verla.

Fue una espera nerviosa, interminable.

A primera hora de la tarde, Ana dijo:

—Sucede algo, Ceferina. Lo sé, lo presiento. Tengo que hablar con doña Engracia.

Y decidió, espoleándose a sí misma:

—Y ha de ser ahora mismo. No puedo esperar más.

Mientras Ceferina pasaba a la cocina, doña Engracia recibió a Ana en un salón pulcro y presuntuoso, sobrecargado de muebles, con espadas y espejos y cuadros adornando las paredes.

—La tarde es espléndida —comentó la mujer—. ¿Verdad?

Abrió el gran ventanal y fue como si el jardín penetrase en la casa inundándola de aromas vegetales.

—Has sabido que ayer tuve noticias de mi hijo, ¿eh? —sonrió—. Pensaba avisarte, no creas. Pero he estado tan ocupada...

«Si no vengo, no me hubiera llamado —pensó Ana—. Me está ocultando algo».

—¿Mando que te preparen un refresco?

—No, gracias.

—¿Cómo se encuentra tu padre?

Era la primera vez que la oía decir «tu padre» en vez de «don Santiago» o «mi señor don Santiago».

—Como siempre... —musitó Ana.

Los modales de doña Engracia, su frialdad y desenvoltura, su inesperado desparpajo, agigantaron su alarma y su preocupación. Algo había cambiado en la mujer. Se hallaba, decidió, más segura y satisfecha de sí misma. De algún modo, brotaba de toda ella cierta insolencia soterrada.

Ana la observó sin levantar apenas la mirada, mientras ella esponjaba un almohadón y tomaba asiento.

—¿Te gusta? —interrogó de pronto doña Engracia.

Y señaló un jarrón de porcelana colocado sobre una pequeña mesa redonda de caoba.

Ana asintió sin decir nada.

—Nos lo han traído de Francia. Nadie diría que vale una fortuna, ¿eh? Sí, sí, una verdadera fortuna, como lo oyes. ¿Y eso? ¿Has visto alguna vez algo tan hermoso?

Se quedó mirando, con gesto orgulloso de propietaria, un reloj mecánico,

adornado con ángeles de plata, de enormes alas, que tictacteaba desde la repisa de mármol blanco.

—Tengo que adecentar un poco la casa —continuó—. Claro que, en un pueblo como este, donde no se aprecian estas cosas...

Casi sin transición, sin alterar el tono de su voz, prosiguió:

—He oído decir que al parecer tu padre quiere casarte con tu primo Eloy. ¿Es cierto?

Ana se sintió traspasada por la mirada de la mujer. Tuvo deseos de achicarse, de minimizarse en el sillón; pero venció su timidez y su rubor y levantó la cabeza y miró a doña Engracia a los ojos.

Pensó: «Por eso no me ha avisado; por eso se muestra tan fría y lejana. Piensa que he olvidado la promesa que le hice a Martín y que voy a casarme con mi primo».

Y se supo de nuevo esperanzada y feliz, habitada de alivio y optimismo.

—Ese era el proyecto de mi padre —explicó—. Pero ya está todo arreglado.

—¿Arreglado?

—Hablé privadamente con mi tío Ortuño y le convencí de que no podía casarme con Eloy. Le dije que esa boda no podía ser, que... que amo a Martín. Él convenció a mi padre.

Se asustó al observar que doña Engracia no parecía interesarse ni alegrarse por sus palabras.

Añadió, esbozando una débil sonrisa:

—Ha sido como una pesadilla, pero ya pasó. Cuando Martín regrese...

—Sí, claro. Pero es posible que tarde un poco más de lo previsto, ¿sabes? —la interrumpió doña Engracia.

Su voz y su mirada irradiaban desasimiento, como si ya no le ilusionara la posibilidad —pensó Ana— de que Martín se casara con la hija del señor de la torre. «Su actitud no tiene nada que ver con lo que se haya rumoreado estos días en el pueblo sobre mi boda con Eloy. No, no es eso; estoy segura de que no es eso. Doña Engracia tiene otros proyectos. Acaso...».

Cortó el hilo de sus pensamientos para preguntar, esforzándose en que su voz no delatase la angustia que la poseía:

—¿Está enfermo?

—No —dijo doña Engracia—. Mi hijo se encuentra bien.

Se hizo un breve silencio, denso, tirante.

—Entonces... —silabeó Ana.

Se le hacía insufrible el diálogo. Tenía la impresión de que se hallaba como una mendiga ante aquella mujer.

—El conde de Vélez se interesa mucho por él —dijo doña Engracia—. Le ha tomado bajo su protección y le ha pedido que se quede en la Corte.

Paladeaba las palabras. Sus ojos brillaban con aquella expresión soberbia de hacía un rato, cuando le había señalado el jarrón y el reloj mecánico.

—¿Comprendes? Le ha pedido que continúe en la Corte —repitió.

—Y Martín... —Ana tembló al hacer la pregunta—. ¿Él... qué ha dicho?

Doña Engracia tuvo un ademán de irritación. Se levantó y comenzó a pasear por el salón. Fue al ventanal y aspiró con fruición el olor de la tarde primaveral.

—Martín está muy agradecido por todas las mercedes que ha recibido del señor conde.

Pronunció el título dándole a la palabra el acento solemne de las letras mayúsculas.

—¿Qué otra cosa podía hacer, sino aceptar la invitación de su amigo y protector? Porque el conde de Vélez es hombre muy influyente, ¿sabes? Oh, mi primo me tiene al tanto de muchos sucesos de la Corte. Y me asegura que el señor conde y sus dos hijas tratan a Martín como a un igual... casi como a uno de la familia. Le han presentado a lo más granado de Madrid y le han abierto las puertas de palacio. Ahora los tres le instan a que prolongue su estancia.

«El señor conde y sus dos hijas —se repitió Ana mentalmente, como un eco—, ... como a un igual... casi como a uno de la familia». Tuvo conciencia de que se caía, de que se tambaleaba por dentro, de que se hundía dentro de sí misma.

—Y al fin y al cabo, ¿por qué no habían de tratarle como a un igual? —se interrogó doña Engracia en voz alta—. Mi hijo es cristiano viejo, de limpio apellido. También nosotros tenemos un escudo. Y limpieza de sangre. Y dinero. El clérigo que me trajo noticias de Martín me dijo que él mismo le había visto, acompañando al conde y a su hija mayor, Teresa, de cacería por los reales montes de El Pardo. Y mi primo me dice que no sería oportuno hacerle retornar ahora. Está recibiendo lecciones de baile y esgrima, y trata a importantes personajes. Tal vez le espere un gran futuro en la Corte...

«El conde de Vélez y sus dos hijas... como a uno de la familia —seguía sonando en el cerebro de Ana—. Teresa, la hija mayor...». El conde de Vélez, al parecer, estaba arruinado. ¿Contemplaría acaso el matrimonio de una de sus hijas con el joven ferrón encartado? La pregunta le cortó el aliento. Tiritó de pronto, sintiendo frío.

Doña Engracia no cesaba en su parloteo.

—... así que, como es natural, ayer mismo escribí a Martín dándole mi aquiescencia para que permanezca en la Corte el tiempo que estime necesario. El mismo clérigo que me trajo su misiva, y que volverá a Madrid dentro de unos días, le entregará mi carta.

«Todo ha sido en vano —pensó Ana—. Mi fe en su regreso, mi intervención acerca de mi tío para que no me obligara a casarme con Eloy, mi espera, mis sufrimientos... Todo inútil. Ahora él prolongará su estancia en Madrid... con el conde de Vélez, con sus hijas...»

Hubiera querido preguntar a doña Engracia: «¿No hay ningún recado, ninguna palabra para mí en la misiva de Martín?». Pero no lo hizo. Continuó inmóvil y silenciosa, llena de frío y de vacío, notándose totalmente hueca por dentro.

Doña Engracia no le mostró la carta ni le ofreció enviar sus saludos a Martín. Todo el pasado parecía borrado.

«Ya no se considera mi aliada, sino mi enemiga —decidió Ana—. Está pensando en el conde, en que Martín se abra paso en la Corte. Ahora yo soy tan solo una molestia para ella, alguien que puede interponerse en su camino y obstaculizar sus proyectos. Su orgullo al saberme enamorada de su hijo, nuestra complicidad, su deseo de que acudiese a verla para hablar de Martín, para recordarle juntas... todo eso ha pasado ya. Se está viendo a sí misma residiendo en Madrid, asistiendo a fiestas, sentándose a la mesa de algún noble, entrando acaso en palacio. La torre, este pueblo, la herrería, mi padre, yo... nada de esto existe ahora para ella. Todo ha cambiado.»

Se sintió, al principio, dolorida y desesperada. Luego pensó que con su actitud doña Engracia la estaba traicionando, la estaba ofendiendo tan ostensiblemente como si la abofeteara.

—... y gracias a la intercesión del señor conde, mi primo recibió el hábito de Calatrava. ¡Imagínate lo que eso representa, lo que...!

Pero ¿y Martín?, seguía meditando Ana. ¿También a él le habían deslumbrado el conde de Vélez y sus hijas y el ambiente de la Corte? ¿También él había olvidado el pasado? Unos pocos meses de ausencia, las cacerías, las visitas a palacio, las lecciones de esgrima y de baile... ¿habían bastado para hacerle olvidar sus promesas y su amor, para hacerle olvidar cuanto se habían dicho aquel anochecer, en la cita de despedida junto a la vieja casona abandonada?

—Martín no me ha olvidado —pronunció en voz alta.

Se extrañó al oír sus propias palabras interrumpiendo el parloteo de doña Engracia.

Trató de imaginar cómo sería el primo de doña Engracia y se le dibujó delante de los ojos una silueta sinuosa y malévol. No sabía por qué, desde el primer momento en que había oído hablar de él, le había imaginado intrigante y ambicioso y adulador. «Tal vez sea un santo varón», se atajó. Pero, en cualquier caso, le temía. ¿Se proponía tal vez casar a una de las Vélez con Martín, que a falta de título aportaría al matrimonio una apreciable fortuna amasada por su abuelo y su padre en los montes de hierro? Y en realidad, ¿no era esa también la secreta ilusión de doña Engracia? Por otra parte, ¿no era posible que una de aquellas dos muchachas... Teresa, acaso... se hubiese enamorado de Martín...?

«Pero él me ama, me ama. Lo sé», se gritó sin palabras. Debía tener fe en Martín, tenía que creer en él y en sus promesas. Recordó su despedida: «Te esperaré, Martín, te esperaré siempre». Y él había dicho: «Adiós, amor mío, esposa mía. Volveré pronto.»

Volvió a tenerle a su lado, volvió a verle perdiéndose en la oscuridad de la noche.

«He de tener fe en él —se ordenó mentalmente—. Tengo que tener fe en él. Me ama, me llamó su esposa. Volverá a mí.»

Y descubrió, de repente, que ya no experimentaba ni dolor ni vacío alguno, que

ya no se sentía desvalida ni empequeñecida ante doña Engracia.

Martín la amaba; ella lo sabía. ¿Por qué preocuparse de lo demás? ¿No se había negado ella a acatar la voluntad de su padre? Si llegase el caso, él también se rebelaría contra la voluntad de doña Engracia. Lo que importaba no eran sus familias ni las ambiciones y propósitos de otras personas, sino tan solo Martín y ella y el amor que se tenían, el amor que se habían prometido como esposos.

Y repitió, con voz serena:

—Martín no me ha olvidado.

Doña Engracia se sobresaltó, turbada.

—No. Claro que no —balbució, indecisa.

—Cumpliré su promesa y volveré a mí. Estoy segura.

Ana se levantó y clavó su mirada en los ojos de doña Engracia. La mujer se pasó la lengua por los labios mientras su rostro adquiría una expresión de perplejidad.

—Adiós, doña Engracia.

—¿Te vas ya? —preguntó ella, confusa.

—Sí —dijo Ana—. No parece que tengamos mucho de que hablar, ¿verdad?

La miró dominadora, sintiéndose por primera vez en su vida la hija del señor de la torre.

Doña Engracia parpadeó.

—Pero, Ana...

Ana caminó hacia la puerta, muy erguida y con la barbilla agresivamente levantada.

—Ceferina —dijo en voz baja.

Pronunció el nombre con el acento de quien está acostumbrado a mandar. Doña Engracia dijo: «Sí, ahora mismo viene», y salió y regresó al cabo de un instante con Ceferina.

—Tienes que volver otro día para... —comenzó doña Engracia.

Ana pasó ante ella como si no la viera, como si ignorase la existencia de la mujer, con pasos lentos y calmosos, con la mirada tendida hacia delante y sin despegar los labios.

Pero tan pronto como se encontró fuera de la casa, a solas con Ceferina, su serenidad se le derrumbó y se supo nuevamente vacía y desarbolada.

—¡Tanto tiempo sin sus noticias, Dios mío!... ¡Tanto tiempo sin él! —musitó.

—Aún no se ha cumplido el año —dijo Ceferina.

—Pero su madre desea que continúe en la Corte. Y tal vez permanezca allí... no sé... meses o años enteros. Si yo supiera que me es fiel, Ceferina, si yo supiera que me ama, que piensa en mí y que desea volver... Me digo que sí, que quiere casarse conmigo, que quiere regresar pronto, pronto... pero al mismo tiempo, mientras me digo esas cosas... dudo. No puedo evitarlo. Si estuviera segura, totalmente segura de su amor, no me importaría que permaneciese más tiempo, ni me preocuparían los proyectos y las ambiciones de doña Engracia. Él es bueno y me quiere, lo sé; pero

creo... creo que también es débil. Y allí, en la Corte, lejos de mí... ¡Necesito estar segura, Ceferina, estar segura de que sigue pensando en mí como su esposa!... Si supiese que me recuerda como yo a él, que me echa de menos como yo a él, entonces soportaría su ausencia sin protestar y trataría de no impacientarme. Te lo juro. ¡Pero esta incertidumbre y estas vacilaciones! ¿Crees que me ha olvidado?

Ceferina la miró cavilosamente.

Dijo con decisión.

—Eso podemos saberlo pronto, hoy mismo. De ti depende.

—¿De mí?

—Sí.

—Pero ¿cómo, Ceferina, cómo? ¿Qué he de hacer?

—Lo que yo te diga.

—Lo haré.

Ceferina tuvo un momento de titubeo.

—Vayamos a la plaza. Hay algo que tienes que comprar.

—¿Para qué?

—Para saber si Martín te es fiel. Para saber si de verdad continúa queriéndote y pensando en ti como en su esposa. ¿No es eso lo que deseas saber?

—Sí. ¿Qué he de comprar?

—Piedra alumbre. Y cuando la recibas de manos del boticario, has de decir para ti misma: «Alumbre compro; no compro alumbre, sino el corazón y las entrañas de Martín».

Ana la miró con reproche y decepción.

—¡Ceferina!...

—No son chocheces de anciana —le aseguró la mujer—. Se lo he visto hacer varias veces a Fabiana la panadera y sé que ha sacado de dudas a muchas mozas del pueblo. Y también a gente casada, no creas. Tú compra lo que te digo y luego verás.

Ana estaba indecisa.

—Volvamos a casa —se enfadó Ceferina al observarla—. Si no quieres hallar la respuesta a tus propias preguntas...

—Sí quiero —dijo Ana.

Pero no parecía convencida.

—¿Te he engañado alguna vez? Dime, ¿tienes algo que reprocharme? —preguntó la anciana—. ¿He sido alguna vez indigna de tu confianza?

—No se trata de eso, Ceferina. Es que...

—Ana —la mujer la miró seriamente—, ¿no te he aconsejado siempre como una madre aconsejaría a su hija?

Ana se declaró vencida.

—Sí —musitó.

Y prometió hacer cuanto Ceferina le dijese.

Compró la piedra alumbre, pronunció para sí la fórmula recién aprendida y

volvieron a la torre. En la pequeña chimenea de una breve estancia vacía, en el último piso, Ceferina encendió fuego.

—Ahora escúchame con atención, Ana. Has de echar el alumbre al fuego y decir: «Alumbre quemo; alumbre no quemo, sino el corazón y las entrañas de Martín».

—¿Y cómo sabré...?

—Si el alumbre arde con llama que hace figura de hombre, Martín te es infiel. Si se deshace sin llama, te ama y piensa en ti y retornará pronto. Medítalo bien, Ana. ¿Estás dispuesta a hacerlo... dispuesta a saber la verdad?

—Sí.

—Más de una persona ha lamentado haber hecho esta prueba. ¿Comprendes lo que quiero decir? Yo sé que Martín te ama...; pero la distancia, el tiempo, las tentaciones...

Ana se sonrojó y contuvo un gesto de ira. Luego, durante un instante, vaciló. «Martín me ama; estoy segura, estoy segura. No puede haber olvidado sus promesas. No puede, no puede haberlas olvidado», se repitió al fin. La poseyó la imperiosa necesidad de demostrar a Ceferina —y sobre todo, demostrarse a sí misma— que tenía fe en él.

—¡Basta ya, Ceferina! —ordenó.

Arrojó la piedra alumbre mientras pronunciaba con voz clara y serena la fórmula. Las llamas crepitaron y exhalaban un olor a alúmina y a potasa. La piedra alumbre, sal blanca y astringente, se consumió sin producir figura alguna.

Ana suspiró, aliviada, y quedó en silencio, fijos los ojos en la pequeña hoguera.

—Lo sabía —dijo.

Pero no podía olvidar las dudas que la habían asaltado.

—Sí, todo va bien. Martín te es fiel y te ama —sentenció Ceferina—. La piedra alumbre no miente nunca. Para conseguir que vuelva pronto, ahora debes rezar a Santa Elena. Espera. Hace días que lo tengo todo dispuesto.

Salió y tornó al cabo de unos minutos con un lienzo que contenía algo. Lo desenrolló con parsimonia y Ana vio que eran dos cirios verdes.

—Son necesarios para que esta oración surta efecto —explicó Ceferina—. Ahora, arrodíllate.

Ana se arrodilló. Ceferina encendió los dos cirios y le puso uno en cada mano.

—Yo iré diciendo el rezo poco a poco, despacio, y tú lo repites. Cada vez que me levante y dé unos pasos y me arrodille de nuevo, haz tú lo mismo. Pero procura que las velas no se te apaguen; eso traería desdichas.

Ana asintió.

Ceferina, también de rodillas, pero sin portar ningún cirio, comenzó a recitar lentamente, dando tiempo a que Ana repitiera fielmente sus palabras:

—*Gloriosa y bienaventurada Santa Elena, hija sois de Rey y Reina y vos Reina de por sí. En el mar bermejo entraste, tres piedras del Oriente sacaste, en la mesa de mi Señor Jesucristo las presentaste. Dijo San Pedro a San Pablo: ¿qué comerá esta*

dueña?: Paz, fe, amor, sal y caridad.

Sin dejar de rezar, Ceferina se alzó, dio dos pasos y tornó a arrodillarse. Ana la imitó.

—*De allí se levantó, tres pasos más adelante pasó y a la Virgen de Oriente por allí vio. Y dijo a Elena: ¿Qué tenéis que estáis tan maldiciente? ¿Han dicho mal de ti y de toda tu gente? Que te prometo por el sol saliente, por el agua corriente, y por los nueve meses que traje a mi hijo en el vientre, de poner paz en ti y en toda tu gente.*

De nuevo se alzaron y dieron dos pasos y volvieron a arrodillarse.

—*De allí se levantó y más adelante pasó y a las orillas del mar Telín se sentó, la bendición echó y las aguas partió y el mar pasó.*

Habían cerrado la ventana y la luz de los cirios arrojaba su luz temblequeante sobre la oscuridad de la estancia.

—*De allí se levantó y a Jerusalén llegó. Con un viejo judío se encontró, y le dijo: «Ven acá, judío. ¿Qué es de la cruz de mi Señor Jesucristo?». «Elena, yo no sé de ella». «Al monte labor subirás y a mano derecha tornarás, treinta y tres palmos de ancho y largo cavarás, y con la cruz de mi Señor Jesucristo te encontrarás».*

Recitaron la larga oración con voz salmodiante, caminando dos pasos antes de cada expresión ritual *De allí se levantó* y arrodillándose inmediatamente para proseguir la plegaria.

—*De allí se levantó y más adelante pasó y un cuerpo difunto encontró. Consigo se lo llevó y al monte Tabor subió y a mano derecha tomó. Treinta y tres palmos de ancho y largo cavó y recavó y con la cruz del mal ladrón se encontró. La puso sobre el cuerpo difunto y el cuerpo ni habló ni resucitó.*

Al levantarse, Ana miraba los cirios, asegurándose de que no se habían apagado.

—*De allí se levantó y más adelante pasó. Cavó y más cavó y con la cruz del buen ladrón se encontró. La puso sobre el cuerpo difunto y el cuerpo tembló, pero no resucitó.*

Ceferina rezaba con voz lenta y grave, con los ojos cerrados y las palmas de las manos unidas, en actitud de intensa devoción.

—*De allí se levantó y más adelante pasó y con la cruz de mi Señor Jesucristo se encontró. Y la puso sobre el cuerpo difunto y el cuerpo habló y resucitó.*

Habían llegado al final de la oración. Ana sintió cómo se le metían en las rodillas el frío y la humedad del suelo de piedra.

—*De allí se levantó, más adelante pasó y cavó y recavó y los tres clavos de mi Señor Jesucristo encontró. Tomó un clavo y al mar bermejo lo echó para que ningún marinero que pasase peligrase. El otro le dio a su hijo Constantino para que en las batallas fuera vencedor y no vencido. Y el otro le guardó la bienaventurada y gloriosa Santa Elena para todos los que mercedes le pidieren.*

Continuaron arrodilladas y, tras un instante de silencio, concluyeron:

—Lo que te pedimos, gloriosa y bienaventurada Santa Elena, es la fidelidad y el

pronto regreso de Martín.

Se persignaron.

—*In nomine Dómini. Amén.*

Ceferina abrió la ventana.

—¿Puedo apagar las velas? —preguntó Ana.

—Espera —dijo Ceferina—. Es preciso apagar las dos a la vez, de un solo soplo.

Ella misma las apagó, envolviéndolas luego cuidadosamente en el lienzo.

—Pueden servir para otra ocasión —observó—. Pero no te preocupes, mujer. Verás como todo va a solucionarse. Santa Elena nunca desoye esta oración.

Pero la intranquilidad de Ana no se atenuó. No podía olvidar su última entrevista con doña Engracia. El entusiasmo con que la madre de Martín le había hablado del conde de Vélez y sus hijas le perturbaba; se sentía nerviosa y deprimida y angustiada al recordarlo. Sus palabras le perseguían como una pesadilla que ella sentía agazapada en su cerebro. Y Ana se obsesionaba.

No, doña Engracia no había tratado de ocultar que sus pensamientos apuntaban ahora a la Corte. El buen recibimiento que allí le habían dispensado a Martín habían hecho renacer, acrecentadas, las ambiciones de la mujer. Pero ¿y Martín? —se repetía Ana—, ¿por qué Martín callaba, por qué no le había enviado algunas palabras por mediación del clérigo? ¿Obedecía acaso su silencio al deseo de ser discreto, al temor de que don Santiago se enterase? «Pero podía haberle dicho al mensajero que entregara la misiva a Ceferina», se dijo la muchacha. ¿O tal vez... tal vez Martín había incluido para ella algún recado en la carta que el clérigo había entregado a doña Engracia...

—No te atormentes —le aconsejó Ceferina—. No le des vuelta a la cabeza como a una noria. No pienses más en ello. Ten fe...

Durante las semanas siguientes Ana volvió a perder el apetito, a pasarse horas y horas en vela, a tener pesadillas. Se le formaron pequeñas bolsas azulosas bajo los ojos y de toda ella fue emanando una melancolía lúgubre y desesperanzada.

Una mañana, al salir de misa, se encontró con doña Engracia. Con expresión sonriente, la mujer la esperaba a la puerta de la iglesia, ostensiblemente con el propósito de saludarla y hablar con ella. Pero Ana la envolvió en una mirada despaciosa, glacial, y pasó de largo sin pronunciar palabra.

Antes era Ceferina quien le instaba a rezar tal o cual oración un tanto extraña, que Ana aceptaba al principio un poco a regañadientes y con una leve sensación no solamente de temor y de debilidad, sino también de ridículo y de culpabilidad. Ahora, inquieta y angustiada, era ella quien una y otra vez pedía a Ceferina que le enseñase más oraciones y fórmulas que sirviesen para apuntalar la fidelidad de Martín y apresurar su regreso.

Ceferina conocía muy diversas ligaduras que hubieran servido para asegurar a Ana el amor de Martín. Una de las más sencillas consistía en hacer tres nudos en una cinta que había en el ara de un altar y con la que al día siguiente había que rozar o

tocar a la persona sobre la que se quería influir. Otra igualmente fácil y eficaz era la de los anillos. Se ataban dos anillos de metal con un hilo de seda y se colocaban en un nido de golondrinas antes de que hubiera huevos. Cuando nacían las crías se recogían y limpiaban los anillos y se entregaba uno de ellos a la persona en cuestión. También podía hacerse la ligadura dejando secar un corazón de palomo y otro de paloma, mezclándolos y moliéndolos luego hasta convertirlos en polvo. Y bastaba echar un poco de este polvo en la comida o en la bebida del hombre, sin que este se enterase, para asegurar el cumplimiento de sus promesas matrimoniales...

Ceferina conocía estas y otras muchas fórmulas, pero no realizó ninguna de ellas en favor de Ana porque requerían la presencia del ser amado. También sabía realizar la suerte de las habas para adivinar si tal persona amaba a tal otra. Había muchas maneras de ejecutar esta suerte adivinatoria. Ceferina se valía de nueve pares de habas (que representaban nueve hembras y nueve varones), un trozo de paño azul (que significaba bienestar), un trozo de carbón y otro de piedra alumbre (noche), un paño encarnado (sangre), medio real (dinero en plata), un maravedí (dinero en cobre), un trozo de cera (golpe), un poco de pan (comida), un trozo de paño rojo (alegría), unos granos de sal (gusto), un pedazo de yeso (dolor) y una piedra (Iglesia). Se marcaban dos habas —una representaba a la persona enamorada y la otra a la persona amada— se metía y removía todo en una bolsa de color morado y se volcaban habas, yeso, paño, sal y demás ingredientes sobre una mesa o sobre el suelo, al tiempo que se decía:

*Hijas amadas, hijas queridas,
por el labrador que os sembró,
por la tierra en que estuvisteis,
por San Pedro, por San Pablo,
por el Apóstol Santiago,
por el mar, por las arenas,
por San Cebrián,
que echó suertes en el mar:
que así como le salieron ciertas y verdaderas
así me digáis lo que os quiero preguntar.*

Pero nada de esto era ahora suficiente para Ana.

No le interesaba saber si Martín la amaba porque estaba segura de ello. «¿O trato acaso de engañarme a mí misma convenciéndome de que estoy totalmente segura de su amor?», se preguntó más de una vez. Y el interrogante le hacía tanto daño que inmediatamente lo sepultaba en su mente, esforzándose en olvidarlo.

—Lo que deseo, Ceferina, es que Martín regrese, hacerle volver. Quiero también asegurarme... bien, sí... quiero asegurarme su amor, hacer que me ame. Quiero estar completamente, totalmente segura. Todo cuanto no sea esto, ¿para qué me sirve?

Ceferina la contempló con tristeza.

—He rezado cuantas oraciones conozco —dijo—. Lo que me pides es superior a mis fuerzas.

—Entonces ¿qué puedo hacer, a quién debo recurrir?

Los ojos de Ceferina brillaron con excitación.

—Conozco a una mujer de mucha ciencia y grandes poderes —musitó, con acento indeciso—. Tal vez ella...

Y se interrumpió.

Ana le cogió las manos con un ademán ávido y nervioso.

—¿Vive en el pueblo?

—Sí, en las afueras. Es saludadora que ha obrado curaciones asombrosas, hechos prodigiosos...

—¿La conoces? ¿Has hablado con ella?

Ceferina asintió. En sus ojos, la excitación había sido desplazada por un asomo de temor.

—Hilaria y yo fuimos amigas cuando niñas. Entonces ella era un poco rara y estaba siempre... no sé cómo decírtelo... alelada. La llamábamos la lunática. Luego fue a servir a San Salvador del Valle y cuando volvió se encerró en su casucha, sin venir nunca al pueblo. No habla con las gentes de por aquí, a menos que acudan a solicitar sus servicios. Yo... yo he ido a verla alguna vez...

—¿Y crees que ella podría ayudarme? ¿Lo crees de veras, Ceferina?

La anciana tragó saliva. Parecía luchar consigo misma.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ana—. ¿Crees que ella podrá ayudarme? Dime: ¿podrá ella ayudarme?

Ceferina asintió.

—Pero tengo miedo, Ana.

—¿Miedo?

—Sí, miedo por ti. Se rumorea que Hilaria...

—No me importa lo que se murmure de ella. Lo único que quiero es que me devuelva a Martín, que me lo traiga...

—Pero... no lo sabes todo, Ana. Se dice que Hilaria posee... artes diabólicas... que es una bruja... que va al aquelarre... ¿Comprendes?...

La miró azorada, vacilante.

Ana le apretó con fuerza las manos.

—Que me traiga a Martín. Como sea, Ceferina, al precio que sea.

—Ana, no digas eso.

Los ojos de Ana brillaban expectantes, febriles.

—Como sea, sí, al precio que sea —repitió—. Pero que me lo devuelva, que me lo traiga pronto...

Inesperadamente rompió a llorar.

—¿No ves que no puedo vivir sin él, que me moriré si él me falta?

Ceferina la abrazó.

—No llores, no llores. Comprendo lo que sufres; sí, lo comprendo muy bien. —Tras una pausa, añadió—: Iremos a verla.

—¿Cuándo?

—Pues...

De nuevo parpadeó en sus ojos la lucecita del temor.

—No sé. ¿Lo has pensado bien? ¿Estás resuelta?

—Sí. ¿Cuándo, Ceferina, cuándo? —insistió Ana.

—Esta noche.

Y pasaron lentamente las horas y llegó el momento en que don Santiago se retiró a su alcoba. Ana y Ceferina salieron sigilosamente de la torre por la puerta trasera que daba al huerto y de allí llegaron al sendero que cruzaba el pequeño bosque de robles y castaños y eucaliptos y nogales para desembocar en el camino principal. Era noche cerrada. Caminaron de prisa, expectantes y un poco asustadas.

Ceferina rompió el silencio con una voz apagada que en la noche quieta sonó casi como un grito.

—Vive al otro lado del pueblo, en una casa solitaria.

Al llegar a la encrucijada, junto a la fuente cuyas aguas tenían un intenso sabor a hierro, en el punto exacto en que convergían el camino real, la angosta senda de herradura, el camino que iba al convento y el que ascendía a la ermita, encontraron a dos mujeres inmóviles y silenciosas.

—Ceferina —sonó una voz.

Ceferina miró escrutadoramente a las dos sombras. Luego, reconociéndolas, fue hasta ellas y conversaron en voz baja.

—No ocurre nada —dijo cuando se reunió con Ana, al observar su expresión de perplejidad—. Son dos mujeres del pueblo. La más vieja es Sabina la tintorera; la otra es su hija Romualda, que lleva a su crío en brazos.

—¿Y qué hacen aquí a estas horas? —se asombró Ana.

—El niño está enfermo. Hace unas semanas le oí decir al licenciado Egaña que padece *tabes mesentérica*; pero ni sus sangrías ni ninguno de sus medicamentos le han sanado. La abuela y la madre están convencidas de que tiene mal de ojo. Para curarle es preciso llevar al niño a una encrucijada ya de anohecida. Y si es a media noche, mejor. Por eso están aquí.

—Vamonos —dijo Ana, impaciente.

Ceferina la detuvo. El agua de la fuente esparcía frío.

—Espera. Te han reconocido y quieren que seas tú quien lo haga, Ana.

—¿Que lo haga yo? ¿Y qué es lo que quieren que haga? No comprendo, Ceferina.

—No es nada, pierde cuidado. Y solo te llevará un par de segundos. Ven.

Se reunieron con las dos mujeres, junto a la fuente, y la anciana tendió a Ana un cuchillo.

—Cógelo —le instruyó Ceferina— y corta el aire dando unos pases con el cuchillo por encima del niño.

Ana obedeció. El niño —no contaría más de tres años, calculó Ana en una rápida ojeada— continuaba inmóvil y con los ojos cerrados, muy arropado en brazos de su madre. La tintorera recogió el cuchillo con el que Ana había cortado el aire y, antes

de que Ana pudiera impedirselo, le besó una mano. Luego las dos se fueron apresuradamente, pronunciando palabras de gratitud.

Ana y Ceferina siguieron caminando.

—Soy de aquí. Aquí he nacido y he vivido siempre —dijo de súbito la muchacha—. Sin embargo, a veces, como ahora, me siento... me siento igual que una extraña entre mi propia gente. Y no quiero ser una extraña entre ellos. ¡Esa pobre criatura!... Me gustaría conocerlos, ayudarlos, saber cómo viven y piensan... Es curioso. Es la primera vez que se me ocurren estos pensamientos.

—Eso es porque te sientes desgraciada y estás aprendiendo a conocer y a comprender el dolor de los demás —comentó Ceferina.

Señaló la confusa silueta de una casa situada al fondo del camino, a pocos metros de un gran roble solitario.

—Ahí vive Hilaria. Mira, hay luz.

Apresuraron el paso al tiempo que les llegaba una voz infantil, clara y triste, cantando dentro de la casa.

*Parióme mi madre una noche oscura.
Cubrióme de luto faltóme ventura.*

—¿Oyes? Hay alguien con ella —dijo Ceferina.

—Calla —pidió Ana—. Esa voz...

Y quedó escuchando:

*Quando yo nací la hora menguaba. Ni perro se oía
ni gallo cantaba. Ni gallo cantaba ni perro se oía,
sino mi ventura que me maldecía.*

—Es él —habló Ana con excitación—. Es el niño del tamboril, el que acompañaba al recitador.

—Sí, parece su voz —musitó Ceferina—. Cuando el hombre murió... ¿recuerdas?... me dijiste que buscara al niño por todo el pueblo... y no le encontré. Y estaba aquí, con Hilaria.

Llegaron a la casa. Ceferina golpeó con los nudillos en la puerta.

—Hilaria, Hilaria. Soy yo, Ceferina —anunció—. Vengo con mi señora doña Ana.

—Puedes entrar, Ceferina. Pasad las dos. La puerta está abierta.

Pero Ceferina no se movió.

—¿Qué esperas? —se impacientó Ana—. ¿Por qué vacilas ahora?

La anciana permaneció inmóvil, indecisa. ¿Le diría a Ana que aquel día, extrañamente, la cocinera de la torre había derramado aceite dos veces mientras preparaba la comida del mediodía? Derramar aceite era señal de mal agüero; pero... ¡dos veces en una misma mañana!... Ella, Ceferina, se había enterado casualmente de lo ocurrido y en seguida había tratado de contrarrestar el maleficio echando sal en forma de cruz. Más tarde, para mayor precaución, había ido al pozo del huerto y

había arrojado también allí un gran puñado de sal. Nada más echarla había procurado, naturalmente, alejarse del pozo lo más posible para no oír el ruido que producía la sal al tocar agua. Estaba tranquila a este respecto: no había oído ningún sonido. Incluso se había tapado los oídos para mayor seguridad. Pero ¿bastaría eso para contrarrestar el mal agüero del aceite derramado? Hubiera bastado, desde luego, si lo hubiera hecho en seguida, nada más derramarse el aceite. Pero ella se había enterado de lo ocurrido dos horas después.

—No debimos haber venido esta noche —pensó mientras movía silenciosamente los labios—. Hubiera sido más prudente dejarlo para otro día.

La noche era alta y estrellada. Ya no sonaba la voz del niño.

—Ceferina, ¿qué ocurre? ¿Qué estás murmurando? —preguntó Ana—. ¿Sucede algo?

La anciana alzó suavemente los hombros y ahogó un suspiro.

—No, nada —dijo, al fin.

Y entraron en la casa.

SEGUNDA PARTE

EL AQUELARRE

La noche es como un campo desvalido.
Anthero de Quental.

VII

Era una estancia destartalada y espaciosa, enrarecida por el humo de la chimenea. Ardían fatigosamente unas leñas verdes, húmedas, sobre las que se hallaba una olla de hierro. Nada más aspirar aquella atmósfera, impregnada de un olor acre, Ana sintió un regusto amargo en la garganta y tuvo deseos de toser. Hubiera querido abrir el pequeño ventano para que entrara un soplo de aire fresco; pero quedó inmóvil, mirando a la mujer que se inclinaba ante la chimenea, de espaldas a la puerta, y que con una delgada vara parecía agitar el contenido de la olla.

Hilaria se volvió y clavó su mirada en el rostro de Ana.

—Hace tiempo que no aparecías por aquí, Ceferina —dijo, sin dejar de mirar a la muchacha.

—He venido con mi señora doña...

Pero Hilaria la interrumpió.

—Sé quién es la que te acompaña. Sabía que algún día vendría.

Volvió a mover el contenido de la olla con la vara y nuevamente su mirada se detuvo en el rostro de Ana.

—Bien venidas seáis las dos —dijo al fin.

Era una mujer alta, de rasgos afilados y piel apergaminada. La vejez cansada que se hacía patente en la lasitud de sus gestos y que se arrastraba también en su voz, no sincronizaba con el brillo intenso y vital de sus ojos. De algún modo, caóticamente, Ana tuvo la impresión de que la voz era de una persona y la mirada de otra distinta. Se le hizo extraño aceptar la idea de que la mujer que hablaba y la que la miraba eran la misma persona. Pero pese a la sensación de ridículo que este pensamiento le producía, no pudo evitar decirse a sí misma que Hilaria parecía, al mismo tiempo, mucho más vieja y mucho más joven que Ceferina: dependía de si la escuchaba o de si se la miraba a los ojos, tan fulgurantes y hundidos en las cuencas. Su afilado rostro era serio, arrugado y un tanto hierático. De toda ella parecía emanar una gran fuerza cuya exacta identidad Ana no pudo apreciar y que la perturbó y la habitó de un temor y de una curiosidad inexplicables.

Retiró su mirada del rostro de Hilaria para posarla en el techo ahumado y luego en el rincón donde, sentado en silencio, en la escalera que conducía al único piso alto de la casa, acariciando a un perro pequeño y feo, se hallaba el niño al que había visto meses atrás en la plaza con el recitador. En el suelo, al pie del ventano, estaba su tamboril.

Le llamó a Ana una vez más la atención su cara de ojos opacos e inexpresivos que semejaban no mirar nada, no ver nada, no interesarse por nada. «Como si fueran de cristal», pensó. Y de nuevo se supo llena de compasión hacia él.

Le sonrió a manera de saludo y él, sin pestañear ni responder a su sonrisa, continuó mudo y ausente, acariciando al perro.

—Eres buena —sonó, de súbito, la voz de Hilaria.

Ana volvió hacia ella la cabeza, azorada.

—Te preocupa ese niño. Le tienes compasión —dijo Hilaria—. Pero ya no debes sentir lástima por él. Nada ni nadie podrá herirle jamás.

Había una soterrada afirmación de posesión en su voz. «Yo le protejo. No dejaré que nadie le haga daño», leyó Ana en la actitud de Hilaria. Se movió intranquila, nerviosa, sin saber qué hacer ni qué decir.

El olor acre se le había pegado a la garganta y el humo le metía picor en los ojos.

—Le vimos en la plaza con el recitador —intervino Ceferina—. Cuando el hombre murió, ella me pidió que le buscara. Indagué y miré por todo el pueblo sin conseguir hallarle. Pensé que se había marchado, que había tornado a su casa, a su familia... Y estaba aquí, contigo...

—Esta es ahora su casa. Yo soy su familia —dijo Hilaria.

Cambió ostensiblemente su tono de voz cuando añadió al cabo de un instante, como si pensara en voz alta:

—Él me lo ha enviado.

—¿A quién te refieres? —preguntó Ceferina—. ¿Quieres decir...?

Dejó la pregunta incompleta.

Ana observó cómo el miedo y la fascinación ponían un amago de sonrisa petrificada en los labios de Ceferina.

—Tal vez algún día lo comprendas —dijo enigmáticamente Hilaria.

Cogió el candil que colgaba de una viga, junto a la escalera y, con lentitud, recorrió una cortina.

—Ven. Tienes que contarme lo que te sucede —dijo, volviéndose hacia Ana—. Dime lo que quieres y yo te lo conseguiré.

La muchacha quedó mirando el pequeño espacio sumido en la oscuridad que se abría ante ella: era apenas un breve tabuco separado de la habitación por la sucia cortina.

—Pasa. No tengas miedo.

Ana entró. Hilaria penetró con ella, portando el candil y corrió la cortina. Y Ana se sintió inmediatamente invadida por una extraña sensación de lejanía e irrealidad, como si de repente se hallara aislada del resto del mundo.

—Siéntate.

Era más una orden que una invitación.

Ana se sentó en el alto banco de madera de cinco patas que Hilaria le indicó con la barbilla. La anciana depositó el candil sobre la mesa, atestada de plantas, frascos, ollas y múltiples objetos heterogéneos cuyo uso Ana desconocía. Olía en el tabuco a humedad y a otras muchas cosas a la vez. La acre palpitación del humo que les llegaba desde el otro lado del aposento, filtrándose en breves y espesas bocanadas a través de la cortina, era ahora más tenue y diluida, casi indistinguible entre la confusa masa de olores diversos.

Sonó de pronto un ruido extraño, gangoso, animal.

—¿Qué es eso? —se inquietó Ana.

La anciana se inclinó y cogió algo en las sombras, algo que sostuvo entre sus manos y que depositó luego cuidadosamente en el suelo. Era un sapo. Ana contuvo un estremecimiento.

—¿Tienes miedo de mí? —preguntó Hilaria.

—No.

Ahogó un suspiro y se movió inquieta en el asiento. Vio en un rincón, al pie de las baldosas sumidas en la oscuridad, un gran cartapacio que contenía viejas hojas manuscritas y, al lado, diversidad de trozos de minerales y muchas plantas amontonadas. Creyó vislumbrar también, confusamente, algún pequeño animal muerto entre las plantas, pero no estaba segura. Se asustó al encontrar los grandes ojos redondos, fijos, sin párpados, de un búho que la miraba desde las sombras, inmóvil en lo alto del armario. Sus plumas, alzadas como extrañas orejas, y su pico, triangular y brillante, le daban un aspecto de turbadora perplejidad. Ya no se oía el murmullo gangoso del sapo.

—Cálmate —musitó la anciana—. No debes temer nada.

—No temo nada —dijo Ana.

Pero un temblor incontrolable, oscuro, goteante como un sudor, le fue subiendo poco a poco por la espina dorsal. Tuvo conciencia del vértigo y de la sensación de irrealidad que comenzaba a poseerla y buscó alivio a su desconcierto y a su creciente pavor escuchando su propio suspiro, largo y adrede ruidoso.

—Te han hablado de mí. Te han dicho que he hecho un pacto con el Señor de la Noche.

La voz de la anciana era apenas audible. Ana asintió sin despegar los labios y se enroscó con fuerza, casi brutalmente, hasta hacerse daño, los dedos de ambas manos.

—Eres rica —habló de pronto Hilaria—; no buscas riquezas. Eres doncella; no buscas remedio a la esterilidad. Eres sana; no buscas alivio para el dolor de tu cuerpo. Pero eres también joven y buscas amor.

No había asomo alguno de interrogación en sus palabras.

—Sí —murmuró Ana.

Veía a la anciana enfrente, inmóvil al otro lado de la mesa. A la luz del candil, su rostro estaba cortado transversalmente en dos planos casi exactos de luz y sombra.

—Si haces lo que te digo, conseguirás que se enamore de ti el hombre que tú quieras —prometió Hilaria—. No habrá ninguno que pueda resistir tu amor.

Hablaba con lentitud, casi arrastrando las palabras, con un acento viejo, muy antiguo, que tenía algo extrañamente adormecedor. Su voz cansada parecía transmitir y contagiar su cansancio.

—Solo un hombre me interesa —dijo Ana—. Solo él.

—¿Y no te corresponde? —preguntó Hilaria.

Vio vacilar a la muchacha, adivinó su vergüenza, su confusión y silabeó:

—Dímelo todo si quieres que te ayude. Es preciso.

Ana levantó la cabeza y miró, fascinada, los ojos de la anciana.

—Creo... creo que hay momentos en que no lo sé —confesó—. A veces me siento confundida, insegura. Sé que me ama, estoy segura de ello. Pero no, no es cierto. Eso no es cierto. Quiero estar segura de que me ama, de que me es fiel... pero no lo estoy. A menudo dudo, vacilo...

Movió la cabeza repetidas veces, con angustia, experimentando una gran turbación al pensar en sus propias palabras.

—Cuando se fue me amaba, de eso sí estoy segura. Me llamó su esposa. Hablamos de nuestro matrimonio, de nuestro futuro aquí, en este pueblo. Pero eso fue hace ya mucho tiempo, antes de que marchase lejos, a la Corte. Desde entonces...

Calló y se pasó la lengua por los labios.

—Cuéntamelo todo —invitó Hilaria—. ¿Por qué se fue?

Ana se lo dijo.

Habló al principio de prisa, con timidez. Luego, paulatinamente, se supo serena y aliviada. La inundó una gran liberación al poner en palabras toda su intimidad delante de la mujer que la escuchaba y escrutaba desde el otro lado de la mesa, en aquel tabuco empapado de irrealidad y de olores extraños y de penumbra y de silencio.

—Meses y meses hace que partió. Y no puedo... no puedo vivir sin él.

Arrojar de sí aquellas palabras fue como desembarazarse de un peso que la ahogaba. Le llegó muy vaga, muy vaporosa, como si estuviera a leguas de distancia, la voz de Ceferina diciendo algo al niño. Ana estaba segura de que él no respondería, no diría nada, y quedó un instante con la respiración contenida y el oído alerta, escuchando el silencio.

—Quiero que vuelva pronto, en seguida. Al precio que sea.

Volvió a mirar al búho. Sus ojos, grandes e impasibles, la atraían obsesivamente. Le perturbaban, sobre todo, su fijeza y su inmovilidad. «Tal vez esté muerto, disecado», pensó de pronto. Y esto, sin que supiera exactamente por qué, atenuó su obsesión.

—Martín tiene que volver a mí pronto, al precio que sea —repitió—. ¿Comprendes?

Hilaria se puso en pie y, a la luz del candil, buscó algo en las baldas, en las que se apiñaban libros y papeles cubiertos de polvo. Colocó luego sobre la mesa, con gestos despaciosos, un cartapacio. Sacó unas hojas manuscritas antiguas y sucias, de escritura borrosa y de dibujos y signos que no logró reconocer.

—Piénsalo bien —dijo—. ¿Deseas que ese hombre vuelva a ti?

—Sí.

—Al precio que sea, has dicho hace un rato, por los medios que sea... Pero ¿estás segura? ¿Es tu amor mayor que tu miedo?

Ana movió la cabeza en ademán de asentimiento. De nuevo Ceferina hacía alguna pregunta y de nuevo era todo silencio al otro lado de la cortina.

—Tal vez haya nombres y cosas que te asombren un poco... o que quizá te... te

ofendan y molesten —advirtió Hilaria—. Pero si quieres que él retorne, si verdaderamente anhelas su pronto regreso...

—Sí.

—Toma, pues —dijo Hilaria.

Le entregó dos hojas apergaminadas, llenas de una escritura difícilmente legible. La anciana extendió la mano y acercó el candil para dar luz a Ana.

—Estas palabras has de repetirlas durante trece días seguidos. Deberás hacerlo al anochecer, cuando no suene ruido de campana. ¿Entiendes lo escrito?

—Sí. Creo que sí.

—Lee que yo te oiga.

Ana leyó en voz alta, lentamente, concentrando su atención y esforzándose por descifrar la escritura.

—*Señor de la Noche, haz que fulano...*

Hilaria la interrumpió.

—Martín es su nombre, ¿verdad?

—Sí.

—Pues di Martín donde en lo escrito dice Fulano.

—Sí.

Y Ana comenzó a leer:

—*Señor de la Noche, haz que Martín venga donde yo me encuentro. Martín, ¿dónde estás que no te veo? No me envías mensajeros. Enviártelos quiero con tres liebres pacientes, tres galgos corrientes y tres diablos de los males sabientes, para que te digan de mis males y te cuenten de mis bienes y te corten el taco y el bazo y la vena del espinazo. De la cuerda cañamera siete diablos te tiren de ella. De la cuerda cañamera al riñón y del riñón al compañero y del compañero al corazón. Que te traben y te tengan sin dejarte reposar hasta que te vengas conmigo a casar.*

Calló de súbito.

—¿Por qué callas? —preguntó Hilaria.

—*Barrabás...* —siguió leyendo Ana.

De nuevo se interrumpió, turbada, y miró a Hilaria. Durante un minuto sus miradas se encontraron, fijas, casi desafiantes. Al fin, vencida, Ana inclinó la cabeza.

—Solo así lo conseguirás —aseguró Hilaria—. Los conjuros hay que hacerlos del todo, sin saltarse una sola invocación, sin dejar de pronunciar una palabra.

Hizo mención de arrebatarse los papeles que la muchacha tenía entre las manos.

—Si quieres salir ahora mismo de esta casa, libre eres. Pero piénsalo. Si deseas conseguir el regreso de tu amado...

—Sí, sí —dijo Ana.

Rompió súbitamente en un sollozo lento y tenue; luego, irguiéndose, trató de serenarse.

—*Barrabás, Satanás, Belcebú y Lucifer, venid* —leyó, con voz alta y grave— *y llamad a las siete capitanías de los diablos, y envid al diablo cojuelo para que me*

traiga a Martín...

Se hizo un largo silencio.

—Has conseguido lo más difícil —observó Hilaria—. Siempre es penoso la primera vez. Cuando repitas esas palabras una y muchas veces más, habrás dado un paso importante para lograr lo que tanto deseas y, además, te sentirás libre... libre... con una libertad que jamás pudiste imaginar. Lee ahora lo que va escrito en la otra hoja. Eso es lo que has de decir también durante trece días seguidos, pero no al anochecer, sino al alba. Pero recuerda: tampoco ha de oírse tañido de campana. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Si se oyera tañido alguno de campana habrás de comenzar de nuevo y repetir las dos invocaciones, la de la mañana y la de la noche, hasta que se cumplan los trece días.

—No lo olvidaré.

—Lee ahora.

Ana obedeció:

*Marta, Marta,
a la mala digo,
que no a la buena.
No a la digna de rogar
ni a la que está en el altar,
sino a la que de noche anda por las veredas
y de día por los aires vuela.
Marta, Marta,
yo te conjuro en el nombre de Satanás,
de Belcebú, de Barrabás
y de cuantos diablos hay.
Yo os pido que todos os juntéis
y en el corazón de Martín entréis
y guerra a sangre y fuego le deis
para que no pueda parar
basta que me venga a buscar.
Demonio cojuelo,
tráemele luego.
Demonio del peso,
tráemele preso.*

Cuando terminó estuvo un rato con los papeles en la mano, indecisa y turbada. Alargó el brazo para entregárselos a Hilaria, pero la anciana negó moviendo levemente la cabeza.

—Llévatelos. Has de aprender de memoria lo escrito hasta que consigas decir cada palabra con fervor, sin titubear y sin equivocarte, como se dice una oración. Solo así te escucharán quienes deben escucharte.

—¿Y luego?

—Primero haz lo que te he dicho. Cuando lo hayas cumplido, ven a verme. Te tendré preparado el remedio. Te daré entonces algo que hará que se cumpla lo que

tanto deseas.

—¿Y Martín...? —preguntó Ana—. ¿Martín?...

Y dejó el interrogante colgando.

—Haz lo que te he dicho, vuelve a verme —musitó Hilaria— y Martín se personará ante ti.

A punto de descorrer la cortina, preguntó:

—Es preciso que tengas fe en mí. ¿La tienes?

Ana no respondió. Estuvo a punto de decir, por puro cumplido: «Sí, desde luego». Pero no dijo nada. Le pareció muy importante, de pronto, meditar bien la respuesta, no equivocarse. La ganó una enorme responsabilidad. Tuvo conciencia de que su respuesta iba a ser, de algún modo, una especie de contrato, algo que una vez atado iba a resultar extremadamente difícil desatar.

Miró el tabuco en sombras, aspiró su masa confusa de olores, alargó su mirada hasta alcanzar los ojos redondos e impávidos del búho. ¿Tenía fe en Hilaria? ¿Creía realmente en sus poderes? ¿Estaba verdaderamente convencida de que la anciana tenía poder para solucionar sus cuitas, para hacer que Martín se personara ante ella?

Recordó algunas de las cosas que, desde niña, había oído atribuir a mujeres que, como Hilaria, tenían fama de poseer extraños dones y poderes. Se decía de ellas que eran brujas, que habían hecho un pacto con el Demonio y que tenían capacidad para hacer cosas incomprensibles que los demás seres humanos no podían ni siquiera sospechar. Se decía que esas mujeres no solamente podían obligar a un ausente a que se presentase ante la persona que le amaba, sino que tenían también poder para hacerse invisibles, interpretar el canto de las aves, hallar tesoros escondidos, no perecer por herida infligida por criatura mortal, librarse del granizo, caminar más de trescientas leguas en una sola noche, hacer que sus ollas guisasen solas, obligar a una persona a que durmiese tres noches y tres días sin despertar, quebrar el hierro, encantar serpientes, atraer la lluvia, volar por los aires recorriendo distancias portentosas, hacer que los peces de un río se reuniesen todos juntos en un mismo lugar, que de todos los huevos salieran pollos de color blanco, que una casa se incendiase y destruyese ella sola... También circulaban sobre ellas cosas horribles, como las que había contado el recitador en la plaza sobre los aquelarres de Zugarramurdi y las maldades de que se había acusado a Visitación. Hacía unos pocos días, recordó Ana, se había rumoreado insistentemente que una bruja de Bilbao había tenido relaciones con el Demonio y había parido una manada de lechones.

¿Era Hilaria —se preguntó— una bruja? ¿Tenía trato real con el Demonio? A Ana se le hacía difícil creerlo.

Hilaria le había parecido una mujer un tanto misteriosa y extraña, sí, pero buena y compasiva. ¿No había acogido en su casa al niño del tamboril? Pero, desde luego, era obvio que la anciana citaba en sus invocaciones a los habitantes del infierno. Era obvio también que poseía poderes extraños, no sabía si diabólicos o no. ¡Y aquella mirada suya, casi candente, tan apretada de vitalidad!... Hacía algún tiempo, Ceferina

se lo había contado, una doncella del pueblo había desaparecido misteriosamente. Todas las indagaciones resultaron inútiles hasta que, consultada Hilaria, dijo que la doncella había dejado de serlo y que, avergonzada y furiosa, su madre la había emparedado. Tiraron el muro y vieron que así era. Alguien aseguró que en el pequeño huerto de Hilaria había visto una vez, en diciembre, a pesar de las heladas, rosas frescas. También se afirmaba que, en más de una ocasión, la habían visto segar trigo en enero.

Ana pensaba en todo esto, inmóvil y silenciosa.

¿No se había sentido curiosamente liberada al hallarse con la anciana en el tabuco, como separada del resto del mundo —aún más: como separada de la realidad— por aquella cortina que cortaba en dos el destartado y ahumado aposento? Se había estremecido al ver el sapo que Hilaria cogió entre sus manos. Había experimentado también miedo y repugnancia, sí, cuando por vez primera tuvo que pronunciar el nombre de Belcebú y otros diablos en su invocación; pero luego, una vez vencido este pavor, una vez superada esta repugnancia y este asombro, mientras pronunciaba las tremendas palabras y la mirada de Hilaria le quemaba el rostro, ¿no se había sentido extrañamente, inexplicablemente más cerca de Martín? ¿No la había habitado entonces una oleada de esperanza como no la había experimentado desde que él se fue? Hilaria le había comunicado, le había contagiado su fe y su seguridad.

Ana se mordió los labios, indecisa, confusa.

No sabía qué pensar. Habían sido demasiadas emociones, demasiadas experiencias y novedades para tan corto plazo. Todo su ser parecía dividido en dos mitades contradictorias. Cuanto había visto, oído y dicho en el tabuco la había inquietado y alarmado y estremecido; pero también la había fascinado. Mientras estaba allí, a solas con Hilaria, mirándola desde el otro lado de la mesa llena de plantas y objetos heterogéneos, se había sentido libre, distinta, como si de pronto se hallara lejos de la opresión de su padre y también fuera y lejos de su tristura por la ausencia de Martín.

Por un momento había olvidado sus preocupaciones, sus dolores y sus noches de insomnio y de lágrimas. Se recordaba siempre esclava y dependiente de algo: de su soledad, de la monotonía de su vida, de sus temores. Se sentía cohibida ante su padre, insultada por doña Engracia, insegura en cuanto concernía a Martín. Y de repente en el tabuco había sido libre por dentro, totalmente libre, como si de pronto se hubieran soltado todos los lazos que la ataban a la desapacible realidad de su vida, todos aquellos lazos que la encarcelaban, que la inquietaban, y que ella tanto deseaba y temía desatar.

Había habido un momento, solo un instante, en que el mundo, desde el tabuco, le había parecido lejano, muy lejano, casi inexistente. Aquella atmósfera penumbrosa, aquella fría humedad, aquella masa de olores, y la luz del candil, y la voz de Hilaria, y sus propias palabras diciéndoselo todo, contándole su dolor..., todo aquello había obrado en ella como un bálsamo. Una vez, siendo niña, le habían dolido los oídos con

una persistencia sorda y atroz. Y cuando al cabo de dos días el dolor desapareció ella quedó expectante, inquieta, temerosa de que pudiera regresar y al mismo tiempo jubilosamente consciente de que con su desaparición le había llegado algo semejante a una aliviadora e increíble liberación. En cierto modo, ¿no acababa de revivir una experiencia, un alivio semejante?

Suspiró silenciosamente.

Era como si la jurisdicción del mundo acabara al otro lado de la cortina. «Además —se dijo—, necesito tener fe en ella, huir de mi dolor. Necesito creer que ella podrá hacer que Martín se persone ante mí. Debo creerlo, debo creerlo. Es preciso...».

—Dime: ¿tienes fe en mí? —repitió Hilaria.

Ana la miró a los ojos y dijo:

—Sí.

Inmediatamente se supo unida a la anciana, misteriosa y profundamente unida a ella como si un invisible cordón umbilical las atara.

—Entonces, harás lo que te he dicho, pronunciarás las invocaciones, vendrás nuevamente a verme...

No preguntaba; simplemente, exponía un hecho.

—Sí.

—Martín volverá a ti.

—Sí.

La anciana descorrió la cortina; fue como un cambio de mundo. Pero el cordón umbilical, la atadura, subsistía.

Ceferina se hallaba de pie junto a la chimenea, silenciosa, y dirigió una mirada expectante a Ana y a Hilaria, a Hilaria y a Ana. Abrió la boca, pero algo en el rostro de las dos mujeres la hizo enmudecer. El niño continuaba sentado, con expresión ausente, acariciando al perro.

—Vámonos —dijo Ana.

Fue hasta la puerta mientras Ceferina, con gesto rápido, depositaba una bolsa sobre la pequeña mesa próxima a la chimenea. Hilaria quedó parada, hierática, extrañamente amenazadora y solemne. Miró a Ceferina con ojos llameantes y señaló la bolsa.

—Llévatela. No me interesa el dinero. No el de ella —dijo.

Y Ceferina tembló como aterida, como si de pronto la envolviese un gran frío.

—Sí, Hilaria —musitó, recogiendo la bolsa—. Como tú digas.

Salió detrás de Ana y cerró cuidadosamente la puerta a su paso.

Clareaba. «Se me ha ido el tiempo en un soplo», pensó Ana. En alguna parte, por el lado del convento, un gallo quiquiriqueó varias veces y Ceferina, pensando en la negación de Pedro a Nuestro Señor Jesucristo hizo devotamente la señal de la cruz. Se apagaban agonizantes las últimas estrellas y un sol indeciso y brumoso y anaranjado comenzó a asomar por el horizonte poniendo en el cielo resplandores de fragua.

VIII

Después de haberse pasado dos días leyendo y releiendo durante horas las invocaciones, repitiéndolas una y otra vez hasta aprenderlas de memoria, Ana comenzó, al alba del tercer día después de haber visitado a Hilaria, la recitación de las fórmulas que habían de atraer a Martín.

Iba ya por el día octavo cuando hubo de recomenzar porque exactamente al final de la invocación de la noche, justo al llegar a las últimas palabras. *Enviad al diablo cojuelo para que me traiga a Martín*, el fuerte viento que había soplado durante todo el día, y que se había intensificado turbulentamente al anochecer, hizo voltear la pequeña campana desprotegida de la ermita. En uno de los raros momentos en que el viento pareció contener la respiración y quedar inmóvil, creando un silencio que por lo absoluto e inesperado tenía algo de amenazador, el tañido de la pequeña campana sonó leve y dolorido, claro y agudo como un lamento de cristal.

Desalentada, Ana se quejó de que nunca acabaría de pronunciar las invocaciones.

Ceferina la animó:

—¿Y por qué no, criatura? Trece días pasan pronto, recuerda. Y luego... ¿Has olvidado ya lo que te dijo Hilaria? El vendrá a ti. ¿Vas a echarlo todo a perder solo porque el viento ha movido una campana?

—Tienes razón —asintió Ana—. Lo que importa es que él vuelva cuanto antes, lo único que importa. Pronunciaré las invocaciones cuantas veces sea preciso. Pero que Martín vuelva, que regrese pronto... Porque volverá, ¿verdad, Ceferina?, volverá.

—Sí.

De nuevo inició Ana el rito prescrito de los trece días a la mañana siguiente. Cuando se disponía a bajar al salón para saludar a su padre, Ceferina llamó con precipitación a la puerta de su cámara.

—¿A qué vienen esa prisa y ese modo de llamar, Ceferina? —se extrañó Ana—. Me has alarmado.

Don Santiago había sufrido un colapso. Ceferina se lo dijo con voz jadeante, casi chillona.

—Que vayan a buscar en seguida al licenciado Egaña —instruyó Ana.

Pero un criado había ido ya en su busca.

—He mandado también que avisen a fray Miguel —explicó Ceferina.

—¿A fray Miguel?

La anciana asintió.

Un temor oscuro, como una premonición, le rondaba en el fondo de los ojos.

—Es preciso que tu padre hable con fray Miguel antes de que... antes de que pueda ser tarde. Creo que esta vez...

—¿Qué ha ocurrido?

—Se hallaba en el salón. Se había levantado muy temprano, como siempre. Asun le fue a servir el desayuno y de pronto, al coger la taza, él tuvo un gesto extraño y...

Sucedió en un santiamén. Cayó al suelo arrastrando el sillón, como si un rayo le hubiera atravesado el corazón.

Le habían trasladado a su alcoba y le habían acostado. Y allí se encontraba don Santiago, todavía inconsciente.

Ana bajó inmediatamente a verle.

El rostro y las manos de don Santiago tenían una crispación tensa, casi rabiosa, como de oleaje nervioso paralizado en pleno furor. Su respiración era lenta y quejumbrosa.

Tendido en el lecho y escorado por la enfermedad, con los ojos cerrados, con las canosas cejas espesas y los dedos agarrotados sobre el embozo de la sábana, don Santiago parecía achicado, empequeñecido. Era como un gran animal derrumbado e inerte, como un árbol dominador y altanero talado de cuajo. De vez en cuando se estremecía, sacudido espasmódicamente por algún pinchazo interior, y los rasgos de su rostro se crispaban aún más, endureciéndose en un rictus de dolor.

Sus dedos recorrían, con obsesiva e inconsciente angustia, el doblez de la sábana.

El perro grande de ojos fosforescentes yacía silenciosamente a los pies de la cama. Tenía la cabeza levemente levantada, los ojos muy fijos y las orejas estiradas, alerta, en estado de concentración infinita. Al posar en él la mirada Ana tuvo miedo y odio.

—¡Lléváoslo! —gritó.

Uno de los criados se acercó al perro y, con ademán que quiso ser natural, pero en el que había un asomo de temor, pasó sus manos por el cuello del animal y con vagas palabras y movimientos cautelosos, que querían ser tranquilizadores, le obligó a alzar las patas. El perro depositó en el rostro de Ana la mirada húmeda de sus grandes ojos fosforescentes, tornó la cabeza para mirar luego al enfermo y lentamente, muy lentamente, rompió a andar y salió de la alcoba. Quedóse tras la puerta lamentándose con unos aullidos apenas audibles, como si llorara en voz baja. Era aquel un sonido inquietante, y Ana estaba a punto de ordenar que le alejasen de la puerta y le bajasen al huerto cuando, acompañado del muchacho que portaba su bolsa de cuero negro, entró el licenciado Egaña.

—¿Qué ha sucedido?

Ana se lo contó en breves palabras. El cirujano suspiró, enarcó las cejas con ademán preocupado y se acercó al lecho.

Dijo:

—Ahora, si me permitís, doña Ana... He de examinarle con suma atención y...

—Sí. Sí, desde luego.

Ana salió de la alcoba y, tras ella, salieron Ceferina y los demás sirvientes. Ana fue al salón y se asomó a la ventana. Era una mañana gris, desapacible. Amenazaba lluvia. Vio a lo lejos el paso lento de una carreta tirada por bueyes.

—¿Qué estás pensando, Ceferina? —inquirió, de pronto—. ¿Crees que es... que es realmente grave?

La anciana asintió y se santiguó.

—Te encuentro... no sé... extraña —dijo Ana—. Tú nunca le has tenido un gran afecto a mi padre, Ceferina. Nadie se lo ha tenido nunca. Creo que... creo que yo tampoco.

Se acercó a Ceferina y le cogió ambas manos.

—Tiemblas. Estás helada. Pero no es de frío ni de pena. Estás asustada, ¿verdad? Ceferina no respondió.

—Estás asustada —repitió Ana—. ¿Por qué, por qué?

—Ha vuelto la cara a la pared —dijo Ceferina—. Y sus dedos, ¿te has fijado?, sus dedos trataban de arreglar el embozo de la cama.

—¿A qué viene eso, Ceferina?

—Esas son las señales de la muerte. Se está muriendo. Sí, sé lo que digo, Ana. Te aseguro que la Muerte está aquí, en la torre. Le está vigilando, esperando...

Ana hizo un ademán de impaciencia.

—Hablas de la muerte como si fuera una persona, alguien que viene a buscarnos...

—Yo sé lo que me digo. Ella está aquí, muy cerca de nosotros, bajo este techo...

Contuvo la respiración, como tratando de localizar su presencia.

—La noche en que fuimos a ver a Hilaria... ¿recuerdas?... vi al perro de tu padre escarbando en el suelo. Y lo mismo hizo anteayer... y ayer. Y hace un rato, cuando le has hecho salir de la alcoba, ¿no has oído su ladrido detrás de la puerta? ¿No has oído cómo se quejaba, con un sonido extraño? Él también sabe que ella está aquí. Son señales que no engañan, Ana: cuando en momentos así ladra un perro, o se oye el canto de una lechuza, eso significa que la Muerte ha llegado. Los animales ven y oyen cosas que nosotros no vemos ni oímos. El perro ha visto a la Muerte, sabe que está aquí. Por eso...

—¡Calla, por Dios! —le ordenó Ana, nerviosa.

—Me callo, Ana. Pero cuanto he dicho es verdad. Sí, lo sé. Siempre ocurre lo mismo cuando alguien agoniza.

Telesforo, el criado que había ido al convento a buscar a fray Miguel, tornó con la noticia de que el fraile se hallaba ausente. Jinete sobre una mula, se había ido aquella mañana temprano a San Salvador del Valle, donde un antiguo discípulo suyo iba a cantar la primera misa. En la comunidad no le esperaban hasta después de mediodía.

—He dejado recado en el convento de que, en cuanto regrese...

Ana le interrumpió con un silencioso gesto de asentimiento.

El licenciado Egaña pasó más de dos horas junto al enfermo y bajó al salón para hablar con Ana. Había tratado a don Santiago, le explicó, con purgas, eméticos y una sangría copiosa.

—No obstante, en estas circunstancias, convendría que un sacerdote...

Habló durante largo rato, extendiéndose en consideraciones sobre la ciencia médica, la farmacopea y la quebrantada y alarmante salud de don Santiago. Sus

palabras eran como lluvia en los oídos de Ana: polvos purgantes... escamonea... jalapa... acíbar... sangría... confesión... extremaunción... gravedad... desenlace imprevisible... Se refirió a los cuatro *humores*: sangre; pituita, secreciones de nariz y bronquios, flema; cólera o bilis, producida en el hígado; atrabilis, melancolía o cólera negra causada por el bazo. Hablaba en voz alta, escuchándose.

—Ahora delira —explicó—. Dos veces se ha puesto a hablar con grandes voces refiriéndose a un viaje. Se ha incorporado en el lecho, inconsciente, y ha ordenado que se le baje al salón. Naturalmente, son cosas de la fiebre, delirios a los que no hay que hacer caso. Sin embargo, su actitud me produce cierto asombro. Pese al delirio, parece que oye cuanto se le dice. Insiste en ser obedecido. No sé, no sé en qué parará todo esto. Estoy preocupado de veras, doña Ana, muy preocupado. Todo poder de la ciencia médica no basta a veces para...

Suspiró profundamente.

—Debo hacer ahora una visita que es también de gran urgencia y no puedo...

No acertaba a terminar una frase.

Se despidió prometiendo regresar a primera hora de la tarde.

—Su estado es crítico. Dentro de unas horas sabremos si...

—Comprendo —musitó Ana.

Ceferina acompañó al licenciado hasta el portalón y se dirigió luego a la alcoba de don Santiago. Estaba segura de que allí, invisible a sus ojos, se hallaba la Muerte. Se santiguó al entrar. Don Santiago, lo sabía, no tardaría en morir. Y aunque nunca se había cuidado él de ganar su aprecio o su gratitud, Ceferina no quería dejar de cumplir el rito que se debe a todos los agonizantes para salvar su alma. Había que preocuparse también de la torre, a fin de purificarla y ahuyentar de ella a la Muerte una vez cumplida su misión.

Encendió una vela.

Levantó los párpados del enfermo y pasó varias veces la luz de la llama cerca de sus ojos, para arrojar al diablo. Hubiera querido también abrir todas las puertas y ventanas para que el alma de don Santiago no quedase en la torre cuando llegase el momento del tránsito. El rito implicaba también cubrir los espejos e inclinar o volcar todas las sillas. Pero Ceferina no se atrevió a hacerlo.

Un miedo oscuro y denso la poseyó de pronto: el miedo de que, de algún modo, don Santiago pudiese verla hacer tales cosas. Apagó la vela y subió a su habitación. Abrió la ventana, volcó las dos sillas, cubrió con un lienzo el pequeño espejo que colgaba de la pared y salió dejando la puerta abierta. Entró luego en la cámara de Ana e hizo lo mismo mientras desgranaba entre dientes una retahíla de credos, padrenuestros y avemarías.

El licenciado Egaña volvió después de comer.

Don Santiago recobró el conocimiento a media tarde e insistió en que se le bajase inmediatamente al salón. El cirujano solicitó la intervención de Ana y la muchacha trató de convencer a su padre de que no debía levantarse del lecho. Pero fue en vano.

Don Santiago gritó, gesticuló, y Ana y el licenciado Egaña tuvieron la impresión de que, en cualquier momento, su irritación podía provocarle un nuevo colapso. Le bajaron con cuidado al salón. Tomó asiento en su sillón frailuno, junto al fuego, y pidió que le trajeran al perro y se fuesen todos y le dejaran en paz.

Poco después llegó fray Miguel, acompañado de otro fraile que llevaba el Viático. Don Santiago confesó y comulgó.

—Sería conveniente que volviese a su alcoba y se acostase —dijo el médico a fray Miguel—. Se encuentra en muy grave estado. No creo que pueda vivir mucho tiempo. Pero se ha empeñado en estar en el salón, a solas con el perro, sin nadie que le cuide. ¿Qué puedo hacer yo...?

Una criada quedó encargada de permanecer junto a la puerta, atenta a cualquier ruido o voz que le llegase del salón. Al anochecer Ana fue a saludar a su padre y se ofreció a permanecer junto a él por si deseaba algo.

—Echa más leña a la chimenea —gruñó don Santiago.

Ana obedeció.

—Pensáis todos que voy a morir, ¿eh? Si es así, ¿por qué no me dejáis al menos que muera en paz? Vete.

—Sí, padre.

Ana cenó sola en su habitación y recitó las invocaciones.

Se disponía a acostarse cuando oyó un chillido de espanto unido a unos ladridos taladrantes, terribles, seguidos de otros muchos ruidos y una gran confusión y algarabía que se extendía por toda la torre.

Bajó presurosa y vio que Ceferina y los criados trataban de sofocar las llamas que crepitaban en el salón. Convertido en una antorcha humana, don Santiago se retorció y gritaba de dolor. Seguía sentado en su sillón. El perro de los grandes ojos fosforescentes ladraba de manera angustiada, con vibraciones casi humanas. Y Ana, alocada, estupefacta, petrificada por el espanto, vio cómo su padre moría consumido en su propia hoguera.

—Oí un ruido raro y más tarde una voz pidiendo auxilio —explicó la criada que había estado de vigilancia ante la puerta del salón—. Cuando entré vi a mi señor don Santiago rodeado de fuego. Me puse a chillar y...

Rompió en sollozos histéricos.

—Alguna chispa de la chimenea prendió fuego en su ropa —dijo Ceferina mirando angustiada a Ana.

Pero la muchacha ya no oía ni veía nada. Su cuerpo se tensó, rígido. Miraba delante de sí sin ver nada, con ojos que parecían de pronto vidriosos y catalépticos.

—¡Ana, Ana! —gritó Ceferina.

Le golpeó las manos y la cara, y la muchacha no reaccionó.

—Asun, ayúdame —pidió Ceferina—. Llevemos a doña Ana a su aposento.

La acostaron y Ceferina quedó a su lado, velándola.

No se pudo hacer nada por salvar a don Santiago. Habían mandado llamar al

licenciado Egaña a toda prisa, pero cuando llegó, cuando por fin se pudo apagar las llamas que envolvían su cuerpo, el señor de la torre era ya cadáver. Junto al sillón, casi totalmente calcinado, el perro seguía ladrando lastimeramente. Las llamas le habían dejado el hocico y las patas en carne viva. Tumbado patas arriba, con el pelo chamuscado, oliendo a carne quemada, se retorció de dolor e impotencia. Telesforo y el muchacho que acompañaba siempre al licenciado Egaña le llevaron al huerto y precipitaron su muerte para ahorrarle sufrimientos.

Dos días después sepultaron a don Santiago en la cripta de la torre, a la que se bajaba por una breve escalera en forma de caracol desde la capilla. Su hermano don Ortuño llegó de Bilbao para asistir al entierro.

—Estás ahora sola, criatura —le dijo a Ana—. Debes venir conmigo a mi casa. No puedo dejarte aquí.

Pero Ana se negó.

—Me preocupas, sobrina. ¿Qué va a ser de ti? ¿Y cómo vas a permanecer en la torre, sola entre estos muros, con estos recuerdos? Enloquecerías de dolor y soledad. No, Ana, tienes que venir conmigo a Bilbao.

Ella, hosca, con la mirada muy fija en un punto inexistente, no respondió.

—Necesitas olvidar este horror... todo esto.

Ana le miró de repente a los ojos con una serenidad que sorprendió a don Ortuño.

—No, tío. Es inútil. Me quedaré aquí.

—Tu enamorado está fuera, en la Corte. Sí, lo sé. Sé que no ha regresado todavía. ¿Deseas acaso esperarle aquí? ¿Es eso? ¿Crees que volverá pronto? Escucha, Ana, tú sabes que tu primo Eloy aún te espera, que sigue amándote. No, no quiero que me digas nada ahora. Pero piénsalo más adelante, con calma, cuando te serenes...

Ella permaneció de nuevo en silencio, mirando delante de sí.

—Y en cualquier caso, Ana, no debes continuar aquí. Una breve temporada en Bilbao, lejos de todo esto, te sentaría bien. Y si tu enamorado regresa, sabes que inmediatamente puedes volver para reunirte con él. Vámonos, Ana. No quiero verte sufrir.

—No me moveré de aquí —dijo Ana.

Y por vez primera don Ortuño vio en su sobrina una idiosincrasia, una obstinación y una decisión que de algún modo le recordaron a don Santiago.

En vano apoyó fray Miguel la sugerencia de don Ortuño. En vano instó a Ana a que aceptase su invitación y se ausentase de la torre durante algún tiempo.

—Sé lo que sientes, hija —musitó fray Miguel—. A veces ocurren horrores como este y el ser humano no comprende, y se hace preguntas cuya respuesta desconoce, y duda, y vacila, y se desespera. Tú me hablaste de tu amor por Martín el ferrón y sé que él no ha regresado, y sé que sufres. Y ahora esto, la muerte de tu padre... Pero, Ana, criatura, para todo hay alguna explicación en alguna parte, de algún modo, no sé cómo. Todo cuanto ocurre forzosamente ha de tener un porqué que nosotros ignoramos. Dios vela por nosotros, Ana: por ti, por mí, por todos sus hijos, por todas

las criaturas humanas... Sí, es cierto, Ana: Dios nos ve, nos oye. Dios nos ama con un amor infinito. A veces lo dudamos porque no podemos comprenderlo. Vemos dolores, tragedias, pestes, muertes y una voz grita dentro de nosotros: ¿Por qué permite nuestro Padre que esto ocurra; por qué, por qué? Pero, Ana, Dios vela por nosotros. Él está ahora aquí, a nuestro lado, Él comprende tu dolor y se duele con él. Te preguntas ahora: «¿Por qué la vida es así, por qué mi padre ha muerto abrasado, convertido en antorcha humana, por qué he de sufrir, por qué, por qué?...». No puedo responderte, Ana; nadie puede. Solo sé que es nuestro Padre y que nos ama con un amor inacabable, profundo, infinito. Has de tener esperanza, mucha esperanza. Creer es eso: tener esperanza.

Desistieron de su empeño de que abandonase la torre. Fray Miguel volvió al convento, desalentado, preocupado, y don Ortuño regresó a Bilbao al día siguiente.

—No me resigno a dejarte aquí sola, sobrina —dijo al despedirse—. Me siento culpable de no haber sido capaz de convencerte. Pero tal vez necesites meditar en la soledad, rezar por tu padre y pensar en tu futuro. Bien, piénsalo durante unos días. Y recuerda que siempre tienes abiertas las puertas de mi casa. No lo olvides nunca, Ana: mi hijo y yo te estaremos esperando.

—Martín regresará pronto —habló Ana con voz grave—. Lo sé.

Se fue don Ortuño al fin, al caer la tarde, y Ana quedó sola.

Durante varios días apenas probó bocado. Paseaba por su aposento o por el huerto sin hablar, mirando fijamente delante de sí, rehusando la compañía de Ceferina. Sus ojos se fueron llenando de dureza; se hicieron más acusados y agudos los rasgos de su cara. Ceferina la oyó varias veces, durante la noche, vagar por la torre.

Diecisiete días después de la muerte de don Santiago la halló una mañana, a hora temprana, sentada dormida en el salón, junto a la chimenea apagada, con la cabeza apoyada en el muro. Fue a buscar una manta y volvió al salón y se acercó a Ana sigilosamente, procurando no hacer ruido. La muchacha abrió de repente los ojos y la sonrió.

—Las invocaciones, Ceferina —dijo—. Debo comenzar las invocaciones.

Y parecía que la pesadilla de los últimos días había desaparecido.

Se asomó a la ventana y, mirando al sol naciente, recitó con voz clara y firme:

*Marta, Marta,
a la mala digo,
que no a la buena.
No a la digna de rogar,
ni a la que está en el altar,
sino a la que de noche anda por las veredas
y de día por los aires vuela...*

Volvió a comer, a dormir en su lecho, a pasear por el pueblo acompañada de Ceferina. Y todas las mañanas y todos los atardeceres, durante los trece días prescritos, recitó puntualmente las invocaciones. Y siempre lo hacía con voz muy alta y clara, sin temor y sin titubeos.

Ceferina, oyéndola, se turbaba.

—Tengo miedo de que puedan oírte. Debes ser prudente, Ana. ¿Qué pensarían si oyeran las cosas que dices, los nombres que pronuncias?

Ana la miró de frente, con ojos de mujer nueva.

—Escucha esto que voy a decirte, Ceferina. Escúchalo bien porque no quiero tener que repetírtelo.

—Sí, Ana.

—A partir de hoy, ni en mi casa ni fuera de ella voy a comportarme como una niña que tiene miedo de ser castigada. He crecido, Ceferina, sé que he crecido estos últimos días. Y he pensado, sí; he pensado mucho. Desde que Martín se fue me he sentido como arrastrada por fuerzas nuevas, por emociones y pensamientos y deseos que yo desconocía, que yo quería desconocer, que ni siquiera sabía que existían. Era... era como si estuviera en un gran río que quisiera llevarme consigo, llevarme aguas abajo. Pero yo trataba de resistirlo, nadando contra corriente. Y era un esfuerzo agotador, un dolor sordo y terrible. Pero ya no puedo más, Ceferina. Voy a dejarme llevar por ese río y esas emociones y deseos que me llaman, que me atraen, que me arrastran. Voy a descansar y dejar que el río me lleve. Ha terminado mi pesadilla.

Hablaba con voz lenta y grave ligeramente convulsa.

—Durante años, ahora acabo de descubrirlo... esta mañana... durante años ha sido como si yo me hubiera atado a mí misma por dentro, sujetándome con grandes nudos, que sin saberlo, yo quería soltar. Eso me desazonaba. Pero yo —no comprendo por qué— yo seguía atándome y ahogándome, haciendo nudos y más nudos dentro de mí. Tú me conoces y sabes cuánto he sufrido. Sí, tú bien lo sabes, Ceferina.

Por un momento su voz y su rostro se suavizaron con una expresión ensimismada y melancólica.

—Pero dejemos eso —añadió, venciendo un suspiro—. Lo que quiero que comprendas es que a partir de hoy todo va a ser distinto. Voy a conseguir aquello que quiero y al precio que sea. Voy a conseguirlo porque lo necesito, porque tengo que conseguirlo. Tal vez esté enloqueciendo. No lo sé. Pero entiéndelo bien, Ceferina: nunca más volveré a sentirme herida por los demás. Y no voy a ocultarme de nadie... ni siquiera de mí misma. Ya no me tengo miedo, Ceferina. ¿Te das cuenta?: he dejado de temerme a mí misma. La noche que visitamos a Hilaria, mientras me encontraba a solas con ella, al otro lado de la cortina, me sentí... no sé cómo decírtelo... libre. Supe entonces que allí, de algún modo, estando con Hilaria, nadie podría herirme: ni mi padre ni doña Engracia... nadie. Quiero tener a Martín junto a mí. Y no me importa cómo ni con ayuda de quién. Hilaria me ha mostrado un atajo y voy a seguirlo.

Preguntó, tras una breve pausa:

—¿Comprendes, Ceferina?

La anciana tembló. Tuvo conciencia de que algo helador la habitaba por dentro,

poniéndole pavor en las entrañas.

—Sí, Ana.

Y no se atrevió a mirarla.

Aquella fue la noche en que Ana recitó la última invocación.

—Quiero que vayas a ver a Hilaria y le digas que he terminado las invocaciones que me enseñó —le ordenó a Ceferina—. Dile que las he recitado sin titubear y con fervor. Dile que... dile lo que te he dicho hace un rato. Ella comprenderá. Ahora le toca a ella cumplir lo que me prometió. Debe traerme a Martín. Dile que venga en seguida, que la espero.

—¿Quieres que la traiga aquí, a la torre? —se asombró Ceferina.

—Sí, aquí, a mi casa —dijo Ana—. Ve a buscarla. Repítele mis palabras, y te acompañará.

—¿Quieres decir que debo ir a buscarla... ahora?

—Sí.

Ceferina titubeó.

—Pero, Ana, es ya muy tarde —dijo con voz vacilante—. Y no ignoras lo que se dice de Hilaria en el pueblo. Todos la temen... todos, hasta los que se compadecieron de Visitación y rezaron por ella cuando la condenaron por bruja. Si ahora voy en busca de Hilaria y la traigo a la torre... si alguien la viese entrar... pensaría que tú la has mandado llamar.

—No pensaría sino lo que es cierto —dijo Ana.

Y añadió:

—Tengo prisa, Ceferina.

La anciana captó el cambio de tono de voz y miró a Ana y de nuevo encontró en su rostro la dureza y la frialdad que le había notado en los últimos días.

Había como un despego de todo, como un extraño desasimimiento, como una ausencia agolpada en el fondo de sus ojos.

—Sí, Ana. Si ese es tu deseo...

—Lo es.

Era casi medianoche cuando Ceferina volvió con Hilaria.

—Me ha visto uno de los criados. Había cerrado la puerta de la cancela y he tenido que llamarle para que bajara a abrir —explicó Ceferina—. Me ha mirado asombrado. Ha reconocido a Hilaria y ha hecho la señal de la cruz. Ana, mañana lo sabrá todo el pueblo.

«La culpa ha sido mía —se dijo—; si hubiera salido por la parte de atrás, nadie nos hubiera visto». Y quedó en silencio ante Ana, esperando. Pero Ana parecía ignorar su presencia, ignorar sus palabras. Solo tenía ojos para Hilaria.

Preguntó:

—Hilaria, ¿vendrá Martín esta noche?

—Sí.

—¿Lo has preparado todo?

La anciana dijo que sí con la cabeza.

—Llevará poco tiempo. Bastará con que te dé unas unturas por todo el cuerpo. Dormirás profundamente y te sentirás libre y feliz. Luego él vendrá.

Ana se desvistió y se tendió sobre el lecho.

Mientras pronunciaba palabras extrañas, cuyo sentido apenas entendía Ana, Hilaria le fue extendiendo por todo el cuerpo, con movimientos muy suaves, rozándole apenas la piel, una untura de color cárdeno y de olor muy intenso, embriagador y casi mareante. «Como los jazmines de noche», pensó Ana vagamente.

Cuando hubo terminado, dijo Hilaria:

—Descansa ahora. Afloja los músculos y no pienses en nada; solo en Martín. Concentra tu pensamiento en él. Va a venir, vas a tenerle a tu lado, vas a oír su voz.

Se hizo un corto silencio.

—Te darás a él como la esposa se da al esposo.

—Sí —dijo Ana.

—No dejes que tus pensamientos vagabundeen en tu cerebro yendo de acá para allá. Solo una cosa existe hoy para ti: Martín. Solo él. Vendrá a ti en la noche y de noche te dejará, antes de que cante el gallo.

Ana se extendió perezosamente, medio adormilada, feliz.

—Buenas noches —dijo Ceferina.

—Descansa, descansa —le sonó, como de muy lejos, la voz de Hilaria—. Y piensa en él. Esta noche va a acudir a tu llamada. Dentro de un rato le tendrás a tu lado.

Ana entornó los ojos. Vio a las dos mujeres matar la luz de los candelabros, encaminarse hasta la puerta, abrirla y desaparecer por ella cerrándola desde fuera con cuidado, sin hacer ruido.

Murmuró mentalmente: «Esta noche vendrá. Ahora, dentro de un rato».

Se supo enormemente exhausta; pero con un cansancio liberador y jubiloso que la llenaba de plenitud y de anticipada voluptuosidad. Los párpados le pesaban mucho y se le derrumbaban sobre los ojos. Se sintió arropada por la oscuridad y el silencio. Sentía suave y rítmico, muy lento, el latido de su corazón. Al cabo de unos minutos tuvo la impresión de que le brotaban alas y que caía, que caía hacia arriba.

Oyó de pronto un leve ruido —fue, más exactamente, como la adivinación de una presencia— y, sin moverse, musitó.

—Martín.

La voz de él le llegó muy próxima, inconfundible, grata y reconfortante.

—Sí, Ana.

—¡Cuánto te he echado de menos! ¡Y cuánto, cuánto te quiero!

—Yo también, mi vida, mi amor.

Ella le tendió los brazos en la oscuridad.

—Ven, esposo mío.

Y aquella fue su primera noche de amor, su noche nupcial.

IX

A la mañana siguiente, cuando Ana despertó, Martín ya se había ido.

No quedaba el menor rastro de su presencia; pero Ana conservaba vívidamente en sus labios el sabor de su boca, y en sus oídos continuaba resonando su voz, ahora ausente, y en su piel seguía sintiendo la huella de sus caricias nupciales.

Se incorporó perezosamente en el lecho y permaneció un rato mirando alrededor, buscando a Martín con la mirada (aunque estaba absolutamente segura de que él se había ido tan misteriosa y calladamente como había venido) y luego se levantó. Exhaló un suspiro feliz, añorante, y se asomó a la ventana.

Era temprano y un sol todavía difuso ascendía lenta y parsimoniosamente en el cielo, arañándose la piel en las ramas de los árboles y en lo alto de los picos de las montañas. El rojo del gotear de su sangre se mezclaba en el horizonte, como en una paleta, al blanco y al amarillo y al azul y al rosa y al morado. Latía en aquella hora un recogimiento, un sosiego indecible. La mañana era fría y el aire parecía recién lavado, aunque no había llovido durante los últimos días. Toda la atmósfera y todo el horizonte y todo el paisaje circundante, verde y riente, estaban como envueltos en la pureza del cristal, como impregnados de rocío auroral, de dulce y serena plenitud de vida buena. Sabía la mañana a agua pura y a pan bien amasado, a pesebre caliente y a hierba recién cortada. El mundo marchaba suavemente, la vida continuaba con su palpitación, la naturaleza respiraba.

Ana se sintió transportada a la hora bautismal del Génesis.

Era como si en aquella mañana se estrenaran y compendiaran para ella todas las mañanas del mundo, como si en aquel momento estuviera brotando la Creación: un amanecer intacto y desnudo y virginal en su estado más inocente y primigenio. Había una pureza indefinible, una sustancial elementalidad, como la huella digital de un porqué que todo lo explicaba, como una implícita lógica de la vida, del universo, en aquellas horas limpias y radiantes y frescas del nuevo día recién amanecido. Todo en aquella mañana tenía el sabor de la plenitud recién palpada. Todo parecía explicarse por sí mismo, sin palabras. Era como una comunión entre la criatura humana y el universo, entre el alma y el mundo animal y vegetal circundante, entre el primer aliento creador y la savia vital que hacía moverse al sol, que impulsaba la verticalidad de los árboles, que metía música en los picos de los pájaros y hacía fecunda a la tierra.

—En estas benditas Encartaciones —había dicho un día fray Miguel, en su plática dominical de la capilla de la torre—, hay mañanas que son como un sacramento, amaneceres en que el paisaje es como un templo pregonando la gloria de Dios...

Todo era aquella mañana —meditó Ana vagamente— como tenía que ser: todo tenía un sentido, un significado, una armonía, un sabor a aurora. ¿Será —se preguntó— porque Martín ha venido y soy feliz? ¿Será la felicidad la que me hace ver en este amanecer algo que no había visto ni sentido jamás? Y tuvo la certeza, tuvo la

certidumbre absoluta de que le bastaría colocar una mano sobre la hierba, o sobre un camino, o sobre un trozo de tierra cualquiera, para sentir latir, en lo hondo de todas las cosas, al unísono, su corazón y el corazón del universo.

Corrió a la habitación de Ceferina y sonrió al ver tras la puerta las ristras de ajos colgadas de un clavo para rechazar a los malos espíritus.

—El día es hermoso, Ceferina —saludó.

La sonrisa le brincaba a Ana en los ojos y la felicidad ponía humedad en sus labios, rojos y frutales.

—Fui a tu habitación hace un rato y no me atreví a despertarte —dijo Ceferina—. Dormías tan apaciblemente...

La miró interrogadora, expectante.

Ana respondió con un movimiento de cabeza a las mudas preguntas que se agolpaban en los ojos de la anciana.

—Sí, ha venido —dijo después—. Ha venido, Ceferina.

Se miraban, sonriéndose, y la anciana captó, de manera casi física, la ola de felicidad que Ana irradiaba.

—He sido... he sido su esposa.

Se echó en brazos de Ceferina, sollozando de pronto.

—No sé por qué lloro —murmuró al cabo de un rato, retirándose y procurando calmarse, toda confusa—. ¡Soy tan feliz!

—¿Se ha marchado ya?

—Sí.

—Dime una cosa, Ana. Tú... ¿tú le has visto partir?

—No. Desperté y Martín ya no estaba.

Ceferina se pasó el peine de sus dedos por el cabello enmarañado.

—¿Y le viste? Ayer noche, Ana, ayer, cuando te visitó... ¿le viste?

—Sí. Estaba todo a oscuras, pero le vi, le vi perfectamente. Primero me llegó su voz, que reconocí en seguida. Luego sentí sus manos y su boca. Sus ojos me miraban muy fijo y parecían llamas en la oscuridad. Luego... luego fuimos una sola carne, y después quedó silencioso a mi lado, y juntamos las manos y nos oímos respirar el uno al otro. Yo me fui quedando dormida poco a poco, pensando en él, oyendo su voz, que me hablaba muy queda, sintiéndole a mi lado. Y cuando desperté...

Calló con expresión ausente.

—Él ya no estaba, ¿verdad? —concluyó Ceferina.

Ana se frotó suavemente las manos.

—No. Martín había partido ya.

—Hilaria te lo dijo, ¿recuerdas? Dijo que Martín vendría de noche y marcharía antes de que amaneciera, antes de que sonase el canto del gallo.

—Sí, lo recuerdo —musitó Ana. Y preguntó, de súbito—: Y ella, ¿dónde está?

—¿Hilaria?

Ana asintió.

—¿Está aquí, en la torre?

—No. Se fue en seguida.

—¿Y tú? ¿Pasaste la noche en vela? Tienes cara de sueño, Ceferina.

—Estuve aquí, con la puerta de mi cuarto abierta. Pensé que... que tal vez pudieras necesitarme, que acaso... ¡Qué sé yo!

—¿Y le viste, Ceferina? ¿Viste a Martín?

—No. No le vi llegar ni le he visto partir. En toda la noche nadie ha cruzado la puerta de tu alcoba.

Ana estuvo un rato cavilosa. Luego abrió la pequeña ventana.

—Deja que entre el sol.

Aspiró una bocanada de aire fresco con lenta voluptuosidad, como si la paladeara, y se volvió a mirar a la anciana con ojos jubilosos.

—Volverá esta noche, ¿verdad? —preguntó.

Ceferina le cogió las manos.

—Hilaria te lo ha prometido. Dice que te bastará con que te des la untura al acostarte y te duermas pensando en él, solo en él. Dice que si le llamas con amor de esposa, si tienes fe en que vendrá, si estás segura de que vendrá... él acudirá a ti cuantas veces le llames.

—Quiero que vuelva esta noche, Ceferina. Esta noche.

—Volverá —aseguró la anciana.

Y le mostró el frasco que contenía la untura de color cárdeno que Hilaria le había entregado.

Martín tornó aquella noche y la siguiente y la otra y la otra y otras muchas más. Siempre acudía en la oscuridad y siempre marchaba antes del alba, mientras Ana dormía. Llegaba desde la Corte, sin duda volando raudo por los aires, y entraba en la alcoba de Ana no se sabía cómo, sin utilizar la puerta.

Todas las noches, tratando de vencer su sueño y su cansancio, Ceferina vigiló durante horas la cámara de la muchacha. Y nunca vio a Martín. Con medias palabras, muy discretamente, indagó entre la servidumbre y también entre algunas gentes del pueblo por si alguien hubiera visto u oído algo extraño durante las últimas noches. Pero nadie sabía ni sospechaba nada. Desafiando todas las leyes naturales, trasladándose misteriosamente desde la Corte, traspasando muros y haciéndose invisible a los ojos mortales, Martín entraba en la alcoba y salía y abandonaba la torre y el pueblo sin dejar rastro.

Y así fue durante diecisiete noches.

A la mañana siguiente Ana y Ceferina fueron a la plaza. Era día de mercado. Ana se sintió feliz inmersa en aquella algarabía popular, oyendo los ruidos, los pregones, los comentarios y chismorreos de siempre, devolviendo saludos, mirando los corrillos y las variadas mercancías.

Puso unas monedas en el platillo de un oso amaestrado que bailaba desmañadamente al ritmo de un monótono son de vihuela que tañía un anciano —

recordó aquella otra mañana de mercado, cuando por vez primera vio al niño de los ojos mudos tocando el tamboril— y se disponía a retirarse a la torre, seguida de Ceferina, cuando con lentitud ostentosa cruzó bordeando la plaza un pequeño y lujoso carruaje tirado por cuatro caballos.

Ana se detuvo a contemplar la escena.

Vio a doña Engracia asomada a la portezuela y saludando con sonrisas y gestos, con ademanes opulentos y condescendientes, a las gentes que la miraban. Se la veía oronda y triunfal. La satisfacción se le derramaba de manera casi tangible por todo el cuerpo, envolviéndola por completo, como una aura.

Observó que doña Engracia clavaba en ella la mirada y que en seguida, displicente, con un asomo de sonrisa desdeñosa, tornaba la cabeza y decía algo a su marido, sentado, empujado y callado, como avergonzado, a su lado.

Contempló Ana la librea llamativa del cochero y del criado que le acompañaba en el pescante, el escudo condal que llameaba desde la portezuela y en las gualdrapas de los caballos y preguntó, volviéndose a Ceferina:

—¿Qué ocurre, Ceferina? ¿Qué es eso?

Su voz había adquirido un repentino temblor de crispación. No había ya ni brillo ni alegría ni paz en sus ojos, y un albor empezó a subirle poco a poco por el rostro.

—Vamonos, Ana —suplicó Ceferina.

—¿Qué ocurre? —repitió la muchacha.

El carruaje se alejaba despacio camino de la casa del ferrón.

—Es que... —comenzó Ceferina, turbada.

Se interrumpió en seguida.

—Por Dios, Ana, aquí no. La gente nos está mirando. Ya te lo contaré. Pensaba decírtelo, pero no sabía cómo... Tenía miedo de que, al saberlo...

—Ceferina, ¿qué ha pasado? —casi chilló Ana—. ¿Qué me ocultas?

—Tenía miedo. Sí, tenía miedo, Ana —dijo la anciana—. Esa es la verdad. ¡No quiero que sufras, no quiero que nadie te haga sufrir! El viene a ti cada vez que le llamas. Es tuyo. Nunca deja de acudir a tu llamada. ¿No eres feliz así? ¿Por qué, entonces...?

Ana le aprisionó las muñecas, apretándoselas con fuerza.

Y lo que inspiró un terror repentino a Ceferina no fue eso, no fue esa fuerza súbita de la muchacha, sino el comprobar cómo al mismo tiempo que sus manos eran como tenazas férreas su rostro seguía con igual palor y sus ojos con la misma expresión. Preguntaba Ana: «¿Qué me ocultas?», y Ceferina sabía que había alarma y pánico y desmayo y angustia infinitas en aquella pregunta; pero la voz de Ana no se había alterado. Solo la palidez de su cara y la profunda sequedad de sus ojos denotaban que su estado de ánimo ya no era el de hacía un rato. Todo había cambiado desde el momento exacto en que el carruaje del conde de Vélez había pasado ante la plaza.

—¿Debo gritar o abofetearte para que respondas, Ceferina? —preguntó Ana.

No, su voz no se había alterado. Ceferina tampoco observó crispación alguna en

los rasgos de su cara. Pero su sonrisa se había mustiado y los párpados no se movían y la mirada era opaca.

—Haz de mí lo que quieras, mi señora. ¡Pero no quiero que sufras por él! No lo merece, no es digno de ti.

Ana le soltó las muñecas y echó a andar lentamente. Ceferina fue tras ella, turbada, esforzándose en no llorar. Caminaron en silencio por entre las hileras de curiosos que llenaban la plaza.

—Dime qué ha ocurrido —dijo Ana al llegar al camino.

Ahora sí había cambiado su voz. Y Ceferina supo que la muchacha había comprendido.

—Martín se ha casado. Se casó con Teresa... sí, Teresa creo que se llama... una de las hijas del conde de Vélez. Fue hace dos semanas. Hoy hace dos semanas, sí. Doña Engracia y don Damián fueron a la Corte unos días antes. Todo el pueblo lo sabe. Doña Engracia lo pregonó por todas partes. Puedes imaginarte cómo se esponjaba comunicando la noticia. Pero Ana, él obedece tu llamada, él...

Calló. No había palabras que pudiesen paliar lo sucedido. Todas las palabras eran ya inútiles.

Ana caminaba erguida. De nuevo miraba hacia delante, de nuevo parecía no oír, estar en otro sitio.

—No quise que sufrieras, Ana. Por eso no te dije nada, ¿no te das cuenta? Martín no te merece, no es digno de ti. Yo... yo no quise decírtelo, procuré que nadie pudiera decírtelo, que no te enterases. Sabía que sufrirías inútilmente y que de nuevo... Oh, Ana, Ana, criatura. Prometió que volvería a buscarte, que contraería matrimonio. Y de pronto...

Y blandiendo el brazo, con voz airada, mirando hacia el recodo del camino por el que había desaparecido el carruaje, Ceferina gritó con acento destemplado:

—¿Por qué, por qué ha tenido que regresar precisamente hoy, hoy, para que todos la viéramos en su carroza, con los criados de librea? ¡Odio a esa mujer, la odio, la odio! Y a Martín. Sí, a él también le odio. Más que a nadie. Le odio, le odio, le odio.

Trató de coger una mano de Ana, que la muchacha retiró, y dijo con voz implorante:

—No pienses más en él, Ana, no pienses más en él.

Ana se encerró en su alcoba y no salió de ella ni probó alimento ni quiso recibir a Ceferina en todo el día. Ya muy entrada la noche bajó al salón, cogió la daga que con otras armas colgaba del muro, junto al escudo familiar, volvió a su alcoba, depositó la daga debajo de la almohada y llamó a la puerta de la cámara de Ceferina.

La mujer abrió y musitó:

—¿Sí, Ana?

Tenía los ojos rojos, secos de lágrimas. Parecía más vieja, más arrugada que nunca.

—Ve a mi alcoba dentro de un rato. Lleva la untura.

—Pero...

—No me gusta decir las cosas dos veces. Ve en seguida. Con la untura.

—Sí, Ana.

Cuando Ceferina acudió, Ana ya se había desvestido.

—Hazlo como siempre, igual que siempre —instruyó—. Esta noche tiene que venir. Es preciso que venga, Ceferina. Sobre todo esta noche. Es muy importante, muy importante.

—Pero, Ana, criatura, ¿no te das cuenta...?

—Esta noche Martín tiene que acudir, ¿comprendes? Es preciso.

Ceferina la miró, alarmada.

—¿Por qué es tan importante que venga esta noche, Ana, precisamente esta noche, cuando sabes que él... que él...?

Calló, tragando saliva.

—Hay algo nuevo en ti, Ana, algo que no comprendo, algo que me da...

—¿Miedo, Ceferina? —preguntó Ana—. ¿Tienes miedo de mí?

Ceferina continuó extendiendo la untura.

Y pensó: «Sí, tengo miedo de ti, Ana, de ti. Te he visto nacer, te he visto crecer, conozco mejor que nadie tu dolor, tu desvalidez, eres como una hija, eres lo único que tengo en el mundo, lo único que quiero. Y sin embargo tienes razón, Ana, tienes razón; hoy me das miedo, me das miedo».

Y pronunció en voz alta:

—No, no de ti, Ana. Claro que no. Pero tengo miedo de lo que te propones, miedo de lo que estás pensando. Porque has decidido... has decidido algo horrible. No me digas que no. Lo sé, lo presiento. ¿Verdad?

Quedó un instante callada y tornó a preguntar:

—¿Verdad?

Ana no dijo nada. Alargó el brazo derecho, deslizándolo bajo la almohada, y alzó la daga, de hoja corta y ancha, que durante un instante brilló como un espejo al estrellarse en el acero la luz amarillenta de las velas.

—Esa daga —dijo Ceferina— solía llevarla tu padre al cinto cuando iba de caza. Un día, ¿no lo recuerdas?... un día tú lloraste mucho cuando le viste rematar a un jabalí herido. Durante varias noches tuviste pesadillas, Ana, pesadillas por el horror que te había producido el ver esa daga hundiéndose en el cuerpo del animal. ¿Lo has olvidado?

Ana no respondió.

—¿Para qué la quieres ahora, Ana, para qué? ¿Qué vas a hacer con ella?

Ana colocó la daga bajo la almohada.

—Lo sabes ya, Ceferina. Lo sabes ya. Martín vendrá y...

—¡No, Ana, no! —chilló Ceferina—. No es posible que...

—Date prisa, Ceferina. Deseo que venga pronto, muy pronto. Y cuando venga... no volverá a marcharse.

—Pero no es posible, Ana. Recapacita. No puede ser. No debes hacerlo. Tú no, tú no. No puedes hablar en serio.

—Él lo ha sido todo para mí, todo. No puedo permitir que sea el esposo de otra, que vuelva a ella. Es más fuerte que yo; no puedo, ¡no puedo! Apaga los velones y vete. Y no duermas. Esta noche te necesitaré. Vete ya, Ceferina. No retrases la hora de su llegada.

Hablaba con serenidad, sin que la emoción alterase su voz.

—He de hacerlo, ¿comprendes? Sé que debo hacerlo, que no tengo más remedio que hacerlo. Después... después me sentiré libre, libre del pasado, libre de todo. Anda, vete ya, Ceferina. Déjame sola. El puede venir en cualquier momento.

Ceferina dejó la alcoba a oscuras y salió.

Quedó inmóvil al otro lado de la puerta, con el oído alerta y mirando sin ver la luz amembrillada de la luna, que penetraba por el ventano del rellano y que parecía escurrirse como cera húmeda, brillante y casi líquida, sobre las grandes losas. La angustia se le había apelonado en la garganta, atascándosela, y permaneció unos segundos estirando el cuello y entreabriendo los labios en busca de aire.

Más allá, en la escalera acaracolada, todo era oscuridad. Ningún ruido se oía en la torre. Hubo un súbito aleteo de pájaros junto al alero y luego todo fue de nuevo silencio. Temblando, sintiéndose hueca, totalmente vacía por dentro, Ceferina fue a su cuarto y se colocó una manta sobre los hombros.

—¡Dios mío, Dios mío! —suspiró con voz ahogada, reprimiendo un sollozo.

Y volvió a su vigilancia junto a la puerta.

Ana permanecía inerte y con los ojos abiertos fijos en la negrura del techo, escuchando el ritmo de su respiración. No pensaba ni sentía nada. Era toda ella, en aquel momento, como un cuerpo abandonado a sí mismo, privado de toda emoción y desabastecido de sensibilidad. La desmesura de su tristeza y desesperación de los primeros meses que siguieron a la partida de Martín, el júbilo de las últimas noches, cuando él había acudido a su llamada y había sido su esposo... todo se había desvanecido. Se había esfumado también, ya, el horror del recuerdo ante la muerte de su padre, envuelto en llamas. Donde durante el último año había ardido una hoguera de impacencias y melancolías, de exaltaciones, de amor, de vehemencia, de añoranzas y de deseos, había ahora solo un enorme vacío. Aunque ¿hasta qué punto era realmente un vacío?, se preguntó. Y descubrió que había en ella en aquel instante, mientras esperaba la llegada de Martín, como una plenitud inmóvil, como una saciedad de toda pasión y estímulo.

En el interior de Ana latía un solo objetivo, un solo propósito: matar a Martín. Se lo dijo a sí misma sin melodramatismo alguno, sin experimentar la más leve exaltación ni sentir ningún nerviosismo. Le pareció que no era ella, sino otra persona, la que esperaba aquel momento y abrigaba aquel propósito.

Se movió ligeramente en el lecho y fue como si recobrara la vida.

—Tarda mucho en venir —musitó.

Quedó alerta, deslizando con suavidad la mano bajo la almohada para tocar la daga. Sí, allí estaba. Notaría de pronto, en cualquier momento, la presencia de Martín, oiría su voz, le tendría a su lado...

Pero esta vez ella no sería la esposa que tiembla y se entrega con gozo y sumisión al esposo. Esta vez sería diferente: lo que durante diecisiete noches había sido un encuentro nupcial, sería hoy noche de venganza: de venganza fría, sin emoción, sin gritos ni lágrimas ni reproches ni arrepentimientos. Le bastaría con empuñar el acero, levantar rápidamente la mano derecha y bajarla con fuerza sobre el pecho de Martín. Y no temblaría ni le faltaría decisión, no; estaba segura de ello. Era como algo que en cierto modo Ana no había decidido por sí misma y que sin embargo aceptaba de manera total como algo que tenía que hacer inexorablemente, como una ley que debía obedecer y cuyo cumplimiento no le producía ni dolor ni alegría. Había aceptado la idea de la muerte de Martín, de su destrucción, con toda naturalidad, como algo que estaba escrito y que irremisiblemente tenía que cumplirse como algo que le hubiera sido ordenado desde hacía siglos y siglos, cuando el mundo comenzó a ser mundo...

Se movió inquieta en el lecho y quedó con los ojos fijos en el techo.

—Tarda en venir —se dijo a sí misma entre dientes.

No le asustaba el acto físico de matar a Martín ni le producían miedo alguno sus consecuencias. Matarle sería borrar una deuda, cortar amarras con el pasado, cerrar un círculo: eso era todo. No se interrogó a sí misma, tampoco, sobre cuánto había en su decisión de afán de venganza, de amor destructor, y cuánto de celos y de desesperación y de decisión límite para que él no siguiera siendo el esposo de otra. No se hizo a sí misma ninguna pregunta. Tenía algo que hacer y lo haría.

Tumbada en el lecho, con la mirada perdida en la negrura, Ana no pensaba ni sentía nada. Sencillamente, esperaba su llegada. Y solo una cosa sabía, solo una: que mataría a Martín.

Pero Martín no vino aquella noche.

—¡Necia! ¿Y eso te asombra? —le gritó Hilaria, airada, cuando al día siguiente Ana se lo contó todo, sin omitir detalle—. Ayer tú no deseabas el amor del esposo, sino la muerte del hombre al que ahora odias. Y para eso necesitas invocaciones y medios diferentes. No sirven las palabras que aprendiste ni la untura que te di.

La anciana tenía el gesto enfurecido, crispado, y la voz agria y silbante.

—Nadie engaña al Señor de la Noche y a sus servidores. Y tú... tú has tratado de hacerlo. Me has engañado a mí y has querido también engañarle a él.

—No. Eso no es cierto. De repente, al ver a doña Engracia, su madre..., al verla en aquella carroza, al saber que él se había casado... ¿Comprendes? No sé cómo, de pronto, decidí matarle. Eso fue lo que sucedió. Fue algo súbito que me poseyó por entero. Supe que tenía que matarle; lo supe de pronto, en un instante, no sé cómo.

Hilaria la escuchaba rígida. Sus ojos brillaban con fuerza.

—Durante varios días cumpliste lo prescrito para conseguir el amor de ese hombre, y él acudió a tu llamada y fue tu esposo. Pero ayer tu corazón clamaba odio

y destrucción.

Ceferina y el niño del tamboril, sentado como siempre en silencio, acariciando al perro feo, escuchaban sin moverse.

—Oye bien esto que voy a decirte, Ana —habló Hilaria con voz súbitamente calmada—. Para complacer a mi amo y para que él haga realidad nuestros deseos, todo ha de realizarse conforme está mandado en cada caso. Hay que cumplirlo todo fielmente, letra a letra y sin saltarse una tilde. Tú no has cumplido tu parte del pacto. Aunque no lo supieras, has obrado con engaño. Y es peligroso tratar de engañar al Señor de la Noche. Es muy peligroso, sí; te lo advierto. Eso puede acarrearle horrores indecibles, espantos que no puedes ni imaginar...

—No quise burlar ninguna ley —dijo Ana—. No pensé que...

—Lo sé —le interrumpió Hilaria—. Te creo. Pero te serviste de lo que yo te enseñé y lo utilizaste con un fin distinto.

Ana estaba de pie, inmóvil y callada, como quien espera un veredicto.

—Vete ahora —concluyó Hilaria—. Yo veré de arreglarlo todo y suplicaré a mi amo que tu error no te sea tomado en cuenta.

Se atenuó la agresividad de sus rasgos.

—Sé que eres sincera y creo que el Señor de la Noche te perdonará. Pero no puedo prometerte nada. Ven a verme dentro de una semana. Entonces tendré noticias para ti.

De regreso a la torre, Ana encargó a Ceferina que se diese una vuelta por el pueblo y conversase con la sacristana y las vecinas más parlanchinas y chismosas y sacase a colación el tema de la boda de Martín.

—Quiero saber qué nuevas corren, qué dicen, qué les ha contado doña Engracia. Tú escucha atentamente —le instruyó Ana—. Quiero que cuando vuelvas me lo relates puntualmente.

Unas horas después Ceferina se lo contó con expresión azorada. Al parecer, doña Engracia hablaba sin parar de lo maravillosamente que lo había pasado en la Corte y de las gentilezas que para ella había tenido el conde de Vélez.

—«Mi consuegro el señor conde» le llama —explicó Ceferina con sonrisa malévola—. Ayer, al salir de misa, habló casi durante una hora con el señor cura y algunas mujeres que la rodearon saludándola y haciéndole preguntas. Puedes imaginarte cómo se esponjó doña Engracia. Dice que estuvo una tarde en palacio y vio al rey y que asistió también a una cacería en los montes de El Pardo con su... con su nuera y con algunas señoras de la Corte. Dice que piensa abandonar el pueblo y establecerse para siempre en Madrid, que aquí no hay vida social ni elegancia, ni gente de mundo y de modales. Pero me ha dicho Rosario, la costurera, que don Damián se niega a marcharse del pueblo. Dice que deben seguir aquí, donde tienen la ferrería y sus...

Ana le interrumpió con ademán impaciente.

—¿Y él?

—¿Él?

Ana la miró heladoramente, sin despegar los labios, y Ceferina suspiró y tuvo un instante de vacilación.

—Pues Martín... Martín está bien. Parece que es feliz y que está... que está muy enamorado de su esposa. Eso dice doña Engracia.

—No te turbes al hablar de él. Ni al referirte a ella. Dime cuanto sabes, todo lo que hayas oído.

—Hace ya meses que tenían preparada la boda. Invitaron a muchos personajes. Se casaron en una iglesia al parecer muy famosa. Creo que la llaman de Atocha... y celebraron una gran fiesta. Luego... luego marcharon en viaje... en viaje de boda... a unas tierras que el conde posee en Andalucía. Han establecido ya casa en Madrid, cerca de la Plaza Mayor, en un palacete que dicen perteneció a no sé quién, que era de mucha alcurnia. No recuerdo el nombre. Creo que es...

Enarcó las cejas en actitud de recordar.

—¿Qué más? —indagó Ana.

—Murmuraciones, comentarios, cosas sin pies ni cabeza, retales de chismorreos de Fulana o Zutana... Ya sabes —se evadió Ceferina.

—¿Qué más, Ceferina? —repitió Ana.

La anciana se humedeció los labios.

—No quería atormentarte diciéndotelo, Ana. ¿Para qué quieres saber todas las...?

—Todo, Ceferina. Dímelo todo.

—Como quieras, Ana. Sabina, la hija de Roque, el tonelero... me ha dicho que Josefa, la criada de confianza de doña Engracia, le ha dicho que doña Engracia le había dicho que...

Calló otra vez, turbada.

—¿No vas a acabar nunca de decirme las cosas? —se irritó Ana.

—Pues le ha dicho que tú... que tú estás enamorada de Martín, que quisiste casarte con él, y que él, Martín, y ella, doña Engracia, pues... pues que creen que la hija del conde de Vélez es mejor partido y mujer más... más...

—¿Más hermosa que yo? —completó Ana.

No había ningún asomo de amargura en su voz ni en sus ademanes. Ceferina inclinó la cabeza mientras un «sí» apenas audible se le escapaba vacilante de los labios.

—Supongo que esa noticia... lo de mi amor por Martín... está ya en todas las lenguas del pueblo.

Lo dijo mirándose las manos meditativamente. Ceferina tardó un largo rato en responder.

—En un lugar pequeño como este —comentó, al fin—, donde casi nunca pasa nada... pues...

—Claro —dijo Ana, vagamente.

Y recordó el día de la romería y el momento en que, al tener un amago de caída,

Martín la había ayudado ciñéndole con ademán respetuoso la cintura. Pero el recuerdo duró solo un instante. Fue una evocación impersonal y borrosa que no le produjo ninguna emoción, como algo que hubiera soñado o que le hubieran contado alguna vez.

Conservaba una visión muy vivida, en cambio, de doña Engracia: de su expresión untuosa e impertinente, de su parloteo incesante, de su orgullo insatisfecho. Recordaba Ana, sobre todo, cómo le había hablado de su primo que vivía en la Corte y del conde de Vélez y sus dos hijas. Las mejillas le ardieron de repente al retrotraerse a aquellos días en que estuvo esperando en vano que doña Engracia la mandara aviso para leerle la carta de Martín que había traído al pueblo el clérigo que se dirigía a Bilbao. Su rostro tuvo una crispación súbita al recordar la última entrevista que había sostenido con doña Engracia en su casa y la forma en que había saludado desde el carruaje a la gente congregada en la plaza.

Pensándolo, Ana tuvo conciencia de que algo se movía y cambiaba de sitio en su interior. Era algo... no lo sabía con certeza... algo como un trasvase, como una transferencia emocional. Después de haber hablado con Hilaria, hacía unas horas, la imagen de Martín se había diluido de pronto, haciéndose paulatinamente menos compacta y real. La figura de doña Engracia, en cambio, había ido creciendo, agigantándose en la mente de Ana.

Y de repente, mientras miraba a Ceferina, que permanecía callada e inmóvil a su lado, Ana descubrió la identidad de aquello que había cambiado de sitio en su interior: era su odio. No podía localizarlo y decir; «Mi odio está aquí, o aquí, o aquí»; pero sabía que ya no estaba donde estaba antes, que había cambiado de lugar, que era otra clase de odio, un odio diferente. Lo que antes había sido deseo de vengarse de Martín se había convertido en un propósito irrefrenable y frío de matar a doña Engracia, de borrar de su rostro aquella sonrisa untuosa y condescendiente, de hacer enmudecer para siempre aquella boca de labios delgados, de aniquilar aquella satisfacción orgullosa que se le derramaba por todo el cuerpo y la envolvía como una segunda piel. Ya no tenía que matar a Martín; el odio sentido hacia el hijo se concentraba ahora, tenso, vivo, inflexible, en la madre.

—Ella, ella tiene la culpa de todo —pronunció Ana en voz baja.

Ceferina no le preguntó a quién se refería.

Transcurrida la semana, cuando fue a visitar a Hilaria y la anciana le dijo: «Mi amo te ha perdonado», Ana preguntó con voz calmada y grave:

—¿Podemos entrar ahí?

Y señaló la sucia cortina que separaba el aposento del estrecho y maloliente tabuco.

Hilaria descorrió la cortina y la hizo entrar. Ana experimentó de nuevo la sensación de irrealidad, de lejanía y de sometimiento a otras leyes que ya había experimentado la primera vez. Como un ramalazo revivió dos momentos de su niñez: el terrible dolor de muelas y aquel atardecer lluvioso en que, hallándose con Ceferina

en la cocina, se le había caído una olla de agua hirviendo en la mano y en que el dolor se le aligeró extraordinariamente cuando sobre la piel dolorida Ceferina había extendido una capa de pomada. Le parecía a Ana que de nuevo le sucedía lo mismo de otra forma. Le parecía que de algún modo, más allá de toda lógica, al entrar en el tabuco se extendía una pomada sobre la carne viva de sus amarguras, de sus frustraciones y su vacío.

Dijo:

—Me gusta esto. Me gusta estar aquí.

Una luz viva y jubilosa se encendió como una candela en los ojos de Hilaria.

—¿Sabes por qué?

Ana la miró expectante.

—El mundo y cuanto odias —dijo Hilaria, con voz ligeramente febril— está afuera, lejos de aquí. Afuera quedan los seres humanos con sus mezquindades y sus dolores. Afuera quedan sus ambiciones y sus vanidades. Y sus ignorancias. Porque son ignorantes, Ana, son ignorantes. No saben la verdad. No la saben, no, no la saben. Aquí... aquí está el verdadero poder... y la liberación, Ana. El mundo se detiene a las puertas de esta casa.

Arqueó su cuerpo por encima de la mesa y apretó con sus dedos huesudos y fríos las manos de la muchacha.

—Mi amo te ve con buenos ojos y espera mucho de ti —musitó.

Otra vez se arrastraba en su voz aquel cansancio de siglos, aquella resonancia casi hipnótica que tanto había impresionado a Ana. De nuevo Hilaria parecía desdoblarse y presentarse como dos personas diferentes: una, anciana, que hablaba, y otra, joven, vital, inquietante, que escudriñaba a Ana, cavilosa, desde el fondo de los ojos.

—Te concederá cuanto le solicites —siguió diciendo—. Me ha pedido... me ha pedido que vayas a verle el día del Gran Sabat.

La mirada de la anciana la envolvió como una red.

—Yo te ayudaré a hacer el gran viaje. Será un gran momento para ti, Ana. Adquirirás fuerza, poder, te sentirás libre. Sí, Ana, créeme: serás tan fuerte y tan libre que nadie podrá causarte dolor alguno. Se acabarán para ti las vacilaciones, los titubeos, los interrogantes, las dudas. Te desprenderás para siempre de las pasiones, de las humillaciones y las angustias humanas. Quieres ser libre y fuerte, ¿verdad? ¿Quieres ser libre y poderosa, y que ningún ser humano pueda hacerte sufrir? Dime: ¿es eso lo que quieres?

—Sí —pronunció Ana.

Fue como un juramento, como un pacto.

—Iremos juntas. Yo seré tu guía y te presentaré al Señor de la Noche. Conocerás también a algunos mandatarios de su Corte. Será un gran momento para ti, Ana. Y para mí. Sí, para mí también. Yo seré tu maestra.

La miró con expresión recelosa.

—¿Tienes miedo?

—No lo sé —dijo Ana, indecisa.

—Pero dime la verdad. Y piénsalo antes de responder. ¿Deseas acompañarme? ¿Vendrás conmigo?

—Sí.

Hilaria retiró sus dedos, huesudos y gélidos, de las manos de la muchacha.

—¿Cuándo conoceré a tu amo? —preguntó Ana—. ¿Cuándo haremos el viaje?

—Pronto. Yo te avisaré. Es necesario esperar el momento adecuado, hacer los preparativos. Cuando llegue la noche... porque viajaremos de noche... yo te avisaré. Ahora pídemelo lo que quieras. El te lo concederá.

Y Ana se lo dijo con acento tranquilo y desasido:

—Su madre... la madre de Martín... doña Engracia...

—¿La mujer de Damián el ferrón?

—Sí. Quiero que muera.

Habló con voz clara y grave, observando a Hilaria. La anciana no demostró ningún asombro, ninguna perplejidad.

Dijo tan solo:

—Necesitaré unos días para tenerlo todo preparado.

Miró a Ana ojos adentro.

—Esa mujer morirá.

—Cuando lo tengas todo dispuesto, mándame recado con el niño.

Tres días después Hilaria convocó a Ana.

Sobre la mesa de la estancia humosa y destartalada, en cuya chimenea hervía a borbotones el agua de un caldero, Hilaria había colocado una pequeña figura humana de color rojo.

—Es doña Engracia —dijo—. Ya he cumplido todos los ritos y pronunciado todas las fórmulas. Son conjuros peligrosos que solo los iniciados podemos conocer. Tú podrás aprenderlos más tarde, cuando acates al Señor de la Noche como a tu dueño y él te acepte como novicia.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Ana.

El niño estaba adormilado en un rincón, junto al perro feo. Ceferina temblaba de excitación y de pavor.

—Toma esto —dijo Hilaria—. Con esta lezna de guarnicionero bastará. Le he mojado la punta con la sangre de un gallo negro.

Añadió, indicando la figura:

—Es de cera y tiene dentro grasa de cerdo, unos pabilos hechos con lana de cordero lechón y a la altura del pecho un corazón de golondrina. Ahora sigue bien mis instrucciones.

Levantó la cabeza para mirarla. Ana sostuvo la mirada.

—¿Estás decidida?

—Sí.

—Has de decir primero: «Esta es doña Engracia, la esposa de Damián el ferrón.

No es una figura de cera, sino de carne viva. No es su representación, sino su ser». Luego has de ir señalando las diversas partes del cuerpo y diciendo: «Aquí señalo la cabeza, aquí los ojos, aquí los brazos, aquí las piernas, aquí el vientre, aquí el hígado, aquí el corazón...». ¿Comprendes?

Ana asintió en silencio.

—¿Y luego? —preguntó.

—Hundes la lezna en el sitio en que desees herir a doña Engracia. Y ella recibirá la herida en su propio cuerpo.

—Ahora mismo, en el momento en que yo atraviese la cera con la lezna... ¿traspasaré también su cuerpo? ¿En el mismo momento?

—No. Pero ella morirá como tú lo dispongas. Puede que muera hoy, o mañana, o semanas después. En cualquier caso, lo que le hagas a esta efigie, a doña Engracia se lo harás. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Tras un breve silencio, dijo Hilaria:

—¡Hazlo!

Ana ahogó un suspiro y apretó la lezna entre sus dedos. Dijo:

—«Esta es doña Engracia, la esposa de Damián el ferrón. No es una figura de cera, sino de carne viva. No es su representación, sino su ser.»

Dibujó en lo alto de la figura una pequeña circunferencia.

—Aquí señalo la cabeza —musitó.

Puso dos pequeños puntos en la circunferencia.

—Aquí los ojos...

Siguió trazando líneas sobre la cera y diciendo:

—Aquí los brazos... aquí las piernas... aquí el vientre... aquí el hígado... aquí el corazón...

Levantó súbitamente hasta su cabeza la mano que apretaba la lezna y con un movimiento seco y decidido atravesó el dibujo del corazón. El hierro traspasó la cera y el corazón de golondrina y quedó firmemente clavado en la madera de la mesa.

Ana respiraba agitada, con los labios apenas entreabiertos, con las aletas de la nariz sacudidas por un pequeño temblor. Ceferina emitió un chillido y miró con ojos desorbitados la figura de cera. El niño seguía callado e inmóvil en su rincón.

—Ya está —dijo Hilaria, rompiendo el silencio.

Miró despaciosamente a Ana, que continuaba respirando agitada, con las manos apoyadas en la mesa, y a Ceferina, que había reclinado la cabeza sobre su pecho y parecía musitar algo.

Diecinueve días después, en un atardecer gris y ventoso, cuando salía de su casa para ir al rosario, doña Engracia resbaló en los escalones del jardín y cayó sobre la verja clavándose en el pecho, a la altura del corazón, uno de sus hierros, puntiagudo y en forma de lanza. La trasladaron a su alcoba y se avisó a toda prisa al cirujano Egaña. Pero todo fue inútil: doña Engracia había muerto instantáneamente, con el

corazón atravesado por el hierro afilado de la verja.

—Todo se ha cumplido como tú lo quisiste, como tú lo dispusiste —dijo Hilaria cuando Ana le comunicó la noticia—. Mi amo no decepciona nunca a quienes tienen fe en él. Con una lezna atravesaste el corazón de su efigie, y así ha muerto ella. ¿Crees ahora en cuanto te he dicho? ¿Tienes fe en mí y en mi amo?

—Sí —dijo Ana.

Se sentía autora a distancia de la muerte de doña Engracia, manipuladora de fuerzas oscuras y terribles que por mediación de Hilaria había logrado sintonizar con su voluntad, y la anegó una enorme sensación de fuerza y de poder.

Dos noches después emprendió viaje al Gran Sabat.

X

Fue en la noche del viernes al sábado.

Siguiendo sus instrucciones, Ana se encaminó con Ceferina a la casa de Hilaria una hora después que el sol agonizó en el horizonte, cuando las sombras se derramaron lentamente, silenciosamente, como una inmensa mancha de tinta, sobre el cielo y la tierra.

—¿Estás segura de que quieres ir? —preguntó Ceferina.

Se la notaba indecisa, azorada, nerviosa.

—Sí. ¿Cuántas veces he de repetírtelo?

—Es que... Tengo miedo, Ana. Y también, al mismo tiempo..., no sé cómo decírtelo... ni siquiera sé lo que me pasa.

El día había sido soleado y suave, sin frío ni calor; pero, al anochecer, un viento casi helado había comenzado a soplar por las callejas del pueblo. Tiritaban las ramas de los árboles, se acurrucaban bajo sus alas los pájaros frioleros, como buscando calor al amor de la lumbre, y un acento aterido se volcaba sobre el camino.

—Tienes miedo de ti misma, Ceferina —dijo Ana.

La anciana se detuvo un rato con expresión perpleja y suspicaz. Luego siguió andando lentamente.

—¿Miedo de mí misma? No te entiendo, Ana. Hablas a veces de una manera...

—Quieres hacer el viaje conmigo, acompañarme al aquelarre —pronunció Ana con lentitud—. Sí, eso es lo que deseas, Ceferina. Tal vez tú ni lo sepas del todo, pero eso es lo que deseas. Y tu pensamiento te da miedo. No quieres ni siquiera admitir que tienes ese deseo. Solo al pensar en ello tiembles de terror y de curiosidad. Estás... empavorecida y fascinada.

Buscó su mirada.

—Piénsalo bien, Ceferina. Sin tratar de engañarte. ¿No es eso lo que te sucede?

Ceferina tragó saliva antes de responder. Ana la vio luchando entre su miedo y su verdad, entre el deseo y el pánico.

—Sí —dijo Ceferina—. Creo... creo que sí.

Y fue como si de pronto hubiera buceado en su interior.

Quedó asombrada, como admirada de su valor por haberse atrevido a asomarse al fondo de su ser para ver lo que tenía allá dentro.

—Sí. Tienes razón en lo que dices —prosiguió—. Cuando niña oí hablar de las damas de Amboto, de las lamias y las sorgiñas. Se decían muchas cosas sobre lo que hacían aquellas mujeres en la sierra de Amboto, aquí en Vizcaya. Eso fue antes... sí, mucho antes de lo de Zugarramurdi. Decían cosas terribles y asombrosas sobre sus poderes y sobre lo que hacían las noches de sus asambleas. Yo me estremecía llena de miedo... sí, y de curiosidad también. Algunas veces, por la noche, mi madre me santiguaba y me rociaba con agua bendita. Una vez me ató a la cama para evitar que alguna bruja o algún ser fantasmal fuese a buscarme a casa para llevarme consigo...

Ladró un perro a lo lejos y otro perro le respondió, con varios ladridos, desde la oscuridad. Las estrellas miraban como ojos vivos, fijos, desde lo alto del cielo negro. Unos jirones de nubes pasaban ante la luna, que parecía de pronto como un espejo amarillento con pequeñas manchas de opacidad.

—Yo me pasaba horas y horas con los ojos abiertos, sin dormir, temblando — prosiguió Ceferina—. Pero tienes razón: no era solo de miedo, no. Temblaba también de curiosidad. Quería y no quería ir. Todo aquello me daba miedo y me atraía al mismo tiempo. Luego se comenzó a decir que Hilaria era bruja... y a Visitación le pusieron hace poco la coraza y la desterraron, ¿recuerdas? De niñas las dos fueron amigas mías. Jugamos y crecimos juntas. Nuestras familias se conocían y trataban mucho. El padre de Hilaria era leñador, como el mío. Luego Visitación se casó, Hilaria fue a servir a San Salvador del Valle, y yo, ya sabes, fui criada de tu madre. Cuando supe lo que decían de ellas... que habían hecho un pacto con el demonio, que iban al aquelarre... cuando dijeron todo eso... yo sentí hacia ellas... no sé... Ellas conocían otro mundo, tenían otra vida, hacían cosas que yo ignoraba. Visitación se había casado; Hilaria había vuelto de San Salvador del Valle y vivía en su casucha, apenas sin salir... En cierto modo les tenía envidia. Sí, esa es la verdad.

Hablaba con voz baja y ensimismada.

—Ellas inspiraban temor y respeto. Y no eran vulgares. Yo, en cambio... Alguna vez quise hablar de todo esto con Hilaria y con Visitación... preguntarles por el aquelarre y si era verdad cuanto se decía... preguntarles por qué iban... y qué hacían allí.

—¿Y lo hiciste, Ceferina? —preguntó Ana dulcemente—. ¿Se lo preguntaste a alguna de ellas?

La anciana abrió las manos en un ademán de desamparo.

—No, no me atreví. Me daba vergüenza, miedo, reparo... ¿Comprendes?

—Sí —dijo Ana.

Ceferina suspiró ruidosamente.

—Y ahora eres tú quien se dispone a hacer este viaje. Piensas ir allí, vas a conocer lo que ellas conocieron y quieres que te acompañe. Y de nuevo me siento indecisa, de nuevo quiero y no quiero. Oh, no sé lo que estoy diciendo. La cabeza me da vueltas. ¡Me resulta todo tan extraño...!

Se echó de pronto a llorar y escondió un rato la cara entre las manos.

—¡Oh, Ana, Ana! —exclamó con voz ahogada—. ¿Qué es lo que nos pasa? Sí, a ti y a mí, Ana. La otra noche, en casa de Hilaria, cuando clavaste la lezna en aquella figura... sentí horror, miedo. Hubiera querido llorar y rezar, pero no me atreví. Tuve miedo de ti y de Hilaria... Sí, Ana, también de ti... Pensé que si lloraba entonces, si me veías llorar y rezar... ¡No sé, no sé lo que pensé...! Y luego doña Engracia murió clavada en la verja, como tú habías deseado...

La voz de Ana sonó solemne, muy profunda y entrañable.

—Ceferina, acompáñame. Te necesito. No me dejes ahora. Hagamos juntas este

viaje.

Preguntó, tras una larga pausa:

—¿Quieres?

La anciana se apretó las mejillas con ambas manos. Parecía luchar con algo que había en su interior.

—No sé, no me atrevo. No me atrevo.

Y Ana comprendió que con aquellas palabras no estaba respondiendo a la pregunta que ella le había hecho, sino tratando de convencerse a sí misma.

Quiso animarla, empujarla, decidirla de manera definitiva. Y dijo, con voz suave:

—¿Vas a dejarme ahora, Ceferina? Ven conmigo. No tengas miedo. Tú y yo juntas, Ceferina, juntas, cruzando los aires...

Croaron al unísono unas ranas, chapoteó un sapo en una charca a orillas del camino y se oyó de nuevo, furioso y destemplado, el ladrido de un perro. En el cielo alto y negro, la luna, sin jirones de nubes, era como una gran moneda de cobre recién hecha. El viento rumoreaba por entre los árboles, helechos, moreras y jaras del camino.

—Vendrás conmigo, ¿verdad, Ceferina? —insistió Ana.

—No me pidas eso —dijo la anciana, con voz trémula—. No me lo pidas, te lo suplico.

Ana la miró a hurtadillas, vio su rostro crispado, sus ojos húmedos y brillantes, y pensó: «Sí, quiere acompañarme». Y pronunció mentalmente: «Iremos juntas».

Cuando llegaron a casa de Hilaria el niño del tamboril no estaba.

—Le verás más tarde, cuando lleguemos —le explicó a Ana la anciana—. Siempre va un poco antes que yo.

—¿Él... él también va? —preguntó Ceferina.

—Siempre viene conmigo.

Y Ceferina permaneció pensativa, más indecisa que nunca. Y pensó en sus escalofríos infantiles, y en Hilaria y Visitación, y en sí misma. Docenas de veces había permanecido desvelada pensando en todo aquello, lamentando en silencio su soledad, el cerrado horizonte de su vida, su vacío monótono, que le resultaba a menudo exasperante... El viaje al aquelarre, el hálito misterioso que envolvía a Hilaria... Un estremecimiento le recorrió la espalda, produciéndole un gozoso pavor.

Hilaria miraba a Ana.

—Estás decidida, ¿verdad?

—Sí.

—Has dado el primer paso y no debes volverte atrás. ¿Recuerdas cómo clavaste la lezna en su corazón?

Ana asintió.

—Todo lo tengo dispuesto —dijo Hilaria—. Hemos de emprender el viaje antes de medianoche.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—No. Viajaremos muy de prisa.

—¿Volaremos?

—Sí.

—¿Y el regreso? ¿Cuándo volveremos?

—Al amanecer estaremos de nuevo aquí —contestó Hilaria.

Tuvo un breve gesto de impaciencia.

—Pero no es este el momento de hacer preguntas, Ana. Se nos va a hacer tarde.

Ana miró largamente a Ceferina y preguntó:

—¿Vienes?

—Si puedo —pronunció la anciana con voz clara, tras un momento de duda—, te acompañaré.

—¿Qué sucede ahora? —indagó Hilaria.

—Ceferina quiere acompañarnos —explicó Ana—. ¿Es posible? Quiero que venga con nosotras. Me ha ayudado, ha participado en todo... en todo lo ocurrido. No tengo secretos para ella. ¿Puede acompañarnos?

Hilaria accedió.

—Si de verdad lo desea... Pero apresurémonos. No debemos llegar tarde. Tú quédate donde estás, Ceferina. Y tú, Ana...

Descorrió la cortina y ambas entraron en el tabuco.

—Espera un momento —dijo Hilaria.

Fue al otro aposento y volvió con una escudilla de madera con agua y un pequeño tarro que contenía polvos blancos. Derramó una pequeña cantidad en la mano de Ana, le tendió la escudilla y ordenó:

—Bebe esto. Trágate de golpe.

Ana lo hizo y dejó la escudilla sobre la mesa. Oyó un ruido leve, gangoso, y adivinó en las sombras, por entre las plantas y los viejos cartapacios y los minerales y los objetos heterogéneos, la presencia del sapo.

Hilaria buscó entre las baldas y le entregó un frasco que contenía un líquido verdinegro. Quitó el tapón con cuidado, procurando no acercar el rostro, no respirar su olor extraño, muy intenso y embriagador.

—Desnúdate y frótate con esto todo el cuerpo —instruyó.

Moviéndose con dificultad por falta de espacio, Ana se desvistió, vertió parte del líquido en sus manos y comenzó a frotarse cuello, pechos, vientre, piernas y brazos.

—Por toda la cara, no. No es preciso —dijo Hilaria al ver que la muchacha hacía mención de frotarse también el rostro—. Date un poco en la barbilla y en los labios. Extiéndelo bien debajo de los brazos. Ahora siéntate. Así. Acerca el frasco a la nariz y aspira fuerte. Aspira más. Aspira. Más despacio. Reposo ahora. Yo debo cerrar puertas y ventanas y apagar todas las luces.

Salió del tabuco.

Atrancó la puerta y aseguró las contraventanas. Apagó el fuego que ardía en la chimenea arrojando un balde de agua y pisoteó las ascuas chisporroteantes. Cogió el

candil que colgaba de un clavo, junto a la pequeña escalera, y entró en el tabuco portando un cirio negro. Depositó el cirio ante Ana, que permanecía un poco rígida y vagamente ausente. Encendió el cirio, apagó el candil y la atmósfera se hizo más olorosa y densa y tenebrosa.

Tomó asiento al otro lado de la mesa, frente a Ana, que descansaba sobre la extraña banquetta de cinco patas.

—Mira el cirio —ordenó—. Cuando yo lo mueva, sigue la dirección de la llama.

Y Ana, haciendo un esfuerzo, abrió los ojos y fijó su mirada en la llama temblequeante.

—Antes de iniciar el viaje —musitó Hilaria—, he de hacerte algunas preguntas. ¿Cómo crees que verás al diablo mi señor? ¿Qué forma crees que adoptará hoy para presidir el aquelarre? ¿Cómo te lo imaginas?

Iba moviendo lentamente el cirio negro ante los ojos de Ana mientras hablaba con voz suave y arrulladora.

Ana no habló durante unos instantes. Aunque se hallaba mareada, muy soñolienta e ingravida, estaba consciente de su desnudez y eso la llenaba de confusión y vergüenza. Luego, poco a poco, su cuerpo pareció adelgazarse cada vez más, perder peso y corporeidad. Cada vez se hacía más intenso el olor que emanaba de su piel y cada vez era mayor la sensación de ir cayéndose muy lentamente dentro de sí. Cerró los ojos; los párpados le pesaban como persianas de plomo.

—No tengas miedo, no tengas ningún miedo —le llegó, vaporosa, diluida, la voz de Hilaria—. Estoy contigo y nada has de temer. Así, cierra los ojos. El viaje será largo y conviene emprenderlo con reposo. Y ahora responde a mi pregunta: ¿qué forma crees que adoptará hoy nuestro amo para presidir el aquelarre?

Ana habló casi sin saber que hablaba. Era como si de repente la lengua catapultase automáticamente las palabras que semejaban formarse misteriosamente por sí solas en algún lugar recóndito de su ser. Ya no tenía frío ni experimentaba la menor sensación de turbación o vergüenza. Ya no estaba consciente de su desnudez, ni siquiera de la existencia de su propio cuerpo. Al respirar, un olor denso y aturridor —el olor del líquido con el que se había frotado la piel— le entraba con impresión gelatinosa por la nariz y la boca. Se sentía a punto de flotar: una parte de su mismidad parecía querer evadirse del cuerpo que la encerraba y la mantenía todavía sujeta a la tierra.

Y dijo, respondiendo a la pregunta de Hilaria:

—En forma de hombre... de hombre altanero, melancólico, delgado... una figura terrible... terrible y fascinante... con ojos de luz siniestra y labios fríos. Te mira y te quedas parada, inmovilizada. Te mira y te das cuenta de que sabe todo lo que hay dentro de ti, todas tus emociones, tus pensamientos y tus deseos... todo lo que siempre has tratado de ocultar a los demás... incluso a ti misma. Su mirada todo lo traspasa y ante sus ojos estás indefensa, sin escudo posible, desnuda de cuerpo y alma...

Nuevamente la voz de Hilaria le llegó desde muy lejos.

—Sí, así es, Ana, así es. El conoce muy bien todos los dobladillos que tenemos dentro, todo el polvo y la suciedad que hemos ido acumulando con nuestros deseos y nuestras frustraciones. Porque él conoce todo lo que hemos hecho, sí, pero también todo lo que no hemos hecho y quisiéramos hacer, todo aquello que no nos atrevemos a hacer y que guardamos dentro de nosotros, en un desván cuya puerta hemos cerrado con siete llaves. Sí, así es nuestro amo, Ana, como tú lo has descrito. Y así le verás dentro de un rato.

Ana ya no trataba de abrir los ojos. Se sentía hundida en un reposo hondo, en una infinita lasitud.

—Volaremos juntas tú y yo, Ana. Y Ceferina —siguió hablando Hilaria—. Tú volarás sobre un murciélago, Ceferina sobre un gato blanco, yo iré en mi vara, como siempre. Pero el aquelarre, Ana, ¿cómo te lo imaginas? Dímelo.

Ya no movía ante la cara de la muchacha el cirio negro, que había dejado a su lado sobre la mesa.

—Un bosque, un gran bosque —dijo Ana—... un bosque frondoso, con jabalíes y osos entre los árboles, acechando en sus guaridas, gruñendo en la maleza. Y allí, en un claro, mesas con manjares...

—Con manjares sin sal —dijo Hilaria—. La sal nos está prohibida. Debes odiarla, Ana. Es como un veneno para nosotras, para nuestro poder... ¿Me oyes?

—Sí.

—Sigue hablando del aquelarre.

Ana ahogó un bostezo mientras movía rítmicamente la cabeza.

—Sí, manjares sin sal —dijo.

Las palabras brotaban de sus labios perezosas, rodando muy lentas en sus labios.

—Mesas con manjares sin sal. Él estará sentado en un trono de oro. Es... es una figura siniestra y fascinadora. Y tú, y Ceferina, y otras muchas brujas y brujos... y yo... todos le rendiremos pleitesía. El niño... el niño que tú tienes en tu casa... tocará el tamboril. Habrá sapos... y novicios... Y luego un baile, un gran baile, un baile extraño y frenético. Y después... no sé... me sentiré libre y poderosa. La vida será distinta... y yo experimentaré un gran alivio...

La anciana la escuchaba en silencio.

—Y dime, Ana, dime: ¿qué te gustaría que te diera nuestro amo? Tú le vas a adorar, le vas a jurar fidelidad y obediencia. ¿Qué quieres que él te dé a cambio?

—Quiero tener poder sobre mí misma... poder sobre los humanos y sus miserias. Deseo paz... deseo que nadie pueda causarme dolor, que nada ni nadie pueda hacerme penar... nunca más, nunca más. No quiero volver a sufrir, no quiero volver a sufrir. No lo soportaría.

Tembló sin saberlo y su voz se hizo sollozante como la de una niña temerosa de que la castiguen.

—Cálmate, cálmate...

La voz de Hilaria le llegaba de muy lejos, cada vez de más lejos, desde leguas y leguas de distancia.

—No tengas ninguna preocupación, Ana. Conseguirás poder, todo el poder que desees sobre los humanos y sus miserias y pasiones. Pero recuerda: es importante que cuando estés allí, junto a él, con todos nosotros... es importante, ¿me oyes?, es muy importante que no tengas ni miedo ni vergüenza, ninguna vergüenza, ninguna contención. Recuérdalo: deberás hacer cuanto quieras, mostrarte tal cual eres... ¿Comprendes?

—Sí.

—Le he hablado a nuestro amo de ti. Se puso muy alegre cuando supo que habías decidido matar a doña Engracia y que no temblaste al colocarte ante su efigie y traspasarle el corazón. Eres joven y hermosa, Ana. Cuando él te vea... es posible que te designe la reina de esta noche, la reina del aquelarre. ¿Te gustaría sentarte en un trono a su lado... y que te coronásemos con flores y bailásemos en tu honor?

—Sí.

—A partir de esta noche serás sabia y todos los secretos mágicos te podrán ser desvelados uno a uno. Serás poderosa.

—Nadie podrá hacerme sufrir.

—No. Después de esta noche, nadie, nadie podrá hacerte ya sufrir. Una cosa más debo decirte: cuando mañana hayamos regresado, yo seré tu maestra y tú mi novicia. Me deberás obediencia y respeto. Y todavía algo más. Nuestro amo te entregará un sapo. Habrás de cuidarlo con gran amor y veneración. ¿Me oyes?...

Ana asintió y la cabeza se le derrumbó sobre el pecho.

—Ahora descansa, descansa. Enseguida, dentro de un rato, emprendemos el viaje. Descansa, des-can-sa.

Hilaria salió llevándose el cirio negro, que colocó en el suelo junto a la chimenea apagada. Tornó al tabuco para llevarse el tarro de los polvos blancos, el frasco del líquido verdinegro y la escudilla de madera.

Se encontró en la oscuridad con los ojos de Ceferina, que buscaban los suyos.

—¿Se ha ido ya Ana? —preguntó Ceferina.

—No. Dentro de poco nos iremos las tres juntas. ¿Estás segura de que deseas acompañarnos?

—Sí, Hilaria.

—Desvístete, toma los polvos con un poco de agua y frótate el cuerpo con esto. Acerca primero el frasco a tu cara y respira muy hondo. Que el olor se te meta por dentro, hasta las entrañas.

Ceferina cumplió las instrucciones y al instante se sintió poseída por un cansancio y un aturdimiento que la hicieron tambalear.

—Pon tu ropa en el suelo y échate sobre ella —dijo Hilaria—. Descansa un poco antes de que partamos.

Ceferina obedeció.

Hilaria se acurrucó a su lado y le fue pasando el cirio encendido delante de los ojos.

—Mira fijamente la llama. Así. Mírala. Ya está bien. Cierra ahora los ojos. Respira profundamente. Sin prisa, despacio, tranquila. Así, así. Estás cansada, Ceferina, muy cansada. Cansada por la vejez de tu cuerpo, cansada por el aburrimiento de tu vida, cansada por tu soledad. Estás cansada, sí, muy cansada, agotada. Dentro de un rato estaremos en el aquelarre y allí estará él, nuestro amo. ¿Cómo te lo imaginas? ¿Qué crees que vas a ver en el aquelarre, Ceferina? ¿Qué piensas que va a suceder allí? Dímelo.

Y Ceferina fue vertiendo, con voz cascada, a veces casi inaudible, su concepto del diablo y del aquelarre, amontonando de manera inconexa cuanto había oído decir desde su infancia.

Para ella el Señor de la Noche no se aparecería, como había dicho Ana, en forma humana, sino en forma de macho cabrío. El aquelarre se celebraba en un lugar semejante al que imaginaba Ana: el claro de un bosque, el prado de una montaña o un descampado lejos de cualquier lugar habitado. Y habría banquete, sí, pero no sería de manjares exquisitos, sino de culebras y plantas extrañas y niños cocidos que habían sido raptados y asesinados por alguno de los brujos y que ponían a hervir en la gran caldera que ardía al cuidado de dos demonios. No, no había sal en el terrible festín. Conforme iban llegando, brujas y brujos se postraban de rodillas ante el Macho Cabrío, al que se conocía también con el nombre de Maese Leonardo, y le besaban el trasero y renegaban de Dios y de la Iglesia. Luego, sentados a la mesa por orden de importancia y edad, según el protocolo, se ufanaban comentando en voz alta las maldades que habían cometido desde la celebración del último aquelarre. La bruja más terrible era proclamada reina del aquelarre y se sentaba junto al trono del Macho Cabrío. Quienes no habían causado daño suficiente a los demás mortales, eran azotados o arrojados a la caldera. De la manada de sapos que cuidaban niños novicios se escogían algunos, a los que se apaleaba o pisoteaba para exprimirles una agüilla viscosa y verdinegra. Esta sustancia, de la que llenaban varios barreños, se repartía entre todos los asistentes. Frotándose con ella podrían acudir, volando por los aires, a la próxima reunión. Al final se celebraba un gran baile en torno a las hogueras. Y todas las brujas —todas, sin excepción— se convertían en hermosas y jóvenes durante unas horas. El baile era alocado, turbulento, al son de panderos y flautas y tamboriles. A veces el Macho Cabrío, sentado en su trono, marcaba la melodía tañendo una enorme arpa con sus garras de largas uñas. Bailaban todos juntos alrededor del fuego: no solo brujos y brujas, sino también demonios. Y luego, en tremenda mezcolanza, tenían comercio carnal.

Ceferina continuó hablando con voz lenta y soñolienta.

En ocasiones, el demonio se presentaba con apariencia humana, con un gran cuerno en la frente, un cuerno brillante y negro que despedía fuego y con cuya llama se encendía la hoguera del baile. Muchas veces, tras el banquete y la danza, excitados

por el vino y la música, brujos y brujas se golpeaban entre sí mientras el Señor de la Noche los alentaba con grandes gritos y reía con feroces carcajadas. Era frecuente que el demonio tuviese trato carnal con alguna de las brujas, y de estas relaciones podían nacer seres humanos de apariencia normal. De las relaciones de brujos y brujas entre sí solo nacían, en cambio, sapos y culebras y algunas veces, muy pocas, gusanos y cuervos y topos. Ceferina sabía que había demonios que adquirirían apariencia femenina y demonios que adquirirían apariencia masculina. A los demonios-mujer se los llamaba súcubos y a los que tenían aspecto de varón, íncubos. Pero no recordaba ya de las relaciones entre quienes nacería el Anticristo: si el ayuntamiento entre un súcubo y un brujo o entre un íncubo y una bruja.

Movió la cabeza tratando en vano de vencer su sueño y aturdimiento para responder a su propia pregunta.

—Descansa, descansa —le dijo Hilaria—. No pienses ahora en eso. Respira hondo, muy hondo. Así... Continúa hablando sin prisa, tranquila, tranquila...

Y Ceferina prosiguió su relato.

El aquelarre finalizaba siempre a la misma hora: poco antes de que en el cielo sonara el canto del gallo o el tañido de una campana. De pronto, cuando comenzaba a clarear, surgía la desbandada. El Macho Cabrío y sus demonios desaparecían dejando un fuerte olor a azufre, y con ellos desaparecía también la hoguera, la gran caldera, las mesas y el trono de oro. Los brujos y brujas y niños novicios tornaban al lugar de donde habían venido. Unos regresaban volando por los aires, montados en diversos animales o sobre escobas o rejas de arado o ramas de árboles; otros se convertían en perros, o en gatos, o en pájaros, o en moscas. Y todos entraban en sus casas sin hacerse notar: por las chimeneas o por las cerraduras de las puertas. Y cuando quiquiriqueaba el gallo y doblaba la campana ya estaban otra vez en sus lechos, como si no se hubieran movido de allí en toda la noche.

Hilaria asintió.

—Así es nuestro amo y así es el aquelarre —dijo—. Y así lo verás todo dentro de unos instantes, Ceferina, tal como lo has descrito. Pero descansa todavía un poco. Yo te avisaré cuando sea la hora de iniciar el viaje.

Se levantó portando el cirio negro y fue al tabuco.

Ana continuaba sentada sobre la banqueta de cinco patas, con los ojos cerrados y la cabeza derramada sobre la mesa. Hilaria la miró despaciosamente. Y aunque sabía que Ana no podía oírla, aunque sabía que Ana estaba dormida, murmuró:

—Prepárate, prepárate. Enseguida emprenderás el viaje.

Faltaban pocos minutos para la medianoche.

XI

Todo en aquella noche fue para Ana una experiencia excitante y embriagadora. A partir de aquel momento su vida giró sobre otros goznes, como una puerta que se abriera a nuevas y misteriosas dimensiones.

No olvidó nunca la infinita libertad y la indecible sensación de poderío que la anegó al verse, de pronto, remontándose por la chimenea y cruzando los aires. Fue un instante de una exaltación tan intensa, tan vivida, tan total, que tardó un rato en darse cuenta de que no se movía por sí misma en el aire, sino que iba montada sobre un inmenso murciélago de enormes alas. Y se asombró de una cosa: se asombró de no sentir miedo ni repugnancia al notar bajo su piel la piel membranosa y el áspero plumaje del pájaro.

A su lado, riendo y gritando con excitación, como en un frenesí de borrachera y júbilo desenfrenado, iban Hilaria y Ceferina. Hilaria montaba una vara larga y delgada, y Ceferina un gato pequeño y blanco, de diminutos ojos de color rojo y que —Ana lo recordó siempre— no parpadeaban.

—¡Ana! ¡Ana! ¡Volamos, volamos! —la saludó Ceferina con una voz que se le rompía de gozo.

El cielo, que desde tierra le había parecido a Ana cerrado en negrura y tan solo iluminado por los pequeños puntos blancos de las estrellas y la cara bronceada de la luna, era, desde la altura, de un azul claro y fulgurante. Todo tenía algo de mar sin olas y de mundo vuelto al revés, todo tenía algo de caos, de transparencia y de vigor auroral en aquella hora de exaltación. Un viento frío golpeaba suavemente el rostro de Ana y la llenaba de excitación y júbilo.

Toda ella era pura ingravidez, pura incorporeidad. Sin embargo, notaba intensa y profundamente su identidad personal, el peso de su mismidad.

El murciélago se elevó raudo como una flecha siguiendo un itinerario casi vertical. En unos segundos, cuando Ana miró hacia abajo, el pueblo era ya apenas una mancha diminuta bajo sus pies. No se veía ninguna luz; se hubiera dicho un lugar deshabitado, muerto. Pensó Ana: «Murciélago, desciende y vuela sobre el pueblo; quiero verlo de cerca desde el aire». E inmediatamente, como si hubiera leído su pensamiento, el enorme murciélago aleteó, giró en redondo y desde lo alto se dirigió hacia el pueblo en un descenso vertiginoso.

—Se nos hace tarde, Ana —oyó que le gritaba Hilaria.

Pero Ana no le hizo caso.

—Baja, murciélago, baja, baja... Así... así...

Y gritaba con voz febril y frenética, mientras por las venas la sangre le corría caudalosa y ardiente como un río de fuego y se le derramaba entrañas adentro. Estaba transfigurada, inmersa en una alegría exultante y dominadora. Y ella, que nunca miraba a tierra cuando subía a lo alto del campanario, por miedo al vértigo, no sentía ahora la menor sensación de malestar, ningún miedo.

—Baja, baja. De prisa, más de prisa —gritaba, animando al murciélago.

Y vio cómo, también chillando y riendo con grandes carcajadas, Hilaria y Ceferina la seguían en el vertiginoso y delirante descenso.

—¡Ana! ¡Soy libre, soy feliz! —le dijo Ceferina con voz febril.

El murciélago llegó con la rapidez del rayo a unos pocos metros de la torre, se detuvo a unos palmos del tejado y luego, aleteando de nuevo, sobrevoló el edificio.

—Nuestra casa, Ceferina —gritó Ana.

Y lanzó una estruendosa carcajada.

Nunca acertó a precisar qué había sentido entonces, en aquel momento en que, montada sobre el murciélago, había volado sobre su propio hogar, girando sobre su tejado y la alta arquitectura rectangular de la torre. Pero estuvo consciente, eso sí, de que la había habitado como una súbita piedad hacia su propia vida, como un lacerante sentimiento de lástima hacia cuantos en la torre y en el pueblo vivían. Su padre, Martín, doña Engracia, los criados de su casa, las gentes del pueblo, los lugareños de los alrededores que acudían al mercado semanal... todo le pareció minúsculo, lejano y desprovisto de esencia. ¿Era posible que alguna vez las personas que vivían allá abajo la hubieran hecho sufrir? ¿Hubo realmente un día en que ella, Ana, se sintió igual a cuantos seres humanos se hallaban en la tierra, hundidos en la oscuridad de la vulgaridad y la monotonía? ¿Había compartido ella sus dolores, sus pasiones, sus gozos? ¿Había sido ella un ser como cualquiera de los que ahora estaban allá abajo, durmiendo, sin sospechar lo que en esos momentos pasaba sobre sus cabezas?...

Y se dijo a sí misma, con grandes voces silenciosas, que a partir de entonces ella no era ya una criatura como las demás, que nada tenía en común con quienes jamás habían cruzado los aires. Y desapareció la sensación de lástima que hacia aquellas gentes y hacia sí misma había experimentado hacía un instante, al sobrevolar la torre, y en su lugar se sintió llena de un hondo sentimiento de frialdad hacia cuantos vivían sujetos a las leyes naturales de su identidad humana.

—Nunca, nunca más volveréis a hacerme sufrir —gritó.

Y alzó el brazo derecho, blandiéndolo como una bandera.

Ceferina sobrevolaba despaciosamente las chimeneas, riendo con unas carcajadas agudas, chillonas, convulsas.

—Se nos va a hacer tarde —repitió Hilaria.

—Vamonos ya, Ceferina —gritó Ana.

Volieron a ascender.

En unos segundos el pueblo fue otra vez una diminuta mancha oscura bajo sus pies. Luego siguieron subiendo, subiendo, hasta que las nubes y la distancia taparon la tierra. La luna, envuelta en aura, parecía al alcance de la mano. Las estrellas brillaban limpias, claras, rotundas, asaeteando el cielo con sus largos y delgados rayos luminosos.

El murciélago volaba a gran velocidad, moviendo sin ruido sus enormes alas.

Cuando se hallaban muy alto, muy alto, Ana le ordenó que descendiese como

antes, casi verticalmente, y el murciélago lo hizo. Y fue como el caer de una piedra desde el cielo para detenerse junto a las copas de los árboles y sobrevolar iglesias y caseríos y caminos y huertas, y luego ascender de nuevo hasta casi tocar la luna con la punta de los dedos.

—Nos vamos acercando —anunció Hilaria—. Mirad.

Ana vio, bajo sus pies y por encima de su cabeza, a su derecha y a su izquierda, a hombres y mujeres y niños cruzando como ella los aires montados en perros, machos cabríos, en rejas de arado, en escobas, en gallos, en lobos, en jabalíes.

Y todos reían y se saludaban y se animaban con grandes risas y gritos. Y bajaban hasta rozar la tierra con sus pies, aspiraban el olor de las jaras y la maleza del camino, arrancaban hojas de las ramas altas de los árboles, y ascendían de nuevo viajando entre nubes, riendo y gritando.

Y a cada instante el cielo, hacía un rato quieto y callado, se iba llenando de ruidos y de presencias.

De repente, sin que nadie pronunciase una palabra, se inició el descenso. El casi centenar de hombres y mujeres y niños, montados en perros y en rejas de arado y en lobos y en murciélagos y en gatos y en jabalíes y en machos cabríos... todos comenzaron a descender al mismo tiempo a una velocidad indecible, como dejándose caer con todo su peso desde lo alto. Y se miraban y se sonreían, y sus carcajadas y sus chillidos y gritos de alborozo se mezclaron en la noche, contagiándose unos a otros y llenando el cielo de una sonoridad infecciosa.

Y de pronto Ana vio, muy bajo, allá en lo hondo, unas luces diminutas que parecían temblar y que fueron creciendo conforme el murciélago, girando lentamente y extendiendo sus alas como dos grandes abanicos de negro plumaje y de negra piel membranosa, fue acercándose a tierra.

—¡Ana, soy feliz, soy feliz! —chillaba Ceferina con voz gozosa y frenética.

Desaparecieron las luces temblequeantes mientras sobrevolaban un gran bosque, y reaparecieron al cabo de un instante. Ana comprendió que aquello que había visto brillar eran las llamas de dos hogueras que ardían en el claro del bosque. Otras luces más pequeñas —apenas unos puntos blancos vistos desde lejos— parecían proceder de unos grandes cirios.

Ana no sabía dónde se hallaba. No reconoció el paisaje. Tampoco tenía conciencia del tiempo que habían tardado en el viaje ni de la distancia recorrida.

Desde el cielo se percibía, profundo, como si les llegase a bocanadas, el olor de la noche: olor a tierra húmeda y a madera quemada y a brisa con sabor a hojas y a cortezas y a flores y a hierbas diversas. Había alguien —varias personas, varias formas humanas— allá abajo, junto a las hogueras.

—Pronto estaréis ante nuestro amo —dijo Hilaria.

La tierra y los árboles se fueron acercando, acercando.

Tocó Ana con exaltación el verdor triangular de la copa de un roble —le pareció ver un nido en una de las ramas más altas— y un segundo después el enorme

murciélago se posó en la hierba. El gato blanco que portaba a Ceferina bajaba lentamente, muy lentamente, como una hoja de árbol que cayera con suavidad.

Y de súbito, al poner pie en tierra, se apoderaron de Ana la curiosidad y la expectación. Miró a Ceferina y vio que la anciana jadeaba y tenía los ojos brillantes y húmedos.

—Recordad cuanto os he dicho —instruyó Hilaria.

Un escalofrío le recorrió a Ana la espina dorsal, como una mano de dedos helados que se deslizaran por su espalda produciéndole una extraña sensación de júbilo, de pavor y de fascinación. Pensó: «Voy a verle»; y, nada más pensarlo, le vio.

El Señor de la Noche estaba sentado en el trono que se *alzaba* entre las dos hogueras. Más adelante, en otras ocasiones, Ana le vería en muy diversas formas y apariencias: como cuervo, como gato, como carnero, como raposa, como jabalí y, más frecuentemente todavía, como macho cabrío: un animal grande y negro, de olor fétido, de relucientes pezuñas, de rabo corto e inmensos ojos terribles y con tres cuernos en su cabeza, sobre uno de los cuales ardía un cirio hecho con leche de burra, ombligos de niños muertos sin bautizar y grasa de lobo. Le vería también en figura de tronco de árbol, de rostro impávido y difuso y espantoso.

Pero en su primera experiencia del aquelarre Ana vio al Señor de la Noche en forma de un hombre alto y delgado, de cara amarilleada por el resplandor de las hogueras, de rasgos delgados y taciturnos.

Sus ojos eran pequeños, grises, hipnóticos —se parecían vagamente a los de Martín, recordó Ana— y relucían como carbones encendidos. Sin embargo, su mirada era fría y heladora. (Un momento después, cuando él la miró, Ana se sintió traspasada por una luz gélida que la paralizó con su tacto helador). Estaba ligeramente inclinado hacia adelante en el trono, con las piernas cruzadas sumidas en la oscuridad y las manos nerviosas y huesudas, de dedos largos, colocadas bajo la barbilla.

Había en él una expresión de lejanía, una actitud de ausencia. Un gran anillo blanco en forma de sapo brillaba en el dedo anular de su mano izquierda. Alguien de forma humana que se hallaba de pie a su lado (más tarde supo Ana que era el príncipe Asmodeo, el que había tentado a Eva disfrazado de serpiente) se inclinó para decirle algo al oído y el Señor de la Noche ladeó ligeramente la cabeza. Entonces distinguió Ana, a la luz de las llamas, que el amo del aquelarre se cubría la cabeza con un sombrero de paño verde adornado con plumas de gallo negro. Al otro lado del trono, unos pasos más allá, en actitud de espera, se hallaba el brujo despensero con una bandeja de cristal sobre la que había una jarra de oro.

En otras reuniones sabáticas Ana encontraría juntos, excepcionalmente, al emperador Lucifer, al príncipe Belcebú y al gran duque Astarot. Y vería también, escoltándolos, a Moloco, príncipe del País de las Lágrimas; a Nergal, Jefe de la Policía Secreta; a Nisroco, Jefe de la Cocina; a Dagón, el Gran Panadero; a Kabal, Director de los Espectáculos; a Verdeleto, Maestro de Ceremonias, y al Embajador de

la Corte Infernal en España, Thamuz. Vería también a Chamos, el Gran Chambelán, y a Behemot, el Copero.

A algunos los vería en el transcurso del tiempo con apariencias diferentes.

A Asmodeo, que ahora estaba en forma humana junto al trono del Señor de la Noche, le vería en más de una ocasión en su identidad de sexto Rey del Infierno, cabalgando sobre un dragón al mando de sus setenta y dos legiones de demonios y con sus tres cabezas de toro, de hombre y de carnero, con sus extremidades membranosas de palmípedo y su larga cola de serpiente.

Más tarde aprendería Ana que el Reino de las Tinieblas tenía 7.405.926 súbditos (todos ellos demonios, sin contar brujos) y setenta y dos príncipes, y que su ejército lo componían 1.111 legiones de 6.666 soldados cada una.

Conocería a Bier, jefe de cincuenta legiones; y a Lucífugo Rofocale, Primer Ministro y descubridor de tesoros; y a Malfas, que aparecía en forma de cuervo; y a Leonardo, Gran Maestre de los Aquelarres, a quien más de una vez vería Ana tal cual era, con sus tres cuernos, barba de chivo y una cara sobre los hombros y otra cara en el lugar de las posaderas; y a Chax, el Duque de los Infiernos, que solía presentarse en forma de cigüeña; y a Satanachia, el general que tenía poder para someter a todas las mujeres del mundo; y a Nebiros, el Mariscal de Campo; y a Eurinomo, Príncipe de la Muerte, que tenía el cuerpo cubierto de llagas y se lo escudaba parcialmente con una piel de zorro; y a Astarot, Gran Duque y delegado del Infierno en todo el Occidente; y a Andrés, el Gran Marqués, que tenía cabeza de lechuza y aparecía siempre montado sobre un lobo negro...

En otras noches como aquella conocería también Ana al *hombre negro o montero mayor* corriendo delante de sus jaurías diabólicas. Y una vez, solo una vez, vería con sus propios ojos a Proserpina, la Princesa de los Espíritus Tenebrosos, compartiendo el trono del aquelarre con el Señor de la Noche.

Pero en aquella primera visita solo vio Ana, a ambos lados del trono, a Asmodeo en forma humana y a un brujo copero. A los pies del Señor de la Noche había tres sapos de tamaño natural, vestidos con trajes de terciopelo verde. Cuando permanecían inmóviles emitían un sonido gutural, como el lento gotear de la lluvia sobre un charco. Cuando se movían, saltando por entre las sombras y sin alejarse de los pies del amo, tintineaban como pequeñas campanas los cascabeles que llevaban al cuello. Detrás del trono, al otro lado de las hogueras, formando semicírculo y ceñidos en largas capas negras, diecisiete demonios —Ana los fue contando desde lejos de uno en uno, de sombra en sombra— formaban la guardia.

Todo esto lo vio Ana de una ojeada, mientras descabalgaba del murciélago y echaba pie a tierra.

Rodeada de Hilaria y Ceferina se encaminó hacia el trono para rendir pleitesía al Señor de la Noche. No experimentaba miedo ni extrañeza alguna.

—Ya está preparado el festín —observó Hilaria.

Y Ana miró las largas mesas que se extendían ante el trono y que estaban

abastecidas de vinos y vituallas. A las cabeceras de ambos lados ardían dos cirios de la forma y del tamaño de una persona. Hilaria le explicó, en voz baja, que estaban hechos con grasa humana y que sus pabilos procedían de la sogá de un ahorcado.

—¿Estás bien, Ceferina? —preguntó Ana.

—Sí, Ana —contestó Ceferina.

La emoción y la curiosidad le atascaban la voz.

Todos los brujos y todas las brujas se postraban ante el trono del Señor de la Noche y ocupaban luego su asiento ante la mesa. Los niños novicios, tras rendir pleitesía al amo del aquelarre, cogían palos y se alejaban de las hogueras, yendo a guardar los rebaños de sapos que descansaban junto a un pequeño charco.

Ya estaban las tres mujeres ante el trono.

El Señor de la Noche escuchaba algo que le decía Asmodeo en voz baja. Hilaria esperó a que Asmodeo terminase de hablar, se inclinó reverentemente y dijo:

—Mi amo, esta es Ana, de quien te he hablado.

El Señor de la Noche volvió ligeramente la cabeza, miró un instante a Ana, apenas un instante, y la muchacha se supo traspasada por un rayo helador y brillante que le llegó hasta las entrañas. Fue como si la mirada del Señor de la Noche poseyese de algún modo el sentido del tacto, un tacto que dejó en el interior de Ana una sensación extraña: algo semejante a una huella digital que ella notó palpitando y creciendo como algo vivo y físico en lo más profundo de su ser.

—Esta es Ceferina, mi amo —dijo Hilaria.

El Señor de la Noche depositó en la anciana una breve mirada y eso fue todo.

Mientras otras brujas y brujos seguían postrándose ante el trono, Hilaria y Ana y Ceferina fueron a ocupar su asiento. Y Ana observó que no se sentaban todos los brujos y todas las brujas juntas, sino alternándose con los demonios. No sabía Ana de dónde habían salido de pronto tantos demonios, pero miró alrededor y comprobó que, en efecto, a lo largo de la mesa los asientos eran ocupados alternativamente por un diablo, un brujo o una bruja, otro diablo, otro brujo y otra bruja, otro demonio...

El Señor de la Noche reclinó levemente la *cabeza* y empezó el festín al tiempo que sonaba una música de chistu y tamboril. Y Ana vio, cerca de la guardia de los diecisiete demonios, junto a una de las hogueras, al niño del tamboril. Recordó entonces lo que hacía un rato, antes de emprender el viaje, le había dicho Hilaria: «Le verás más tarde, cuando llegemos. Siempre va un poco antes que yo». Acurrucado junto a los pies del niño, con los ojos fijos en las llamas, estaba el perro feo. A su lado, un hombre gordo y ligeramente patizambo tocaba el chistu.

Comieron y bebieron. Más adelante, en otras reuniones, observaría Ana que alguna vez se servían a la mesa culebras y sapos y niños cocidos en las calderas y líquidos extraños y malolientes; pero en aquella ocasión los manjares eran gratos a la vista y al paladar (aunque Ana notó en seguida que carecían de sal) y el vino era cálido, aromático y embriagador. Acabado el banquete, cesaron repentinamente las conversaciones y la música de chistu y tamboril.

Una bruja anciana se levantó.

En medio del silencio, desde el lugar que ocupaba en la mesa, mirando al Señor de la Noche e inclinándose con una profunda reverencia, comenzó a relatar cuanto había hecho desde la última reunión. Y tras ella hablaron todos los demás brujos y brujas. Y todos manifestaron su fe y devoción al Señor de la Noche. Contaron las calamidades que habían derramado sobre las gentes sirviéndose de sus poderes diabólicos y citaron a los neófitos que habían traído al aquelarre para engrosar las filas de los servidores del demonio.

Sus declaraciones eran recibidas con grandes aplausos y carcajadas. Una bruja se excusó: no había podido cometer maldad alguna durante los últimos días.

Se hizo un gran silencio. Unos demonios pequeños y sin brazos la arrancaron de su asiento, la azotaron y arrojaron a una de las hogueras. Y allí estuvo hasta que con lágrimas en los ojos renovó su juramento de fidelidad a su amo, proclamó su odio a la Iglesia y a todos los seres humanos y prometió ser más diligente en lo futuro.

Ana permaneció un rato perpleja, preguntándose cómo unos seres sin brazos podían haber azotado a la anciana. Porque eran, lo volvió a comprobar, demonios sin brazos. Y sin embargo, de algún modo, manejaban el látigo como si tuvieran brazos y manos. Olvidó en seguida su pregunta para concentrar la atención en los niños que ahora llevaban ante el trono a los rebaños de sapos, que caminaban con saltos lentos y torpes.

Un sapo salió de entre la manada y empezó a hablar con voz densa y gangosa, acusando a su ama de haberle tratado mal y de no haberle dado alimentación suficiente. Y señaló a una bruja anciana sentada frente a Ceferina. Y de nuevo los demonios sin brazos la arrancaron del asiento y azotaron y arrojaron un rato a la hoguera.

Ana sintió de súbito el tacto ocular del Señor de la Noche calándole las entrañas. Levantó la mirada hacia él y él la llamó con su mano derecha.

Ana fue hasta el trono y se postró, y él, haciéndola levantar, se puso en pie, se colocó a su lado, y con un movimiento rápido acercó su mano derecha al rostro de la muchacha y con la uña le hizo en la niña del ojo izquierdo la señal del sapo.

—Ven. Siéntate —dijo—. Hoy serás la reina del aquelarre.

Tenía la voz suave y profunda.

Sonó de nuevo la música del chistu y del tamboril. Unas brujas se levantaron de la mesa y, riendo y cantando, se acercaron a Ana y la coronaron de flores. Y de pronto se vio sentada en un trono pequeño al lado del gran trono del Señor de la Noche.

Aquella pareció ser la señal para que se iniciara el baile, porque todos los que estaban sentados a la mesa, todos, brujas y brujos y demonios, se pusieron de pie e hicieron corro alrededor de las hogueras. Bailaron cogidos de la mano; los demonios miraban hacia fuera y las brujas y los brujos hacia dentro del corro. Los niños que apacentaban los rebaños de sapos, dejaron sus palos en el suelo y bailaron también. Y

bailaron igualmente los tres sapos vestidos de terciopelo verde. Y al saltar siguiendo el ritmo cada vez más rápido y desbocado de la música, sus cascabeles crepitaban y les golpeaban y amorataban el cuerpo.

Ana observó que algunas brujas se tapaban el rostro con caretas o con trozos de tela en los que habían hecho unos pequeños agujeros para los ojos. Adivinó que lo hacían para no ser reconocidas y evitar ser denunciadas en el caso de que alguno de los asistentes fuese detenido y torturado.

El baile se fue haciendo cada vez más convulso y desorbitado y frenético.

El caballo negro del Señor de la Noche, atado junto a un árbol, relinchaba nerviosamente. Los chillidos y los movimientos descoyuntados de brujos y brujas y demonios y niños neófitos, el cascabeleo de los sapos, el crepitar de las hogueras, el rumor de los animales del bosque gritando en la maleza y el ritmo de la música llenaban la noche de un frenesí contagioso.

Hilaria abandonó el corro, se acercó al rebaño de sapos, cogió uno y con él en las manos se quedó un instante en silencio ante el Señor de la Noche y luego se lo entregó.

Él se volvió a Ana:

—Será tu servidor y, si fuera preciso, tu verdugo —dijo—. Cuídalo.

Ana hizo un gesto de asentimiento, sintiéndose de pronto incapaz de hablar. Dominó un estremecimiento de extrañeza y repulsión al sentir en sus manos la piel viscosa del sapo y al ver sus ojos, redondos y saltones, que la miraban con muda fijeza.

El baile había llegado al paroxismo.

Asmodeo y los diecisiete demonios de la guardia también bailaban. Los demonios pequeños reían y gritaban palabras extrañas y saltaban por encima de las llamas. La capa de uno de ellos se incendió y el ser diabólico desapareció en una extraña llamarada azulosa, dejando un intenso olor a azufre. Los tres sapos, con sus cascabeles y sus movimientos grotescos, seguían saltando y bailando alocadamente. Y bailaban también, apenas sin moverse, siguiendo la melodía del chistu con sus voces húmedas y aflautadas, los cientos de sapos que formaban manada junto a las hogueras. Algunas brujas, exhaustas y arrojando espuma por la boca, caían al suelo y se retorcían y chillaban y se arrancaban brutalmente mechones de pelo y pataleaban y reían mientras los danzantes las pisoteaban.

Y era todo como una locura colectiva, como un desquiciamiento, como un júbilo desmesurado y terrible y grotesco y caótico que ponía fiebre en los ojos y en los corazones y en los cerebros. Saltaban muy alto como si echasen el cuerpo a volar, caían en tierra, volvían a alzarse y a saltar descoyuntadamente, se abrazaban, se cogían de las manos, se golpeaban, se pisoteaban gritando, cantando, todos en corro, enloquecidos, febriles...

—Ana —dijo de súbito el Señor de la Noche.

—Sí, mi amo —musitó ella.

Y le miró.

Él acercó su rostro al de ella y sus ojos se hicieron más grandes y su mirada más llameante y paralizadora. Ana bajó los párpados y sintió cómo los labios de él se posaban en su frente y en sus pestañas y en sus mejillas antes de detenerse en su boca. Y era un contacto helador que la fascinó y estremeció. Sintió el peso de aquella boca sobre la suya y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí tardó varios minutos en abrir los ojos.

Tenía conciencia, oscura conciencia, de que ya no se hallaba en el aquelarre. No sonaban gritos ni música de chistu y tamboril, ni se oía el relinchar del caballo del Señor de la Noche. Y el aire ya no tenía sabor a intemperie y a tierra húmeda y a fragancia de flores y árboles y yerbas y a leña quemada. Pensó: «Abriré los ojos y todo habrá concluido».

Y los fue abriendo lentamente, muy lentamente, con miedo de no sabía qué.

La inundó primero una sensación de ahogo, de aire enrarecido y viciado, de habitación cerrada. Tenía la boca y la garganta y la nariz llenas de un olor penetrante y casi sólido.

Luego vio las baldas sumidas en la penumbra, las plantas y minerales y cartapacios amontonados en el suelo y el búho que la miraba impávido desde lo alto.

Oyó un sonido gutural muy leve, algo le frotó una mano, bajó la mirada y vio en la mesa, ante ella, el sapo que el Señor de la Noche le había entregado.

—Ya he vuelto —murmuró—. Estoy de nuevo en casa de Hilaria.

Y apenas había pronunciado la última palabra entre dientes, pensándola en voz alta, cuando se descorrió la sucia cortina y una sombra de mujer se recortó en el hueco de la puerta.

—Estás cansada, ¿verdad? —preguntó Hilaria con voz suave—. Ha sido una noche de muchas emociones.

—Sí —dijo Ana—. Estoy cansada, muy cansada.

Una chispa de expectación brillaba en los ojos de Hilaría. Dijo:

—Ya nadie podrá hacerte daño, Ana. Los humanos ya no te harán sufrir. Después de esta noche todo será para ti como si hubieras vuelto a nacer.

—Sí.

—Ahora que has estado en el aquelarre, ahora que has conocido a nuestro amo... dime...: ¿es así como te lo imaginabas todo; era eso lo que tú esperabas?

Ana miró el sapo, que permanecía inmóvil sobre la mesa, miró a Hilaria, se miró a sí misma, y de nuevo tuvo vergüenza de su desnudez. Aturdida, con gestos desmayados, comenzó a vestirse.

—¿Es así como te lo imaginabas todo, Ana? —repitió la anciana.

—Creo... creo que sí. Aunque cuanto ha sucedido esta noche ha sido... no sé cómo decirlo... tan extraño, tan...

Hilaria asintió.

—Ya te habituarás, Ana. Y el viaje, el vuelo... ¿te ha gustado? Mientras volabas,

¿no te has sentido otra, nueva, diferente, poderosa?

—Sí. No lo olvidaré nunca.

Tenía la garganta seca y la lengua pegajosa. Al mover los brazos, al inclinarse, al ladear la cabeza, el tabuco parecía girar, dar vueltas.

Se sentó, apoyando las manos en la mesa.

—Volveremos, ¿verdad? Quiero volver a volar, a ver la tierra desde el aire. Volveremos, ¿verdad?

Y lo preguntaba con avidez, experimentando de nuevo la exaltación que la había poseído durante el viaje.

—Sí, Ana, volveremos —prometió Hilaria—. Y verás cosas todavía más importantes y nuevas y asombrosas. Y adquirirás cada vez más dominio y sabiduría. La reunión de esta noche ha sido como todas las que se celebran las noches del viernes al sábado. Pero en vísperas de algunas fiestas todo es más solemne... mucho más solemne e importante.

Le fue diciendo esas fechas en las que todo en el aquelarre adquiriría una mayor fastuosidad y significación: las tres Pascuas, las noches de Reyes, la Asunción, *Corpus Christi*, Todos los Santos, la Purificación, la Natividad de la Virgen...

—Y la noche de San Juan.

Ana señaló al sapo, que estaba callado, quieto.

—¿Qué debo hacer con él? —preguntó.

—Será... será como tu ángel de la guarda. Te ha sido encomendado para que te sirva y para que tú le sirvas a él.

—Lo sé —dijo Ana.

Y recordó las palabras del Señor de la Noche al entregárselo:

—Sí, él me lo ha dicho. Será mi servidor y, si fuera preciso, mi verdugo. Pero ¿cómo he de cuidarle? ¿Qué alimentos he de darle?

—Yo le tendré aquí y me encargaré de eso —la tranquilizó Hilaria—. Soy tu maestra y debo enseñarte muchas, muchas cosas.

Cogió el sapo.

—Pero recuerda —dijo, mirando primero a Ana y luego al sapo— que él acudirá también a todas las reuniones y podrá informar a nuestro amo sobre tu fidelidad. Y ten presente otra cosa: no has de hablar con nadie de cuanto has visto y oído esta noche. Con nadie, ¿me oyes?, ni siquiera con Ceferina.

—No hablaré con nadie —prometió Ana.

Preguntó, al cabo de un rato:

—¿Cómo he regresado? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—¿No lo recuerdas?

—No.

—Volvimos igual que fuimos —dijo Hilaria.

—¿Y el murciélago? El murciélago en el cual volé... ¿dónde está ahora?

—Donde tiene que estar. Ha vuelto con nuestro amo.

—Y la próxima vez que vayamos...

—La noche del viernes, recuérdalo.

—Sí, la noche del viernes... ¿vendrá también a buscarme el murciélago?

Hilaria depositó el sapo sobre la mesa.

—No te preocupes ahora por eso. Tal vez venga siempre a buscarte el murciélago o tal vez nuestro amo encomiende esa misión a otro de sus servidores. Pero queda tranquila: siempre estarán esperándote para hacer el viaje. Al cabo de un tiempo, cuando hayas demostrado tu fidelidad, tú misma podrás ir al aquelarre de la forma que más te plazca. Yo te enseñaré las palabras mágicas para que puedas cabalgar por los aires sobre el animal o el objeto que desees. Todo lo aprenderás a su tiempo.

Hubo un largo silencio. Ningún sonido les llegaba desde el otro lado de la cortina.

—Hilaria —pronunció la muchacha, en voz muy baja—, yo no tengo secretos para ti.

—No debes tenerlos. Soy tu maestra.

—No los tengo. No los tendré nunca —dijo Ana—. Pero escucha. Recuerdo que me senté en un trono pequeño al lado del suyo. Luego vosotras me coronasteis de flores y se inició el baile.

—Sí, así fue —murmuró Hilaria—. ¿Qué quieres preguntarme, Ana?

La muchacha bajó la mirada, turbada. Venció el vértigo que comenzó a poseerla nada más entornar los ojos.

—Luego él me miró y me... me besó. Luego... luego perdí el conocimiento. No sé qué pasó. Solo recuerdo que todo se volvió negro de pronto, que me tambaleé por dentro, que me caí muy hondo, muy hondo, como en un pozo sin fondo. Sentí sus labios en mi boca y eso es lo único que recuerdo. Cuando desperté estaba nuevamente aquí.

—Siempre te encontrarás aquí. De aquí partirás y aquí regresarás. Siempre.

—Pero, Hilaria, escucha. Quiero que me digas... quiero saber si... si...

No acertaba, no se atrevía a pronunciar las palabras precisas.

—Tú estabas cerca de nosotros. Me entregaste el sapo poco antes de que él me besara. Luego... ¿qué ocurrió luego?

Los ojos de Hilaria se posaron escrutadores en la cara de la muchacha.

—Sus labios eran fríos, muy fríos —pronunció Ana—. ¿Qué pasó luego, Hilaria? No lo recuerdo, no consigo recordar nada de cuanto sucedió después. Me siento tambalear... estoy... estoy aturdida. Me duele la cabeza.

—¿De verdad no lo recuerdas, Ana?

—Sí, de verdad. Me hundí en una negrura espesa y desperté aquí. ¿Fui... fui suya? Dime: ¿tuve trato carnal con él? Dímelo, Hilaria, necesito saberlo, ¿comprendes?

La anciana no dijo nada durante largo rato. Miró al sapo, que parecía haberse dormido sentado, como petrificado.

—Sí, Ana, así fue —dijo al fin—. Te eligió entre todas. Fue un gran honor. Y eso

te dará el poder que deseas... eso te librerá de todo dolor. Eres suya, sí. Le perteneces, Ana, le perteneces para siempre. Sabes que perteneces para siempre a nuestro amo, ¿verdad?

—Sí —dijo Ana.

No supo qué decir ni qué hacer. Como de muy lejos le llegó el recuerdo de la excitación que había experimentado durante el vuelo. Se sintió de nuevo cabalgando sobre el murciélago, descendiendo como un rayo desde lo alto del cielo hasta casi tocar la torre y oyendo los gritos y las risas eufóricas de Ceferina. Y una vez más revivió aquel sentimiento que le había brotado mientras veía la tierra como una mancha oscura bajo sus pies: el sentimiento —o mejor todavía, la convicción— de que a partir de aquel momento ella era ya diferente de los demás seres humanos, que poseía otros dones y tenía otros objetivos y obedecía a otras leyes.

Y dijo:

—Sí, le pertenezco. Le pertenezco para siempre.

Preguntó de súbito:

—¿Y Ceferina?

—Está ahí fuera, esperándote.

—¿Y el niño?

—También. Hemos regresado los cuatro juntos. Siempre regresaremos los cuatro juntos.

—¿Ha amanecido ya?

—Sí. Siempre saldremos poco antes de medianoche y siempre regresaremos poco antes del amanecer.

—Parece que ha pasado... no sé... mucho tiempo desde que emprendimos el viaje.

Hilaria dijo que sí con la cabeza.

—Siempre lo parece. Pero han sido solo unas horas.

Acercó mucho su rostro al de Ana y repitió:

—Recuerda que no debes hablar de esto con nadie.

—Lo recordaré.

—Con Ceferina tampoco, ¿me oyes? Con ella tampoco.

—No, no lo haré.

Quedó un instante meditativa y dijo, ahogando un bostezo:

—Debo volver a casa.

Se le hicieron extrañas y caóticas sus propias palabras. ¿Era la torre, realmente, su casa, su hogar? Después de haberla visto desde el cielo, después de haber sentido en los suyos los labios fríos del Señor de la Noche, después de aquella noche extraña en el aquelarre, ¿era realmente la torre su casa, y era aquel su pueblo y aquellas gentes sus semejantes?

Le dolían la cabeza y los ojos. Tenía el cerebro oscurecido, lleno de nubes opacas, y una gran lasitud le impedía poner en orden sus pensamientos. Aquel olor denso y

como gelatinoso de la untura que le había dado Hilaria la noche anterior seguía pegado a su boca y a su nariz y a su garganta y a toda su piel.

—Estoy agotada, confusa —meditó en voz alta—. Necesito dormir.

—Sí, ve a la torre y descansa —dijo Hilaria.

Ana suspiró ruidosamente y se puso en pie con lentitud. Estaba como mareada. De nuevo necesitó apoyarse en la mesa para no caer. Permaneció un instante inmóvil mientras Hilaria recorría la cortina y luego caminó despacio hasta el aposento.

Ceferina estaba de pie junto a la chimenea, ahora encendida. Se miraron sin decirse nada. El niño dormía en un rincón, con el perro ovillado a sus pies.

—Vamos, Ceferina —dijo Ana.

Salió y respiró a grandes bocanadas el aire frío y fresco de la mañana. El sol ponía un sabor a incendio en las cumbres y en lo alto de los árboles. Ana miró el cielo, albo y morado y violeta y rojo y azul, y pensó: «Hace unas horas yo he estado ahí, volando entre nubes, viendo estos caminos desde lo alto, tocando con mis manos las copas de los árboles».

Con lentitud, con miedo de no mantener el equilibrio, rompió a andar. Ceferina caminaba a su lado, también con pasos lentos y expresión soñolienta. Y justo en aquel momento, justo cuando Hilaria cerraba tras ellas la puerta de su casa y Ana y Ceferina echaban a andar camino de la torre, justo entonces, la gran campana de la iglesia comenzó a voltear lenta y solemnemente, con su voz pausada y profunda, llamando a la primera misa.

TERCERA PARTE

LA BRUJA

La razón de la sinrazón que a mi razón se hace...
Citado por Cervantes.

XII

Volvieron una y muchas veces al aquelarre.

Y poco a poco Ana fue olvidándose de las gentes del pueblo, de su propia identidad humana, de su casa-torre, para enraizarse más y más en el mundo negro y excitante cuyas puertas le había abierto Hilaria de par en par.

Una noche, hallándose dormida en su cámara, despertó de súbito y descubrió que estaba pensando en Martín. Pero este pensamiento —lo comprobó con absoluto desapego, como si se tratase de algo que le estaba ocurriendo a otra persona— no le produjo ninguna emoción. Volvió a ver el rostro de él, volvió a oír su voz, a sentir el peso de sus manos y el sabor de su boca; y eso no le causó ningún dolor, ningún sentimiento de nostalgia o de amor. Le parecía que Martín, y la muerte de su padre con la ropa incendiada en el salón, y el cuerpo de doña Engracia atravesado por los hierros puntiagudos de la verja, y cuanto le había sucedido antes del primer viaje al aquelarre, eran como fragmentos inconexos de un sueño borroso, como algo que había ocurrido hacía muchos años, siglos, milenios, y que nada tenían que ver con ella.

Despierta, mirando el techo en la negrura, vivificó sus recuerdos y no se reconoció en ellos. Era como si una niebla espesa la separase de su propio pasado y de sus emociones pretéritas. En la torre se sentía también extraña y descentrada, sin eje, como una intrusa.

Al día siguiente recorrió con Ceferina todo el edificio: alto, macizo, recio, escueto, rectangular, de densos muros de mampostería, con corona almenada en la cúspide. Ya habían pasado los tiempos de las luchas banderizas y, sin embargo, la torre conservaba todavía algo del aspecto belicoso y hostil de las antiguas casas-fuertes y parecía tener más de fortaleza que de morada.

Ana bajó hasta el sótano, la cripta y las mazmorras, largo tiempo en desuso, recorrió el largo pasadizo que conducía a las caballerizas, entró en todos los aposentos, subió hasta el desván y contempló las mil y dos cosas allá arrinconadas a lo largo de muchos años —los juguetes de su niñez y los de su hermano muerto, el bordador de su madre—, ojeó los retratos de sus antepasados en la gran galería, vio el lecho en el cual había fallecido su madre, pasó un rato en el salón y de nuevo tuvo ante los ojos la rígida silueta de su padre sentado en el sillón frailuno y el perro grande de ojos fosforescentes echado a sus pies...

Y cuando lo hubo visto todo subió a su alcoba, se asomó al ventano y se quedó mirando el cielo, aquel cielo que ella cruzaba todas las semanas en su viaje al aquelarre. Y al descender por la estrecha escalera acaracolada, y al pisar de nuevo el huerto y contemplar la torre, se volvió a Ceferina y preguntó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con nosotras, con lo que realmente sentimos y somos ahora? Aquí me encuentro... como una extraña, como una usurpadora. Me parece como si nada de esto me perteneciese. Todo fue de mi padre y del padre de mi

padre y ahora es mío. Aquí he nacido y aquí he vivido siempre. Aquí está mi raíz solariega, mi sangre y mi apellido. Y en la cripta descansan los restos mortales de toda mi familia. Y sin embargo... nada de esto me corresponde ahora. Sí, me siento como una intrusa, como si estuviera viviendo la vida de otra persona, una vida que no es la mía, que no me corresponde...

Contuvo un suspiro y tornó a preguntar:

—¿Qué tiene realmente que ver todo esto con nosotras, Ceferina, con lo que nosotras somos ahora?

—Eres la hija del señor de la torre —dijo Ceferina—. Esto es tuyo: esto y también algunas tierras del pueblo. Lo que fue de tu padre, tuyo es.

—Sí, lo sé —asintió Ana—. Pero yo no soy la que era, ¿no te das cuenta? Después de conocer a nuestro amo, después de ir allá... todo ha cambiado, todo es diferente.

Paseó por el pueblo. Fue una vez más al mercado y se mezcló entre la gente. Pasó ante la casa de Damián el ferrón, volvió al lugar en que se había despedido de Martín y recordó la noche en que él se había ido. Vio la casona renegrida y musgosa y abandonada, contempló con ojos mudos el árbol partido en dos por el hacha violenta del rayo y recordó cuanto él le había dicho poco antes de marchar a la Corte, todas sus palabras y promesas de amor. Y permaneció imperturbable, sin experimentar ni amor, ni dolor, ni decepción, ni odio, ni indignación, ni pena de sí misma.

Y pronunció en voz baja:

—Todo eso hubiera emocionado a la otra Ana, a la Ana que yo fui. Ella hubiera llorado con dolor y desesperación pensando en aquello que pudo ser y no había sido.

Lo pensó y lo dijo con total desasimiento: como si ella y la muchacha que había estado enamorada de Martín no fueran la misma persona. Y como un ramalazo le pasó por la mente la idea caótica de que si se miraba al espejo el cristal no le devolvería el rostro de aquella Ana, sino otro.

Caminó por entre la multitud que llenaba la plaza, oyó su animado rumor, vio cómo la miraban y recordó el día en que por vez primera había visto al niño del tamboril. Pensó: «¡Qué lejos, qué lejos está todo! ¡Cuánto tiempo y cuántas cosas han pasado desde entonces!». Se quedó mirando el humo negro y espeso que se escapaba de la gran chimenea de la ferrería, mezclado con un remolino de chispas, y se preguntó en silencio: «¿Qué tiene que ver conmigo todo esto?». Se supo extraña también entre las gentes y las calles y las cosas de su pueblo, extraña en aquella breve geografía en la que había discurrido toda su vida.

Y volviéndose a Ceferina le dijo:

—Ahora sé que nadie podrá hacerme sufrir. Ningún ser humano tiene ya poder sobre mí.

Saludaba a la gente, veía a los criados, vestía como de costumbre; pero Ana ya no estaba entre los suyos: había desertado del mundo al que había pertenecido hasta hacía poco. Sonreía, decía sí y no y buenos días y parece que va a llover. Pero su

mente y su corazón estaban en otra parte: en el aquelarre y en la casa de Hilaria.

La mísera casucha de la anciana la atraía con fuerza irresistible. Y hacia ella se encaminaba todos los días, apenas amanecía, acompañada de Ceferina. La fascinaba, sobre todo, la atmósfera densa del tabuco. Cuando entraba en él y corría la cortina, cuando encendía el candil y se sentaba en la banqueta de cinco patas, sentíase libre y poderosa, separada de la humanidad. Le parecía que allí había echado raíces, que aquel lugar le había sido designado desde antes de que ella naciera.

En el tabuco no se sentía una intrusa: estaba consciente de que de algún modo aquello le pertenecía. Era su vida, su eje, su itinerario emocional. Todo aquello parecía estar hecho a su medida, tener su huella digital. Una gran calma sobrehumana, y al mismo tiempo algo semejante a una fiebre, a una intensa vehemencia, la poseían por completo cuando estaba allí escuchando a Hilaria y aprendiendo las cosas que día a día le enseñaba la anciana.

—Estamos en boca de todo el pueblo —le dijo un día Ceferina—. Saben que pasamos mucho tiempo en casa de Hilaria y todos murmuran.

Le temblaba la voz de excitación y tenía los ojos asustados.

—Tienes miedo —comentó Ana—. Siempre has sido medrosa.

—No, no es eso, Ana. Es que, ¿no comprendes?... hay que guardar las apariencias. Hace ya varias semanas que sé que murmuran de nosotras y que, para evitarlo, llevo siempre una pepita de girasol y un diente de lobo envueltos en una hoja de laurel. Muchos en el pueblo los llevan, para evitar las habladurías de la vecindad. Pero, a pesar de todo, Ana, debes saber que todos comentan nuestra amistad con Hilaria, la frecuencia con que la visitamos, el mucho tiempo que pasamos con ella.

Ana habló sin pasión, con una vez fría y átona que hizo estremecer a Ceferina. Dijo:

—Tú fuiste la primera en enseñarme fórmulas extrañas para atraer a Martín. Tú me llevaste a Hilaria. ¿Lo has olvidado?

Ceferina tragó saliva y trató de defenderse.

—Pero aquello era... diferente. Supersticiones de viejas locas, como una vez dijo don Melchor. Pero lo de ahora, Ana...

—¿Has olvidado el juramento que le hicimos a nuestro amo? ¿Has olvidado también cómo cruzamos los aires, volando como pájaros, para ir a verle? Recuerda, Ceferina, recuerda la maravilla de sentirse libres allá en lo alto, cuando volamos entre nubes. Toda la tierra es como una pequeña mancha situada a leguas y leguas de distancia bajo nuestros pies. Sí, una pequeña mancha, una mota de polvo: eso es toda la tierra para nosotras, Y en alguna parte de esa oscuridad, de esa tierra que apenas vemos, en alguna parte... está este pueblo, y las casas en que viven estas gentes que te preocupan tanto. Son tan minúsculas que no se las divisa desde lo alto. Lloran, sufren, malviven, envidian, ambicionan, chismorrean... ¡Son tan ignorantes y pequeñas... y tan desgraciadas! ¿Y tienes miedo de ellas, Ceferina? ¿En verdad te preocupa lo que piensan o dicen de nosotras?

Ceferina titubeó, no sabiendo qué replicar.

—Hablan de nosotras, lo sé —insistió en su queja al cabo de un rato—. Ayer, cuando te empeñaste en ir al mercado, ¿no te fijaste cómo de pronto enmudecieron todas las lenguas y cómo todas las miradas se clavaron en nosotras? Hemos de ser prudentes, Ana.

Y preguntó tímidamente:

—¿No te parece?

—Te lo he preguntado antes y no has respondido. Te lo preguntaré de nuevo, Ceferina: ¿has olvidado el juramento que le hiciste a nuestro amo?

Se acentuó el susto en los ojos de la anciana. Respondió, envolviendo las palabras en un suspiro:

—No, Ana, no lo he olvidado.

—Todo lo ve y todo lo sabe, recuerda —silabeó Ana—. No hay secreto alguno en nuestras almas para él. Cuando te mire en nuestro próximo viaje, si encontrara en ti alguna señal de debilidad o de traición...

—¡No, no! —chilló Ceferina, moviendo la cabeza.

—Él lee en nuestros más ocultos pensamientos.

—Sí —dijo Ceferina.

—¿Te gustaría acaso volverte atrás? —preguntó Ana—. ¿Te gustaría vivir como antes, sufriendo, siempre sufriendo? ¿Quisieras confesar públicamente nuestras visitas al aquelarre y cuanto Hilaria nos ha enseñado?

—No.

—Ten cuidado, Ceferina —dijo Ana con acento inexpresivo, sin asomo alguno de amenaza en su voz—. Ten cuidado.

Y añadió, como si pensara en voz alta:

—Yo no quiero volver a sufrir. He pensado en lo que fue mi vida, en mi padre, en Martín, en doña Engracia, en el pueblo... y no he sentido nada, ningún dolor, ninguna alegría, nada. No sufrir, no sufrir ya por nadie: eso es lo que quiero. Que el afecto y el dolor de los humanos no me toquen... ¿Comprendes?

—Sí.

—Pero además, Ceferina, está el vuelo, el vuelo... Cuando voy a visitar a nuestro amo, cuando el aire me da en la cara y veo la tierra desde lo alto y las estrellas próximas, muy próximas... entonces me llena una libertad total. Y me noto también fuerte y poderosa. Y feliz, sí, también feliz, con una exaltación que me habita por completo y se me desborda. Pero no debemos hablar de eso. Nuestro amo nos lo tiene prohibido.

Hilaria era buena maestra y Ana aprendía con facilidad cuanto la anciana le enseñaba sobre los poderes mágicos de plantas y minerales y fórmulas y recetas y conjuros.

Mientras Ceferina adoptaba una actitud pasiva en la que se conjugaban la curiosidad, el pavor y la fascinación, Ana se entregaba a aquel mundo recién

descubierto en cuerpo y alma, de manera activa y apasionada. Pasaba horas y horas encerrada con Hilaria en el tabuco, respirando gozosa la densa atmósfera de los mil olores allí agolpados. Y le tranquilizaba la presencia inmóvil del búho, que la miraba con sus grandes ojos perplejos desde la altura de las estanterías sumidas en la sombra. Allí, en el tabuco, le parecía a Ana que se escapaba de las leyes naturales y de cuantas realidades imponía la vida a los demás seres humanos. Absorta en sus estudios y observaciones, perdía a veces la conciencia del tiempo. Aprendió a preparar filtros y bebedizos y a descifrar los sueños, se familiarizó con cuanto formaba parte de la magia infernal y penetró en las secretas propiedades de los seres inanimados.

En el año que siguió a su primera visita al aquelarre, Ana hizo para Ceferina y el niño del tamboril, de la pezuña de un asno muerto en miércoles, unos amuletos en forma de sortija; preparó varios filtros y ungüentos y bebedizos empleando verbena, mandrágora, grasa de cuervo, ceniza, dientes de difunto convertidos en polvo, sangre de culebra, corteza de nogal, orina de gata embarazada, musgo de cementerio, manteca, belladona y abdómenes de avispas machacados. Para tener una prueba del crecimiento de sus poderes y dominios pidió a Ceferina que le dijera los nombres de tres mujeres del pueblo a las que odiara, y las sometió a distintos maleficios: golpeó repetidamente la pared con una maza de madera y a cada golpe pronunció el nombre de Fabiana la panadera; traspasó el hígado de un gallo con alfileres mientras repetía el nombre de Serapia la sacristana; representando a Pascuala, una de las criadas de la difunta doña Engracia, hizo una figura de plomo a la que inutilizó un brazo.

—Pregunta discretamente por esas mujeres —le instruyó Ana a Ceferina— y dime si los maleficios se han realizado.

Unos días más tarde Ceferina le dijo que, en efecto, se habían cumplido: Fabiana la panadera tenía gran parte del cuerpo amoratado por golpes; la sacristana guardaba cama, aquejada de no se sabía qué enfermedad. Y Pascuala se rompió un brazo.

Ana aprendió también a conocer las propiedades secretas de muchos minerales: del ónice, que sirve como amuleto del 21 de diciembre hasta el 20 de enero y que llevado después de esas fechas produce pesadillas y favorece la aparición de espíritus; del ágata, que da salud y evita la sed; de la turquesa, que proporciona herencias y éxitos amorosos; del diamante, que deshace maleficios y favorece los partos; del granate, que evita epidemias; del jaspe, que da buena suerte; de la selenita, que calma las tempestades; del rubí, que preserva de falsos amigos y detiene las hemorragias y cambia de color cuando un peligro amenaza a quien lo lleva; del jaspe, que preserva de contagios y mordeduras; de la esmeralda, que predice el porvenir y atenúa su brillo cuando su dueña pierde la castidad; del jacinto, que provoca tempestades; del topacio, que sirve para sacar del fondo del mar las naves naufragadas; de la calcedonia, que asegura un viaje feliz...

Muchas y muchas cosas aprendió Ana durante aquellos meses sobre las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Tras largo tiempo de noviciado aprendió, sobre todo, a invocar al Señor de la Noche o a alguno de sus más cercanos seguidores trazando un

círculo en el suelo, colocándose dentro de él y recitando las fórmulas esotéricas tras de haber escrito la palabra mágica *abracadabra* tal y como se señalaba en una hoja manuscrita, copia de un *Grimorio* perdido:

ABRACADABRA
ABRACADAB
ABRACAD
ABRAC
ABR
A

La primera vez que Ana cumplió la fórmula prescrita colocándose dentro del círculo portando una vela no bendita e invocando al Señor de la Noche, llamándole con grandes gritos y diciendo: *Yo te conjuro a que vengas a mí, diablo cojuelo, tú que corres más que todos*, el invocado se le apareció enseguida en su forma de espíritu cojo, tal y como quedó a consecuencia de la tremenda caída, cuando dejó de ser ángel y Dios le precipitó desde las alturas del cielo hasta las profundidades del infierno.

Hilaria le enseñó también a invocar al Señor de la Noche sirviéndose del conjuro de la Gallina Negra. La anciana le procuró una gallina negra virgen de gallo, a la que robó de noche con la mayor prudencia, acechando junto al gallinero hasta convencerse de que todas las aves dormían y que la gallina negra no haría ningún ruido.

—Ve a medianoche tú sola a la encrucijada —le instruyó Hilaria— y haz un círculo en el suelo con esta rama. Debes colocarte en el centro exacto del círculo. Entonces cortas en dos partes la gallina... Procura que sean dos partes muy iguales, cuanto más iguales mejor.

—¿Y luego?

—Luego dirás tres veces en voz alta: *Eloim, Essaim, frugativi et appellavi*. Deberás aprender bien estas palabras antes de salir. Si te equivocaras al pronunciarlas, te podría suceder algo terrible. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Luego has de mirar a Oriente haciendo una gran reverencia y moviendo la cabeza hacia el suelo tres veces. Entonces nuestro amo se te aparecerá y le podrás pedir cuanto desees, porque cuanto le solicites te lo concederá.

Ana se dirigió a medianoche a la encrucijada, cumplió fielmente las instrucciones y el Señor de la Noche se le apareció inmediatamente, vestido con gran elegancia y encarnado en una figura que Ana no había visto nunca: cabeza de perro, orejas de burro, grandes cuernos brillantes (uno blanco y otro negro) y patas de buey.

Le fascinaba a Ana, especialmente, sumergirse en la lectura de los viejos mamotretos y cuadernos y pliegos de letra borrosa que yacían abandonados y polvorientos, casi carcomidos por la humedad y la suciedad, entre las plantas y

objetos heterogéneos del tabuco. Los ojos le brillaban, febriles, al recorrer a la luz del candil o de los cirios aquellos antiguos textos de hechicerías y artes diabólicas.

—Yo no sé leer —le dijo Hilaria un día—. Pero sé que en esos libros y papeles está la fuente de todos los conocimientos ocultos. Los tengo ahí hace tiempo. Esperaba que alguien como tú se interesase por ellos. Sabía que alguna vez serían útiles y no quise nunca desprenderme de ellos.

Ana le preguntó quién se los había dado, cómo habían llegado a su poder.

—Me los entregó mi maestra —explicó Hilaria—. Fue... fue el legado que me hizo. Ella no tenía a nadie en el mundo; solo a mí. No era una mujer inculta e ignorante como yo, no. Era una dama de Valladolid que se había refugiado en San Salvador del Valle. Ella fue quien me presentó a nuestro amo. Me dio un alfiletero y me convirtió así en su discípula. Porque hay muchas maneras de hacer bruja a quien no lo es, Ana. A veces es suficiente con que alguien dé tres vueltas alrededor de una iglesia sin rezar. Pero eso no es siempre seguro. Es mejor que quien adora al Señor de la Noche entregue un objeto a otra persona y esta lo acepte. Puede ser un cuchillo, o un escapulario, o un amuleto. Puede ser un libro o un papel escrito.

—¿Y eso basta? —preguntó Ana.

Hilaria afirmó.

—Si se lo entregas pensando en nuestro amo... si de verdad deseas que esa persona se convierta en bruja o en brujo... sí.

—Sigue hablando de ella, de tu maestra —pidió Ana.

—Yo fui primero su criada. En seguida me dispensó su mayor confianza. Luego, ya te lo he dicho, me hizo su discípula. Cuanto sé, de ella lo aprendí. Cuanto tengo, ella me lo dio. Murió joven. Padecía de alferecía y en un ataque se golpeó la cabeza contra la pared. Recobró el conocimiento un instante y me apretó la mano y me transmitió parte de su sabiduría. Pero estos libros... no... nunca he podido leerlos. Ella me dijo muchas veces que los guardara y buscara a alguna muchacha educada e instruida que pudiera leerlos y comprender cuanto en ellos se dice. Mira, ¿ves este libro?

Lo cogió de la estantería y se lo mostró. Era *El Libro de San Cipriano, tesoro del hechicero*, un volumen maloliente por el polvo y la humedad, de grandes hojas amarilleadas cosidas a unas pastas sucias y apergaminadas.

—Yo no lo he leído —dijo Hilaria—, pero sé algo de lo que en él se dice. Ella me lo contó. Ella sabía muchas, muchas cosas. Era una mujer sabia y muy amiga de la lectura. Se pasaba, como tú, muchas horas leyendo. A veces pasaba la noche en vela, siempre con un libro o algún papel escrito entre manos. Cuando murió estaba ciega.

Sacudió la cabeza, ahuyentando los recuerdos.

—Este libro estuvo durante mucho tiempo en una catedral... creo que me dijo que en la de Santiago de Compostela... en un lugar recóndito protegido con rejas de hierro. El libro estaba sujeto con pesadas cadenas y con un candado cuya llave se guardaba celosamente. Mi maestra logró apoderarse de él por arte de magia y dejó en

su lugar otro libro de apariencia muy semejante para que no se notara su ausencia. Sé que en él se dicen cosas muy importantes sobre el imperio de nuestro amo y sobre los personajes de su corte; pero, como te digo, no sé leer. Pero tú sí sabes, Ana; para ti he guardado estos escritos. Serán también mi legado. Y todo esto; todo será para ti.

Y abarcó toda la casa con un amplio ademán de sus brazos.

Ana asintió en silencio. Conocía *El libro de San Cipriano*. Conocía también, por haberlos leído recientemente una y muchas veces, algunos de los diversos mamotretos, cuadernos manuscritos y hojas sueltas colocadas en los viejos cartapacios que había en el tabuco y cuyas descripciones, conjuros y formularios mágicos había empezado a estudiar detenidamente.

—No permitiré que se estropeen con la humedad y el polvo —dijo Ana.

Hilaria, a la luz del candil, fue buscando libros y papeles en el montón de objetos heterogéneos que había en el suelo y en las pequeñas baldas de madera y los fue poniendo sobre la mesa. Ana los hojeó de uno en uno cuidadosamente. Y, al hacerlo, un olor a papel marchito y carcomido hizo más densa y acre y confusa la atmósfera del tabuco.

Ana fue leyendo los títulos en voz baja y jubilosa: *El Dragón Rojo*, *El Gran Grimorio o arte de conjurar los espíritus celestes, aéreos, terrestres e infernales, con el verdadero secreto de hacer hablar a los muertos*, *Alberto o el Libro de los Misterios*, *La Gallina Negra*... Le había interesado a Ana desde el principio, sobre todo, *El Secreto de los Secretos*, titulado también *Clavícula de Salomón o Verdadero Grimorio*, en el cual había aprendido los diferentes modos de pactar con los seres infernales, los secretos del arte mágico y la verdadera representación del círculo cabalístico. Le intrigaba y cautivaba también el *Libro del tesoro* que había escrito Enrique de Aragón, marqués de Villena, que no se había impreso jamás y que alguien (una mujer, a juzgar por la escritura) había copiado cuidadosamente en unas hojas sueltas. Todo el texto estaba escrito de manera ilegible, con cifras y signos extraños que en vano, durante las últimas semanas, había intentado Ana descifrar.

Pero la lectura que ejercía en ella más poderosa fascinación se hallaba en las siete hojas grandes y apergaminadas, duras y correosas, en las que una planta misteriosa, con estilo un tanto solemne y farragoso, había escrito la historia de una muchacha noble que se había convertido en bruja: una historia con la que Ana se sentía profundamente identificada. Leyó muchas veces aquellas siete hojas grandes, de escritura elegante, un poco picuda, y siempre tenía la impresión de que era un pedazo de su propia vida lo que tenía delante de los ojos. A eso obedecía, lo sabía, parte de la fascinación que este escrito ejercía sobre ella; pero le cautivaba también el hecho de que su autor no era un ser humano, sino una planta escritora que desde antiguo había habitado en conventos y universidades y monasterios leyendo cuantos libros y manuscritos encontraba y dedicándose ella también a escribir libros y tratados de muy diversos géneros que se conservaban celosamente en diversas bibliotecas y en cátedras y palacios de todo el mundo. Una sola cosa no le gustaba a Ana de esta

planta escritora: y es que era una planta tan presumida como culta y empleaba con excesiva frecuencia en sus escritos vocablos y expresiones en griego y en latín, que Ana no entendía.

Escuchando a Hilaria, leyendo los formularios de recetas y conjuros, viajando al aquelarre y aprendiendo a conocer la identidad de cuanto había en el tabuco, el tiempo transcurría para Ana en un soplo. Con frecuencia se hallaba tan absorta que ni cuenta se daba que no había probado bocado en todo el día. En dos ocasiones pasó la noche en el tabuco, hundida en sus lecturas y aprendizajes.

Y cada día estaba más pálida y ojerosa, más taciturna. Adelgazó extremadamente y la mudez de sus ojos se hizo más espesa y más dura e impasible la expresión de su rostro. Paulatinamente se fue acostumbrando al silencio y a la mala luz, a la soledad y a la masa de olores del pequeño aposento.

Y así llegó un momento en que sintió algo semejante al odio hacia cuanto significaba normalidad, movimiento y vida: odio al sol y a las voces y a las preocupaciones y acciones inherentes a la identidad humana. Parecía telúricamente unida al tabuco y al mundo que en él se representaba.

Con Ceferina apenas hablaba. La anciana la miraba en silencio, procurando que no asomase huella alguna de miedo o de reproche a su mirada. Una oleada de pavor iba anegando a Ceferina, apoderándose de ella y atenazándola oscuramente.

A comienzos del invierno, un sábado, poco después de regresar del aquelarre, apenas había vuelto a la torre y se había encerrado en su alcoba, Ana recibió la noticia de que su tío Ortuño había fallecido en Bilbao. El cadáver fue trasladado a la torre y enterrado en la cripta. Ana cambió muy pocas palabras con su primo, que regresó a la capital del Señorío al anochecer.

Y la muerte de don Ortuño, por quien siempre había tenido Ana gran afecto, la hundió más en su mundo extraño y esotérico. De algún modo, aquella muerte vino a robustecer el vago proyecto de la muchacha de abandonar la torre y quedarse para siempre en la humilde casucha de Hilaria. Pero no lo hizo; por alguna razón oscura, en el último momento no se decidió a dar este paso.

Fue aquel un invierno decisivo en la vida de Ana.

Los comentarios en torno a ella y a su extraña conducta volteaban ya como campanas en todo el pueblo y aun por algunas localidades vecinas. Todos la seguían con la mirada y señalaban con el dedo. Unos decían que tanto ella como Ceferina iban al aquelarre y se habían convertido en fieles adoradores del demonio; otros aseguraban que la muchacha, enloquecida hacía ya meses de dolor por la boda de Martín, buscaba consuelo en las artes mágicas de Hilaria. Se decía también que Hilaria se había ganado arteramente su voluntad con filtros y conjuros. Y todos en el lugar, al ver a Ana al alba o al anochecer en compañía de Ceferina, por el camino que conducía a la casa de Hilaria, se santiguaban con piedad y temor. Algunos las creían locas.

Mediaba enero cuando Hilaria enfermó.

Tosía mucho y escupía sangre. Un gran dolor se le extendió por todo el cuerpo y se le concentró en el pecho. Temblaba de frío. Se tumbó sobre el jergón de paja, al lado de la chimenea encendida, y se dispuso a morir. No quiso que Ana avisara al licenciado Egaña.

—Todo es inútil, Ana —dijo—. Nuestro amo me ha visitado y me ha dicho que dentro de poco volverá para llevarme con él. Durante tres noches he oído en la pared los tres golpes que anunciaban mi muerte. Y, además, ¿no has visto volar a una lechuza cerca de esta casa?

Señaló de pronto al niño que estaba sentado en el suelo junto a ella, mirándola sin despegar los labios, acompañado como siempre del perro feo.

—Debes cuidarle siempre. Prométemelo.

—Te lo prometo, Hilaria.

—Y a ellos, a los sapos que él nos encomendó.

—Los cuidaré también —aseguró Ana.

Era mediodía y llovía. Era una lluvia cerrada que fuera, al otro lado de la ventana, ponía negrura y suciedad en el cielo aterido. Caía con intensidad, tamboreando ruidosamente en el tejado; junto a la puerta, el agua empapaba la pared dibujando una mancha extraña.

—Pasado mañana —habló Hilaria lentamente— verás de nuevo al Señor de la Noche. No dejes nunca de ser puntual a la cita. Recuerda que siempre, antes de iniciar el viaje, has de cumplir todos los preparativos al pie de la letra. Solo así conseguirás llegar hasta allí. Me estoy muriendo, Ana, y tú vas a ser dentro de poco tu propia maestra. Y como tal has de comportarte. Sé que lo harás. Sí, lo sé. Cuanto pude enseñarte, ya te lo he enseñado. Tú eres más sabia que yo y tendrás más poder del que yo tuve. Y... Ana, Ana, ¿me escuchas?

—Sí, Hilaria.

—Cuídale, cuídale.

Y extendió una mano trémula, señalando al niño.

—Lo haré. Queda tranquila; lo haré.

Hilaria abrió la boca con un estertor jadeante, buscando aire.

—Ya sabes lo que has de hacer para realizar el viaje —dijo.

Hablaba con dificultad. Su voz, ahora casi imperceptible, parecía atascársele en la garganta como una espina.

—Lo que yo he hecho, hazlo tú contigo misma y con él y Ceferina. Recuerda que has de cumplirlo todo al pie de la letra: los polvos, el unguento, el cirio... Es preciso que durmáis un rato antes de emprender el viaje; es muy importante. Si no lo hacéis tal y como yo te lo he enseñado, es posible que nunca podáis volver allá. Y tenéis que volver. ¿Me oyes, Ana?

—Sí, te oigo.

—Tenéis que volver. Es muy importante. No lo olvides nunca.

—No lo olvidaré. Tú descansa, descansa ahora, Hilaria. No te atormentes.

—Siento que me voy ya. Escucha. Cuando me vaya, dame la mano. Eso hice yo con mi maestra. Dame la mano, ¿me oyes?

—Sí.

Hilaria tuvo un golpe de tos y se incorporó en el jergón.

Miró al niño y a Ceferina, y posó luego su mirada en los ojos de Ana. Su rostro se crispó en un rictus agónico y doloroso, brotó de su garganta un sonido sordo, ahogado, y extendió una mano en el aire. Ana se la cogió y notó cómo los dedos de la anciana se le clavaban en la piel. Fue solo un instante. Luego Hilaria exhaló un largo suspiro, cerró los ojos y ladeó la cabeza.

El niño contempló el cadáver de Hilaria sin expresión alguna. De súbito rompió en un llanto agudo y chilló, escondiendo la cara entre las manos:

—No quiero que esté muerta, no quiero, no quiero.

Y fue, por un momento, como un niño muy pequeño y desvalido que con el dolor había recuperado su estatura infantil.

«Es la primera vez que le veo reaccionar y llorar como un niño», pensó Ana. Le puso una mano sobre la *cabeza* y pronunció en voz baja:

—Yo te cuidaré. Yo te cuidaré.

El perro feo ladró lastimeramente, casi sin ruido.

Ceferina se volvió de espaldas a Ana y con ademán sigiloso, moviendo silenciosamente los labios, hizo la señal de la cruz.

XIII

En los meses que siguieron a la muerte de Hilaria, Ana no abandonó la mísera casucha.

Misteriosamente, la personalidad de Hilaria parecía haberse transmitido a Ana cuando la anciana, en el momento de su muerte, le había apretado la mano. Se hubiera dicho que desde el más allá Hilaria gobernaba, más que lo hizo en vida, la idiosincrasia y costumbres de la muchacha. Y una profunda metamorfosis se efectuó en Ana en unas pocas semanas.

Hasta entonces, pese a la fascinación que en ella ejercían Hilaria y su tabuco, y pese al deseo que ella misma tenía de huir de su propio pasado y olvidarse de su propia identidad, Ana seguía siendo, aparentalmente, la hija del señor de la torre. Y como tal vestía y se comportaba en su trato con la gente del pueblo. Había en ella, en la serenidad de su mirada, en su voz delicada y grave, en el reposo de sus movimientos —incluso simplemente en aquel modo suyo de levantar ligeramente la barbilla mientras miraba a la gente de frente, a los ojos—, algo que denotaba seguridad, señorío, y que tenía un sello de distinción que proclamaba su cuna.

Excepto alguna noche en que, absorta en sus lecturas y conjuros, había permanecido en el tabuco, siempre acudía puntualmente a dormir en la torre. La señalaban con el dedo y se murmuraba de ella; pero no había cortado amarras con su pasado. Muchos años de historia y de tradición estaban presentes en ella, ostensiblemente presentes. Y para todos (y también para ella misma, que mentalmente rechazaba esa herencia y cuanto formaba parte de su vida anterior) seguía siendo la hija del difunto don Santiago: la señora de la torre. En su rostro, aunque últimamente muy pálido y adelgazado y ojeroso, había una expresión de nobleza, un hábito de mando. Su caminar, su tono de voz, sus ademanes, sus atuendos, eran los que correspondían a una dama. Se rumoreaba de ella, pero se la trataba con respeto. Se pensaba que su actitud y su trato con Hilaria se debían a su dolor y decepción por la boda de Martín y la trágica muerte de su padre. Las almas ingenuas la temían y, sobre todo, la compadecían; pero en su temor y en su compasión seguía latiendo el sentimiento de acatamiento y de respeto que desde hacía más de dos siglos experimentaban las gentes del pueblo por los habitantes de la torre.

Tras la muerte de Hilaria todo cambió. Se había pensado al principio, de manera general, que una vez desaparecida Hilaria la muchacha tornaría a la vida normal, que moraría en la torre y tal vez contrajera matrimonio con su primo.

—Se ha vuelto loca. Ha enloquecido de dolor —decían algunos.

Las mujeres sonreían.

—Un marido es lo que necesita. Cuando se case, asentará la cabeza y se dejará de extravagancias.

Pero Ana no volvió a la torre.

Había echado raíces en la humilde casa de Hilaria. Se la vio alguna vez, acompañada del niño y de Ceferina, vagar por el monte en busca de plantas. Y su apariencia causó en el pueblo sorpresa y alarma: vestía desaliñadamente, con ropas casi harapientas, estaba despeinada y caminaba encorvada, con la cabeza muy inclinada, fijos los ojos en el suelo. Varios lugareños aseguraron que parecía otra: más fea y envejecida y huraña, más extraña y lúgubre que nunca.

—Antes de morir, Hilaria le dio un bebedizo y la convirtió en bruja —aseguró en el mercado Serapia la sacristana—. En Bilbao, la semana pasada, una dama fue interrogada por la Santa Inquisición por sus artes de brujería.

La hija de Blas el leñador aseguró que una noche, una noche de viernes a sábado, había visto a Ana cruzar los aires volando sobre un macho cabrío.

—Me desperté de pronto y miré por la ventana y la vi. Volaba sobre un macho cabrío y cantaba y reía. Luego se perdió por entre nubes. Pero era ella; estoy segura de que era ella.

Tomás, que trabajaba en la ferrería de don Damián, dijo que había encontrado a Ana en forma de raposa destruyendo las hortalizas de las huertas y asustando de noche a las gallinas.

—La reconocí por sus ojos. Le tiré unas piedras y el animal quedó parado mirándome, mirándome. Grité entonces *Retro, Satanás* y se alejó a todo correr.

Él la había seguido y había visto cómo el animal corría y hallaba refugio en casa de Hilaria.

—La propia raposa abrió la puerta haciendo girar el picaporte. No sé cómo lo hizo. Pero yo lo vi. Y era ella, doña Ana. Estoy seguro.

A menudo, sigilosamente, mujeres del pueblo y de algún caserío de los alrededores acudían a Ana en busca de remedio para sus males y cuitas. Ana las recibía a todas.

A la casada con marido irascible le aconsejaba que le colocara entre las ropas melisa machacada, porque esta yerba verde vence la irascibilidad, amansa la ira y convierte el carácter de quien la lleva en dulce y amable. A una vecina que acudió con el rostro tapado, pidiéndole la muerte de su suegra, Ana le dio polvos de la planta acedera, que bebidos con agua sirven para causar carcajadas ininterrumpidas que al cabo de varias horas o de varios días provocan irremisiblemente la muerte. También eran plantas de enorme poder maléfico el mescal, la yedra y el ajenjo. Las tres podían conducir a hombres y mujeres y niños y animales a la locura, y las tres producían visiones espeluznantes. Cuando se quemaban estas plantas mezclándolas con trozos de la seta pérfida, que los libros llamaban *Entalama Lívidum*, aparecía una figura monstruosa y feroz. Era una figura indescriptible que adaptaba mil formas a cual más terrible; causaba tal espanto, que en más de una ocasión había provocado la muerte o la demencia de quienes la vieron.

Algunas mujeres encintas venían a consultar si la criatura que iban a dar a luz sería varón o hembra. Ceferina solía atender estas consultas: una tía suya había sido comadrona y le había comunicado varias señales infalibles. A Ceferina le bastaba

observarlas un rato o hacerles unas pocas preguntas para vaticinar con absoluta certidumbre. Si al echar a andar pisaban primero con el pie derecho, la criatura sería niño. Cuando alguna, a partir del quinto mes de embarazo, se quejaba de sensaciones, dolores o molestias en la parte izquierda, sería niña. Todas deseaban que naciese varón, y para ello Ceferina les recomendaba que del pan comiesen tan solo la corteza, y de esta la parte más dura y gruesa: el corrusco. A la que no conocía el estado de buena esperanza y quería saber si era fecunda o estéril, Ceferina le untaba con saliva los párpados: si la saliva se secaba en seguida, era fecunda; si los párpados permanecían largo rato húmedos, era estéril. Pero había un modo fácil de remediar la esterilidad: bastaba llevar siempre una llave macho, aplicarse durante siete días parches en el ombligo, mecer una cuna en una habitación en la que no hubiera niños y colgarse de la cintura, tocando la piel, dos piedras blancas.

Ceferina daba también amuletos a quienes se lo pedían, pues conocía bien las virtudes bienhechoras de diversos seres vegetales y animales y de casi todos los minerales y objetos inanimados. Eran amuletos de gran eficacia las astillas de un patíbulo, los cuernos de onagro, las reliquias de sentenciados a muerte, la tela encarnada, el primer diente caído a un niño y los cálculos biliares. Del reino mineral, tenían poderes benéficos el hierro, el jade, la sanguina, el jaspe, el abadir, el ágata, el azabache, el cobre, el coral, el antipates, la amatista, el cristal y el diamante. De los vegetales, servían como amuletos el trébol de cuatro hojas, el clavo, el eléboro, el laurel y la mirra. Los amuletos más poderosos del reino animal eran las alas de los murciélagos, las tabas de hiena y el talón del puerco. Pero también servían las orugas, el búho, las avispas, los escarabajos y la lengua y la hiel de cualquier animal doméstico o salvaje.

Pero con excepción de estos casos, que pertenecían más a las artes de la saludadora que al esoterismo mágico de la brujería, era la propia Ana quien atendía a cuantas visitantes llegaban a la casa cuando ya había anochecido, temerosas de ser vistas. Ana conocía el remedio adecuado para todas las peticiones. En unas hojas grandes había escrito las más diversas fórmulas entresacadas de cuantos libros y cuadernos había encontrado en el tabuco. Era como una síntesis de todos los deseos, debilidades, ambiciones, desengaños, dolores y pasiones de la humanidad: «Para que alcances el amor de cualquier persona que quisieres y que ella también te ame», «Para ligar y desligar a las personas», «Para que una mujer se muera por tener acto con hombre», «Para proveer de virgo a alguna dama que por su mal le perdió», «Para que una mujer por más actos que tenga con un hombre no conciba», «Para que entre sueños no se vea visión mala», «Para que el marido conozca si su mujer le ha hecho maleficio o le es infiel o le quiere mal, y para que la mujer sepa lo mismo del marido», «Para hacer que una persona se vaya secando hasta que muera, o que padezca enfermedad o que muera pronto y con violencia», «Para saber dónde hay tesoros y cómo desencantarlos», «Para hacer que no haya jamás ni moscas ni ratones en una casa», «Para que ningún perro te muerda ni te ladre», «Para parecer agradable

a los poderosos y conseguir cuanto se desea», «Para hacer que donde quisiéremos se junten muchos peces», «Para entender lo que las aves dicen cuando están gorjeando», «Para sin medicinas sanar cualquier enfermedad», «Para caminar en una noche hasta trescientas leguas», «Para hacer que la casa esté libre de fuego, de ladrones, de alimañas y de tristeza»...

Aunque conocía también diversas maneras de hacerse invisible a los ojos humanos, Ana nunca se las había comunicado a nadie, ni siquiera a Ceferina. Por experiencia sabía que, de todas las fórmulas de invisibilidad que había hallado en los *Grimorios*, las más eficaces eran aquellas en las que intervenía el gato negro.

Con este ritual del gato era posible hacerse invisible de dos maneras. Una era yendo a un paraje retirado que estuviese próximo a una fuente y llevando el gato junto con un puchero, un plato, un espejo, piedra amatite, leña y yesca. A las doce en punto de la noche se encendía la lumbre, se colocaba sobre ella el puchero y se metía dentro al gato teniendo buen cuidado de mantener la tapa cerrada con la mano izquierda y de no moverse aunque se escuchasen ruidos extraños. «Cuando el gato haya hervido en el puchero durante veinticuatro horas —instruía el *Grimorio*—, echas el contenido del puchero en el plato y en seguida tiras la carne por encima del hombro izquierdo diciendo: *Accipe quod tibi do, et nihil amplius*. Te colocas después delante del espejo, tomas los huesos del gato uno a uno y los aprietas entre las muelas del lado izquierdo. Esto has de hacerlo hasta que encuentres un hueso con el que consigas que al tiempo de realizar la operación no te puedas ver en el espejo. Este será el bueno. Todos los demás huesos los irás arrojando por encima del hombro izquierdo sin dejar de repetir las palabras *Accipe quod tibi do, et nihil amplius*».

La otra fórmula era igualmente muy sencilla: «tomar un gato negro en febrero; cortarle la cabeza en hora menguada; meterle siete habas en ojos, boca, narices y oídos; enterrar la cabeza con la cara dirigida hacia Oriente; esperar a que nazcan y sazonen las habas; recoger todas las habas sin dejar una; desgranarlas sobre una mesa; tomar un espejo con la mano izquierda e irse metiendo las habas de una en una en la boca, mirándose al espejo». Había que arrojar inmediatamente cada haba si al meterla en la boca la persona seguía viendo su imagen en el espejo. Él haba mágica sería aquella que al ser introducida en la boca lograra que la imagen humana ya no se reflejase en el cristal. Y a quien la hubiese hallado le bastaría adentrarla en la boca y mantener los labios cerrados para permanecer invisible cuanto tiempo quisiera: horas, días, semanas, meses o años. Para conseguir la invisibilidad era necesario comenzar invocando a Bael en su forma de demonio de tres cabezas: una de gato, otra de hombre y otra de sapo.

Ana conservó para sí el secreto de la invisibilidad, pero en cambio explicó a dos de sus visitantes un modo sencillo de pactar con el Señor de la Noche sin tener que ir a las reuniones sabáticas.

—Debes tener un huevo de gallina que sea totalmente blanca o totalmente negra —dijo a cada una de ellas—. Y has de fecundar este huevo por ti misma. Para ello

debes hacer lo que voy a decirte: agujerearás la cascara con un alfiler y te pincharás luego con ese mismo alfiler la yema del dedo meñique de la mano izquierda. Inmediatamente te sacarás una gota de sangre que introducirás en el interior del huevo por el agujerito que has hecho en su cascara con el alfiler. Recuerda que una vez hecho esto habrás de tapar con premura el orificio con un poco de cera. El huevo quedará así fecundado, pero es necesario empollarlo durante el tiempo que la gallina necesita para empollar sus huevos. Esto puedes lograrlo introduciendo el huevo en estiércol de caballo. Sin embargo, es más eficaz, aunque resulte también más incómodo, que lo empolles tú misma con el calor de tu cuerpo llevando el huevo con cuidado bajo la axila del brazo izquierdo. Para alimentar al diablo que crece en el huevo, has de echar una gota de azogue en el alfiler y dársela a mamar diariamente. También puedes poner junto al orificio de la cascara el dedo meñique de tu mano izquierda para que el demonio te lo chupe y se nutra cuanto quiera de tu sangre. De este modo, cuando rompa el cascarón y se presente ante ti en su verdadera figura demoníaca, te demostrará su gratitud sirviéndote con mayor eficacia y cariño.

Casi todos los anocheceres acudía alguna lugareña a la casa de Hilaria solicitando la ayuda de Ana. Pero, al mismo tiempo, en el pueblo crecían constantemente la extrañeza, el temor y la alarma.

Ceferina, que solo dejaba la casa una vez a la semana, para ir de compras al pueblo, tornaba cada vez más asustada e inquieta.

—Me miran con odio y con temor —le dijo a Ana—. Antes me miraban con extrañeza y curiosidad y me preguntaban qué hacíamos en casa de Hilaria y por qué no volvíamos a la torre. Pero ahora... Algunas personas se santiguan al verme. Y nadie habla conmigo. Las que nos visitan de noche vuelven la cabeza para no mirarme cuando las encuentro en el pueblo.

Ana parecía no oírla.

—Hilaria ya no está. Ha muerto —dijo Ceferina—. ¿Qué hacemos aquí, Ana? ¿Por qué no volvemos a la torre?

—Vuelve tú si quieres —le dijo Ana—. Por mí puedes hacerlo.

—¿Lo dices en serio?

—Vuelve a la torre si quieres —repitió Ana sin alterar el acento átono de su voz, sin demostrar enfado ni aspereza.

—¿Y tú, Ana?

—Yo permaneceré aquí. Este es mi sitio.

—Pero... —comenzó Ceferina.

La muchacha se volvió despacio, muy despacio, la miró a los ojos, y Ceferina calló.

—Me quedaré contigo, Ana —dijo la anciana después de un prolongado silencio—. Estaré siempre a tu lado.

Ana le cogió súbitamente una mano y se la estrechó entre las suyas.

—No temas —dijo.

Vivía como Hilaria había vivido. Se acostumbró muy pronto a aquella existencia cotidiana de pobreza y elementalidad. Dormía sobre el jergón que había sido de Hilaria; se peinaba —cuando se acordaba de ello— con el peine grande y de púas rotas que Hilaria había usado; más de una vez, al sentir frío, se colocaba sobre los hombros la sucia toquilla de la anciana o la manta mugrienta y remendada que ella había usado. Era como si en cierto modo Ana hubiera asumido la vida de la difunta, su herencia total.

Al día siguiente de la muerte de Hilaria, Ana le había dicho al niño:

—A partir de hoy, si quieres, yo velaré por ti. Yo ocuparé el lugar de Hilaria. Te protegeré y no permitiré que nadie te haga daño. Pero aún no sé cómo te llamas. Dime: ¿cuál es tu nombre?

El niño la miró con sus ojos mudos muy abiertos. Pero no pronunció una sola palabra.

—Ayer lloraste y hablaste —dijo Ana—. Y hace tiempo, cuando vine aquí por vez primera, te oí cantar. Y también te oí hablar en la plaza, cuando acompañabas al recitador. ¿No quieres hablar conmigo? ¿No quieres decirme tu nombre?

El niño seguía mirándola en silencio.

—El hombre que me trajo aquí —dijo, al fin—... el que murió... me llamaba Kepa.

—Eso es Pedro en vascuence —dijo Ceferina—. Es muy bonito nombre. Kepa.

—Él me llamaba así. No recuerdo cómo me decían antes.

—¿Recuerdas de dónde vienes... quiénes eran tus padres?

El niño dijo que no con la cabeza.

—Vino a buscarme y me llevó, íbamos a los mercados y a las plazas y a las ferias. Él hablaba y decía muchas cosas y yo tocaba el tamboril. Estábamos unos días y nos íbamos.

—¿Y adónde fue a buscarte ese hombre? ¿Dónde estabas tú cuando él te llevó consigo? Además de ese hombre, ¿no recuerdas a nadie más... a nadie con quien alguna vez hayas vivido? ¿No tenías casa... y padres... y acaso hermanos o amigos?

El niño miraba a Ana con grandes ojos muy abiertos, muy fijos.

—No lo sé —dijo.

—¿Cuántos años tienes?

—Creo que siete. No lo sé.

Ana quedó un rato cavilosa.

—Kepa es un nombre muy bonito. ¿Quieres que te llame yo así?

El niño aupó los hombros.

—¿Te gusta ese nombre?

—Sí —dijo el niño.

—Escucha ahora esto, Kepa. Si quieres, puedes irte.

—¿Irme?

Una luz de alarma brotó en el fondo de su mirada.

—¿Tú no quieres irte?

—¿Adónde?

—Pues... tal vez tengas familia —musitó Ana—. Tal vez alguien te esté esperando en algún sitio... no sé... Porque de alguna parte has tenido que venir. Alguien te conocerá. Tal vez te estén esperando, buscándote... ¿No recuerdas a nadie... ningún pueblo... ninguna casa... ningún hombre... ninguna persona?

El niño negó con un gesto.

—Kepa, ¿quieres quedarte conmigo y con Ceferina? Si un día tienes deseos de irte, te vas. Yo no te detendré. Pero mientras tanto... hasta que recuerdes... hasta que alguien venga a buscarte o tú desees marcharte... hasta ese día, ¿quieres vivir aquí conmigo y con Ceferina? Le prometí a Hilaria que cuidaría de ti. ¿Tú desees que yo te cuide?

—Sí.

Ana miró al perro.

—Te quiere mucho. ¿Hace tiempo que lo tienes?

—No sé. Le encontré en el monte, cerca de aquí, y se vino conmigo.

Le pasó una mano por el lomo y el perro feo le lamió los dedos y le miró con sus ojos pequeños, grises y húmedos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ana.

—No sé. Perro. Yo le digo así: Perro.

Dos días después, al atardecer, comenzó de súbito a granizar. Era un granizo que caía con fuerza, que provocó el pánico en el pueblo y echó a perder cosechas y sembrados. Luego, por la noche, un viento intenso y ululante se coló por las rendijas de puertas y ventanas, ladró buscando una salida por entre las callejas del pueblo y derribó el pequeño tilo de la plaza. Hubo ventanas rotas, cercos de madera que el viento arrolló a su paso y tejados que quedaron desguarnecidos.

A la mañana siguiente, cuando Ceferina fue al pueblo de compras, unos labradores la insultaron y apedrearon.

—Tú y tu maldita señora tenéis la culpa —le gritaron—. Vosotras habéis provocado el granizo y el viento.

Volvió Ceferina jadeante y enfebrecida, con el rostro desencajado y la rodilla de la pierna derecha amoratada por una pedrada. Unos niños la habían seguido, gritando y tirándole piedras, hasta la encrucijada.

Ana no dijo nada.

En la oscuridad de la madrugada fría, sin viento ni granizo, alguien se acercó sigilosamente a la casucha. Ana estaba despierta, oyó ruido, vio desde la pequeña ventana tres sombras que se movían delante de la puerta y salió a ver qué pasaba. Las sombras echaron a correr y se perdieron en la oscuridad.

Ceferina despertó sobresaltada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —respondió Ana—. Anda, duerme.

Se metió en el tabuco y Ceferina permaneció despierta, con los ojos abiertos, oyendo el respirar del niño y del perro echados junto a la chimenea apagada. Al día siguiente tenía el alma cargada de aprensiones y los ojos de sueño. Salió y vio que alguien había arrojado un reguero de sal alrededor de la casa.

—Saben que somos brujas —musitó.

Se quedó mirando la sal, mirándola, mirándola, y frenó el movimiento de su brazo derecho, que instintivamente se había alzado para hacer la señal de la cruz. Miró alrededor, temerosa: «¡Si él me hubiese visto hacer la señal de la cruz!», pensó, aterrada. Y recordó al macho cabrío de ojos ensangrentados y olor fétido y tres cuernos sobre la cabeza, sentado en el trono del aquelarre.

Volvió a contemplar ensimismadamente el reguero de sal y murmuró:

—Lo saben, lo saben. Saben que somos brujas.

Pero no se atrevió a comunicarle sus temores a Ana.

El tiempo se había vuelto loco. Cuatro días más tarde se inició un sirimiri lento y tristón que paulatinamente fue aumentando en intensidad hasta convertirse en lluvia que duró, ininterrumpidamente, cinco días y cinco noches. Una semana después, a eso de medianoche, el perro se puso a ladrar lastimeramente. Ana y Ceferina y Kepa despertaron, notando que un humo denso se les pegaba a la garganta, y vieron que la casa estaba ardiendo. No se divisaba a nadie fuera ni se oía ningún ruido, ninguna voz. Una tea se consumía lentamente en el suelo, a pocos pasos de la puerta.

Ceferina se echó a llorar.

—Han sido ellos, los del pueblo —dijo—. Los mismos que el otro día rodearon la casa de sal. Nos odian y nos tienen miedo.

—Deja de llorar —la amonestó Ana—. Tenemos mucho que hacer.

Sacaron del tabuco y de la estancia grande y destartalada los libros, los sapos, los cuadernos y cuantas plantas y objetos pudieron salvar del fuego.

Kepa sostenía, como un tesoro, un pequeño cajón de madera lleno de tierra en la que crecía un trébol de cuatro hojas. Era la primera vez que Ana lo veía.

—Me lo dio ella hace tiempo —explicó Kepa.

—¿Hilaria?

—Sí.

Quedaron los tres cerca del árbol mirando en silencio cómo la casa se consumía devorada por las llamas. Las maderas se retorcían y crepitaban. Ceferina procuraba contener su llanto, en el que había —observó Ana— más miedo que dolor, más temor que ira o indignación. El perro ladraba suavemente. Kepa y Ana no apartaban la mirada de las llamas. Se quedaron casi una hora sin moverse ni hablar, hasta que la casa fue un montón de ruinas informes, de paredes ennegrecidas y derrumbadas y vigas humeantes.

—¿Y ahora, Ana? ¿Qué vamos a hacer ahora? —sonó la voz plañidera de Ceferina.

Era más una queja que una pregunta.

Ana la miró con ojos que de pronto brillaban febriles. Dijo, apenas sin abrir los labios, con voz seca y casi sin inflexiones:

—¿No has deseado siempre regresar a la torre? Pues en ella viviremos a partir de hoy.

—Sí, Ana. Lo que tú digas —asintió la anciana.

Y se acentuaron su angustia y su temor.

Se encaminaron a la torre, fueron al gran establo, sin cuidarse de no hacer ruido, y en un solo viaje, con ayuda de un caballo, una mula y dos asnos, trasladaron a su nueva morada, en cestos y sacos, cuantos objetos y plantas no habían sido destruidos por el incendio.

Despertaron los criados de la torre, alarmados, y vieron con asombro que Ana dedicaba al niño la habitación del difunto don Santiago y cómo montones de cosas extrañas, cuatro sapos, cuadernos y libros mohosos, un cajón lleno de tierra con un trébol de cuatro hojas, múltiples plantas y raíces y frascos eran colocados en el estrecho y húmedo aposento que había junto a la cripta.

Y el terror se deslizó por todas las dependencias de la servidumbre como una serpiente.

Alguien salió a avisar a las gentes del pueblo de lo que sucedía y en un instante todo el lugar despertó. Armados de palos, guadañas, azadas y hoces, sombras de hombres se aglomeraron junto a la torre. La atmósfera estaba preñada de sueño y de amenaza. Había murmullos de protesta y gritos de insulto. Las teas arrojaban una luz amarillenta y cegadora y un fuerte olor a resina.

Antes de que llegara el amanecer, toda la servidumbre de la torre se había ido, dejando solos a Ana y Ceferina y Kepa. Y delante de la torre, junto a la verja y la gran fachada con el escudo labrado en mármol y vetado de musgo, y en la puerta que daba al camino real, seres temerosos fueron dejando puñados de sal.

—Nada cambiará en nuestra vida. Nada —dijo Ana.

Y atrancó puertas y ventanas.

Y vino el otoño con sus ventadas y sus aguaceros y sus nieblas que se enredaban en lo alto de los árboles, y se fue. Y llegó un invierno crudo y nevoso en el que varios lobos, hambrientos y desesperados, bajaron hasta el pueblo. Y al invierno sucedió una primavera tibia y soleada. Campos y montes y huertas y praderas se tiñeron de verde y de amarillo y de rojo y de morado y de violeta y de blanco y azul. Una brisa suave, fría al atardecer, extendió como una bocanada de Dios su aroma a hierba, a tierra fértil y palpitante, a flor y a árbol por la riente y frondosa geografía de las Encartaciones. Los ríos eran de nuevo seda y rumor musical, y por las laderas de los montes de hierro se deslizaban torrentes de aguas amarilleadas por el mineral.

Y pasó un año y pasó otro y otro y otro más.

Fray Miguel y el alcalde Perea y don Melchor el párroco en vano llamaron repetidas veces a la puerta principal de la torre tratando de hablar con Ana. Regresó al pueblo Visitación, que por bruja había sido desterrada hacía más de siete años, y

vivió nadie sabía cómo, sin trabajo y sin pan y sin hablar con nadie, vagabundeando por el lugar con su caminar y su expresión loca, canturreando y acunando el vacío en sus brazos hasta que una mañana apareció muerta sentada en las escalinatas de la iglesia, con la sonrisa ancha y una gran paz derramándose por todo su semblante.

—Ha encontrado por fin el descanso y la justicia de Dios —dijo el alcalde Perea.

Y rezó un padrenuestro por la salvación de su alma y pagó los gastos del entierro, negándose a que se la sepultase en la fosa común y consiguiendo que se le permitiera poner una cruz sobre su tumba.

En la torre todo seguía igual que el día en que se había marchado la servidumbre dejando regueros de sal. Estaban puertas y ventanas atrancadas y Ana, Kepa y Ceferina seguían viviendo la misma existencia que en casa de Hilaria. Cuando Ceferina y el niño salían lo hacían con sigilo, por la puerta trasera del huerto, antes que se hiciera de día. Ana solo salía de la torre para acudir puntualmente a su cita semanal con el Señor de la Noche. Al anochecer, entrando también por la puerta trasera, algunas mujeres acudían pidiéndole a Ana que usase en su favor el poder de sus conocimientos esotéricos.

Y fue otoño de nuevo y de nuevo el paisaje se hizo friolero y melancólico, con jirones de niebla en la amanecida y con vientos y lluvias y con los pájaros tiritando y piando ateridos por entre la maleza y los árboles desnudos.

Y entonces sucedió.

XIV

Acompañado como siempre de su perro, y portando un saco y una soga, Kepa salió aquella madrugada otoñal por la pequeña puerta del huerto que daba a un prado, al otro lado del camino real, para ir al monte a coger mandrágora.

Ana se lo quedó mirando con ojos inquietos.

—Ten cuidado —le gritó.

Le preocupaba Kepa.

La atormentaba la idea de que alguien del pueblo pudiera insultarle o causarle daño. La preocupaba, sobre todo, cuando necesitaba mandrágora y él iba a buscarla. Ana solía esperar impaciente su regreso, temerosa de que algo pudiera acontecerle mientras se hallaba fuera de la torre. Porque la mandrágora, o mandrágula, que con este nombre Ana había visto que la llamaban también en algún libro, era una planta peligrosa y de extraños poderes.

Ana no desconocía sus propiedades eróticas y sabía también que algunos médicos y cirujanos la empleaban a veces como remedio para la fecundación de mujeres estériles y como narcótico para aturdir a los enfermos y heridos a quienes debían intervenir en operaciones dolorosas; pero a ella le interesaba principalmente la mandrágora como ingrediente necesario para hacer la pomada con la que había de frotarse antes de iniciar el viaje al aquelarre y para poder transformarse, a voluntad, en aves o animales dañinos.

La raíz de la mandrágora tenía forma humana: la mandrágora hembra era de color negro y parecía una mujer; la mandrágora macho era blanca y tenía forma de hombre. Las raíces de ambas poseían virtudes mágicas, y al ser arrancadas de la tierra emitían un chillido agudo, terriblemente penetrante, que mataba a cuantas personas lo oían.

—A los animales no; a los animales no los mata el grito de la mandrágora —le había explicado Ana a Kepa—. No temas por tu perro. Pero tú cuídate. Sé prudente.

En aquellos últimos años Kepa había arrancado muchas mandrágoras y nunca le había sucedido nada. Ni siquiera se había asustado.

Ataba primero la punta de un cordel a la planta y hacía en ella un nudo. Colocaba después la otra punta del cordel alrededor del cuello del perro, se alejaba tapándose cuidadosamente los oídos con los dedos, y así preparado silbaba al perro. Al acudir a la llamada, el can tiraba de la cuerda y arrancaba la planta, que al ser desenraizada chillaba angustiosamente y se retorció y debatía entre espasmos de agonía. Muerto ya el espíritu de la mandrágora, todo peligro había desaparecido y Kepa recogía la planta sin riesgo alguno.

—Ten cuidado —repitió Ana— y vuelve pronto. No hables con nadie. Si alguien te dijera algo, no le hagas caso. Si te amenazaran o quisieran hacerte daño, dímelo y los castigaré.

Kepa asintió y sé fue.

Aún no había amanecido, pero se divisaba ya levemente la línea blanca del

horizonte y el cielo comenzaba a adquirir un tímido color púrpura.

A Kepa le gustaba ir al monte en busca de plantas. Era feliz pisando hierba y aspirando aquel olor a tierra, a madera, a setas y a hojas húmedas que casi siempre flotaba entre los árboles centenarios, en parajes de espesa frondosidad por la que apenas se colaba un rayo de sol.

Le gustaban el aire frío y de sabor mohoso, el ruido que él mismo producía al pisar hierba o ramas y hojas caídas, la soledad y la paz que allí se respiraban. Y no tenía miedo ni a los animales ni a las plantas. A los hombres, sí, a los hombres los temía: se escondía cuando oía pasos o las canciones de algún leñador o cuando veía alguna forma humana en el camino o en el monte. Una vez, cuando regresaba, permaneció oculto durante varios minutos tras un grueso árbol para que no le viese un aldeano que caminaba despaciosamente, conduciendo su carreta tirada por bueyes.

Ana le había recomendado que no pisara nunca los sembrados de habas porque, pese a su apariencia vegetal, le dijo, las habas tenían sangre y estaban bajo la protección del Señor de la Noche. Constituían la mejor medicina contra el mal de piedra y convertidas en harina curaban las quemaduras del sol; pero su virtud principal era, para Ana, que resultaban insustituibles en algunos conjuros. Las habas, además, no mentían jamás.

Ana conocía muy bien los secretos poderes de las plantas descritas por los antiguos.

—Teofrasto vivió hace muchos años —le explicó a Kepa— y fue discípulo de un hombre con fama de sabio llamado Aristóteles. Tanto él como Dioscórides y Plinio y otros describen cientos y cientos de plantas de poderes mágicos y medicinales.

Algunos historiadores decían que esos libros, y de manera especial la *Historia natural* de Plinio, eran un compendio de errores y supersticiones. Pero Ana sabía que todo cuanto contaban sobre los misterios de las plantas era verdad. Hacía unos meses, cuando se dirigía en una noche de luna llena al aquelarre, al sobrevolar a poca altura un bosquecillo, ella misma había visto cómo un árbol echaba a andar, se detenía, volvía a andar, alargaba de súbito las ramas con increíble elasticidad (unas ramas que eran de pronto extrañamente puntiagudas, como largos y afilados rastrillos de hierro) y mataba a un lobo como si le traspasase a lanzazos. Ana observó fascinada la escena y vio cómo el árbol volvía a ocupar su lugar en el bosque, tras de haber devorado a su presa, y quedaba allí inmóvil, como si nada hubiese sucedido...

Los hombres parecían haber olvidado los dones secretos de la naturaleza. Ana sabía que para purgar el cerebro no había nada mejor que provocar el estornudo con polvos de semillas de eléboro, y que para asegurarse una larga vida no existía remedio más eficaz que beber todos los años, la primera mañana de primavera, un líquido compuesto de semilla de melón, hojas de cardo silvestre, agua de cerezas negras, extracto de lirio, espliego, semilla de genciana, clavo, nuez moscada y perlas disueltas en vinagre. Para mayor seguridad, lo mejor era tener a los pies, al mismo tiempo, un emplasto de pez y de estiércol de palomero.

Ana había comprobado la veracidad de muchas cosas escritas por los antiguos. Una vez había visto en el aquelarre, junto al Señor de la Noche, a un miembro de la raza de los esciapodas que tenía, en efecto, una sola pierna y un pie gigantesco. A los hombres descabezados y a los que se alimentaban solamente de serpientes no los había visto nunca.

Comer una rata al mes, como recetaba Plinio, era indudablemente remedio infalible para evitar el dolor de muelas. También eran remedios muy eficaces la carne de víbora, los pulmones secos de zorro (para el asma), la grasa de oso (para hacer crecer el cabello) y el aceite de serpiente (para desentumecer los músculos). El tridente mágico de Paracelso no servía tan solo para curar la senilidad, sino también para aliviar incontables dolencias físicas y mentales.

Ana movió la cabeza, ahogó un suspiro y se quedó mirando por el pequeño ventano. Kepa había salido por el huerto trasero de la torre, había cerrado cuidadosamente con llave la puerta de hierro, que parecía empotrada en la tapia, y caminaba a buen paso hacia el monte, seguido del perro feo.

A lo que más temía Ana del bosque no era a los lobos y a los jabalíes, sino a algunos árboles y plantas que ocultaban malignos y pavorosos instintos tras su apariencia inofensiva.

—El bosque y el monte están llenos de terribles peligros —le dijo una y otra vez a Kepa—. Y también los prados y las zanjas y matorrales y jaras del camino. Y debes aprender a defenderte de estos peligros. No te acerques a ninguna planta si antes no estás seguro de que es totalmente inofensiva y no puede hacerte daño. Si ves un árbol que antes no habías visto, si ves una flor nueva, si ves que la maleza se mueve... ¡corre, aléjate!

Y Kepa cumplía puntualmente estas instrucciones.

Ana le describió la planta peligrosa que había en la orilla derecha del riachuelo, según se subía a la ermita, y que, aunque nadie en el pueblo lo sospechaba, se alimentaba de conejos, ratas, gusanos, sapos, culebras, ranas, pájaros, topos y gallinas.

—Es una planta voraz. Cuando tiene hambre es capaz de atacar a los animales salvajes. Muchas veces ha devorado seres humanos.

Le habló de los árboles y las plantas que volaban, que atacaban a los caminantes desprevenidos, que andaban sigilosamente. Muchos árboles y plantas diversas hablaban entre sí y cantaban a veces, cuando estaban seguras de que ningún ser humano podía oírlas. Pero Ana no había encontrado libro alguno que le enseñase el lenguaje de los seres del mundo vegetal.

Suspiró. Siempre le ocurría lo mismo cuando el niño iba en busca de plantas: se llenaba de temores al verle marchar.

Constantemente le recordaba que había de ser cauteloso y caminar por el campo y el monte y el bosque con los ojos bien abiertos, alerta siempre a cualquier movimiento, voz o ruido de la maleza. Se preocupaba por Kepa como una madre

aprensiva y nerviosa se preocupa por un hijo pequeño e inexperto. No cesaba en sus recomendaciones. Le decía que debía cuidarse de la agrimonia, porque si ponía la cabeza debajo de sus hojas quedaría dormido acaso para siempre; y del gordolobo, que era planta que de noche aullaba y que dos veces al año se convertía en lobo.

La maestra de Hilaria había llenado varios cuadernos con sus observaciones sobre las setas que crecían en las Encartaciones. Había algunas que tenían poderes medicinales. La *tricholoma* servía para combatir las dolencias estomacales; la *boletus satánicus*, como vomitivo; el niscaló, para los riñones; el polvillo de la seta llamada cuesco de lobo, para restañar las heridas y evitar infecciones. Pero había también muchas setas peligrosas: como la *amanita verna*, la seta-limón o *amanita citrina*, la seta-que-mata y la *lepiota cristafa*. La *amanita muscaria* atraía y mataba a las moscas y, aunque venenosa, no producía la muerte al ser ingerida, pero en cambio provocaba una delirante borrachera. Otra seta, la *paneolus papilonáceus*, producía alucinaciones terribles, espantosas, que podían conducir a la locura, al crimen y a la muerte...

—Desconfía de todas las plantas, de las grandes y de las pequeñas. No te dejes engañar por su olor o por la belleza de su apariencia. Todas parecen inofensivas, todas parecen que no comen, que no sienten, que no hablan, que no se mueven; pero...

Le habló de plantas que cuando estaban hambrientas imitaban el sonido de los pájaros para atraerlos y devorarlos; de plantas que se convertían en serpientes cuando tenían frío y se deslizaban silenciosamente buscando el calor de los hogares y de las ferrerías; de líquenes y helechos que vivían en la oscuridad de los pozos y que en verano, cuando nadie los veía, salían a tomar el sol. Le enseñó, también, a distinguir entre las plantas que eran amigas o enemigas del Señor de la Noche.

Las amigas eran, además de la mandrágora (que servía igualmente para proporcionar oro, abrir cerraduras y revelar el futuro), el aliso, el laurel cerezo, el beleño negro, la verbena y la belladona. Y también la col. El carbón de aliso servía mejor que ningún otro para dibujar el círculo mágico de las invocaciones. Sus hojas, además, se teñían de un fuerte color lechoso cuando amenazaba lluvia. Las hojas del laurel cerezo servían para algunas recetas diabólicas. El beleño negro y la belladona eran también componentes útiles para hacer el unguento que, extendido luego por todo el cuerpo, según prescribían los *grimorios*, permitía a los mortales realizar el viaje al aquelarre. Le enseñó a Kepa a diferenciar el laurel cerezo del laurel común y, en cuanto a la col, le explicó que cortándola en trocitos y quemándolos con enebro, trozos de uña, cabellos o callosidades de los pies o de las manos de la persona a la que se quería castigar, se le producían enfermedades que variaban, según el mal que se la quería hacer, desde una pequeña dolencia hasta la muerte. También la cicuta, el azafrán, el perejil, la adormidera, el áloe y la asafétida servían para la composición de la pomada mágica.

Las plantas más odiosas eran la artemisa, la achicoria y la angélica.

—Allá donde las encuentres, destrúyelas —le ordenó al niño.

Porque las tres servían para librarse de hechizos y embrujamientos, aunque la achicoria y la artemisa, si no se cogían la noche de San Juan, perdían toda eficacia y carecían de poder contra los hechizos, filtros y embrujamientos. Y de todos los árboles, el más odiado por el Señor de la Noche era la acacia, porque con su madera se había hecho la cruz en la que murió Jesucristo.

Anocheía cuando Kepa volvió.

Ana le miró con expresión preocupada, como siempre que él regresaba del bosque, y vio, como siempre, que no le había sucedido nada.

En silencio, Kepa derramó en el suelo las plantas que portaba en el saco y las fue amontonando en un rincón.

—¿Estás cansado? —preguntó Ana.

El niño dijo que no con un movimiento de cabeza.

—Tienes frío, ¿verdad?

—Sí.

—Y hambre.

—Sí.

—Le dije a Ceferina que te tuviera preparada la cena a tu regreso —musitó Ana dulcemente—. Estará en la cocina esperándote. Ve y que te la caliente.

—No está en la cocina —dijo Kepa—. La he visto hace un rato en la puerta del huerto, hablando con una mujer.

—¿Sabes quién es?

—¿La otra mujer? No. Estaba a oscuras.

Extendió las manos sobre el brasero, paladeando sus bocanadas de calor. El perro se ovilló mansamente a su lado.

—El cielo está lleno de grandes nubes negras. Va a llover —habló Kepa—. No hay ninguna estrella.

—Ve a la cocina a comer algo —dijo Ana.

Añadió, mirando al perro:

—Parece que él también tiene hambre.

Y exactamente en aquel momento, cuando Kepa asentía en silencio y se levantaba y encaminaba hacia la cocina acompañado del perro, apareció Ceferina y pronunció con voz ahogada:

—Ana.

Solo esto: «Ana». Y a la muchacha le dio de pronto un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa, Ceferina?

Kepa y el perro se habían parado. El niño miraba calladamente a las dos mujeres. Ceferina se quedó en el umbral, indecisa. Se retorció los dedos y en el fondo de sus ojos parpadeaba una luz nueva.

—Es mejor que lo sepas, Ana.

Y continuó en silencio, mirándola.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Ana.

Auscultó la cara de la anciana con una mirada larga e inquisitiva.

Sintió de pronto que algo se le movía, que algo se desplazaba en su interior. Se supo oscuramente desconcertada, sobresaltada. Interrogó, procurando serenarse:

—Ceferina, ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que debo saber?

No mostraba ninguna irritación ante el silencio de la anciana.

—Ha venido. Está aquí, en el pueblo —dijo Ceferina.

—¿Quién?

Y por un momento Ana no reconoció su propia voz al hacer la pregunta. La inundó la imperiosa necesidad de seguir interrogando, de huir de su desconcierto súbito, de retrasar la contestación de Ceferina.

—¿Quién ha venido, Ceferina? ¿A quién te refieres?

Pero conocía ya la respuesta.

—Martín —dijo la anciana—. Martín está aquí. Ha vuelto, Ana, ha vuelto. ¿Me oyes?

Ana movió la cabeza.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, hace apenas tres horas.

—¿Le has visto?

—No. La viuda de Mariscal el alabardero... ¿recuerdas?: vino el mes pasado a pedirte que la ayudaras. La que está enamorada del capataz de la ferrería... Ha venido a verme hace un rato y me lo ha dicho. Ella le ha visto llegar.

—¿Y ha ido a casa de su padre?

—Sí.

Ana miró a uno de los sapos, que saltaba junto al viejo lucernario de barro, alimentado de aceite y con una mecha gruesa, recta, carbonizada en lo alto, y luego caminó ensimismada hasta el rincón donde estaba el argimútil de cuatro patas, de madera sin labrar, y de cuyo extremo en forma de argolla colgaba, tambaleándose rítmicamente, como un incensario, un candil que despedía una luz que era en su base extrañamente cárdena, roja en el centro y amarillenta en lo alto, con una aura ennegrecida en el extremo de la llama, estirada y delgada y puntiaguda como una lanza.

Los otros tres sapos, junto al brasero, saltaban y emitían al unísono sonidos gangosos y húmedos.

—¿Ha venido él solo? —inquirió Ana de súbito.

Ceferina quedó en silencio.

—Te he preguntado si ha venido él solo —dijo la muchacha sin alzar la voz.

—No. Le acompañan sus dos hijos: niño y niña. Y también...

—Ella —musitó Ana.

Ceferina alzó la mirada hacia el techo.

—Sí. Su esposa también ha venido —dijo con voz muy queda.

Fue hasta Ana, le puso tímidamente una mano en el hombro y suspiró:

—¡Después de tanto tiempo, Ana..., después de tantas cosas!

—Ve a la cocina —ordenó la muchacha con voz suave—. Kepa tiene hambre.

Aquella noche Ana tardó mucho en conciliar el sueño. Se acostó más temprano que de costumbre, sintiéndose exhausta, agotada, y en vano cerró los ojos y se esforzó en dormir.

Se había habituado durante los últimos años a dominar sus pensamientos, a frenar sus impulsos y emociones. Había sido un logro difícil, una lucha constante consigo misma, tratando siempre de paralizar sus pensamientos y matándolos apenas brotaban. Durante años había estado observándose a sí misma por dentro, acechándose a todas horas, incluso cuando estaba consciente de que en su interior todo era quietud y serenidad. Y tan pronto como sentía que un recuerdo echaba semilla en su mente, tan pronto registraba el crecer de una emoción en su cerebro o en su corazón, se apresuraba a cortarlas de cuajo, de manera inmisericorde. Se acostaba a hora tardía, fatigada de cuerpo y con la mente en blanco, sin preguntas, sin sensaciones, sin impulsos, y en seguida el sueño la poseía por completo.

Pero, aquella noche, dentro de su cerebro se movía un hormiguero torturante de recuerdos y de preguntas. Había abandonado durante un instante y por sorpresa la guardia de su paz interior, había bajado el escudo de su impassibilidad y le había herido súbitamente una oscura ansiedad que ahora le producía una sensación irritante, como un picor que se le extendía por la piel y más allá de la piel y que la enfurecía y desasosegaba.

Se ordenó en voz alta:

—He de dormir. No quiero pensar, no quiero recordar.

Pero todo fue inútil.

Con los ojos clavados en la negrura, con el corazón palpitándole apresuradamente, moviéndose nerviosa en la cama, que de repente le parecía muy grande y muy fría, Ana recordaba aquella tarde del rosario interminable: la sombra del Padre Melchor derramándose en la nave fría, la casona derruida y solitaria, el árbol cortado por el rayo, la voz de Martín y sus ojos y sus labios y sus promesas de amor. Y en cierto modo no era ella, Ana, quien recordaba, sino las propias imágenes y palabras las que inesperadamente habían adquirido identidad y vida propias y que ahora se ponían delante de los ojos de la muchacha, se metían en sus oídos y transitaban por todo su cuerpo.

En vano Ana quería amordazar esas palabras y oscurecer esas imágenes; en vano decía: «No, no quiero recordar, no quiero pensar»; en vano trataba de alejar de sí todo aquello a manotazos... «Te esperaré, Martín. Te esperaré siempre», le había dicho ella. Y él: «Adiós, amor mío, esposa mía». Le había prometido que volvería pronto. Le había jurado que se casarían, echarían raíces en el pueblo y plantarían allí su amor y su futuro y su familia. Y habían pasado meses y más meses de espera, de angustia y de zozobra, y luego, de pronto, él se había casado en la Corte y...

—¡Basta, basta! —se chilló interiormente con grandes voces.

Pero Ana ya no tenía poder para dominarse a sí misma.

Se desconcertó al observar que ella, que se creía tan fuerte, que pensaba que ya nada podría perturbarla jamás, que estaba convencida de que a partir del viaje al aquelarre sería para siempre insensible a las pasiones y debilidades y sentimientos de las demás criaturas humanas... yacía ahora despierta, torturada, simplemente porque Martín había regresado.

Descubrió de repente que en lo más hondo de su ser, oscuramente, siempre había temido su regreso.

Estaba sudando. Se incorporó en el lecho y movió la cabeza. Sí, se dijo, siempre he tenido miedo de que Martín regresara. Siempre había sabido que si él volvía ella tendría que poner a prueba su dominio y su presunta invulnerabilidad emocional. Y descubrió otra cosa: descubrió también que siempre, en alguna parte remota de su ser, en el último rincón de sus entrañas, había sobrevivido el deseo de que él regresara. Y el descubrimiento de estos sentimientos contradictorios la deslumbró.

Volvió a tenderse en el lecho, arropándose. Hacía frío.

Había acudido a Hilaria y había sido su discípula y luego su sucesora y heredera; había asesinado con sus conjuros a doña Engracia; había ido a las reuniones sabáticas; había pertenecido al Señor de la Noche. Y se había revestido con la capa de la impasibilidad para ponerse a salvo del dolor de los seres humanos, para que no la tocasen ni contagiasen las debilidades inherentes a la identidad humana.

Pero habían bastado unas pocas palabras de Ceferina, había bastado que la anciana dijera «Ana» con aquel tono de voz, había bastado que le musitara: «Ha vuelto. Está aquí, en el pueblo», para que inmediatamente toda su fortaleza se resquebrajase y para que ella se hallara de nuevo desarbolada, zarandeada por un vendaval humano que la hacía sentirse angustiada y desvalida.

Se ahogaba en el lecho, se ahogaba en la oscuridad, se estaba ahogando observándose a sí misma y contemplándose fríamente, como a distancia, en su desasosiego y confusión.

Se levantó. Se vistió en seguida y se puso una pesada capa sobre los hombros. Todo era silencio y negrura en la torre. Afuera sonaba, monótono y pausado, el caer de la lluvia. Las losas y los fuertes muros pétreos exhalaban un frío casi tangible, casi sólido. Más que una sensación, el frío le pareció a Ana, en aquel instante, una presencia.

Pensó en voz alta:

—Llueve. Kepa tenía razón.

Encendió el candelabro.

Dio unos pasos y halló que, instintivamente, arrastrada por una fuerza inconsciente, se había colocado frente al espejo que colgaba como un cuadro, con su grueso marco dorado, de la pared. El cristal estaba opaco, empañado por el frío y el polvo. La luz de las velas traspasó débilmente la capa de opacidad y se reflejó en el cristal en difusos e inconexos fragmentos amarillentos que eran como breves chillidos

luminosos en la oscuridad del aposento.

Ana permaneció inmóvil e indecisa. Años hacía que no se miraba en el espejo.

Supo que tenía miedo, miedo a no sabía qué. Entornó los párpados, contuvo un suspiro y lentamente, con parsimoniosos movimientos de la mano izquierda, fue frotando y borrando la opacidad sucia y gélida y polvorienta que cubría el cristal y que le puso un sabor a viscosidad y a musgo en la piel.

Se miró en el espejo con total desasimiento, con ojo crítico, como si estuviese mirando a otra persona. Y mientras se miraba comparó mentalmente aquel rostro avejentado y rígido de grandes ojeras enfermizas, de bolsas azulosas bajo los ojos, de líneas que le surcaban como cicatrices las comisuras de los labios, con el rostro sano y agraciado y juvenil que todos los días, hacía unos pocos años, la había mirado desde aquel mismo cristal.

Se tocó la nariz, las orejas, el pelo lacio y grisáceo, la boca inexpresiva, la barbilla vencida, y le resultó difícil reconocerse vagamente en algún rasgo, en alguna expresión facial. No consiguió tender un puente de identificación y parentesco entre los dos rostros, entre las dos Anas. Pensó: «Tengo...» y estuvo un rato cavilando, tratando de concretar su edad. Veintiséis. No; veintisiete años. Suspiró sin saber que suspiraba. «Veintisiete años, y parezco una anciana...».

Y durante un momento, durante una diezmillonésima de segundo, se preguntó: «¿Qué dirá, qué sentirá, qué pensará al verme?».

Se vio a sí misma en vísperas de boda. Martín había regresado antes del año, doña Engracia vivía y ella, Ana, no conocía a Hilaria ni había ido jamás al aquelarre. Recordó cuando una vez asistió a los preparativos de la boda de una muchacha del pueblo. Al enseñar el arreo era costumbre decir: «Tiene ocho camisas, no está sin ellas a cuestras; tiene ocho pañuelos, no está a cuestras desprovista de ellos; medias, ocho, a cuestras tampoco está sin ellas», hasta acabar el inventario con la llegada de la novia, a la que se recibía diciendo: «Y aquí está la que vale tanto y más que todas las prendas». Además de las ocho sábanas, ocho fundas, ocho camisas de hombre y ocho de mujer, ocho lienzos y un lienzo de comunión —para cuando a la morada de los desposados llegara Nuestro Señor—, era tradición que en el arreo se incluyera también el sudario.

Ana sabía que algunos aldeanos daban a sus hijas, desde muy niñas —a veces cuando cumplían trece años—, un trozo de tierra para que en él la muchacha sembrara lino. Recordaba la alegría de una futura desposada cuando, el mismo día en que en la iglesia se leían las proclamas, fue a la casa en la que había de vivir con su marido llevando en un carro tirado por bueyes diversos enseres entre los que destacaban, en lugar bien visible, la rueca y el huso.

—Y su madre le ha regalado una moneda de oro, cinco de plata y la sábana del féretro —le había dicho Ceferina.

Ana había insistido en ir a la iglesia a presenciar la boda, y al ver salir a los desposados había gritado, uniendo su voz a las voces de la gente apiñada junto a la

escalinata: «Que Dios os haga viejos y buenos». Entonces apenas conocía a Martín, pero se había preguntado, vagamente, cómo sería la ceremonia de su boda el día en que ella contrajera matrimonio. Pensó también, en aquel momento, mientras los recién casados salían de la iglesia entre parabienes y música y gritos de saludo y alegría, en las muchachas que solían ir a la ermita y que esperaban a que sonase la campana de las avemarías para dar tres vueltas sobre sus talones y santiguarse devotamente esperando conseguir así novio. Ana tenía entonces quince años y se había preguntado: «¿Cómo será mi esposo?», y se había turbado y había pasado el día ensimismada.

Cortó como con un hacha sus pensamientos y recuerdos. Le causaban daño, corroían su fortaleza, le hacían sentirse débil y desgraciada. Escondió la cara entre las manos y luego tornó a mirarse con frío e implacable ojo crítico en el espejo. En seguida volvió a la realidad. No, él no regresaba después de tantos años de ausencia para cumplir su promesa y vivificarla con su amor. Además, habían sucedido muchas cosas desde que él partió a la Corte. Recordó a doña Engracia, cómo había traspasado el corazón de su efigie con una lezna y su deseo de atraer a Martín, cuando supo que se había casado, para acuchillarle.

Movió la cabeza. No, no le hubiera matado. ¿O sí?, se preguntó. Había pensado hacerlo, lo había deseado, pero... «Aquella noche, si él hubiera venido, ¿le habría matado realmente?». Y allí, de pie ante el espejo, trató de encontrar la respuesta, de bucear en su corazón. Matarle a él hubiera sido entonces como matarse a sí misma, como pisotear su propia vida. Se dijo también que en aquellas lejanas circunstancias, cuando ella había estado tan decepcionada y furiosa, cuando se había sentido tan terriblemente humillada, cuando había odiado y amado a Martín más que a nadie y a nada de este mundo, cuando...

Unos nudillos golpearon la puerta de su aposento interfiriendo con el hilo de sus pensamientos.

—Ana, Ana —sonó la voz de Ceferina—. ¿Te sucede algo? ¿Deseas algo?

—No. Vuelve a tu cámara y duerme.

Oyó los pasos de Ceferina como el arrastrar de unos pies descalzos que se alejaban.

—En nada puedes ayudarme, Ceferina, en nada —musitó la muchacha.

Puso una mano sobre su vientre y se preguntó cómo hubieran sido sus hijos, los hijos de ella y de Martín. ¿Se hubieran parecido a Kepa? Pero ya nunca fructificaría su vientre; todo era ya inútil. ¿Para qué pensar en lo que pudo ser y no había sido? Notó la desarboladura de todo su ser y un instante después, sin saber cómo, sin comprender exactamente qué pasaba en su cerebro, decidió que nada existía de común entre ella y Martín.

Era tarde, tarde para todo. Pero no, no era tarde, se rectificó inmediatamente. Y pensó en el reguero de sal que alguien había echado alrededor de la casa de Hilaria y en la puerta de la torre. Y pensó en Kepa, en la casucha incendiada, en su primer viaje

al aquelarre, en los poderes que había adquirido, en el Señor de la Noche, en el olor denso del tabuco, en las fórmulas secretas de los *grimorios*, en la debilidad y desgracia de quienes venían al anochecer a visitarla buscando su ayuda, en aquellas noches en que volaba y cruzaba los aires cabalgando sobre el enorme murciélago de alas membranosas...

Se ahogaba de nuevo.

Sintió que se ahogaba de nuevo mientras un sudor frío le inundaba todo el cuerpo y por las venas le corría un río ardiente, poderoso exultante.

—No, no es tarde —murmuró.

La habitó corazón arriba un dolor súbito y la poseyó una rabia sorda, intensa, incontrolable, al pensar que él volvía casado y estaba en el pueblo con su esposa y sus hijos. Brotó de su boca un grito convulso y arrojó furiosamente el candelabro contra el espejo.

XV

Tres días después, al anochecer, voces diversas resonaron alarmantes por todo el pueblo, llenándolo de pánico, de curiosidad y sobresalto.

—Han querido matar a don Martín y a su esposa.

—Ha ocurrido hace un rato, poco después del rosario.

—La bruja de la torre y el niño loco. Ellos han sido.

—Virgen María Santísima...

—Se les ha cogido cuando merodeaban junto a la casa del ferrón.

—Ellos no estaban. Don Damián ha ido con toda la familia a visitar la ferrería del Poval. Volverán en cualquier momento.

—La bruja había enterrado bajo el nogal unas figuras de cera que representaban a don Martín y a su esposa.

—Estaban traspasadas por alfileres.

—La de don Martín tenía además cortada la cabeza...

—Señor mío Jesucristo...

—... y la de ella, los brazos rotos y el cuello retorcido.

—Y el corazón atravesado a cuchilladas.

—Querían matarlos con actos de brujería.

—Han ido a avisar al alcalde Perea.

—Ellos, ellos son: doña Ana y el niño del perro.

Se miraban todos temerosos, empavorecidos, alucinados.

Las mujeres rezaban entre dientes y se santiguaban y llamaban a sus hijos. Y las voces seguían pregonando la noticia por todas las callejuelas, en la plaza, en las casas y en los caseríos dispersos. Era como una hoguera de espanto y de odio que se iba propagando, contagiándolo y desmesurándolo todo, poniendo escalofrío y terrores oscuros en todas las lenguas, en todas las almas, en todas las miradas, en todos los gestos.

—La bruja de la torre ha hecho un pacto con el demonio.

—Va al aquelarre.

—Ha fornicado con Satanás.

—Y dicen que de su comercio con el demonio ha parido manadas de lechones monstruosos.

—Ha traído la maldición sobre el pueblo y sobre nuestras familias.

—Quería vengarse de don Martín porque él la dejó para casarse con una dama de la Corte.

—¡La bruja, la bruja de la torre! ¡La van a matar!

—Vamos, vamos allá.

Alguna mujer pensaba: «Pobre doña Ana. Está enloquecida de dolor. El amor del hijo del ferrón la ha vuelto loca»; pero no se atrevían a decir en voz alta sus pensamientos, temerosas de que si lo hacían alguien pudiera tacharlas también de

brujas o las señalara gritando que el demonio hablaba por su boca. Callaban y hacían la señal de la cruz. Otras rezaban entre dientes un padrenuestro mientras tiritaban de excitación, de frío y de miedo.

—A la bruja la están matando junto a la casa del ferrón. ¡Vamos allá, vamos todos!...

Y todos salieron de sus casas y formaron un grupo compacto y todos, hombres y mujeres y niños y perros que ladraban angustiados, todos echaron a andar a un tiempo, frenéticos y nerviosos.

Muchos hombres llevaban picas, azadas, hierros, mazos, piedras, palos y cuchillos. Tiburcio el carpintero, que lo mismo hacía muebles rústicos que zuecos y ataúdes, gritaba palabras incoherentes con acento airado. El labrador de heráldica que iba trashumante de villa en villa labrando escudos para las casas solariegas, y que había llegado al pueblo aquella misma mañana, blandía un grueso palo y gritaba:

—¡Acabemos con la hechicera de Satanás!

Joaquín el alimañero golpeaba el suelo con una barra de hierro y al andar se apoyaba en ella como en un cayado. Antón, el hijo de Fausta la comadrona, un muchacho alto y fuerte, de cuello de toro y cara rojiza, portaba como bandera una tea inmensa, que en sus manos grandotas parecía un pequeño tronco de árbol encendido y que a un tiempo arrojaba una luz difusa, un denso olor resinoso y una humareda negra como la que todavía salía a bocanadas agónicas de la chimenea de la ferrería, deshilachándose poco a poco en el cielo y diluyéndose y perdiéndose entre las nubes negras.

Sonaban los pasos confusos y múltiples: unos suaves, como de esparto y tela y cuero arrastrándose por el camino; otros ruidosos, con el tableteo de sus almadreñas de madera creando una sonoridad seca y brutal. Ladraban los perros, contagiados del nerviosismo humano, y sus ojos brillaban húmedos y suspicaces; casi se podía oler su miedo. Las mujeres, con los chiquillos cogidos de la mano, murmuraban oraciones o hablaban en voz baja. Serapia la sacristana chillaba:

—¡Bruja! ¡Es una bruja! ¿No os lo dije hace tiempo? ¡Bruja, bruja!

Y Fabiana la panadera, y Juana la esposa del talabartero, y Sabina la tintorera, a cuyo nieto había cortado Ana el aire con un cuchillo hacía años, en aquel mismo camino, y varias de las mujeres que habían visitado a Ana en secreto buscando su ayuda... todas caminaban en grupo compacto detrás de Serapia, que seguía chillando incesantemente, cada vez con voz más agria y enfebrecida:

—¡Bruja! ¡Bruja!...

Se mezclaban en la noche ladridos, rezos y olor a resina, murmullos y gritos de amenaza. La atmósfera se tensaba con la acumulación del miedo y del frío y del odio. Y era una marcha abigarrada y caótica que tenía algo de tropa, de procesión, de ira comunal y de romería.

Y vieron que allá, a los pies del nogal, frente a la casa de Damián el ferrón, rodeaban a Ana y al niño y al perro feo un cerco de rostros y ademanes hostiles.

Ana, de pie ante ellos, con el rostro descompuesto y la respiración jadeante, los miraba con ojos desorbitados que parecían a punto de salirse de las órbitas. Cuantos la acorralaban, formando una jauría humana, le lanzaban como piedras insultos y acusaciones.

—Tú trajiste el granizo que destrozó nuestras cosechas.

—Tú empujaste a doña Engracia contra los hierros de la verja.

—Tú secaste mis cerezos.

—Tú mataste a mi vaca.

—Y a mis cerdos.

—Tú causaste la enfermedad de mi hijo.

—Por tu culpa murió mi mujer.

—Por tus embrujos me abandonó Braulio.

—Tú destrozaste las berzas de mi huerta.

—Tú aojaste a mi hijo recién nacido.

—Te hemos visto de noche en el cementerio.

—Profanas las tumbas y te sirves de los cadáveres para tus maleficios.

—Vas al aquelarre volando por los aires.

—Yo te he visto.

—Y yo.

—Tú causaste la cojera de mi buey.

—Y la lluvia tardía que estropeó la cosecha.

—Por tu culpa se agostó la hierba de mi prado.

Gesticulaban elevando los brazos, se convulsionaban los rostros y las llamas de las teas se zarandeaban cortadas por soplos de viento.

Sonaba muy leve, en medio del confuso griterío, el rumor de las voces de Sabina y su hija Romualda y otras mujeres que rezaban arrodilladas en medio del camino.

—Hay que castigarla.

—Que la destierren, que la echen del pueblo.

—Matemos a la adoradora de Satanás.

El cerco humano se estrechaba en torno a Ana y a Kepa. El perro feo miraba alerta, con las pequeñas orejas extendidas, sin moverse, pasándose la lengua por los dientes puntiagudos.

—El alcalde Perea viene hacia aquí. Esperémosle.

—¡Bruja, bruja!

Unas mujeres y unos criados se agolpaban también ante la puerta de la casa del ferrón. Los aposentos de la planta baja estaban iluminados. La noche tenía un color cárdeno.

Amenazaba la lluvia.

Ana dio un paso hacia la muchedumbre.

El corro que la rodeaba se ensanchó. Las formas humanas retrocedieron con sobresalto y se hicieron un instante después más torvas y amenazadoras, como si

redoblando sus gritos quisieran excusar y compensar ante sí mismas el miedo que les había hecho retroceder.

—¡Bruja, bruja maldita! —gritó Serapia.

—Tenemos que castigarla, tenemos que echarla del pueblo.

—Sí, sí, echémosla.

—¿A qué esperamos?

Pero nadie se atrevía a dar el primer paso, nadie quería lanzar la primera piedra.

Sonó una voz a lo lejos:

—Deteneos, deteneos. ¿Qué hacéis? ¡Deteneos!

Era el alcalde Perea, que venía corriendo.

Ana extendió súbitamente los brazos y sus manos se crisparon en un ademán de odio. Se hizo más intenso el brillo salvaje de sus ojos. Los gritos de insulto y amenaza de la muchedumbre se atenuaron hasta convertirse en un murmullo. Una mujer tosió y otras toses brotaron como en una cadena de contagio por entre las sombras.

Kepa y el perro permanecían inmóviles junto a Ana.

La voz de la muchacha se alzó súbitamente como un rugido:

—Mi amo, Señor de la Noche, destrózalos con tus poderes —clamó—. Haz que sus campos sean yermos, y estériles los vientres de sus mujeres. Aniquila sus animales, pisotea sus sembrados, arroja azufre sobre sus casas, destrúyelos a todos, a todos. Nebiros, Astarot, Asmodeo, ¡acudid con vuestras legiones y destruidlos a todos! Reducid el pueblo a cenizas, que todo sea llanto y fuego. ¡Mi Señor de la Noche, mi amo, escúchame, ayúdame!

—¡Calla, bruja maldita! —gritó una sombra que portaba una guadaña.

Y de pronto un perro grande se deslizó por entre la muchedumbre, saltó sobre el perro pequeño y feo, derrumbándole, y le acometió a dentelladas. Los demás perros, despierta su agresividad, rompieron también el cordón humano y le siguieron. Unas sombras de hombres se adelantaron y golpearon a Kepa mientras Ana trataba de defenderle con su cuerpo. Y en medio de la confusión de ladridos, gritos y movimientos, Serapia la sacristana arrojó sobre Ana un puñado de sal.

—¡Bruja, bruja!

Una vieja de un caserío próximo a la casucha de Hilaria levantó en alto dos palos que había atado en forma de cruz.

—¡Atrás, atrás todos! —gritó el alcalde Perea.

Con ira y decisión se abrió paso a codazos y a empujones.

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Quietos, quietos todos!...

Apartó a patadas a los perros que ladrando, con los hocicos y las patas húmedas de la sangre del perro feo, se desperdigaron buscando una salida. Kepa lloraba de rabia y de dolor. Tenía la ropa hecha jirones y la mano derecha rota a dentelladas. Espasmos de dolor se extendían por todo su cuerpo; el sudor y el vértigo le cegaban. Se agachó, tambaleándose, para acariciar la cabeza del perro feo, que se retorció y

desangraba en silencio, con una respiración lenta y profunda.

—¡Kepa, Kepa! —gritó Ana.

Se encaró con la muchedumbre.

Unas gotas de espuma respunteaban las comisuras de sus labios. Cuando habló, su voz era un alarido.

—Diablo cojuelo, tú que corres más que nadie... ¡ven a ayudarnos! Socórrenos, vénganos. Ven pronto y mátalos a todos, mi señor, mátalos, mátalos, mátalos.

—Por Dios, doña Ana, ¡basta ya! —intervino Perea.

Pero Ana no le oía.

—Máталos, mi amo, máталos. Que sus campos sean yermos, que los vientres de sus mujeres sean estériles. ¡Belcebú, ayúdanos!...

El diablo cojuelo no acudía, no parecía oírla.

Ana desvió la vista de los dos palos en forma de cruz que la anciana alzaba sobre las sombras y a manotazos trató de desembarazarse de la sal que espolvoreaba su pelo y sus vestidos.

—Vendrá, mi amo vendrá —murmuró—. Tiene que venir.

—Acabemos con ella.

—Está llamando al demonio.

El hijo de Fausta la comadrona se adelantó antes de que Perea pudiese detenerle y golpeó a Ana con la tea en el hombro.

Ana se tambaleó.

—¡Me convertiré en pájaro! Huiré y volaré llevándome a Kepa —masculló mientras el dolor le crecía en el hombro.

Chilló, crispando los dedos como garras:

—Volveré con legiones de diablos y arrasaré todas las casas y destruiré a todos los vecinos de este pueblo.

Una piedra se estrelló contra su frente. Otras piedras surgieron de la oscuridad, golpeando a Ana.

—¡Quietos, quietos todos! ¡La vais a matar! —gritó Perea—. Os habéis vuelto locos.

Su mirada fue escrutando, individualizando las sombras.

—Os juro —dijo— que responderéis todos de cuanto habéis hecho.

Ana se arrugó y tocó el suelo. La sangre que le manaba de la frente le caía en hilillos sobre la cara. Apenas veía ni tenía conciencia de lo que le rodeaba. Sintió en sus manos y en sus rodillas, traspasándole el vestido, la humedad de la tierra y de la sangre del perro agónico y vio que Kepa permanecía abrazado a él.

—Kepa, Kepa —llamó—, ¿me oyes? Dime que no estás muerto. Dímelo, Kepa.

Él se volvió a mirarla, con el rostro contraído por el dolor.

—Has sido buena conmigo —dijo—. Pero ahora yo... yo tengo que dejarte sola. Y no quiero... ¡no quiero!...

Se derrumbó sobre el perro feo.

El can seguía respirando muy lenta y profundamente, sin quejarse. Al sentir el peso del cuerpo del niño abrió la boca en un ladrido que parecía de reconocimiento, un ladrido que tenía algo de alivio y de amor, y a los pocos instantes quedó inmóvil, muerto.

—Mi señora doña Ana... —se oyó, compasiva, la voz del alcalde Perea.

Ana estaba tendida boca arriba; su cabeza tocaba el suelo. Tenía los ojos cerrados y entre sus manos descansaba una mano de Kepa.

La sangre continuaba brotándole a Ana de la frente, se detenía un rato en sus párpados y le corría rostro abajo. Unos goterones le caían, lentos, desde la nariz hasta la barbilla.

La voz de Kepa sonó trémula:

—Me voy. Perro también se ha ido. Yo...

Y por su mano, de pronto yerta y deshabitada de todo latido, Ana supo que Kepa había muerto.

El alcalde Perea se arrodilló.

—Mi señora doña Ana... —murmuró, suavemente—. Don Melchor está en cama enfermo. Fray Miguel y el licenciado Egaña están en camino. Uno de mis alguaciles ha ido a avisarles.

La muralla humana se fue espaciando.

Ya nadie gritaba ni amenazaba. Las sombras trataban de olvidar sus palos, sus hoces y guadañas, sus ademanes frenéticos. Tiburcio el carpintero se golpeaba con fuerza el pecho en señal de contrición. El hombre que iba por los pueblos labrando blasones había tirado el palo a una jara. Antón seguía portando en alto la inmensa tea, pero sus ojos, antes inyectados en sangre, tenían ahora una expresión triste y reconcentrada. Los perros que el alcalde Perea había alejado a patadas aspiraban el olor del perro muerto y ladraban entrecortadamente en la oscuridad.

Se habían intensificado el frío y el color cárdeno del cielo. Entre las sombras crecían grandes trozos de silencio.

Ana se incorporó levemente, con un quejido. Miró a Kepa, al perro feo, al alcalde Perea, a las gentes que la rodeaban. Y de repente, en el silencio, algo se le deslizó de los labios, algo como un susurro y un lamento.

Era su llanto.

Ana lloraba, y sus sollozos impresionaron a todos más que sus heridas y sus maldiciones y más que la muerte del niño. Una oleada de asombro y de piedad fue pasando como una fiebre entre las formas humanas. Era el llanto de Ana un llanto suave y leve; un llanto que sonaba como las aguas frescas y musicales del riachuelo, como el paso de la brisa moviendo tiernamente las hojas de los árboles en primavera.

Lloró despaciosamente, manteniendo los ojos cerrados, y otros llantos y murmullos de rezos la corearon.

Una sombra de mujer que caminaba apresurada y jadeante se abrió paso por entre la pared humana.

—Ana —musitó—, Ana, dime algo...

—¡Ceferina! —dijo la muchacha, sin mirarla—. No quería morirme sin hablar contigo. Tengo que decirte algo... muy importante. Escucha.

Ceferina se arrodilló a su lado, depositando la cabeza ensangrentada en su regazo y rodeándole los hombros con un brazo.

—¿Qué han hecho contigo, Dios mío? —sollozó.

Le limpió la sangre de la cara con un pañuelo negro, grande, mirando a la muchacha a través de sus lágrimas.

—¡Y Kepa, el cuitado!... ¡Le han matado, Ana, le han matado!... Pero... ¡pero si solo era un niño... un pobre niño!

Ana abrió los ojos y la anciana vio en ellos una expresión pacífica, casi radiante. Y Ceferina comprendió que acababa de reencontrar a la hija del señor de la torre, a la Ana de hacía tiempo, cuando todavía no había pisado la casa de Hilaria.

—Calla. No hables ahora. Cálmate. Todo ha pasado. No hables, no hables. Te curarás, Ana, te curarás. Ya verás.

Supo que ella quería hablarle, que le hablaría a pesar de todo, y acercó su cabeza al rostro de la muchacha.

—Le he llamado y no ha acudido —musitó Ana—. ¿Comprendes? El no vino. Yo... Escucha... Ahora que voy a morir...

—¡No, Ana, no digas eso! Sanarás...

—... ahora lo comprendo todo, Ceferina.

—¿Qué es lo que comprendes, Ana? ¿Qué quieres decir?

Acercó más su oreja a la boca de Ana.

—El aquelarre, el Señor de la Noche... No hicimos nunca ese viaje, Ceferina, no vimos nunca al Señor de la Noche. Ahora, de repente, hace un instante, lo he comprendido. Voy a morir... sí, lo sé... y ha sido... como una revelación.

Levantó la mirada al cielo, lanzándola más allá de las ramas del nogal, y murmuró:

—Nunca volamos... no cruzamos los aires. Todo eso, Ceferina, todo eso no era verdad. ¿Comprendes?

Ana reclinó la nuca en la almohada del brazo de la anciana y suspiró.

—Sí.

No, el aquelarre no existía. Hacía un rato, no sabía cómo, lo había descubierto. El aquelarre no era un lugar, sino otra cosa. El aquelarre era ella misma; algo que ella había creado en su mente, algo que ella había hecho surgir de su soledad y su angustia, de su dolor y su vacío. Recordó la mañana en que había ido a visitar a fray Miguel al convento y en que el fraile le había dicho que Desesperanza era uno de los nombres del demonio. Sí, fray Miguel tenía razón. Ahora lo sabía Ana con total certidumbre. La Desesperanza había penetrado en ella y había abierto las oscuras compuertas de todas sus debilidades, poblando su mente de pesadillas, de falsos poderes y de horrores engañosos.

Recordó también las instrucciones de Hilaria ordenándole que no hablara con nadie de su vuelo hacia el aquelarre, ni de lo que allí sucedía, ni del modo en que se le presentaba el Señor de la Noche. «No hables de esto con nadie —le había insistido—. Ni siquiera con Ceferina».

Y de súbito, mientras sentía bajo su nuca el brazo de Ceferina, Ana se preguntó qué idea tenía la anciana del aquelarre, qué terribles visiones había tenido aquellas noches. Cada persona creaba su propio aquelarre. ¿Cuál era el de Ceferina? ¿Niños sin bautizar cocidos en las calderas y devorados por brujos y brujas y demonios? ¿Satanás en forma de macho cabrío, de olor fétido, de grandes pezuñas, con cuernos encendidos en la cabeza, de hocico espumeante y viscoso? ¿Habían sido para ella las reuniones sabáticas como una compensación a todos sus deseos e instintos reprimidos a lo largo de su vida?

La anciana se acercó aún más a Ana.

—Ana, criatura, yo... yo lo sabía —dijo.

—¿Lo sabías? ¿Quieres decir que...?

Se miraron un instante ojos adentro.

—Ana, yo... Verás. Yo no dormí una noche. No hice el viaje. A la mañana siguiente tú me hablaste del Señor de la Noche... me dijiste que estabas cansada... me hablaste excitada del viaje al aquelarre, de la alegría que sentías cada vez que volabas cruzando los aires para ir allá... Pero, Ana... ¿me oyes?

—Sí.

—Yo... yo no me encontraba bien aquella vez. Vomité poco después de medianoche y desperté. Y tú estabas allí, sin moverte, dormida, diciendo algo en sueños, desasosegada. Y también Kepa estaba dormido. Yo no dormí en toda la noche... y vosotros no os movisteis. No hicisteis el viaje, Ana. Aquella noche no salimos de casa ninguno de los tres. El perro tampoco. Eso fue unos meses después de la muerte de Hilaria. Desde entonces sé que aquello, lo del viaje, lo que veíamos en el aquelarre... era mentira.

Seguía borrando con gestos suaves la sangre de la cara de Ana.

El alcalde Perea y los demás se habían retirado unos pasos y las contemplaban en silencio.

—Durante todos estos años, cuando creías volar, estabas en la torre, sin moverte. Yo vomitaba el bebedizo y me quitaba la pomada mientras tú dormías, Ana. Y nunca viajasteis, nunca: ni tú, ni Kepa, ni el perro.

Ana asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí, lo sé —musitó—. Lo he sabido hace un instante. Pero tú lo has sabido hace ya varios años, Ceferina. ¿Por qué callaste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Eras feliz así —dijo la anciana con voz llorosa—. Querías creer en tu poder. Estabas herida, lastimada por... ya sabes. Tú creías que le habías olvidado, que eras insensible a las pasiones humanas... pero yo sabía que por dentro, Ana, por dentro... seguías amándole y odiándole. Cuando averigüé que lo del aquelarre no era verdad,

no me atreví a decírtelo. Tuve miedo... miedo del demonio... y de ti... y también de mí misma. Pensé... no sé... que si te lo decía tal vez Satanás me castigaría, que tal vez el espíritu de Hilaria se me aparecería para torturarme. No sé, no sé. Además, tenía miedo de que volvieras a sufrir. Yo... yo siempre te he querido como a una hija, Ana. ¡Sufrías tanto cuando él quedó en la Corte y se casó!... yo pensaba que si te decía la verdad te atormentarías de nuevo y... ¡Perdóname, Ana, perdóname!...

Ana abrió los ojos y la miró con ternura.

—La culpa ha sido mía, Ceferina. No, no me digas que no. Quise estar más allá del dolor de los seres humanos... que nada me hiriese... que nada pudiese hacerme daño... ¡Me sentía tan... tan libre y poderosa... tan invulnerable!... Cuando cruzaba los aires, cuando veía la tierra bajo mis pies, diminuta como una mota de polvo, entonces yo...

Suspiró al tiempo que un hilo de sangre le salía de la boca y se le deslizaba por la barbilla.

Preguntó Ceferina, en voz baja:

—¿Te acuerdas de cuando hiciste maleficios contra tres mujeres del pueblo para convencerte de tus poderes? Pronunciaste el nombre de Fabiana la panadera mientras golpeabas la pared con un mazo; traspasaste con alfileres el hígado de un gallo para castigar a Serapia la sacristana; rompiste un brazo de la figura que representaba a Pascuala... ¿Recuerdas...? Yo te dije que tus maleficios se habían cumplido, que las tres mujeres sufrían los dolores que tú les habías mandado. Pero te engañé, Ana. A ellas no les pasó nada, no sintieron nada. ¿Comprendes? No has hecho daño a nadie, a nadie... solo a ti misma. No has tenido poderes secretos. Y, Ana, Ana...

Se inclinó más para decirle a la muchacha al oído:

—Martín no fue nunca a tu alcoba, nunca. No tuviste ningún trato con él. Todo fueron imaginaciones... alucinaciones producidas por tus deseos y por la pomada y los bebedizos. Él no fue nunca a tu aposento.

Ana entornó los párpados.

Sí, al fin lo comprendía todo. No había tenido comercio carnal ni con Martín ni con el demonio. Cuando sentía a Martín a su lado, cuando se dormía y le sentía venir y yacer junto a ella... eso tampoco había sido verdad. Pero... «¿Y la muerte de doña Engracia?», se preguntó de pronto, con sobresalto. La madre de Martín había muerto tal como ella había imaginado, tal y como ella lo había deseado: clavada en las puntas de hierro. Pero no —meditó—, no era ella, no podía ser ella quien había causado la muerte de doña Engracia. Aquellos conjuros, aquel matar a distancia...

Se movió con desasosiego.

—Doña Engracia... —murmuró.

Ceferina le acarició la cabeza con una mano, muy suavemente.

—No pienses en eso —dijo—. Tú no la mataste. Su muerte fue... no sé qué... una casualidad, un accidente... O tal vez...

Sus ojos brillaron inquietos.

—Ceferina —musitó Ana.

—¿Qué? ¿Qué quieres, Ana?

—Ceferina, escucha. Es importante. Doña Engracia murió como yo quería que muriese. ¿Crees... crees que tal vez... que tal vez Hilaria la mató, que la empujó adrede contra los hierros de la verja para... no sé cómo decirlo... ¡es todo tan terrible!... para que tuviéramos fe en ella... para que fuéramos como ella?...

—Pues... es posible —dijo Ceferina—. Hilaria era una mujer tan extraña... se había pasado sola tantos años en aquel tabuco... con sus locuras...

—Ceferina —habló repentinamente Ana, con voz nueva.

—¿Sí, Ana?

—No te veo. No veo nada. Me he quedado ciega.

La anciana la miró en silencio, conteniendo una exclamación de horror y de sorpresa.

—Te curarás —dijo—. Te curarás.

—No. Voy a morir. Lo sé. Y no tengo miedo. Debí morir antes... el mismo día en que él se fue.

—Calla. No digas esas cosas.

—Erré el camino, Ceferina. Me equivoqué... me equivoqué de amo. ¿Crees que Dios me perdonará?

La anciana se esforzó en contener su llanto.

—Claro, criatura. Él siempre perdona. Se hizo hombre para morir en la cruz por ti, por mí, por todos.

Se oyó a lo lejos el trote dócil de un asno.

—Es fray Miguel, doña Ana —informó el alcalde Perea—. Parece que alguien le acompaña.

—El licenciado Egaña —anunció una voz de mujer.

Esperaron un rato en silencio.

El fraile descabalgó despaciosamente, ayudado por el licenciado Egaña, que le había acompañado a pie. La multitud se separó para abrirles paso.

—¡Dios mío! —sonó, dolorida, la voz del fraile.

—Fray Miguel —llamó Ana.

Y extendió una mano en el aire, que el fraile apretó suavemente entre las suyas, frías y viejas, de piel tersa en la que se le transparentaban las venas. Fray Miguel se arrodilló, tocó la frente de Kepa e hizo sobre él la señal de la cruz.

El licenciado Egaña dijo en voz baja:

—El niño está muerto.

—¿Y ella, señor licenciado? —preguntó Ceferina—. ¿Se salvará?

—No me atrevo a moverla. Podría resultar fatal —dijo él, vacilante—. Necesito que...

Ana le interrumpió con voz apenas audible.

—Todo es inútil ya, licenciado —dijo. Y llamó—: Fray Miguel, fray Miguel...

El fraile se inclinó para oírla mejor.

—Sí, hija. Irás limpia al encuentro de Dios.

Se dispuso a oírla en confesión y se tendió en el suelo, pegando su oreja a la boca de Ana. Ceferina, el alcalde Perea, el licenciado Egaña y la muchedumbre retrocedieron unos pasos.

Y Ana confesó. Fue en cierto modo como si se lo contase todo a sí misma, como si por vez primera observase en su verdadera dimensión el itinerario emocional que la había conducido a aquel final. Había sido, primero, su amor y su esperanza; luego, su impaciencia y su soledad; más tarde, su decepción, su humillación, su desesperanza y su odio hacia Martín y doña Engracia. Había tratado de llenar su vacío —murmuró— convirtiendo en venganza lo que antes había sido su esperanza y su amor. Habló a fray Miguel de su primera visita a casa de Hilaria, de cómo la anciana le dio una impresión de omnisciencia e invulnerabilidad, de su viaje al aquelarre y de qué modo, paulatinamente, el mundo de los humanos le iba pareciendo cada vez menos importante, perdiendo sustancialidad... Le habló también de su total desolación, de la noche en que había invocado la presencia de Martín en su cámara, de cómo había creído tener ayuntamiento carnal con él y cómo más tarde, al conocer la noticia de su boda, había tratado de atraerle para asesinarle.

—Ayer decidí de nuevo matarle. A él... y a su esposa —dijo—. Quise destruirlos con el conjuro de las efigies de cera, como pensé haber matado a doña Engracia. Hoy he venido con Kepa a enterrar las figuras frente a su casa, bajo el nogal. Nos vio una criada y gritó. Y salieron de la casa otros criados, vieron las imágenes, gritaron, vino más gente...

El fraile la escuchaba en silencio.

Y Ana continuó hablándole del vértigo y de la curiosidad que había experimentado al conocer a Hilaria y adentrarse en su mundo; de lo libre, de lo increíblemente libre y exultante que se sentía cuando creía cruzar los aires volando sobre el gigantesco murciélago. Le explicó también su asombro, su asombro infinito cuando había llamado en su ayuda al Señor de la Noche, hacía un rato, y él no había acudido.

—Había llegado a creer totalmente en mis poderes sobrehumanos, a considerarme una bruja, a pensar que yo era realmente una bruja...

Un estertor la ahogaba. Cerró los labios y los abrió en seguida con dolorosa lentitud. Pero no dijo nada.

—La absolución, fray Miguel —pidió angustiada Ceferina—. Se está muriendo. Por el amor de Dios, dádsela. Que no se condene eternamente.

Se hincó de rodillas y comenzó a rezar. Todas las sombras se arrodillaron y rezaron con ella.

—Jesucristo bendito, hermano y padre y redentor nuestro —musitó Ana—, ten piedad de mí...

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —sonaron los rezos de las formas

humanas.

Fray Miguel se levantó e hizo sobre Ana la señal de la cruz:

—*Ego te absolvo in nomine Patris et Filii et Spíritus Sancti.*

Un carruaje se acercaba. Llegaron hasta el nogal el chirriar de sus ruedas y risas y voces alegres.

Desde la casa del ferrón, una mujer gritó:

—Ahí vienen.

El coche se detuvo frente a la casa. Un hombre saltó a tierra y corrió hacia el grupo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Y Ana reconoció su voz.

—Martín —musitó—. Martín.

Las lágrimas le gotearon por las mejillas evocando aquella tarde en que al bajar de la ermita, al cruzar el riachuelo, él le había ceñido levemente la cintura. Una vez más recordó aquella última noche junto a la casa derruida. «Adiós, Ana, amor mío, esposa mía. Volveré pronto». Y luego... Ana suspiró. ¡Cuánto tiempo, cuántas cosas habían pasado desde entonces! Todo le parecía nebuloso y lejano, muy lejano, como trozos de sueños y de pesadillas. Todo era como algo que hubiera sucedido en otra vida, en otro mundo. Y ahora Martín estaba allí, junto a ella.

—Ana...

Y Martín no acertó a decir nada más, asombrado de que aquella mujer que moría junto al nogal fuese Ana y al mismo tiempo reconociéndola y vivificando, sobre aquel rostro sucio y ensangrentado, el rostro bello y juvenil de la Ana que él había amado.

Empezó a llover: una lluvia sucia y gris y ventosa.

El alcalde Perea se adelantó y, sin decir nada, colocó su capa sobre el cuerpo de Ana y le puso entre los brazos los dos palos en forma de cruz que antes portaba la anciana del caserío.

—Jesucristo, Dios mío, perdóname —susurró Ana.

Buscó a tientas una mano de Kepa, se la apretó, ladeó la cabeza y quedó inmóvil y con los ojos abiertos.

El licenciado Egaña se acercó a observarla. Le buscó el pulso unos minutos, quedó silencioso, con la expresión reconcentrada dijo:

—Ha muerto.

Martín se pasó la lengua por los labios y escondió la cabeza entre las manos. El alcalde Perea se santiguó. Ceferina se arrojó sobre el cadáver gritando: «¡Ana, Ana!» y cerrándole los párpados. Fray Miguel rezaba y los hombres, las mujeres y los niños que le rodeaban, rezaban también.

—Tenemos que llevarla a la torre —dijo Ceferina—. Que descansa entre los suyos, en la cripta.

—¿Y el niño? —preguntó alguien.

—Kepa, Kepa es su nombre —dijo Ceferina.

Se puso en pie. Ya no lloraba. Los ojos le brillaban con fuerza y decisión.

—Él también yacerá allí, allí —repitió—, junto a ella.

Su voz se hizo alta y desafiadora.

—A mi señora doña Ana —dijo—... a mi señora doña Ana... le gustará verle a su lado el día de la Resurrección.

Contempló al perro y la voz le brotó húmeda y emocionada.

—Le enterraré en el huerto de la torre —balbució—. Era un perro cariñoso y bueno. ¡Mirad qué hermosos ojos tenía!...

De la casa del ferrón sacaron unas mantas. Envolvieron en ellas los dos cadáveres y los llevaron al carruaje.

Fray Miguel permaneció largo rato mirando silenciosamente al corro de sombras. Dijo, con voz muy triste y clara:

—¡Qué vergüenza para todos nosotros! Hemos matado a un niño y a una pobre mujer. Id, id a vuestras casas y recemos por sus pecados... y por los nuestros.

El grupo de formas humanas se fue adelgazando, dispersándose. Los perros, a lo lejos, seguían ladrando. La comitiva se puso lentamente en marcha camino de la torre.

La lluvia arreciaba y caía con atronador rumor de piedras sobre el nogal.

Bilbao, 1968. Madrid, 1970.



LUIS DE CASTRESANA nació en Valle de Trápaga, Bizkaia, en 1925. Cuando apenas tenía once años, a comienzos de la guerra civil española, fue evacuado a Francia y después a Bélgica por el gobierno vasco, y se convirtió en uno de esos «niños de la guerra».

Estudió Humanidades en el Athénée Royal de Bruselas y en la Universidad de Ámsterdam. Repatriado en 1939, comenzó a trabajar para el diario *El Alcázar*, como corresponsal en Londres, y más tarde para la Agencia Pyresa. A continuación, trabajó para el diario *Pueblo*, también como corresponsal, y colaboró en revistas y periódicos como *Blanco y Negro* y *ABC*, y a su vez para TVE. Fue agregado cultural de la embajada de Londres y de vuelta a España trabajó en *La Estafeta Literaria*, ocupación que abandonó para dedicarse por completo a la escritura.

En 1967 obtuvo el Premio Nacional de Literatura con *El otro árbol de Guernica*. Su amplia obra gira en torno a los problemas del existencialismo cristiano, la experiencia del exilio, el horror de la guerra civil y, especialmente, el País Vasco. En la vertiente narrativa, que ha sido llevada en parte al cine, destacan libros como *Cuentos del dolor de vivir* (1948), *Nosotros, los leprosos* (1950), *Los Wallace somos así* (1950), *The sower* (1961), *La frontera del hombre* (1963), *Retrato de una bruja* (1970), con el que fue finalista del Premio Planeta, *Maite y otras fabulaciones vascas* (1972) y *Orquídeas para el médium* (1976).

También cultivó la biografía: *Dostoievsky* (1953), *Rasputín* (1955), *Catalina de Erauso, la monja alférez* (1968, premio Fastenrath de la Real Academia Española) y

Vida y obra de Iparagirre (1971). De su obra ensayística sobresalen, por ejemplo, Inglaterra vista por los españoles (1965) y Elogios, asperezas y nostalgias del País Vasco (1968).

Falleció en Bilbao en 1986.